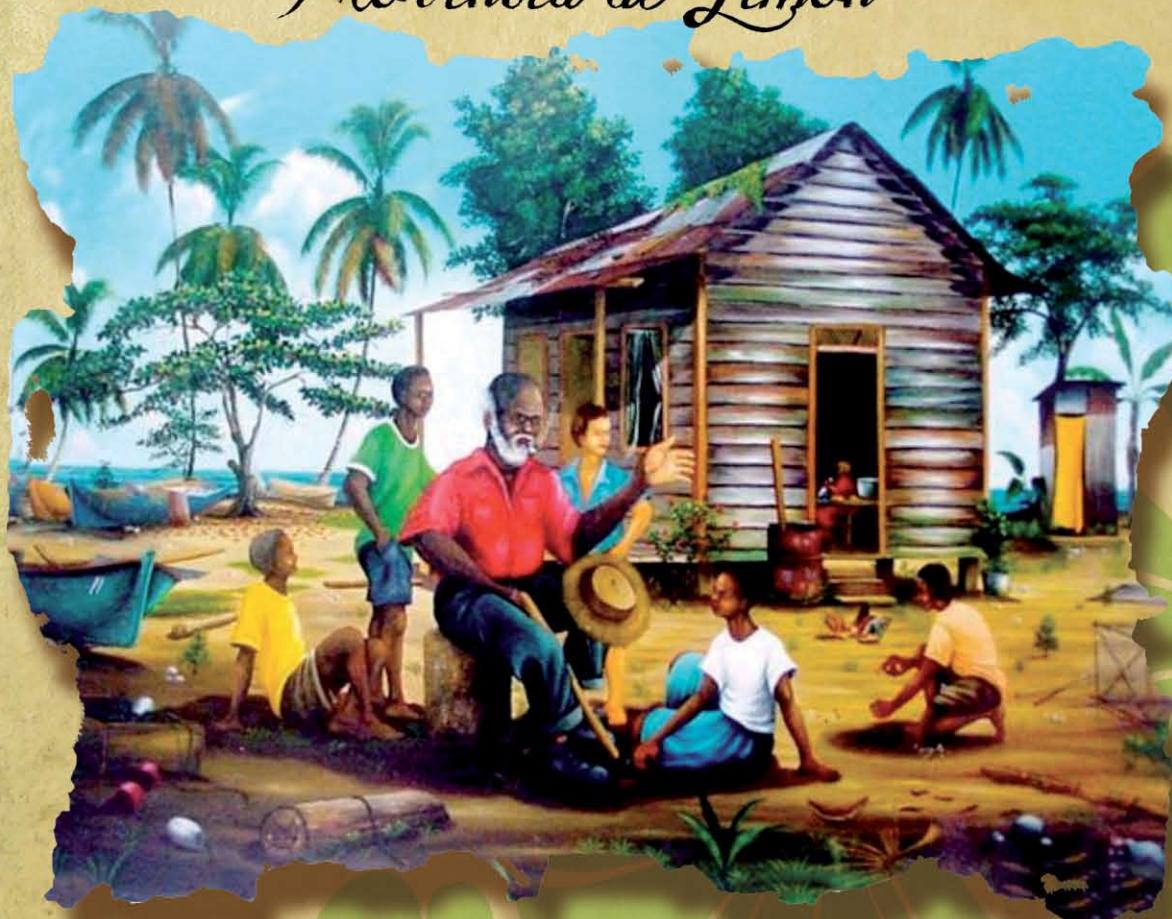


MINISTERIO DE CULTURA Y JUVENTUD
CENTRO DE INVESTIGACIÓN Y CONSERVACIÓN
DEL PATRIMONIO CULTURAL

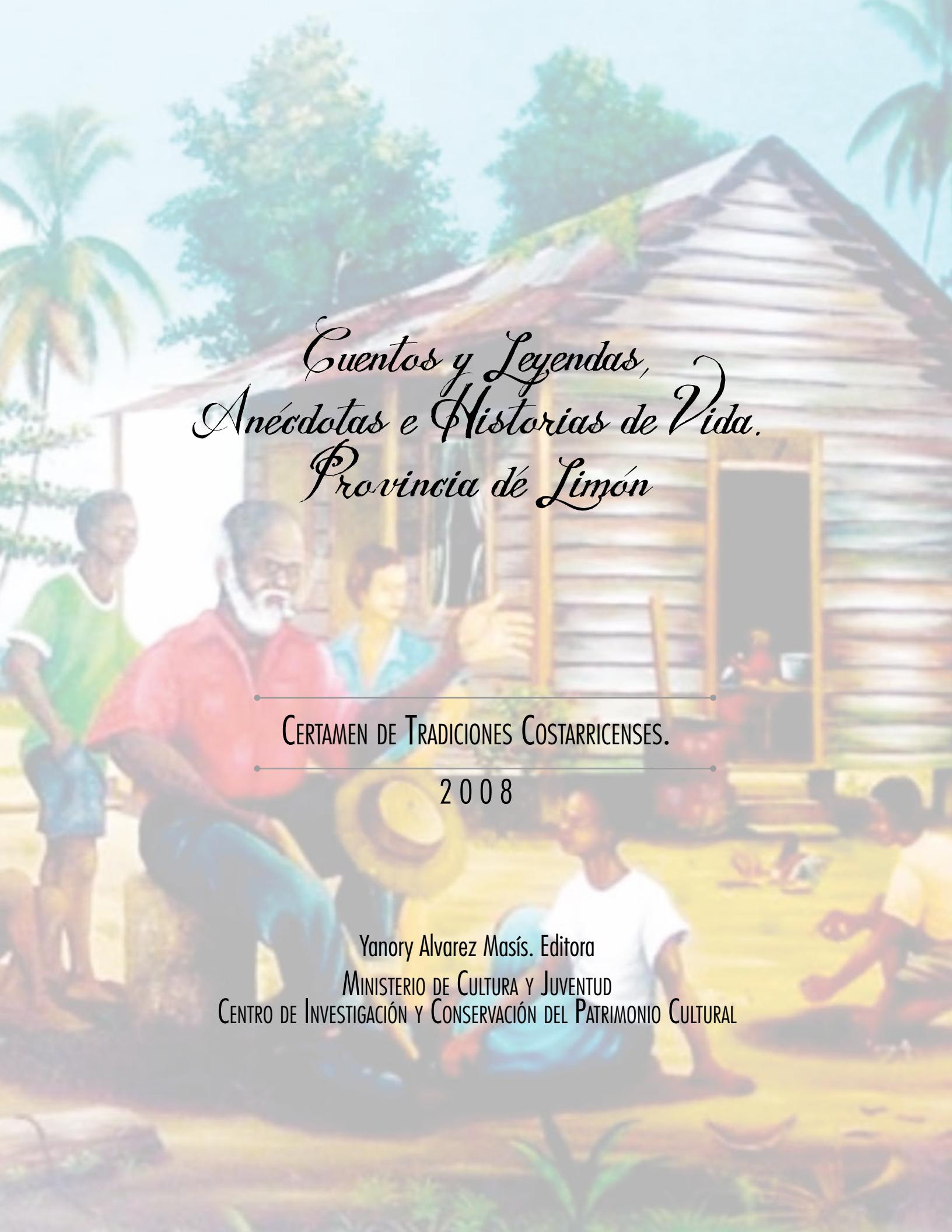
*Cuentos y Leyendas,
Anécdotas e Historias de Vida.
Provincia de Limón*



CERTAMEN DE TRADICIONES COSTARRICENSES.

2008

Yanory Alvarez Masís. Editora



*Cuentos y Leyendas,
Anécdotas e Historias de Vida.
Provincia de Limón*

CERTAMEN DE TRADICIONES COSTARRICENSES.

2008

Yanory Alvarez Masís. Editora
MINISTERIO DE CULTURA Y JUVENTUD
CENTRO DE INVESTIGACIÓN Y CONSERVACIÓN DEL PATRIMONIO CULTURAL

398.2
C965c
CR

Cuentos, leyendas, anécdotas e historias de vida de la Provincia de Limón: Certamen de tradiciones costarricenses 2008 /
comp. Yanory Alvarez Masis. – San José, Costa Rica:
Ministerio de Cultura y Juventud. Centro de Investigación
y Conservación del Patrimonio Cultural : Imprenta Nacional,
2010.
304 p. ; il. : 8 ½ x 11cm. — (Certamen de tradiciones
costarricenses 2008)

ISBN: 978_9977_59_229_9

COSTA RICA – CULTURA POPULAR.
2. CUENTOS. 3. TRADICIONES CULTURALES – LIMÓN.
4. LEYENDAS. I. Alvarez Masis, Yanory, comp. II. Título.
III. Serie.

MCJ//ehc.2010

Ilustración de Portada:
Honorio Cabraca Acosta

Dibujos:
Raúl Arias Sánchez
Dalia Fuentes Aguilar

Fotografías:
Yanory Alvarez Masís
Fernando González Vásquez
Sonia Gómez Vargas
Zaida Ruiz Briseño
Carlos Ml. Zamora Hernández

Contenido

PÁG.

Agradecimientos.....	9
Dedicatoria.....	11
Introducción.....	13
I. Trabajos ganadores	17
Cuentos y leyendas	19
La mina de oro de Pocora. Historia y vida de un Pueblo, Leyenda.....	21
La promesa.	25
Monocordio Prodigioso.	30
Anécdotas e historias de vida.....	33
Limón. Visto por mis ojos de niña en la primera mitad del siglo pasado.....	35
Quienes somos y de donde venimos (Sar yì ena wé se' bite).	40
Papacón.	44
Tema Libre.....	121
Y aquello era una fiesta.....	123
El camino.	125
Promesas.	130

II. Menciones especiales	133
El Garden Party	135
Harvest Sunday.....	136
La Escuela Dominical	138
III. Menciones de honor	139
Cuentos y leyendas.....	141
Historia de Antonio Saldaña.....	143
Confusiones.....	144
Danza de sirenas.....	146
El caimán.....	151
Un acto de fe.....	153
Un misterio.....	156
Anécdotas e historias de vida.....	159
La ley entra por casa	161
Un funeral inolvidable	166
Lizanías un labriego optimista.....	170
Maríanelita y yo	185
Viajando a vagón	187
Anécdotas y costumbres limonenses	197
Tema Libre.....	201
Los viejos botes de madera	203
Esperanza de mar	205
Chica	207
La magia de su gente.....	228
El matrimonio de don Ramón	230

Anexos	279
Lista de participantes.....	283
Acta de nombramiento del Jurado	288
Acta del Jurado	289
Programa de la clausura del Certamen de Tradiciones Costarricenses de la provincia de Limón	293
Memoria fotográfica de la clausura del Certamen	295





gradecimientos

En este proyecto fue imprescindible el aporte de la población, que escuchó nuestra invitación y decidió participar en el Certamen, lo cual hizo posible su realización. Encargándose algunos de ellos, como es el caso de María Luisa Hernández Hernández, de promocionarlo entre sus familiares y conocidos. Al personal de la "Casa de la Cultura de Guápiles, al de la biblioteca Mayor Thomas Lynch de Limón y al de las bibliotecas de Siquirres y Matina, quienes con su apoyo hicieron posible parte de la recopilación de los trabajos participantes.

Fue indispensable la colaboración de los profesores; Haydée Jiménez Fernández, Delroy Barton Brown y Susana Zúñiga Rodríguez, quienes solícitamente atendieron nuestro llamado a participar como miembros del jurado.

Gracias a la colaboración del Comité Cívico Cultural Étnico Negro de Limón fue posible realizar la clausura del Certamen en el Black Estar Line. A la vez, el CUNLIMÓN nos brindó la participación del "Grupo del Conservatorio de Arte y Música del Caribe" quienes dieron gran lucidez a la actividad.

Ha sido de gran utilidad el aporte del señor Honorio Cabraca Acosta por facilitarnos una reproducción de su pintura "El cuenta cuentos" para la portada de este documento. Así mismo al compañero Raúl Arias Sánchez, quien amablemente realizó varios dibujos para ilustrar este texto.

A la compañera Zaida Ruiz Briceño quien, como parte del equipo de trabajo de este Certamen, durante todo el proceso compartió las vicisitudes y satisfacciones que nos brindó el mismo. A los funcionarios del Centro de Investigación y Conservación del Patrimonio Cultural, quienes incondicionalmente han apoyado éste y los diferentes proyectos del Centro.

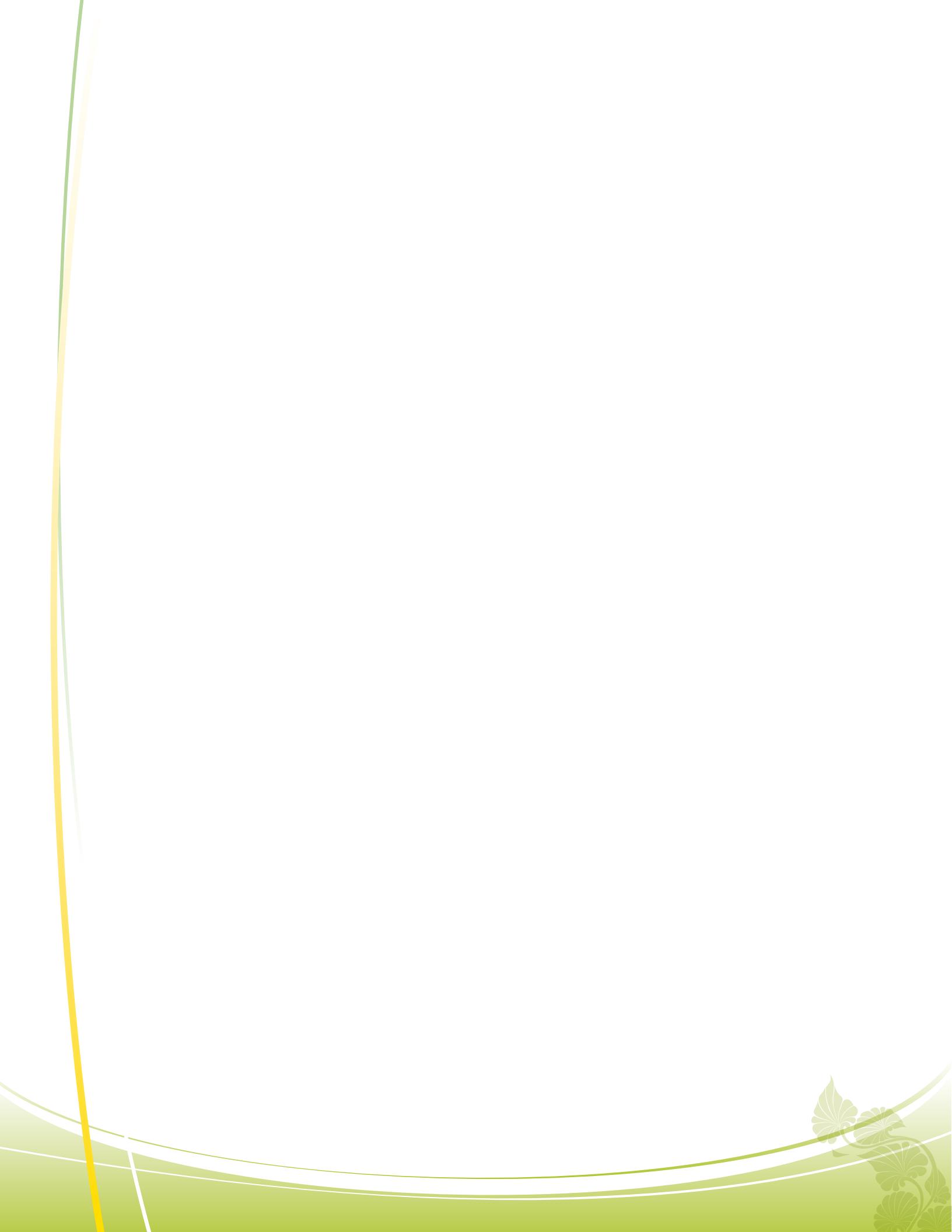
Por último a todas aquellas personas que de una u otra forma hicieron posible la realización del "Certamen de Tradiciones Costarricenses de la provincia de Limón" y la publicación de este documento.

Yanory Álvarez Masís



*A los niños; Alison, Olivia, Mia, Lorenzo y
Aldo; quienes con su llegada a la familia,
han dado un nuevo sentido a nuestras vidas.*

Vany





Introducción

El Certamen de Tradiciones Costarricenses es organizado y patrocinado por el Centro de Investigación y Conservación del Patrimonio Cultural del Ministerio de Cultura y Juventud, se lleva a cabo con el fin de fortalecer la identidad cultural de los costarricenses. Su principal objetivo es la recuperación y salvaguarda de algunas de las manifestaciones culturales inmateriales presentes en nuestro país, a la vez que cumple con los postulados de la Organización de las Naciones Unidas para la Educación la Ciencia y la Cultura (UNESCO) propuestos en la trigésima segunda reunión celebrada en París en el año 2003 y plasmados en el documento de la Convención para la Salvaguarda del Patrimonio Cultural Inmaterial, la que fue ratificada por el Congreso de la República de Costa Rica.

Este proyecto se inició en el año 2004 en la Zona de los Santos, el que fue muy bien aceptado por la población. En el año 2005 correspondió a los cantones de Oreamuno y Alvarado de la provincia de Cartago, obteniéndose muy buenos resultados. En el 2006 se realizó en los cantones josefinos de Mora, Santa Ana y Escazú y en el 2007 en la provincia de Guanacaste. En el 2008 le correspondió a la provincia de Limón, donde desde un inicio se sintió el interés de la población. Al respecto, el jurado en su acta de premiación manifestó; *"excelente respuesta dio el pueblo limonense a la convocatoria hecha por el Centro de Investigación y Conservación del Patrimonio Cultural, participando numerosamente en el Certamen de Tradiciones Costarricenses de la Provincia de Limón"*

Fue muy reconfortante para el Centro de de Investigación y Conservación del Patrimonio Cultural, el que estuvieran representados los seis cantones de la provincia de Limón en los trabajos recibidos. Se obtuvieron noventa y dos trabajos aportados por cuarenta y siete participantes, las cuales se hicieron presentes casi en su totalidad en el Black Star Line, el día 13 de julio del 2008, fecha de la clausura.

En todos estos trabajos pudimos observar cómo, los concursantes utilizando la gran belleza natural que les rodea, sus experiencias de vida, su cotidianidad, o dejando volar su imaginación, nos muestran, a través de; poemas, cuentos, leyendas, anécdotas e historias de vida, imágenes de lo que fuera el Limón de antaño y algunos de sus personajes.

Para nosotros habría sido muy grato publicar todos los trabajos participantes, sin embargo nos es imposible, por ello, los originales estarán disponibles en la Unidad de Información Documental del Centro de Patrimonio "Luis Ferrero Acosta"; en la sede del CICPC.

Esta publicación comprende los nueve trabajos ganadores, tres en cada categoría, dieciséis menciones honoríficas y tres menciones especiales; *El Garden Party, Harvest Sunday* (Domingo de Cosecha) y *La Escuela Dominical* presentadas por la profesora **Prudence Bellamy Richards** donde nos relata tres tradiciones limonenses prácticamente desaparecidas. Es importante aclarar que los trabajos se transcribieron en la misma forma en que fueron recibidos, respetando su redacción y ortografía.

En la categoría de **cuentos y leyendas**, Luis Fernando Salas fuentes, en *La mina de oro de Pocora, Historia y vida de un Pueblo, leyenda*, nos habla sobre el origen del nombre de Pocora:

"...se deduce de las leyendas contadas que su nombre provino del decir de los negros y viajeros que venían, "**a donde se vivía pocas horas**", debido a que cuando un blanco o un chino adquirida alguna enfermedad este moría en muy pocas horas y en la expresión entremezclada del dialecto de los negros y de un escaso y mal pronunciado español se fue deduciendo como "**Pocora**" según versiones de los ancianos, y este nombre se dice que se da en los albores de la década de 1920."

En *La Promesa*, trabajo de la misma categoría, su autor, Giovanni Rodríguez León, entre una descripción de sentimientos, nos deja ver algunos aspectos de los paisajes caribeños: "...pasado Cieneguita se embriagó de mar, de amor turquesa y, recostada a la ventana, cerró los ojos, acaso por volar más alto y más veloz que el viento hasta los brazos de su amado, de su hombre; alto, bello y fuerte, como una palmera vigorosa..."

Mario Granados Céspedes en *El monocordio prodigioso* nos revive una mañana en los alrededores del Mercado de Limón: "Trajín alborotador y bullanguero, monótono y repetido. Todo es lo mismo, un año y otro año. Al parecer, ningún acontecimiento, ni siquiera un prodigo, transforma este modo de vida. El tropel de ruidos seguía. Y apenas perceptible, a lo lejos, se oía un tren partir".

Hojeando la categoría de **Anécdotas e historias de vida**, nos encontramos con el trabajo de Noemy (Emilce) Padilla Porras quien en sus vivencias, *Limón visto por mis ojos de niña en la primera mitad del siglo pasado*, nos transporta a ese viejo Limón: "A media mañana una rítmica musiquita inconfundible nos anunciaba la llegada de Federico el lechero que al trote de su caballo, el entrechocar de tarros y cucharones de hojalata alegraba el ambiente".

Seguidamente, Alejandro Swaby Rodríguez en **Quienes somos y donde venimos (Sar yì ena wé se' bite)** nos narra, como se formó su pueblo (los pueblos indígenas talamanqueños):

"sibo le dijo al Siwa dale aliento al Ditsewo para que respire y llamó a Dalabulu para que vea la luz, para que el espíritu de sus ojos lo guíen y de esta forma emergimos mujeres y hombres para que el Ditsowo se multiplicara. Para terminar bien su obra y para el orgullo de mi pueblo nos dividió en clanes y estableció normas de respeto como guía en nuestras vidas, a cada clan le asignó un oficio y los instruyó para que supieran discernir entre el bien y el mal. Pero también nos enseñó que todo lo que había sobre Iriria o Kerwa eran nuestros hermanos y que debíamos vivir como hermanos respetándonos mutuamente. Por eso hoy estamos aquí y sabemos de donde vinimos".

En **Papacón**, su autora, Dalia Fuentes Aguilar nos relata el trabajo en las fincas bananeras y los peligros, carencias y tristezas de los pobladores de las zonas expuestas una y otra vez, a las llamas, sin tener posibilidades de abandonar sus terrenos y trasladarse a otro sitio más seguro;

"Llegó el amanecer, la débil luz del sol apenas pasaba entre los densos nubarrones y...con la luz del día, se pudo observar el triste y espantoso paisaje de un inmenso río devorador que había dado cuenta de un sin fin de hectáreas de tierra firme. Durante la noche había cambiado su cauce y entraba por las humildes calles del poblado y muchas casas habían desaparecido"

En la categoría de **tema libre**, Juan Carlos Morales Ruiz en **Y aquello era una fiesta**, rememora las vivencias de los pasajeros en el tren "*El Pachuco*", describiéndonos algunos de los personajes de la estación de Siquirres:

"...podríamos memorar a la negra que con una tina grande sobre la cabeza, a la usanza africana, ofrecía "pan_bon y cocadas", al negro flaco que traía cajetas de coco sobre las hojas de naranjo y melcochitas blancas con franjas rojas, al popular "Boli" (diminutivo de Bolívar) quien se ganaba la vida con sus deliciosos copos y granizados, entre otros que aprovechaban los minutos que

permanecía el tren para no solo hacer, sus "centavitos", si no también culturizar con sus platillos a los viajeros, que ya esperaban esa cálida bienvenida de aquel pueblo alegre, que con cariño nombraban 'La Siquiera'.

En la misma categoría Dalia Fuentes Aguilar nos muestra el sentir de *El Camino*, y como los indígenas, reciben múltiples promesas por parte de los políticos de construirles un camino que les permita facilidades de sacar sus productos y poder salir rápidamente en caso de emergencia.

"Ser un camino no es tan difícil y no deja de ser interesante. Las pasiones del hombre se arrastran por nuestro lodo con tal de conseguir poder y dinero. Las pisadas de muchos políticos han quedado grabadas en mí, buscando los votos de los empadronados en la comunidad vecina. Los he escuchado haciendo promesas con lágrimas en los ojos, asegurando que cuando ellos lleguen al poder ya no tendrían que preocuparse, porque podrían sacar sus productos y que podría entrar la ambulancia, porque les arreglarían el camino y ya no tendría lodo porque se los llenaría de piedras de río, pero...el camino no les creía. El ya había escuchado eso muchas veces y...en la boca de muchos por muchos años, pero...los indígenas eran nuevamente engañados".

En *Promesas*, de María Julia Hernández Hernández, llegan a nuestras manos las vivencias de dos niñas que crecen esperando verlas hechas realidad;

"Nos sentíamos poderosas paseando en bicicleta...libres como gaviotas. Sentarnos en el tajamar de los Baños, con la brisa tranquilizante y fresca, ver la tarde caer, moviendo nuestros pies descalzos y húmedos por la espuma del mar, ella esperando que su deseo se hiciera realidad, yo deseando calladamente que en aquel barco lejano en el horizonte, quizá, me trajera de vuelta lo que me habían prometido".

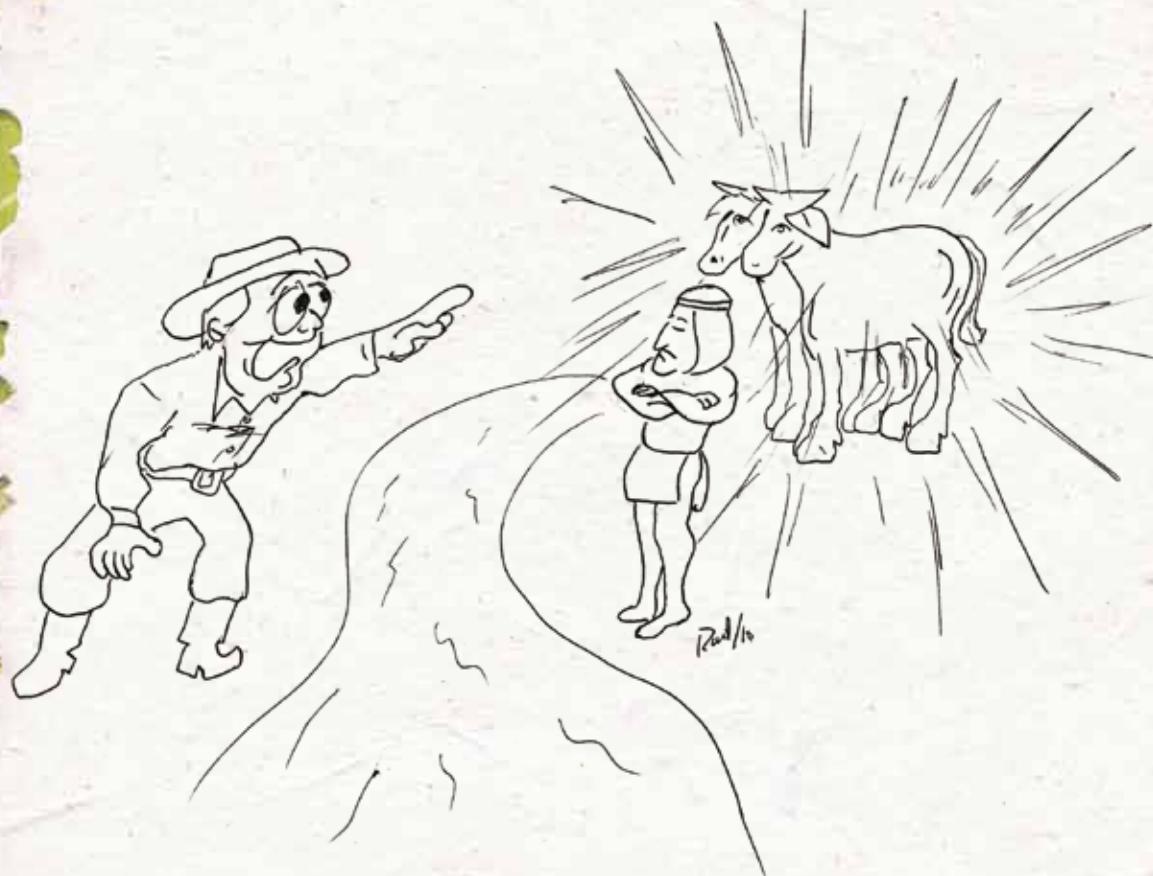
Para concluir, la sección de anexos contiene la lista de participantes, la boleta de inscripción del Certamen de Tradiciones Costarricenses de la provincia de Limón, el acta de nombramiento del jurado, el acta de premiación del jurado, el programa de la clausura y una secuencia fotográfica de la misma.

Yanory Álvarez Masís

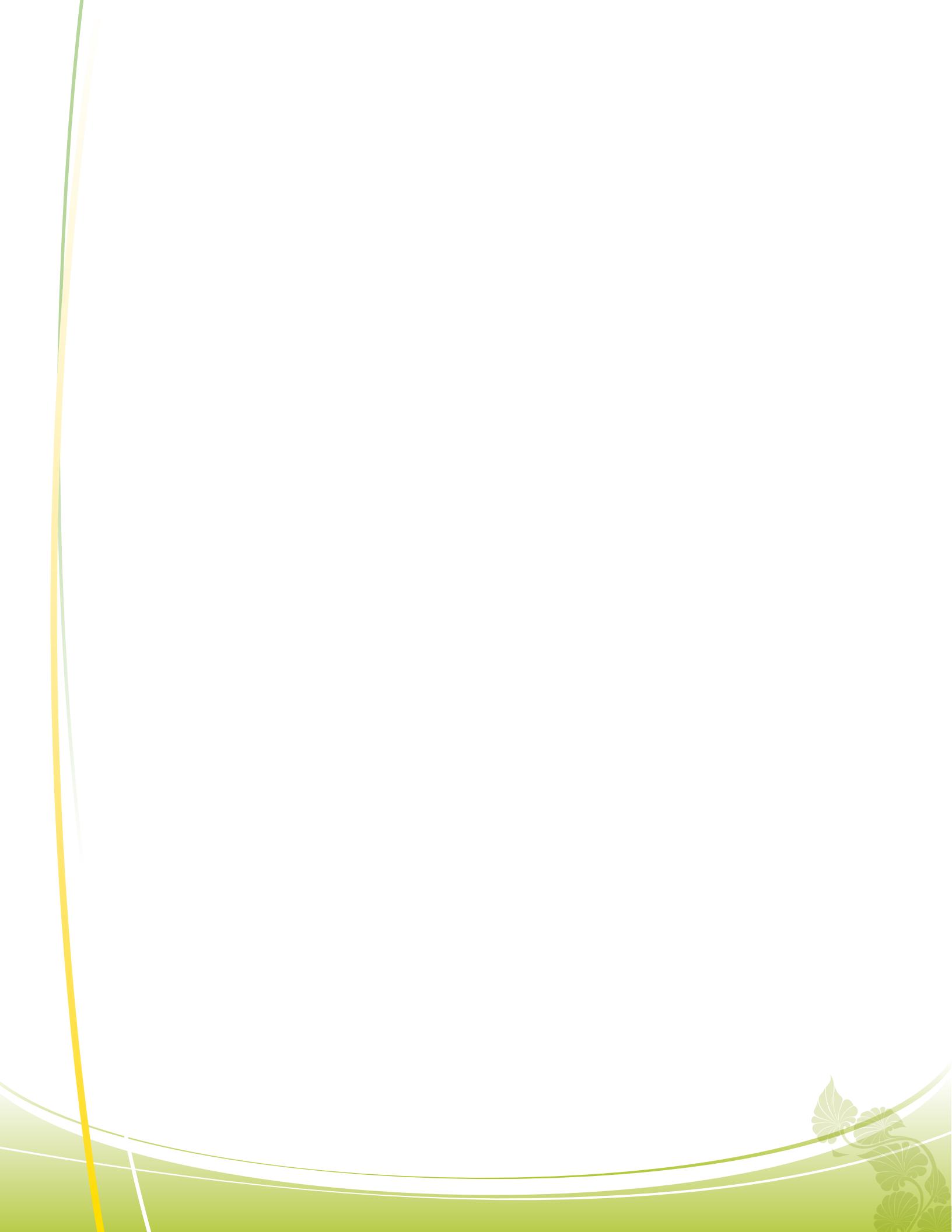
*I. Trabajos
Ganadores*



Cuentos y Leyendas



Dos Novillos.
Dibujo: RAÚL ARIAS SÁNCHEZ



***"La mina de oro de Pocora"
Historia y vida de un Pueblo, leyenda***

LUIS FERNANDO SALAS FUENTES
POCORA. GUÁCIMO
PRIMER LUGAR

Antes y después de 1911, fecha histórica para el país, para una provincia y sobre todo para un poblado naciente, en un lugar del atlántico, ubicado aproximadamente a 28 kilómetros al oeste del centro de Guápiles, es la fecha que hoy día podemos leer en una placa firmemente adherida al bastión izquierdo, cara al este del puente del ferrocarril sobre el río Dos Novillos, más conocido como el río Pocora. Nacimiento de leyendas e historias, cuna y sueño eterno de un porvenir lleno de esperanzas y sacrificios de nuestros antepasados, unos llegaron de otros pueblos y naciones, otros nacieron, pueblo lleno de grandes hombres y mujeres, de inmensas riquezas étnicas y variadas costumbres que nos dan el sabor de un pueblo valiente que forjaron su historia y hoy casi se nos olvida, pues las generaciones pasamos y olvidamos nuestras raíces.

En antaño eran tierras de indígenas que después de la conquista se vieron obligados a abandonar, dejando en ellas sus costumbres y leyendas, que a través de sus ritos y formas de vida representados en los extensos cementerios encontrados y profanados, saqueados por personas que solo querían riqueza sin importar a costa de que, es de esta tierra bendita del señor de la que hoy hablamos, de una parte del trópico húmedo, de la zona de Guápiles como se le conoció y particularmente del pueblo de Pocora, tierra que todos respetaban, a donde muchos llegaban pero muy pocos regresaban pues a innumerables peligros día a día se debían enfrentar, desde las fatales y comunes

mordeduras de serpientes, el pesado clima y hasta luchar con diferentes fieras salvajes o las incontrolables enfermedades de paludismo, fiebre amarilla, sarampión y otras que se convertían en epidemias, algo común en esta zona, las heridas accidentales que podían significar la muerte; a todo ello nuestros antepasados se enfrentaron para formar este pueblo luchador, con sueños de dejar huellas profundas y heredar grandes hombres y mujeres a una patria que los vio nacer como un pueblo próspero, en una provincia de grandes prodigios, dados de la mano de Dios mediante su naturaleza variada y bendita, donde la cacería y la pesca eran el principal modo de alimentación, adicional al arroz y los frijoles, una tierra de frutos abundantes, con aguas muy limpias.

Con la llegada de la construcción de ferrocarril del atlántico, la mayoría de los pueblos que hoy conocemos se fueron formando, luego de la llegada del hombre negro que con su corpulenta figura y excelente resistencia, muy especialmente a las enfermedades de la zona, donde blancos y amarillos no resistieron, estos dieron fin a la construcción del ferrocarril, que al final de tan gran valentía y hazaña, el país entero les debía al menos, regresarlos a su país natal con las ganancias de su esfuerzo, tal sacrificio no fue recompensado y no se les regreso, permitiéndoles tener derechos de tierra a lo largo de la vía férrea, con la esperanza de que algún día regresaría a donde sus seres queridos. Esta dura realidad es parte de los primeros pobladores posterior a la construcción del ferrocarril, como parte de ello entre 1900 y 1911 se empiezan a agrupar los primeros pobladores conocidos en este pueblo, llamado **Pocora** que en aquella época no tenía nombre y se deduce de las leyendas contadas que su nombre provino del decir de los negros y viajeros que venían, “**a donde se vivía pocas horas**”, debido a que cuando un blanco o un chino adquirida alguna enfermedad este moría en muy pocas horas y en la expresión entremezclada del dialecto de los negros y de un escaso y mal pronunciado español se fue deduciendolo como “**Pocora**” según versiones de los ancianos, y este nombre se dice que se da en los albores de la década de 1920. (***)

También la historia de tradición hablada, pasada de generación en generación de este pueblo, cuenta que en la década de 1920 lo que conocemos como Pocora Norte, o sea al lado norte del ferrocarril, era una finca que pertenecía a un hombre de origen Alemán de nombre no recordado, a esta finca se conocía con el nombre de “**SAN NICOLAS**” este Alemán del cual muy poco se conoce al parecer se fue para su país natal, por razones desconocidas, (se supone que fue durante la primer guerra mundial) lo cual provocó que la finca quedara en abandono en su mas de 1500 hectáreas de terreno y esta por ser terrenos no registrados paso a ser parte de los denominados terrenos municipales de la región de Guapiles, terrenos que según se conocía sus límites daban desde la colindancia con la finca Milano en el sector conocido como Mascota por el lado norte, al sur con la rivera del ferrocarril, al este un poco mas allá del río



Dos Novillos. Dibujo Raúl Arias Sánchez

Destierro hasta donde estaban las palmeras de la Finca Milano y al oeste después del río Dos Novillos (o río Pocora) hasta donde empezaba la finca Bremen, en donde estaba el toril.

De leyendas y versiones contadas, de visiones o ilusiones la historia nace y se hace, se teje día a día como la araña construye su casa, siendo esta tan fuerte como para propiciar el suficiente alimento a su creadora y a veces tan frágil que hasta una simple hoja que cae de lo alto la traspasa, provocando trastornos y trabajos adicionales a

la araña, así de simple es la historia, tan fuerte a veces y tan frágil para perderla de forma irrecuperable aunque la queramos mantener, siempre nos quedan fragmentos no recuperados, de la misma manera que sucedieron; por tal razón es que se dice que el nombre del río "Dos Novillos" allá por la década de 1920 se debe; a que alguien dijo haber visto o encontrado dos hermosos novillos de oro macizo en la rivera del río (o dentro del río) y desde entonces se le llamo el río Dos Novillos, (****) y por eso también siempre se ha dicho que en los secretos de la rivera de este río ha existido una mina de oro de la cual los indígenas creaban hermosas piezas de oro con figuras autenticas, con belleza única, las cuales se han encontrado en los cementerios saqueados, por eso la leyenda de la Mina de Oro.

Se conoció de dos hombres, los cuales pagaban los comestibles y herramientas con pepitas de oro macizo, por esta misma década de 1920, cuenta la historia que uno de ellos desapareció misteriosamente y el que quedo vivo contó que lo había tenido que enterrar en lo profundo de la montaña debido a una mordedura de serpiente, este hombre cuyo nombre no se pudo precisar en la mente de los mayores que contaban la historia, decían que este personaje con algunos tragos en su cerebro había dicho que la mina de donde ellos sacaban oro le había sido mostrada por un indígena y el pacto había sido nunca revelar a otros su camino; dicen que a este hombre lo siguieron muchas veces pero se perdía su rastro en la montaña como si ella misma misteriosamente se lo tragara y luego lo devolviera de la nada, su dirección siempre fue hacia el sur propiamente en la finca conocida como la Argentina, hasta cierto sector y luego se adentrada en la montaña, por ultimo se conoce que al encontrarse enfermo e imposibilitado para continuar las duras faenas de orero este señor dispuso matar a su mula y perro, fieles compañeros de sus misteriosas desapariciones en la montaña, luego de tal acción, conocidos le preguntaron la razón de eliminar a tan fieles amigos y este respondió; el secreto de la mina debo de llevármelo a la tumba, si dejo vivos

estos animales luego por ellos llegaran a la mina y el pacto con el indígena fue que nadie mas deberá llegar a donde esta el oro, lo cual cumplió fielmente y la historia se convirtió en leyenda porque hasta la fecha nadie a podido llegar a tan buscada mina de oro de Pocora.

*** Estas versiones se recopilan de las narraciones de Rubén Camacho, cariñosamente "Camachito" y Francisco Barquero, Cariñosamente "Paco Guzmán" que de Dios gocen, hombres de la época.

●—————
La promesa
●—————

GIOVANNI RODRÍGUEZ LEÓN
SIQUIRES, LIMÓN
SEGUNDO LUGAR

No estaba segura del tiempo transcurrido, ¿una hora?...quizás. Era lo que menos importaba. Su mirada volaba aletargada de los pliegos de papel perfumado al murmullo del tránsito y las voces que llegaban a través de la amplia ventana de cristal. ¿Qué escribiría en aquel papel? Esa era la cuestión. Sentía el peso de la promesa sobre sus hombros, pero el tiempo había pasado inexorable y ese peso no había sido capaz de conducir su mano sobre el papel. Todo hasta ahora había sido intentos negligentes, esos extraños "engaños" que suelen hacerse las personas. Pero bueno, es que su corazón era un mar de dudas, por lo efímero de ese extraño encuentro en aquel remoto pueblito al otro lado del Atlántico. ¿Acaso habría sido capaz de enamorarse realmente? Jamás se había dado esa oportunidad y ahora sentía un volcán en el pecho con un magma de sentimientos candentes, pero confusos, indefinidos... No podía evitar reconocer que el solo hecho de recordar algunos detalles de esos cinco días en Puerto Viejo de Costa Rica, producían en ella una sensación extraña, a la que no le era posible dar con certeza un nombre. Pero, con todo y todo, ¿qué le diría en aquella carta que no había sido capaz de escribir hasta ahora? Sabía lo que tenía que decirle, mas no lo que quería decirle. ¿O era más bien lo contrario...? Sabía también lo que aquel corazón y aquellos ojos negros esperaban leer de su cuño, pero allí inclinaría su vida definitivamente y le dio miedo. ¡Sí, eso era! Ahora reconoció nítido ese sentimiento: ¡miedo! Miedo de nuevas promesas que la arrastraran hasta alguna decisión total. Al

menos ahora sabía de un peligro que sortear. Tomó aquel bolígrafo caribeño barato, decorado con una figura de "iguana", y en la parte superior izquierda de la hoja escribió: Londres, 22 de abril, 1991...

Porte rasta. Tórso desnudo, trabajado para la seducción. Andar despreocupado, ocupado de atraer miradas de ojos celestes. Al principio, cuando aun lo mecían las dudas de la juventud como sobre una panga, no estaba de acuerdo con aquellas apuestas a la suerte. Por otro lado, su anciana madre había dejado sus últimas fuerzas en el empeño de convencerle de que aquél era un mal camino, una elección torcida. Había soñado con su hijo vestido de traje negro, con un título bajo el brazo, bajando orgulloso de un avión procedente de Inglaterra. Pero ese sueño fue poco a poco convirtiéndose en una molestia dolorosa dentro de su frágil pecho de madre. Sin embargo, la vida al menos le evitaría el último dolor de ver a su hijo, a su pequeño Arthur, convertido en un... Ella conocía con certeza la frágil naturaleza del fruto de su último amor, por eso se volcó sobre él con sus alas protectoras. Tuvo que enfrentarse con sus demás hijos. Luchó cuanto pudo. Pero ahora las fuerzas la abandonaban y solo le restaba confiar en que su polluelo hubiese crecido lo suficiente para dejarlo seguir el camino solo.

El tiempo continuó cerrando páginas; la cerró para su madre. Él, con esa mezcla de miedo y resolución que a veces es capaz de producir el enfrentarse al dolor intenso, encontró en la muerte de ella las fuerzas para esa postergada decisión.

Terminó por ser uno de los mejores exponentes de aquella especie de *pasarella negra ante europeos ojos femeninos*. A algunos de sus predecesores nunca más volvió a verlos. Sin duda había volado muy alto, como para regresar al pequeño Puerto Viejo. El también volaría, acaso más alto que todos ellos. Algo lo hacía sentirse seguro de eso. Y por fin también a él le llegó su día. Saboreó las mieles del paraíso... pero un paraíso todavía muy pequeño; siguió pegado a la arena que lo vio correr desnudo tras los cangrejos de colores. Al menos custodiaba en su pecho el tesoro de una promesa, enorme, inamovible, ¡verdadera! Muchas palmeras murieron, a otras las arrancó la marea, por tener un poco más de comodidad para llegar hasta las raíces de los almendros. Y el tiempo siguió su lenta marcha, aburrida, obstinada. Poco a poco aquellos días calurosos fueron engullendo esa mezcla de emoción ilusión esperanza de felicidad con implacables golpes de realidad que, como a todos cuantos dependía allí de lo poco que da el mar, es decir los peces y los turistas, llenaba de cicatrices el espíritu. Sin tener tiempo para meditar en ello, menos para analizar lo que ocurría, su espíritu, irremediablemente, se fue arrugando, como la piel después de varias horas en el agua salada de los arrecifes. "Las verdaderas promesas nunca llegan a cumplirse..." Aquellas palabras que le oyera una tarde al viejo Woodley hirieron a menudo su acalenturada mente, desde que el tiempo se fue estirando como la línea del horizonte

marino, eterno, inalcanzable. Y se estiró mucho el tiempo. Mucho, mucho. Y su alma se fue haciendo pequeña, minúscula, toda ella abarcada por un único pensamiento. La promesa fue en su mente un trozo de papel escrito llegado de tierras lejanas, como una minúscula alfombra mágica sobre la que surcaría ese mar infinito de la bóveda celeste, hacia un mundo apenas presentido, pero, sin duda, total, eternizante.

Y como sus recuerdos estuvieran pegados a las cosas de allí, sintió la necesidad de moverse, por salvarse un poco de todo aquello "y de todos aquellos", sus amigos de entonces, los mismos que sí sabían lo que él esperaba. Los mismos que un día empezaron a reírse maliciosos mientras murmuraban de lejos, bajo las palmeras del borde del mar. No podía permitir que atentaran contra su Promesa, que había terminado por convertirse en su aliento de vida. Se fue más al norte: Cahuita. Para entonces su espíritu estaba pronto a convertirse en una pasa negra, *tostada al sol y con sal en vez de dulce...* para siempre... En su nuevo "hogar" nadie lo conocía, pero no tardaron los niños callejeros en meterse con él. Como se negara a responder cuando preguntaban cualquier cosa, le llamaron *don Negro*. Al cabo de un tiempo el sobrenombre tomó tintes

anglosajones y fue: *mister Black*, así, con minúscula. Allí también pescó, llevó, chapeó, apeó y vendió. Poco importó para él de dónde vinieran algunos pocos pesos para mal comer. Después de todo "las verdaderas promesas nunca llegan a cumplirse..." y desde hacía ya un buen tiempo, tenía la sensación de que aquella que le hiciera la rubia del barco, con la que conoció por un instante el Paraíso, era una promesa verdadera...



Cahuita. Yanory Alvarez Masís

Fue por aquella época que su mente se nubló y su espíritu cerró en definitiva las puertas al mundo exterior y se encerró para siempre. Solo persistió entre brumas una idea confusa que se le aparecía entre sueños, mientras permanecía largas horas tendido al sol. Una difusa figura de mujer fue lo único que continuó viendo, con esa mirada vuelta para adentro, con los ojos del alma, porque los del cuerpo fueron ya incapaces de ver el blanquiazul del cielo y el café verde de las palmeras. Ya no supo quién le dejaba al alcance de sus manos algo

de comer, pupes comió como un reflejo, sin saber qué ni cómo. Se convirtió en una palmera muerta...o casi, porque seguía respirando y comiendo algo y todavía su mente era capa de "ver" una figura de mujer flotando sobre un horizonte blanquecino.

Pero un día ocurrió algo extraordinario. La tierra empezó a moverse violentamente, como una hamaca sacudida por una mano traviesa. Y la mente de *míster black* despertó por un instante, sacudida por la tierra misma. A su alrededor todo era gritos y ruidos. También hubo llanto; supo reconocer sin dificultad esa manifestación total de la voz humana. Y la palmera casi muerta al fin se movió. Sus ojos lograron denotar contornos confusos. Y la palmera quiso dar pasos y rodó por tierra se le había entumecido las raíces. Y como de niño lo hiciera en la playa, lo intentó una y mil veces. Y echó por fin a andar. Siempre al norte, al norte, bordeando el mar, con paso irregular, hundido en la arena húmeda, siguiendo su brújula interna, ¡eterna! De noche, de día...

22 de abril; una fecha como cualquier otra en ese Londres ruidoso. Ya en la calle, se detuvo un instante a mirar el sobre. Sus pálidas manos temblaban ligeramente. En su pecho sentía una confusión de sentimientos que nunca antes había experimentado, al borde de la portezuela, a muchos metros por encima de la tierra, que al mismo tiempo encierra la dicha efímera o la muerte. Pero estaba decidida. En cuanto pusiera en el correo aquella carta, iniciaba su salto, su vuelo. No era necesario escribir remitente ni certificar, pues detrás de la carta volaría ella, cruzando el Atlántico... de nuevo.

Un día la palmera por fin se planteó en el Parque Vargas, inclinado su tallo hacia el muelle, el mismo muelle por donde conoció la felicidad fugazmente y esperaba volver a encontrarla, con figura de mujer. Varias veces quisieron arrancarlo los policías, para que no afeara el recorrido de los turistas; tal vez lo sembrarían en cualquier otro rincón, pero no pudieron con el peso de la esperanza y permaneció allí plantado con su rostro sin emociones, mirando hacia las profundidades de su alma, esperando la vida, el cielo prometido. Pero su cuerpo fue marchitándose, secándose. Había esperado demasiado tiempo. No es cierto que se pueda esperar eternamente; la vida no alcanza. A menos que se puede seguir esperando en la otra vida, pero ya que para qué; allí el corazón no palpitaba. El, por lo menos, no pudo esperar más y fue recostándose como un niño hambriento, para siempre, sobre sus raíces.

Aquella ciudad estaba un poco sucia, es cierto. En muchas partes había secuelas del terremoto, pero para sus azules ojos seguía siendo la más bella. Habían pasado varios años y por un momento la inundó el temor de haber perdido la belleza que él tanto se encargó de resaltar, con palabras, con halagos, con besos de sal, con dibujos a dedo en Playa Negra; brindando con pipas y camarones sobre brasas encarnadas. Una única vez antes de ese momento había estado ahí y ahora volvía en alas de una promesa. Para cumplirla, para

cumplírsela a ella misma. Allí empezaría eso que juntos, entre risas mojadas por la espuma marina, habían llamado cielo. Recordó las palabras precisas: "cuando vuelva te llevaré al cielo conmigo..." Decidió dar un pequeño paseo por la calle que está entre el parque y el muelle, por cargarse de recuerdos, por desentumecer sus alas después del largo viaje, pero no pudo; la policía judicial había cerrado un sector de la calle debido al levantamiento del cuerpo sin vida de un indigente. Contrariedad. No estaba entre sus cálculos un obstáculo en ese momento mágico. Se le clavo entonces una duda en forma de fino puñal en medio del pecho; ¿qué garantía tenía que aun estuviera esperándola?, ¿la promesa? Era verdad que había una promesa, pero ¡cuánto tiempo le había tomado cumplirla!



Wizcaya. Foto Yanory Alvarez Masís

Pareció apagarse el sol. Pero no. Se resolvio y rechazo con vigor aquellos inoportunos pensamientos; nada debía estropear este momento definitivo que apenas comenzaba. La duda se mudó, entonces, una vez más, en dicha, en fuerza_ilusión, que la empujó hacia la Terminal de autobuses de Puerto Viejo, toda ella llena de infantil emoción por el inminente reencuentro. Ya en marcha, pasado Cieneguita se embriagó de mar, de amor turquesa y, recostada a la ventana,

cerró los ojos, acaso por volar más alto y más veloz que el viento hasta los brazos de su amado, de su hombre; alto, bello y fuerte, como una palmera vigorosa...

* * * * *

En medio de un grupo de escombros, que seguía allí como recuerdo del terremoto, un empleado de correos leyó indiferente las letras a mano que lucían escritas en el último sobre que consumía la fogata de cartas sin entregar: *Míster Arthur Campbell Brown, Puerto Viejo, Limón, Costa Rica, América Cent...*

El sobre tenía una bonita inscripción a colores con la bandera inglesa. No tenía remitente.

El monocordio prodigioso

MARIO GRANADOS CÉSPEDES
LIMÓN, LIMÓN
TERCER LUGAR

A aquella hora de la mañana, con el afán ruidoso cotidiano despertaba el puerto. Desde muy temprano, sus calles se convertían en un hervidero de estropicio y bochorno que aturdía los sentidos.

Gente abriéndose paso a empellones, pregoneros estentóreos y buhoneros frenéticos, en su lucha perenne por ganar espacios en una ciudad trastornada. Los escasos momentos apacibles se veían interrumpidos por bochinches y altercados en garitos y prostíbulos, especialmente. Borrachos embrutecidos por los alrededores del mercado trenzados en disputas y reyertas. Barullo y escándalo desenfrenado.

Entre aquel contraste de algarabía, vida y zarpazos, transcurría el tiempo. Limón era un puerto con arrestos de ciudad, donde el milagro del mestizaje se fue prolongando tal vez sin darnos cuenta. Hubo un tiempo en que no llegaban barcos, y la gente lo tomó con indiferencia.

De las abastecerías improvisadas con bandejas extendidas en las aceras, se desprenden los olores de las fuentes cargadas de fritadas, sartenes y calderos con pescado que venden las madamas jamaicanas. Trajín alborotador y bullanguero, monótono y repetido. Todo es lo mismo, un año y otro año. Al parecer, ningún acontecimiento, ni siquiera un prodigo, transforma este modo de vida. El tropel de ruidos seguía. Y apenas perceptible, a lo lejos, se oía un tren partir.

La mañana avanzaba. Fatigado al fin, me dispuse a marcharme de la esquina donde me había detenido sin ningún propósito, cuando de pronto apareció ante mí la figura de un hombre extraño, taciturno y con el semblante apagado. Parecía atrapado por una paranoia. Era alto y de contextura delgada. Su barba le daba un aire de profeta. Tenía una mirada serena. Su apariencia era la de un ermitaño errante.

Me llamó la atención su vestidura estrañafalaria. Llevaba un pantalón oscuro remangado y mugriento. Le colgaban unos envases herrumbrados, unas cajas de cartón y unas láminas plásticas. La camisa está hecha de retazos y en trizas, que se agitaban como banderines al viento. Como anudada en la cabeza, una gorra raída y ridícula. Lucía una armazón de anteojos de color rosado, que le daba un aspecto de comicidad. "Nada _me dije_ este es un zulu". Después pensé que debía ser uno de los que nunca regresaron a su tierra.

El examen minucioso continuó. Disimuladamente observe que sostenía en una de sus manos una especie de arco tubular con la apariencia, por su elasticidad, de un arma que sirve para disparar flechas, puesto que llevaba un rústico cordel atado en ambos extremos. También me pareció que aquel extraño objeto podía ser un monocordio, un instrumento medieval ya desaparecido.

Se detuvo ante la puerta de un bazar que se hallaba abarrotado de parroquianos. En ese sitio permaneció imperturbable, con su mirada inexpresiva. Esbozaba, eso sí, una leve sonrisa. Parecía, pese a lo desaliñado de su aspecto, un hombre feliz, sin apremios.

Un rato después, los del bazar pusieron a funcionar un enorme aparato de música ensordecedor, para animar a clientes y transeúntes. El alucinado, al oír aquel raudal sonoro, se sublimó de repente. Permaneció así en un trance evanescente.

La música cadenciosa, rítmica y acompañada, transportó al alucinado hasta la región del delirio: "Morena de caderas cimbreantes /me estrujas el corazón / al retumbar los tambores..."

Aquel hombre no era más que una sombra perseguida por la música. Tenía el alma aturdida. Ya había asumido el porte de los ejecutantes. Tomando el arco metálico con su cordel como única cuerda, y empezó a balancearse rítmicamente. Dejó que la música, como un vendaval, lo arrastrara. Con un inefable movimiento de manos y de destreza digital, pulsaba el bordón de su instrumento imaginario: "Tus encantos me arrebatan /en noche clara y serena/ mujer eres lumbre encendida..."

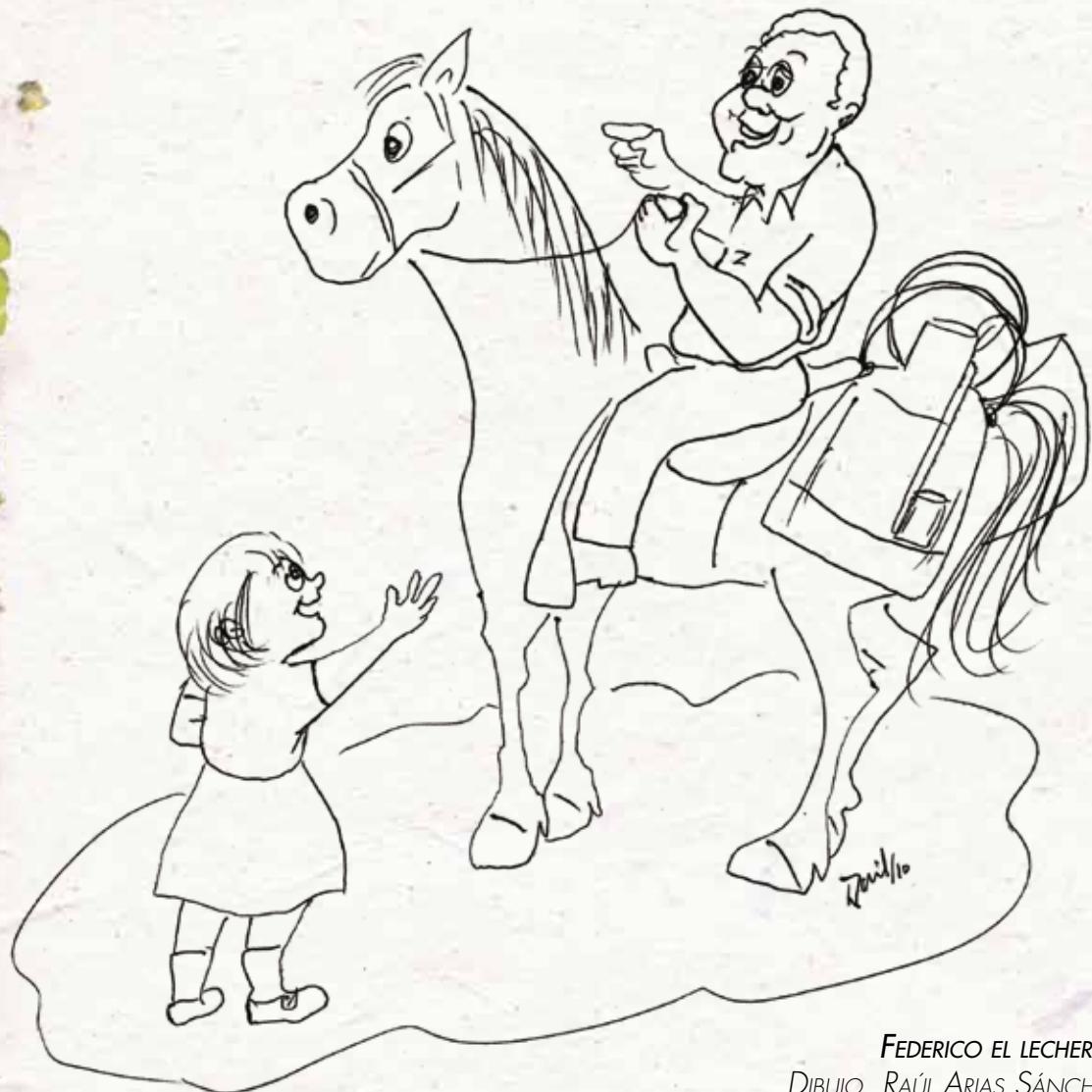
Aquel sublime paranoico estaba en el umbral del arroabamiento. De vez en cuando inclinaba la cabeza sobre el arco, como para comprobar la entonación, y la limpieza de los acordes de aquel artefacto. La gente empezó a congregarse a su alrededor entusiasmada. Y él seguía haciendo maravillas con sus dedos de prestidigitador. Se detenía en el contrapunto de la expresividad melódica, para luego reanudar su acompañamiento con un brío majestuoso que arrancaba aplausos.

Ya estaba a punto de concluir aquel insólito concierto. Una multitud asombrosa se arremolinaba interrumpiendo el paso de los carretones tirados por caballos. Cesó el bullicio y los tropeles. Se hizo un profundo silencio para escuchar las últimas estrofas de la pegajosa y cadenciosa canción y admirar la destreza de aquel extravagante exponente: "Me llena de pena / amarte cuando llega la alborada/ negra hecha de fuego con sonrisa enamorada".

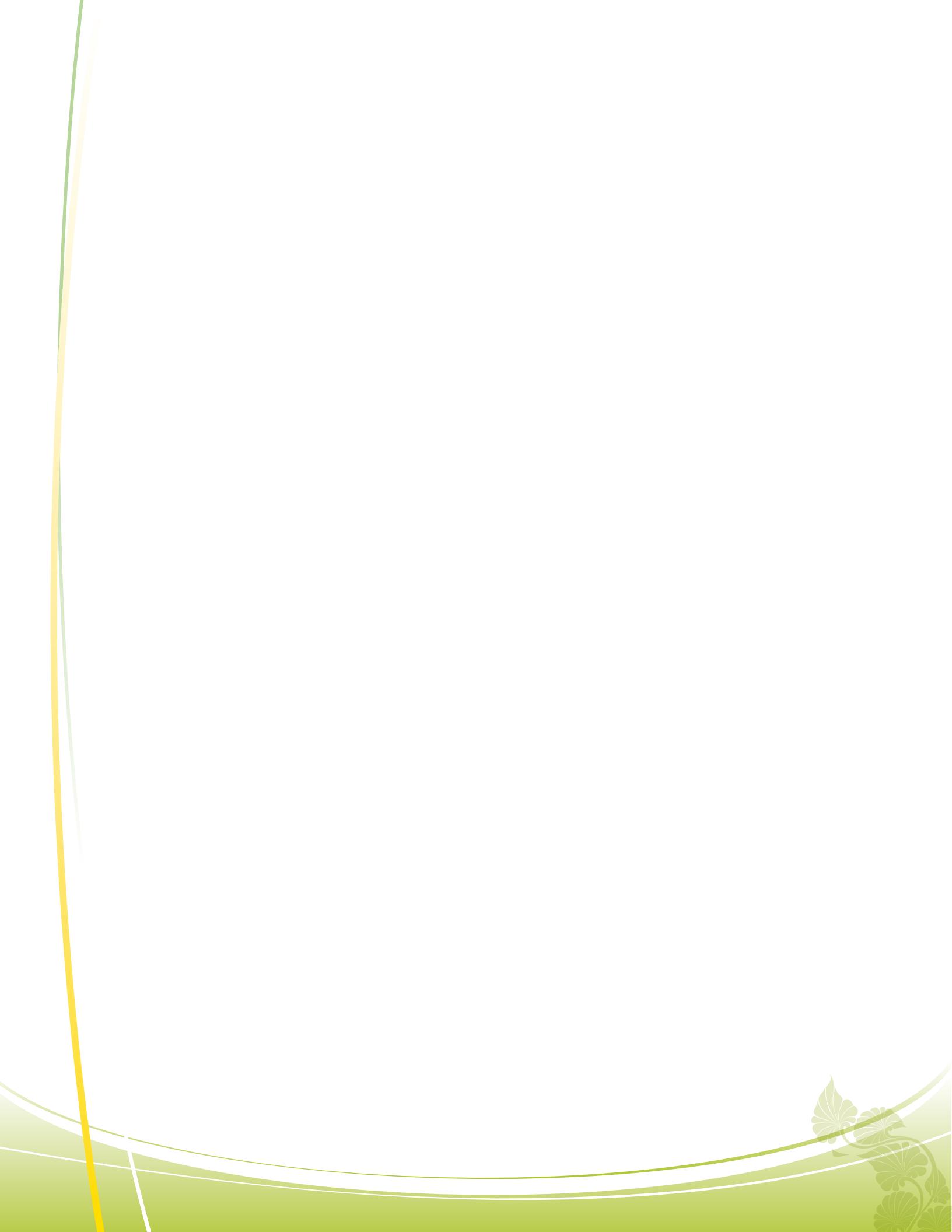
Un aplauso rotundo, definitivo y prolongado, remató aquel acontecimiento. La figura magistral –decían las gentes_ había sido el percusionista. Empezaron las conjeturas y las especulaciones. Algunos más atrevidos hacían afirmaciones de toda índole: Siempre fue un magnífico músico. Llegó a tocar con la gran orquesta de Johnny Steel; llegó a integrar la orquesta "River Side". Y seguía la hipérbole al infinito en medio de la euforia.

Una cosa si es cierta, _y en eso convinimos todos_ y lo dijimos por convencimiento: todos escuchamos perfectamente el bordón diáfanaamente del instrumento de aquel errante que había perdido la razón.

Anécdotas e Historias de Vida.



FEDERICO EL LECHERO.
Dibujo. RAÚL ARIAS SÁNCHEZ



*Limón. Visto por mis ojos de niña
En la primera mitad del siglo pasado.*

NOEMY (EMILCE) PADILLA PORRAS
LIMÓN, LIMÓN
PRIMER LUGAR

Vine al mundo el 17 de abril de 1931 y las manos que me dieron la nalgadita de rigor, eran negras como el ébano y el rostro sonriente que anunció a mis padres: Es una niña fue el de Mamá Lilí. La partera oficial de Puerto Limón.

Escasos metro y medio de estatura, siempre vestida de blanco, con botines negros y cargando un maletín, debidamente equipado para atender a domicilio, con paciencia y voluntad, cualquier emergencia de sus pacientes. Mi padre decía de ella: "Es toda una institución".

Yo no tengo raíces familiares en Limón. Mis padres se instalaron allí por negocios. Y allí nacimos mis hermanos y yo. Un gran rótulo decía "Zapatería Modelo de Medardo Padilla".

Recuerdo lo orgullosa que me sentí cuando aprendí a deletrearlo, con ayuda de mi hermano mayor.

Todas las mañanas mamá nos bañaba y papá nos daba cinco céntimos a cada uno. Ese capital nos permitía comprar un buen puñado de confites, una melcocha de coco, o un paquetito de galletas en la panadería de Lobelia León y para ajuste pedíamos la feria.

Las compras se hacían diariamente donde el chino Fan Ge, nuestro gran amigo que nos vendía desde un cinco de mantequilla o jalea, hasta un cinco de carbón para el anafre.

A media mañana una rítmica musiquita inconfundible nos anunciaba la llegada de Federico el lechero que al trote de su caballo, al entrechocar de tarros y cucharones de hojalata alegraba el ambiente.

Federico era un joven negro siempre sonriente, de dentadura perfecta que en las mañanas lluviosas se cubría con inmensa capa y sombrero ahulados que protegían al jinete y a su cabalgadura.

En ese entonces, en Limón no precisaban esconderse detrás de grandes tapias, ni rejas, ni candados. Los patios traseros de las casas eran abiertos, de tal manera que usted podía atravesarlos de lado a lado de la cuadra sin otro inconveniente que tener cuidado de no ensuciar la ropa blanca que las vecinas dejaban blanqueando al sol y al agua, sin temor a los ladrones.

Así disfrutábamos de un pintoresco desfile de hermosas negras con bateas a la cabeza ofreciendo delicias para el almuerzo.

_Plantin, plantin, banana .Chichene, fruta pan siniora...

La fábrica de hielo de Los Garrón.

Entonces nadie tenía nevera y el calor descomponía los alimentos. Por tal motivo todos los días llevaba a la puerta de la casa un pedazo de hielo que servía para conservar la comida y para hacer un pichel de refresco para el almuerzo.

Caballero!!!

El vendedor de helados

Cuando el sol caía perpendicular y el calor sofocaba, se oía una potente voz que gritaba:

"Caballero...cómprele un helado a su señora. Y seguía rodando su carretillo por todo Limón.

Un filántropo

Contaban mis padres, la historia de un chino, que llegó a Limón sin un cinco en la bolsa y a punta de trabajo honrado, logró amasar una fortuna.

Ese rico caballero se llamaba Juan José León y contaba mamá, que con su dinero ayudó a incontables familias y sobre todo fue un mecenas que financió a muchos jóvenes que querían estudiar, no podían hacerlo por falta de recursos. Él los ayudaba con una condición: que nadie lo supiera...

La ley y el orden

En esa época la vida transcurría tranquila y apacible. Me contaba abuelita que la máxima autoridad del pueblo era un caballero muy respetado llamado Don Fulgencio Campos. El defensor de los niños y de las viudas, decía abuelita.

Su majestad El Rey

Llamaba mucho la atención, que la sociedad negra celebrara con pompa y derroche de lujo el cumpleaños de Su Majestad El Rey de Inglaterra.

Con un vistoso desfile, tocados con vísceras de celuloide, allí disfruté las maniobras de bastonera capaces de lanzar los bastones al aire y luego apañarlos con gran precisión. Por cierto allí conocí las gaitas.

Fue algo digno de verse y oírse.

Miss Jessy y Miss Doroty

Yendo hacia la Zona Americana nos llamaba la atención un bellísimo edificio de madera, era templo y escuela de la población negra, regentado por dos damas de estatura impresionante que se distinguían por su elegancia; vestían trajes de muselina largos, botines de charol y ataviadas con sombreros y guantes.

De ellas se decía que provenían de Kingston y eran contratadas por la compañía Bananera. Se llamaban Miss Jessy y Miss Doroty.

La Logía Masónica

Una distracción dominical de la chiquillada era recorrer el tajamar y colecciónar los caracolitos que quedaba al retirarse la espuma del mar sobre el tajamar.

De vez en cuando corríamos divertidos hasta media calle para que no nos bañara una ola cuando subía la marea.

De pronto todos guardábamos silencio ante la sobrecogedora belleza de un extraño edificio de madera, montado sobre pilotes de concreto, clavados sobre la roca y dentro del mar.

A él solo se ingresaba por un puente de cemento sobre pilotes, y protegido por un portoncito de hierro con cadenas y candados.

El edificio de forma exagonal estaba circundado por un corredor todo en maderas muy finas. Realmente el edificio era una obra de arte, pero en ella nunca vimos a un ser humano, el portoncito siempre estaba cerrado y nuestra imaginación de niños tejía historias a cual más sobrecogedora sobre “*La Logia*”, en el mar.

En el siglo antepasado muchas familias emigraron de Jamaica y las personas mayores soñaban con regresar a su patria, tanto así que no se interesaron en aprender el idioma español ni poseer una casa propia.

Compraban camas de bronce y ropa de cama bonita para cuando retornaran a Jamaica y para no estropearla, preferían dormir en el piso. Lo triste es que por diversas razones, el tiempo pasaba y envejecían y morían sin poder volver a su tierra.

Los jóvenes, poco a poco se fueron integrando a nuestra sociedad y hoy son ticos como el que más.

Como admiro a estos profesionales que hoy son ejemplo de su raza y parte muy importante de nuestra historia.

Querido lector. Otro día continúo contándole mis recuerdos.

Atentamente

Noemy

Las retretas (y los Recreos)

Algunas noches, mis padres salían a refrescarse al Parque Vargas.

Me contaba mamá que en una retreta allí, ella conoció a papá, que era muy romántico, porque las muchachas se paseaban por los senderos del parque, mientras la Banda Municipal ejecutaba la bellísima pieza “Ramona”; de repente, mi padre que estaba con unos amigos le lanzó un piropo, sus miradas se cruzaron y esa noche se hicieron novios.

Otro día les cuento de los funerales. Cuando el difunto era un chino o cuando era un negro, era muy diferente.

También quiero contarles sobre Mr. Pitt el fotógrafo. La librería de Canalías. El Comisariato de la Compañía Bananera. La proveedora de los Pardo.

La Importadora de Felipe y Alvarado. El almacén de mi padrino Félix del Barco. El almacén de don Uladislao Hernández. Los joyeros Maldonado. Los cazadores Madrigal. Etcétera, etcétera.

El primer equipo de foot boll, "El Oriente" y el equipo de base boll, "El Montain Porver".

Todo está mal escrito, pero usted entenderá que ya casi tengo ochenta años y escribo muy despacio.

Noemy



MR. PIT, EL FOTÓGRAFO.
DIBUJO. RAÚL ARIAS SÁNCHEZ

QUIENES SOMOS Y DONDE VENIMOS. Sar yì enq wé se' bite

ALEJANDRO SWABY RODRÍGUEZ
SURETKA TALAMANCA
SEGUNDO LUGAR

Para los pueblos indígenas emergimos en medio del fuego y del agua, en medio de la luz y de las tinieblas, en medio del espíritu y de los elementos, lo que nos convierte en espíritu y elemento a la vez.

Cuando niño escuchaba con mucha atención lo que platicaban mi padre Alfredo Swaby Hidalgo y mi tío Carlos Daniel Swaby Hidalgo sobre la visión cósmica de nuestros antepasados. Ambos fueron formados en las mejores escuelas de ingles de la época que tenían su sede en Bocas del Toro República de Panamá, ambos eran hijos de William Alexander Swaby Rusel, quién nació en Jamaica en 1852 propiamente en New Porty y se crio en Manchester Jamaica.

Emigro a Costa Rica en 1870, para trabajar en la construcción de la vía del ferrocarril de Limón a San José proyecto auspiciado por el empresario norteamericano Maynor Keith, durante ese período laboró con la compañía hasta llegar al pueblo conocido como Siguirres y ahí decidió abandonar el trabajo e internarse en las montañas para dedicarse a la actividad de la corta de hule (caucho) hasta llegar a la baja Talamanca y de ahí prosiguió su camino hasta la Alta Talamanca donde habitaban los pueblos indígenas bribris y cabécares. Ahí en estas majestuosas tierras donde se respiraba aire de libertad conoció a María Teresa Hidalgo con quién contrajo matrimonio en 1882 y muy pronto nació Alfredo Swaby mi padre en 1883 y mi tío Carlos Daniel en 1885.



Vivienda de Talmanca
Foto Fernando González Vásquez

Siempre admiré a estos dos personajes por su gran inteligencia y por la forma intensa en que convivieron esta etapa de sus vidas, hablaban a la perfección el Bribrí y el inglés, además del español que aprendieron en el curso de sus vidas, eran personas estudiosas y muy analíticas que aprendieron a valorizar ambas culturas y en sus vidas le dieron el lugar y el valor que cada uno merecía.

Sus espíritus investigativos les llevó a integrar varias organizaciones y logias. Siempre a mi padre le intrigó la coincidencia en muchos aspectos culturales de los Bribris y los Judíos en cuanto a dietas, prohibiciones, matrimonios, embarazos, alimentos y clanes. Esta inquietud lo llevó a plantear su propia teoría y decía que estas manifestaciones en los pueblos no eran simples coincidencias y que deberían tener una explicitación que según él; tanto los Bribris y Cabécares salieron de Egipto durante el éxodo de los judíos en la época de los Faraones, encabezado por Moisés hacia la tierra prometida, viaje que duró cuarenta años, según consta en el Viejo Testamento de la Biblia.

Los Faraones no solo tenían cautivo a los judíos y a los Israelitas, sino a otros pueblos que aprovecharon esta oportunidad para escapar de Egipto, según la Biblia hubieron en el trayecto conos de rebelión entre la gente que salieron, lo que provocó que muchos pueblos no siguieron a Moisés y tomaron diversas rumbos ya que encontraron en el campo muchos frutos, plantas, hojas y animales que les sirvieron de alimento. De acuerdo a la geografía de la tierra en cuarenta años bien se le puede dar vuelta a la tierra más de dos veces, periodo que bien pudieron llegar a nuestro Continente.

Estos pueblos fueron formando pequeñas comunidades, a través de muchos siglos que llegaron a poblar el continente y sus Islas, todos con sus tendencias históricas y culturales de la Raza Cósmica de América.

Ahora es preciso que veamos el otro lado de nuestra historia, el de nuestra visión cósmica y cultural y que refleja el camino de la existencia de los pueblos Bribris y Cabécares narrada por mi tío materno Remigio Rodríguez Lázaro nacido en las Altas cumbres de las montañas de la cabecera del río Uren al puro pie del Gran cerro Kamuk propiamente en el sitio conocido como Pictuki.

Desde los ocho años lo estaban instruyendo por su abuelo paterno en los profundos conocimientos de formación de AWA, en la historia de nuestro pueblo y en los secretos culturales celosamente guardados por muchas generaciones. En una ocasión siendo aún un niño acompañaba a su abuelo en la realización de una ceremonia en la cual se inauguraba como alumno en el estudio de AWA (doctor indígena) pero una vez terminada la ceremonia regresaba a casa con su abuelo, pero de repente una tragedia sucedió, el anciano tropezó con una piedra y su cuerpo rodó por el suelo por casi cuarenta metros, el niño a como pudo desafiando los obstáculos y el peligro bajó hasta donde se encontraba maltrecho y agonizante el abuelo, cogió unas estacas y apuntaló el cuerpo para que no siguiera rodando hacia abajo, miró a su abuelo y el anciano le dijo, siga el camino hijo y avísele a la familia que yo moriré, pero usted debe seguir su formación.

Al día siguiente que llegaron al rescate del anciano este había muerto ya nada se podía hacer. Este niño continúo sus estudios con su padre y con otros ancianos de la comunidad que le enseñaron todos los secretos de la vida.

Convertido en un gran AWA en las tardes acostado en su hamaca con un guacal de chocolate y a veces chicha contaba muchas historias y cuentos de los dioses y explicaba como los bribris aparecimos sobre nuestras tierras, es decir narraba quienes somos y de donde venimos desde la cosmovisión indígena.

Decía que hace muchísimos tiempos cuando en estas tierras no existía nadie, solamente existían los dioses sobre el KERVA, entonces Sibu (Dios) llamó a los demás Dioses por sus nombres; Sula, Solburu, Dipakala, Akbo, Serke, Dalabulu y Siwo y les dijo cuidemos al ditsowo (semilla) entre muchos dioses llamó a Sulá, Dipakala, Akbo, Dalabulu y a Sorkula y escogieron una montaña que llamaron Sulayom y dijeron esta es la montaña sagrada donde formaremos al ditsowo y sin más preámbulo hicieron una gran olla de piedra, cortaron leña, trajeron maíz y Sibu le dijo a sula usted será el que forme al ditsowo, Akbo encenderá el fuego, Dipakala nos dará agua y empezaron a moler sobre las piedras las semillas de cacao y lo hicieron en chocolate y Sibu dijo este será la sangre del ditsowo y lo cocinaron en la cima de la montaña, trituraron la semilla del maíz y dijeron esta será la carne del ditsowo. Seguidamente Sibu le dijo al Siwa dale aliento al ditsewo para que respire y llamó a Dalabulu para que vea la luz, para que el espíritu de sus ojos lo guíen y de esta forma emergimos mujeres y hombres para que el ditsowo se multiplicara. Para terminar bien su obra y para el orgullo de mi pueblo

nos dividió en clanes y estableció normas de respeto como guía en nuestras vidas, a cada clan le asignó un oficio y los instruyó para que supieran discernir entre el bien y el mal. Pero también nos enseñó que todo lo que había sobre Iriria o Kerwa eran nuestros hermanos y que debíamos vivir como hermanos respetándonos mutuamente. Por eso hoy estamos aquí y sabemos de donde vinimos.

Papacón



Plantación bananera.
Foto Fernando González Vásquez

DALIA FUENTES
BRISTOL, MATINA
TERCER LUGAR

"La naturaleza
puede satisfacer
todas las necesidades
del hombre,
pero no todas
sus ambiciones"

M GHANDI.

CAPITULO I

Las sombras de la noche jugueteaban con la poca luz del día que aún quedaba en el bananal.

Con paso lento, Natalio llevaba con gran dificultad el último tren de banano. Le molestaba saber que al llegar a la planta, los trabajadores enojados porque ya era tarde, lo iban a recibir con silbidos. Era la primera vez en su vida de bananero que le tocaría "comerse la guava" como le decían todos al que llegaba de último.

—Si no fuera por esta maldita rodilla— dijo en voz muy baja— casi entre dientes.

El dolor era insopportable y no le permitía caminar, un sudor helado corría por su rostro y por todo su cuerpo. Se sentía aparte de enfermo, molesto, pues le parecía oír a todos los de la planta gritándole y riéndose.

—Natalio guabero, ja ja jaaa

—Diay, ¿Qué te pasó? Te comiste la guaba. Ya no Natalio, ya no.

El pensar en eso le hacía caminar aunque le doliera el alma. No podía dejar botado el tren ¡jamás!

El, un bananero de los viejos, que llevaban el bananal en la sangre, de los que habían muy pocos y llegaban tarde. En su tiempo fue único, todos lo respetaban, nadie llegaba más rápido que el a la planta, y eso que cuidaba la calidad del banano al cien por ciento.

A las cuatro y cuarenta y cinco estaba todos los días en la planta, para recibir las órdenes del capataz, y...antes que el sol saliera, iba con su equipo deslizándose veloz en su rola por el cable que lo llevaría a lo más profundo del bananal, junto a Moncho Conga el cortador. Antes de las seis ya tenían dos trenes metidos para cuando llegaran los de la planta...pero ahora...

...cada paso que daba, iba chorreando un hay que se quedaba rezagado en el cable. Era la primera vez que iba contando las baldosas, ya no le faltaba tanto para llegar a la planta .Tal vez un kilómetro o menos. Una voz conocida lo sacó de sus pensamientos.

—Diay, ¿Qué te pasó? Nos tenés asustados mae, vos nunca llegás de último. ¿ya viste la hora que's?

—¿Y como la voy a ver si ya es de noche? No ves quésta cabrona pata mesta jodiendo desde hace días, y me la he'stado aguantando pero hoy ya no pude más.

—Dame acá, yo lo llevo, y encarámate en el balancín atrás del tren de la fruta, yo te jalo. Veni pa'yudarte.

Quiso decirle que no, pero se dio cuenta que los tiempos de masticar orgullos se habían terminado. Si no lo jalaba su viejo amigo y compañero de trabajo tendría que pasar la noche ahí. Además Chapulín era fuerte y rudo como muchos de ellos que se

habían echo hombres bajo el inclemente sol de la zona, o bajo grandes aguaceros durante hasta quince días, en aquel tiempo que llovía casi todo el año, chapeando de sol a sol.

Sin pensarlo más se apoyó en su amigo, arrojó un lastimero aaayyy y subió de un salto a la hamaca.

Al llegar a la planta nadie le silbó a como el esperaba. Para eso se había ganado el respeto durante tantos años de ser un trabajador responsable y era el comienzo de cómo terminan muchos después de tantos años de rudo trabajo.

Cuando vieron a Chapulín jalando el tren de fruta, todos creyeron que lo había picado una serpiente. Varios compañeros corrieron a ayudarlo a bajar del balancín y los desmanadores se apresuraron a desmanar el tren de frutas, otros selectaban el banano y lo tiraban a la pila, para pasarlo a una pana y sellarlo para luego empacarlo y pasarlo por la faja que lo llevaría a cerrar las bolsas con ligas y después al carguillo para ponerlo en la paleta y subirlo al contenedor.

Con fuerza gritaba el segundo capataz de planta motivando a la gente para que terminaran pronto, pues el contenedor tenía que ser llevado al muelle de Moín donde esperaba el barco.

A las nueve de la noche, oyó pasar el contenedor frente a su casa. Aunque estaba acostado tratando de dormir, el dolor no lo dejaba conciliar el sueño.

Al día siguiente iría al Puesto de Salud más cercano para que el doctor le diera algo para el dolor y le dijera lo que tenía en esa jodida rodilla.

CAPITULO II

El ronco y desentonado canto del pollo, casi gallo chiricano, despertó a Natalio muy de mañana para ir a sacar cita.

Antes de salir buscó el palo de una escoba vieja para apoyarse un poco en el. Su mujer no podía acompañarle, pues le vendía comida a algunos peones y tenía que mandar almuerzo.

Llegó al Puesto de Salud antes de las cinco y habían más de veinticinco personas adelante. El dolor en la pierna lo hizo sentarse en una piedra y mientras tanto muchos que llegaron después se le colaron en la fila. A las seis llegó la señora que daba las

citas. Dijo un buenos días entre dientes sin alzar a ver a nadie. El hecho de ser ella la que daba las citas la hacía sentirse en una posición muy superior a los que estaban ahí esperando ser atendidos por su enfermedad. Después de unos minutos la fila comenzó a avanzar y tuvo que levantarse a pesar del fuerte dolor en su pierna, que movía trabajosamente. Al lograr llegar a la ventanilla después de soportar tanto la secretaria se puso de pie y le dijo:

—Lo siento mucho, pero ya no hay citas.

—Pero señora, yo falté hoy a mi trabajo y si vine aquí es porque realmente estoy mal, esta pierna me duele mucho y...

—...no le queda más que esperar a ver si uno de los pacientes no llega a la cita o tal vez hablando con el doctor lo quiera atender.

—Diay no queda de otra,—dijo él—

Se sentó a esperar, no estaba en condiciones de ser orgulloso. El doctor llegó casi a las ocho de la mañana y cuando logró ponerse de pie, ya estaba dentro del consultorio y tuvo que pararse en la puerta para ver si podía interceptarlo cuando volviera a salir del consultorio.

Esperó largo rato de pie, a la orilla de la puerta, fue una espera dolorosa, pero al fin salió. Y aprovechó para decirle:

—Doctor es que vengo muy mal de esta pierna, y hoy no pude ir a trabajar.

—Tiene que esperarse hasta que vea a todos los pacientes y siguió caminando dejando que las ondas sonoras se encargaran de llevar el sonido a los oídos del enfermo.

El dolor era insoportable y el pobre enfermo se acariciaba la rodilla sin lograr que esta se aliviara, lo peor de todo es que el dolor no se puede ver, solo lo siente el que lo tiene.

Hacía un calor sofocante. Dos mujeres se sentaron cerca de Natalio, que había escogido un lugar al lado de las verjas para tener ventilación. Inmediatamente, sin perder tiempo entablaron una conversación que agobiado por el dolor y la bulla de ellas, creyó que estaba rodeado de guacamayas.

— Vieras Maruja, que terrible, hace como quince días se pasó a vivir una mujer a la casa de al lado que, la verdá, yo no se como pueden existir personas de ese tipo, mira, es mal hablada sin ningún respeto, ni educación, ni moral, viste, y que Dios me perdone, pero parece que se dedica a la vida mala. Anda toda chingoreta y tallada y con esas tales minisetas y... ¡los hombres que parecen!... pasan y se quedan viéndola como babosos, hasta que abren la boca y se tropiezan y si van en bicicleta se van entre los matorrales por irla viendo y ella les sonríe de un manera que ... bueno toda coqueta, descarada y pela dientes.

Aquella mujer ni siquiera tomaba aire para hablar y sus palabras no fluían, mas bien arrasaban. Su compañera era igual, le quitaba el campo una para seguir la otra, en una interminable conversación donde no había ni un solo espacio de silencio.

— Hay Elvira, te compadezco, porque tener que soportar una persona así, viviendo cerca de una, es chocante, sofocante, repugnante, y no te creas, que la vecina mía es más mañosa que la tuya, yo lo tomo como una prueba de Dios para ver hasta donde llega mi bondad, pero a veces le dan como las once de la noche conversando con un hombre y que tiene suerte la condenada porque ya es bastante vieja y hasta fea, y solo hombres jóvenes llegan ahí y que Dios me perdone porque vos sabes que yo sería incapaz de algo malo pero... no son nada feos los condenados, ¡no se que les da, pero pa' mí que's bruja, la condenada. Yo puse en la entrada de mi casa tres cabezas de ajo con apazote, amarradas con un trapo rojo en la puerta de mi casa pa ver si acaso no puede entrar con sus mañas y engatusar al mío que nuéstá nada feo y aunque no l'esabío nada hasta la fecha, porque es muy serio y me quiere mucho y que sabe que cualquier cosa luécho de la casa, en la de menos la configada lécha maña.

— No, si yo siempre lo he dicho. Este mundo esta perdió, ya estamos en las últimas. Por eso hay que ir a la iglesia, pa que uno aprenda a comportarse y que tanta sinvergüenzada es porque ya viene el mero pisuicas.

— Que Dios nos ampare. No creas, unque yo voy poco a la iglesia porque el viejo no me deja, de vez en cuando voy a los ayunos, es que hay que ver como está este mundo de perdió, hasta que da miedo.

— Si, mirá — dijo una de las cacatúas — señalando con la boca — esa flaca chingoreta que entró ahí — es la hija de mi cuñada. Hace poco se jaló torta y ... después se consiguió un patas vueltas que se juntó con ella, nada feo hasta de ojos gatos el muchacho y fíjate que lo pior del caso es que dicen las malas lenguas, que cuando se va pal trabajo en la madrugada, hay un Juan vainas que le llega a la condenada muchacha, y ahí donde la vez, no viene porque esté enferma, es que como ese doctorcillo no está nada feo y que Dios me perdone, porque vos sabes que yo soy

todo una señora y n'u ando en esas cosas, pero se tiene unos ojos...bueno ,como ti'ba diciendo a la flaca esa le gusta al doctor y a qui'a cada rato quiere estar haciéndose el papa o revisándose la T que porque siente molestias.

—Hay... pobre doctor, jve, si es que este mundo está perdió!

Natalio se encontraba al borde de la desesperación, sus compañeras de asiento, el dolor de la pierna, el hambre, el calor, la sed, y ya hasta la cabeza le dolía. Pero no podía irse y perder el día y seguir con aquel dolor.

Fue atendido cuando ya el doctor se iba a ir, una inyección le alivio de momento y pudo llegar a su casa.

CAPITULO III

Isaías, un joven de apariencia frágil, y blanco, muy blanco, andaba siempre cabizbajo, era uno de los comensales de la mujer de Natalio.

Al terminar la corta, llegó a buscar su cena.

—Diay, ¿Cómo has seguido? ¿Cómo te fue hoy en el Puesto? ¿Cómo siguió ese dolor?

—Me inyectaron, y la verdá es que se me quitó . Y también me dieron unas pastillas y me incapacitaron por una semana. Espero recuperarme en ese tiempo.

—¡Que bueno! Trata de descansar y no hagás desarreglos pa que no te vuelva el dolor otra vez.

—Dios quiera que no, porque ayer la vi peluda con ese tren de banano, ya hasta estaba dispuesto a dormir en el bananal, y lo pior del caso es que si no trabajo no como y no tengo a donde meterme, porque me quitarían la casa pa dársela a otro.

—Lo que te salva a vos es que no tenés carajillos, porque aquí hay algunos que no les da el pago para nada y de feria les gusta la birra.

—Ves a mi eso de la birra no me desvela pero lo de los güilas, jno creas! No es una ganga, si me hubiera gustado llegar del trabajo y que me estuvieran esperando para ver si les traigo confites. ...pero diay... el condenado Nemagón. Como yo desde muy jovencillo trabajo estoy en esta vara... y lo pior es que dijeron que nos iban a

pagar y las necesidades pasan y vuelven a venir y nada que nos resuelven y de todas maneras los que menos agarramos somos los pobres, que no estudiamos, esos de cuello blanco dicen que de por si los pobres estamos acostumbrados a esta vida, y que mejor se dejan la plata ellos que si saben en que utilizarla, a la altura Siempre soñé con levantarme en la noche y hacerle el chupón a un chiquito y arrullarlo para que se volviera a dormir, y sentir que ese cuerpecito frágil y delicado, era carne de mi carne, así, indefenso, creciendo a la par mía, con ese olor a bebé. Y pasó el tiempo, y la mujer y yo nos hicimos viejos, y nunca pudimos disfrutar de un hijo, y fíjate, así le pasó a Zorro, y a muchos más.

—Diay, carajo,—dijo Isaías—con un deje amargo.— así es la vida, mientras unos los desean otros los dejan botados, la vida solo sirve ma'a más que pa jodernos ¿merdá que si?, y salió dejándolo sumergido en sus pensamientos...

CAPITULO IV

Después de la semana de incapacidad, Natalio se presentó a la distribución, como siempre, faltando quince para las cinco, al lado del capataz estaba el administrador.

Este era un hombre alto y grueso, con cara de "gotas de hombre grande o "gavilana", áspero, seco, frío, con mirada de cuyeo.

—¿Como está? —dijo secamente— ¿ya esta listo de nuevo?

—Si, don Luís, ya estoy mejor. Con las pastillas que me dieron se me quitó el dolor en la rodilla.

—A que bueno, porque aquel día salimos muy tarde del proceso, por esa pierna suya y la verdá eso a la compañía no le sirve. Por esa razón a partir de hoy lo vamos a pasar al campo, de parcelero. Usté sabe que así se la puede jugar mejor.

—Pero... don Luís, yo toda la vida, desde jovencito, he sido carrero, y no se como me puede ir con eso, usted sabe, no podré meter mucho salario. Ahí si uno no se pone las pilas, y si no está acostumbrado, no gana nada.

—Bueno hombre—dijo el administrador—el propósito es que se pongan las pilas y que le dejen ganancias a la finca.

—Bueno, tendré que ver que hago, hay me acostumbraré al trabajo.

—Eso es bueno, me alegro mucho que piense así... Entonces hable con Tilico, el capataz de campo, él le asignará la parcela que de ahora en adelante usted tiene que asistir.

Después de hablar con el capataz, el trabajador caminó por el bananal un rato. No quería subir al balancín. Pensó en sus años mozos, cuando llegó a la zona. Venía de Guanacaste, apenas iba a cumplir quince años, y aunque ahora no era un anciano, eran muchos los miles de kilómetros recorridos desde entonces a la actualidad. Era el mejor carrero de la finca. Nunca en tantos años se había comido la guaba, hasta que a esa jodida rodilla le dio por doler.

Llegó al área asignada. A él le tocaría a partir de ese día asistirla. Tenía que deshijarla, rodajearla, deshojarla, embolsarla, apuntalarla.

A pesar de todo se sintió dichoso, pues aún conservaba el trabajo, y podría ponerse en tratamiento médico para ver qué tenía en la rodilla. Ya el doctor le había mandado una referencia para que fuera al especialista. Ese día su mujer había ido a sacar la cita a Limón, al hospital para que lo vieran un ortopedista y pronto podría ir a ver qué era lo que tenía y mientras tanto con pastillas la iría pasando.

El sudor corría por sus mejillas de labriego sencillo, hacía un calor brutal, iba de una mata a otra en la labor de rodaja, porque eso era lo que más precisaba y hasta el administrador le consiguió el machete, porque él tenía que comprar uno nuevo y despalmarlo, para poder usarlo.

De ahora en adelante necesitaba chuza, lima, machete, escalera...

Un sopor agobiante lo hacía desechar la hora del almuerzo, pero no precisamente para almorzar, si no para descansar en su hamaca bajo la sombra del viejo almendro.

CAPÍTULO V

La corta estaba por finalizar y los carreros regresaban con sus equipos para guardarlos en la bodega.

Isaías estaba por llegar a la planta, cansado, pero feliz de haber terminado con la dura faena de aquel día, cuando el balancín se deslizó cayendo del cable a tres metros de altura.

Solo sintió las trece rolas golpear su cabeza y luego la sangre caliente bajando por su cara. Cuando intentó ponerse de pie una sensación de lejanía y bienestar le envolvio. Nadie se acercó a ver que le había sucedido. El rodinero lo observaba a cierta distancia.

El instinto de supervivencia lo hizo llegar hasta la bicicleta y como pudo llegó a su casa.

Tenía abierto desde la frente hasta el remolino. Su vecino Lindor muy amablemente lo llevó hasta la clínica.

Aunque la fila era pequeña, tuvo que esperar un poco, luego lo pasaron al consultorio y después de examinarlo el doctor le dijo: lo siento pero no puedo hacerle nada pues esto le corresponde al INS, pues fue un accidente laboral.

Siendo ya tarde, no lo podían atender tampoco en el INS hasta el día siguiente, por lo que Isaías se fue para su casa a reposar el mareo en su cama.

Toda la noche pasó delirando por la fuerte fiebre y ya en la madrugada su familia creyó que no pasaba la noche, por lo que se dispusieron a pedirle a Dios que lo sanara.

La madrugada fría y oscura trascurrió tranquila...Isaías se había dormido como un niño desvelado.

A las 5 de la mañana, se despertó y se dio un baño para ir al INS, luego fue a enseñar la herida a su mujer a lo que ella exclamó:

—Pero... si no tenés nada, ni in solo agujerito por donde te haya salido un poco de sangre.

—Eso no es posible, porque ayer, la sangre me corría a chorros por la cara.

—Y yo te ví la herida y mucha gente, y el doctor... ¿Qué pasó?

—No sé... pero creo que fue la oración, eso fue un milagro.

Aquel hombre sencillo, sin dinero para ir a un médico particular para atender su herida, y sin mucha fe para ser sanado, fue tocado aquella madrugada por la mano misericordiosa del Dios que todo lo puede y que hizo cada membrana, cada célula en el hombre.

Después de aquello se fue a la finca a decirle al administrador lo que había pasado, pero este al verle su cabeza totalmente sana solo volteó para mirarle con desconfianza y enojo.

—Usted es un mentiroso, lo que quería era no venir a trabajar ¿no ve que no tiene nada? y así quiere que yo lo mande al INS.

—Yo no estoy mintiendo, y si usted no quiere mandarme, nada más me presento a trabajar mañana, o líquídeme, es cosa suya.

Isaías salió de la oficina y se dirigió a su casa. Un tumulto de pensamientos se arremolinó en su cabeza. que difícil era para Dios mostrarle al ser humano que estaba con él, pues en medio de tanta oficina, institución y papeles se perdía la fe de los hombres.

CAPITULO V

Los primeros rayos de luz cayeron sobre la verde alfombra y las avionetas de riego aéreo ya surcaban el aire, como un relámpago pareciendo que iban a rozar el banano.

Como saliendo del amanecer, otra avioneta salió en dirección contraria, muy cerca de la primera...

Sus pilotos venían de una base donde cargaban y abastecían de combustible, en Luzón. Eran viejos e inseparables amigos y tenían muchas, pero muchas horas de vuelo y siempre bromeaban sobre quien era más diestro para realizar maniobras en el aire., porque en aquella labor no era simplemente pasar muy bajo sobre la plantación, sino quien era más diestro para evadir los tendidos del cableado eléctrico., en los diferentes poblados vecinos a las fincas.

Las dos avionetas tomaron altura y se alejaron una de la otra y luego, los trabajadores que ya se encontraban realizando las labores y algunos vecinos del poblado que ya estaban despiertos, vieron aterrorizados como venían a gran velocidad hasta toparse y pasar peligrosamente una al lado de la otra, quedando pegadas de un extremo de las alas. Siempre realizaban esa acrobacia, era solo un juego peligroso de los pilotos, pero en esa ocasión se desplomaron.

El estruendo fue terrible. Cayeron a solo trescientos metros del área poblada y muchos de los vecinos que aún dormían se tiraron de sus camas creyendo que era el día del juicio final.

Los trabajadores corrieron para ver en que podían ayudar, si era posible brindar alguna ayuda.

Una de las avionetas había quedado destrozada en el bananal, la otra solo una parte conservando en mejor estado la parte donde viajaba el piloto, que aún estaba con vida.

Intentaron en una forma rústica y apresurada, levantar los escombros, y algunas latas retorcidas, hasta que llegaron a él. Se encontraba consciente, tan consciente que sus lamentos eran desgarradores.

La ayuda de la cruz roja y los bomberos no se hizo esperar.

El dolor se paseaba por el bananal. Todo era silencio, solo la sinfonía fúnebre del mismo silencio que reinaba en aquel momento al contemplar aquel cuadro dantesco, que se presentaba a la vista de los que venían a ayudar de los curiosos y de los familiares que llegaron apenas se dieron cuenta del suceso, pues vivían en Batán, una comunidad cercana.

No tardaron mucho en liberar al piloto que se encontraba entre las latas retorcidas y la esposa emitió una sonrisa de satisfacción en medio del dolor pero que desapareció en el acto, cuando el casi poseído por la locura producto del inmenso dolor, pedía a gritos que le cortaran el brazo que le colgaba destrozado para abajo del hombro, sostenido tan solo por un pedazo de músculo.

A pesar del impacto brutal contra el suelo, uno de los pilotos había sobrevivido, pero las garras maléficas del dolor le trituraron hasta exprimirle la vida.

El verde del bananal se tiñó de rojo y los zanjos se llenaron de líquido para fumigar.

CAPITULO VI

Los imponentes cerros azules que coronaban el verde manto que cubría las llanuras, escondía el sol que vestía de naranja y oro la esplendorosa tarde, que pronto daría paso a las sombras de la noche.

El administrador de la finca se dirigía hacia su casa, para darse un baño y salir como todas las noches al poblado más cercano en busca de licor y aventuras fáciles.

En el corredor de su casa, se encontraba su mujer, leyendo un libro. Era blanca, de pelo negrísimo y crespo, un crespo suelto que colgaba por su espalda. A pesar de ser un poco madura, era de una apariencia agradable. Cuando vio a su marido se levantó para recibirlo.

—¿y vos? ¿Qué estas haciendo aquí?—dijo en un tono áspero.

—Te estaba esperando.

—Ahh, ¿y no podías esperarme adentro? ¡Claro! Seguro estabas esperando a que pasara algún cabro tuyo. ¡Sós una...! Ya te he dicho que no me gusta que estés afuera. Yo no quiero que los peones anden hablando pajas de mi mujer.

—Es que estaba aburrida de estar encerrada y...

—Anda, no quiero encontrarte otra vez en el corredor. Ponete a hacer algo, si te vuelvo a encontrar aquí o en el patio, te vas a tener que atener a las consecuencias después dicen que uno es malo. Alístame rápido la ropa, que voy a salir.

—Por favor, no vengas tarde, es que no me gusta estar todo el día y la noche sola

—A sí, ni que fuera un güila para que me tengas que decir a la hora que tengo que llegar.

—Si no es por eso—dijo la mujer intentando hacerlo entender— es que casi siempre venís de madrugada nada más para irte a la distribución del personal y paso todo el día sola, nunca puedo hablar con vos.

—No jodás, seguro con ese cuento me vas a tener aquí, pegado a tus chingos y encerrado—y cubriéndose casi todo el cuerpo de agua de colonia se fue. Las horas fueron pasando como si les fuera muy difícil desprenderse del tiempo, y la soledad golpeaba con la mayor crueldad a la mujer, le golpeaba su mente hasta hacerla enloquecer de dolor. Después de dar vueltas y más vueltas en su cama, se levantó para ir al baño y luego... se dirigió al ropero, un pensamiento oscuro, tenebroso brotó de su mente aturdida por un sin fin de noches de soledad y un montón de días tristes sin tener a quien contar sus penas... ¡en el ropero estaba la solución a sus problemas!...abrió la puerta y levantando su mano buscó en la parte de arriba...ahí estaba.... ¡si! esa era su solución! Y... tomando la botella en su mano le quitó la tapa y bebió, bebió hasta que se dio cuenta que estaba vacía.

Cuando la quitó de su boca, sentía que todo por dentro le quemaba, un calor corrió por sus venas y envolvio su rostro, todo giraba a su alrededor. Se sintió idiota, muy idiota., el licor no había logrado que le diera sueño y los pensamientos flúan haciéndola sentir mas infeliz...se unió a aquel hombre creyendo que sería el compañero que espantaría su soledad de mujer madura, después de que se había dedicado a cuidar a su madre enferma durante toda su juventud, sin casarse, ni aceptar a nadie que le ofreciera su amor, solo quería que su madre se sintiera bien... pero, al morir

ella se quedó tan sola, todos sus hermanos estaban casados y vivían lejos, y jamás aceptaría irse a vivir con sus cuñadas, pero...¡que sola se sentía! Siempre pasaba sola en la casa esperándolo, él nunca pasaba con ella, ni de día ni de noche, ni los fines de semana, ni los días feriados.

Cuando ya amanecía reconoció el sonido del carro.

—_Ya viene_dijo la mujer_Voy a abrir la puerta...pero solo pudo sostenerse del llavín de la puerta del cuarto y sosteniéndose muy fuerte de ella para no caerse, esperó. Su marido tenía llaves y entró, encontrándola en el suelo tratando de pararse inútilmente.

—_Diay ¿Qué te pasa? ¿No me digas que tomaste? ¡Vieja más loca!— y viendo el litro de Flor de Caña en el suelo dijo asustado:

—_¿De verdad estabas tomando?

—_Si... peroooo...solooooo uuun poquito, yooo voooyy a tomar r soociiiallmeentee, ssseereé, uunaa tomadora social, solo toomeé paaaaraa dormirme...

—_Aja con razón estás dormida vieja loca, Veni... —dijo tiernamente en un gesto deshabitual en el y tomando entre sus brazos a la mujer+, la llevó a la cama... Su mirada se veía cargada de una inmensa culpa.

—_Vieja prométame que no lo va a volver a hacer, no se que le pasa, si yo la quiero. Usted nunca ha tomado, ¿Qué le pasa? No ve usté qu'l hombre es pa la calle. Austé aquí en la casa no le falta nada y yo no ando en nada malo, solo ando tomando con los amigos pa desestresarme del trabajo. A las mujeres yo las veo como árboles, pa mi solo usté existe.

Pero la mujer ya no lo oía, aquel era el mismo tropel de palabras vanas, que estaba aburrida de escuchar todas las noches.

CAPITULO VIII

El Rubí, era una de las numerosas fincas bananeras que había en el cantón. Un cable cruzaba de lado a lado, cientos de hectáreas, por donde se trasladaba el banano desde el más remoto rincón hasta la planta empacadora. Los bananeros caminaban a paso rápido cuidando de no maltratar la fruta, hasta colocarlo en el patio cercano a la pila en la planta empacadora, donde sería desmanado, luego seleccionado para

empacarlo en cajas que serían cargadas en un contenedor que o por carretera o por la línea del ferrocarril sería llevado a Puerto Moín y ahí una grúa se encargaría de cargarlo en al barco que lo llevaría junto a muchos otros, a países lejanos.

Todo aquel proceso, desde la plantación hasta el muelle, se podría decir que por la gran fuente de trabajo, y el impuesto al banano estaba generando un gran progreso a la provincia y a los cantones productores, pero por sobre todo a la familia y a las personas que pertenecían desde muy jóvenes, como súbditos de aquel gran imperio.

Limón desde muchos años atrás, llamó la atención de muchos personajes de la capital y extranjeros por sus fértiles llanuras y por su ubicación en el mar Caribe y desde la construcción del ferrocarril al Atlántico, las tierras que estaban a ambas orillas de la línea fueron concedidas en pago a la deuda de la construcción de dicho ferrocarril y las plantaciones de banano comenzaron a surgir , donde desde entonces a lo único que pueden aspirar los trabajadores es a un trabajo donde ganar el sustento. Miles de hectáreas de bosque, igual que entonces, ruedan por el suelo que pronto será desierto y muchas especies mueren de hambre y sed al ser talada la montaña y los ríos pierden su cauce natural, y la mayor parte de la montaña es arrastrada por los ríos hasta su desembocadura creando barras que tapan la boca.

La mayoría de los proyectos en estos lugares son aprobados sin hacer realmente estudios de impacto ambiental porque van adornados por billetes nacionales o extranjeros. El pueblo no habla, no lucha, ya no hay sindicatos que defiendan a los trabajadores porque muchos líderes se han vendido y porque saben que las palabras se las llevará el viento. Todo es silencio, ya nadie quiere hablar. El miedo impera. Las represalias surgen y el límpido azul de nuestro cielo glorioso es manchado por el desacato a las leyes del que más puede y que aún se escuda en ellas para apartar del camino al más humilde.

La voz de los valientes es callada. Las puertas de las oficinas están cerradas o quien las atiende no tiene tiempo para atender y darle cuentas al pueblo.

La finca el Rubí era una mas de un grupo numeroso de fincas que pertenecían a un poderoso consorcio nacional y en su mayoría estaban ubicadas en el cantón de Matina, y como es de suponer nuestra tierra había cambiado. Ya las palabras de Aquileo J Echeverría con respecto a nuestra zona, habían pasado a la historia:

"Ahí llueve todo el año,
Vive uno como las ranas,
Y hay un calenturiambre,
Y un culebrero y un agua.

Que escribiría este autor si viera nuestra zona ahora con aquella extensión bananera incontrolable, que hacía sentir en los habitantes las consecuencias, el resultado nefasto de no planificar ni pensar en las consecuencias del impacto. Calores, insoportables alergias en trabajadores, niños y mujeres, ojos irritados y cortos de vista, niños asmáticos, hombres y mujeres estériles y ríos contaminados.

Y todos preferían callar, el silencio era total. Tenían miedo a perder el trabajo, o las ayudas, tenían miedo a las represalias.

Mientras el hombre callaba la naturaleza gritaba. Gritaba... con gritos desgarradores, pero... nadie escuchaba, nadie le ayudaba a gritar. Todo era silencio.

Una vez más las dragas botaban todo a su paso y la finca se extendía cada día más y aunque hacían grandes campañas publicitarias diciendo lo mal que estaba el precio del banano y como era necesario recorte de personal por la caída, así, mientras... anunciaban que el precio del banano estaba por el suelo... y seis dragas se movilizaban para habilitar un terreno que constantemente era azotado por las lluvias y dejaban el cultivo inservible, un terreno pequeño, era totalmente protegido con altos diques y canales, mientras que las comunidades eran abatidas por las aguas cada vez que el río se salía.

La montaña continuaba cayendo, los perezosos morían al no poder trasladarse por las grandes extensiones de terreno arado y al descubierto bajo el sol candente... los monos se iban buscando alguna pequeña extensión de terreno con montaña de algún negro conservador que no había querido vender su tierra a las bananeras, pero al estar aislados, y entre las bananeras eran afectados por los riegos aéreos y la contaminación del agua de los canales donde iban a saciar su sed. Y en esos canales morían los peces, los camarones, y otros animales acuáticos. Aquellos canales contaminados por los nematicidas, caían al río contaminando sus aguas...

CAPITULO IX

Los trabajadores de la planta entraban antes de las seis de la mañana.

Ese día iba a ser como todos los demás...muy agotadores. Llenar seis contenedores no era tarea fácil, así el que iba llegando iba tomando su puesto, las mujeres que desfloraban iban y venían, dejando la fruta próxima a la pila y buscando inmediatamente la que le seguía sin perder tiempo. El dedo pulgar de cada una estaba agrietado y

dolía, dolía , pero había que continuar, porque casi todas las que trabajaban en eso eran jefas de hogar y necesitaban el dinero para ver a su familia, para llevar el sustento a sus hijos.

Martina, la paisa, como le decían todos, aunque tenía muchos años de vivir aquí... era diestra en su trabajo y también sabía hacer muchas labores. En un tiempo fue ligadora, pero como se le entumían los dedos después de tanto trabajar en eso, le dieron el trabajo a Gelda, una mujer cuarentona, muy blanca y de piel arrugada. Su cuerpo delgado era cubierto por un estrecho vestido, que por lo corto, en cualquier movimiento o momento, enseñaría parte de su ropa interior, y ...ella disfrutaba cuando a cada uno de sus movimientos, un trabajador del carguillo que había comenzado hacía pocos días, quedaba como hipnotizado esperando otro movimiento, para tratar de ver más.

_Póngale, póngale_le gritó el capataz al joven casi al oído_si quiere ver calzones, vaya al Viajero.

Al escuchar el grito el joven volvió en si y continuó con su labor, pero cuando el capataz se fue no pudo resistirse al espectáculo y volvió a caer casi en trance.

Así pasó todo el día...No podía controlar aquello.

Sus compañeros, viejos de trabajar en esa finca y conocedores de Gelda, ya ni la tomaban en cuenta. Conocían perfectamente los colores y encajes de los pantis que tenía, pero...para el joven inexperto y nuevo de trabajar ahí, estaba a punto de caer, en la tela que ella había tejido durante el día.

Al finalizar la labor, llegó el chapulín por ellos, procuró sentarse al lado de la mujer, y ella sabiendo que estaba a punto de lograr la conquista se desbordaba en gestos y poses insinuantes. Solo tenía que esperar, y ella sabía que el día vendría.

El fin de semana llegó y también el pago y el nuevo trabajador no hizo esperar la invitación.

_Gelda ¿A dónde pensás ir hoy?_preguntó con gran ansiedad el joven.

_No sé, no tengo nada planeado, tal vez vaya al Anzuelo un rato a tomarme unas birras.

_Pues que te parece si vamos al karaoque a La Cuca.

_Y ¿en que vamos?

— Yo pago carro, por mi te llevaría más lejos, pero como estoy empezando...el pago no me vino muy bueno.

— ¿De veras? Después no te quites, porque yo si me voy con vos _ dijo la mujer acercándosele y rozándole con sus labios el cuello, que hizo al joven crisparse todo.

— ¿Estás hablando en serio? _ dijo el joven en estado de éxtasis.

Era lo que Gelda se proponía, ya se sentía dueña de la situación.

El joven se dirigía al chapulín que esperaba para llevarlos a retirar el pago, y lo interceptó el capataz de planta.

— Lo andaba buscando, aquí esta su boleta, ahora que pase a la oficina cobra todo

— ¿Que pasó? ¿Por qué? No entiendo.

— Se nota que no entiende, usted pasa más rato viéndole los calzones a Gelda que en su trabajo.

—Pero este... yo...

El capataz lo dejó hablando solo. Un barullo de pensamientos inundó su mente, tenía que pagar la comida y guardar algo para mientras conseguía trabajo, y... ¿Gelda? Si la llevaba al karaoque se quedaría sin dinero y... aunque tal vez lo aceptara sin tener que llevarla a alguna parte.

Cuando estaba haciendo fila en el pago la vio, ya ella lo había retirado, y pasó muy cerca de el, insinuante.

— ¿Que Macho? ¿Vamos a ir a la Cuca?

No pudo decirle que no, a lo cual contestó:

— ¡Claro! A las siete llego por vos.... Y a las siete llegó en un taxi. Aquella mujer lo tenía como loco.

Regresaron a las tres de la mañana, Gelda se quedó en su casa y el regresó a los baches.

El domingo, a la hora de almuerzo, dijo la fondera extrañada:

Que raro, el comensal nuevo, el machillo, hoy no ha venido por acá, ni a desayunar, ni a almorzar.

—Será que se fue —le dijo uno de los comensales —Ayer lo liquidaron y dicen que en la noche se fue con Gelda a un karaoque allá en Batán.

—Hay no—dijo la cocinera— esta jodida mujer ya no es la primera vez que me hace algo así .engatusa a los trabajadores nuevos y se los lleva pa sacále los cinquillos que se ganan y a mi me dejan tirando tablas, tengo que hacer algo con esa condenada, va a ver, voy a ir a Cieneguita donde el brujo pa que la espante, si no me va a dejar en la calle.

CAPITULO X

El esperado día de la cita con el médico llegó. Natalio salió en el bus de las siete, tardaría como una hora llegar a Limón. Lo único que quería era que su pierna mejorara para seguir carreando. El trabajo de parcelero no le daba suficiente para sostener a su familia y el embolse era el trabajo más repugnante, todos se quejaban de lo mismo.

Las bolsas que protegían las frutas de los insectos, tenían algo para repelerlos y a los trabajadores les provocaba náuseas, alergias, dolor de cabeza.

A él en particular le producía dolor de cabeza y náuseas pero no le decía al administrador porque ya lo había escuchado cuando otros trabajadores le decían, los síntomas que les daba el embolse y la respuesta de él:

—Si es que parecen quinceañeras, no parecen hombres y aquí en esta finca o se hacen hombres o que jalen para otro lado.

Era por eso que todos callaban lo que les producía el embolse, porque se sentían muy hombres y porque a la edad que tenían no les darían más trabajo en otra finca...

Al llegar al hospital entregó su carné y su orden patronal a la secretaria.

—Siéntese señor y espere que llegue el doctor—dijo despectivamente la secretaria.

Buscó un asiento cerca de los ventanales que daban al mar. La brisa movía las palmeras y entraba por las celosías abiertas refrescando un poco el ambiente.

Solo en esas circunstancias podía ver el mar, nunca tenía tiempo ni dinero.

Era algo tan diferente contemplar el azul del mar en constante movimiento y recibir la fresca brisa , con aquel aroma marino a estar todo el día en el calor sofocante del bananal, de aquel océano verde que se agitaba solo cuando una ráfaga de la brisa que venía de las montañas agitaba sus hojas. Cuando estaba vigilando el riego aéreo desde la torre siempre se le semejaba un océano verde, pero el mar era como contemplar una prolongación del cielo en la tierra.

La voz de la secretaria lo transportó a la tierra de nuevo.

—Señores, acaba de llamar el doctor diciendo que está ocupado y que no puede venir todavía, que deben esperar una hora más.

Contempló su reloj al sentir un aviso en su estómago, ya era la hora de almuerzo.

Salió a buscar algo de comer, que estuviera al alcance de su bolsillo, se compró dos patís y una "agua de sapo" bien fría.

Caminó por el tajamar y cuando se dio cuenta estaba frente al Parque Vargas. Inmediatamente se regresó y al llegar al hospital entraba el médico.

Llamaron a unas cinco personas y luego a él.

Al salir del consultorio entregó el expediente a la secretaria.

—Vea señor, para sacar estas placas tiene que venir a sacar cita a rayos X y aquí está para que retire sus medicinas en la farmacia y déme el carné para ponerle su cita, es dentro de seis meses.

Pasó a la farmacia a retirar las medicinas, y después de dos horas, le dieron dos paquetes con diez pastillas de acetaminofén y cinco inyecciones de voltarén.

Casi a las seis de la tarde fue llegando a su casa. Se acostó en su hamaca bajo el almendro y se durmió, la caminata desde el hospital hasta el parque le había maltratado la rodilla y ni el acetaminofén se la aliviaba.

CAPITULO XI

Aquella tarde, al terminar el proceso, el administrador se acercó a Gelda y le dijo algo al oído a lo que ella respondió con una sonrisa de complicidad y coquetería moviendo la cabeza en un si silencioso.

Al finalizar la corta no esperó el chapulín y caminó hasta su casa para cambiarse de ropa. Muy pronto el carro del administrador pasó al frente, cuando Gelda entró en el inundó todo el ambiente con perfume Mil Flores, al pasar por la casa de administración aumentó la velocidad, aunque le daba lo mismo que su mujer lo viera, pues siempre había una excusa para que ella se resignara.

Como siempre su mujer lo esperó hasta las tres de la mañana a que regresara. Escuchó el carro entrar al cuadrante y cuando se parqueó frente a la casa de Gelda y también a la hora que volvió a arrancar para dirigirse a las casas de administración, y al entrar le dijo:

—¿Que estás haciendo, despierta a esta hora? Cuantas veces te he dicho que te durmás, que no me esperes. Anda a dormir que yo no quiero desayuno.

Pidió ropa limpia y se metió al baño, luego se fue a la planta a la distribución.

La pobre mujer se sentía desesperada, no sabía que hacer y sabía que su marido no era solo con esa que andaba, eran muchas otras con las que pasaba la noche, menos con ella.

Esa mañana estaba esplendorosa y salió al patio a podar sus rosas, desde el bananal Carlos Antonio y dos peones mas la observaban y uno comentó:

—¡que bruto ese viejo! Anoche se fue a tomar con la Gelda y cuando regresó se quedó en la casa de ella, sabiendo que está tan cerca de la casa de él. Seguro se durmió, porque cuando él salió ya nosotros nos estábamos alistando.

—Ese roco está loco. Cambiar a esa señora por la vieja esa, es como despreciar bistec para comer solo banano hervido. Viejo bruto, no aprecia lo que tiene, su mujer se ve tan fina, tan delicada, tan seria, que...—dijo Carlos Antonio con su mirada fija, como en otro mundo.

—¿ Que ,qué?...veo como que te inspiras mucho con los atributos de la señora —le dijo el otro —no me digas que le estás haciendo números?

—No fregués vos, como le va a hacer uno números a esa mujer, nunca podría sacar la cuenta, solo que el corazón es un idiota y se cree cosas que van contra la razón. Que le va a hacer caso ella a un peón de bache, con lo bonita, fina y educada que se ve que es, si mas bien su piel se parece a esos adornos chinos, ni parecida a la piel de uno toda dura y curtida de llevar sol. Siempre que me mandan aquí paso esperando a que salga a sacar la basura o a ver sus flores, pero se que es imposible, solo es un sueño.

—Tal vez no— dijo el compañero— al ver como su compañero sin percatarse había puesto su corazón al descubierto, como deseando tirar afuera aquel sentimiento oculto que se le apresaba en el alma.— lo que pasa esa mujer no creo que sea algo muy bonito o ¿no te has dado cuenta que ese hombre nunca pasa con ella? Pareciera mas bien que le tiene miedo de lo linda que es o que no se siente lo suficiente hombre para una mujer como ella, como que se siente chiquitico, es un animal, un bruto, ese hombre llega a las tres de la mañana y de una vez sale para verse en la oficina con aquella nica del cuadrante o se va a tomar con Gelda y regresa solo para irse a trabajar y en la tarde se va a tomar guaro y los fines de semana y feriados sale desde la mañana y dicen que tiene una mujer en Guápiles o si no se va para el Viajero, pero con ella no pasa a ninguna hora. Esa pobre mujer siempre pasa sola y encerrada, dicen que no la deja ni sentarse en el corredor, ni salir al jardín.

—Pero... no hay oportunidad de hablarle, cuando ella tiene que salir el maldito la manda con el chofer que es su perro fiel y le advierte que no la deje sola, que vaya donde ella va. Pobrecilla no se pa'que la cuida tanto si ni la quiere.

—Animal que es. Lo que le gusta es mostrarla como trofeo y que es el dueño y con lo bestia que es no sabe como tratar una mujer como esa. Si se da cuenta que hoy estuvo en el patio le va a armar un traído.

—Si yo pudiera acercármele —dijo Carlos Antonio— se ve tan suave, tan interesante y tan... tan sola.

—Tené cuidado, dicen que al peón que ve viéndola mucho lo bota.

—Pa lo que me importa, pero no creo que sea tan cabrón...pero puedo trabajar en otro lado, no estoy manco, solo que no la volvería a ver.

Carlos Antonio no podía quitar su mirada de la mujer del administrador.

Al contrario de Gelda ella era gruesa, aunque no tanto, blanca, de cabello castaño y corto y siempre que andaba en la casa usaba pantalones cortos, que a pesar de su edad mostraban unas piernas delicadas y sin marcas de várices o vasos capilares, su piel se notaba suave y delicada y tenía una mirada fija y penetrante, pero llena de tristeza, de soledad.

—¡Pobre! — dijo uno de los compañeros de Carlos Antonio, dicen que le pega, que cuando llega borracho le grita que mete hombres a la casa y le dice que un día la va a echar a patadas.

—De ese mal parto se puede esperar cualquier cosa — dijo Carlos Antonio enfurecido — como me gustaría que me pegue a mí para que vea lo que es un hombre, ese maricón.

Los tres hombres se miraron con sorpresa pues en el otro cable venía el administrador, por lo que se fueron a toparlo para hablarle del trabajo que estaban realizando y evitar que se acercara y viera a su mujer fuera de la casa.

Carlos Antonio sentía unos deseos inmensos de protegerla, de acompañarla y de hacer desaparecer de su mirada aquella tristeza.

CAPITULO XII

Benito y Agustín fueron en tiempos pasados, líderes sindicales, pero después que los sindicatos desaparecieron en las bananeras pasaron a ser miembros de un comité permanente que se encargaba de velar por ciertos derechos de los trabajadores. Ellos se reunían con los administradores de las fincas para llegar a arreglos con respecto a los salarios, que se cumplieran los acuerdos y cualquier cosa que sucediera en la finca, fuera en la planta, en los baches, en la plantación o en el cuadrante si se reportaba a administración y no se resolvía, los del comité permanente presionaban al administrador para que le diera solución.

Hacía poco Toña, una señora que tenía dieciséis años de laborar en la finca, se quejó de que el tanque séptico de su casa en el cuadrante se había taqueado y que el agua negra salía al caño que pasaba por todo el cuadrante, ya lo había dicho tres veces pero no solucionaban el problema, por lo que decidió hablar con el Comité Permanente. Entonces Benito, el líder, puso la queja y al no encontrar respuesta, a los ocho días, buscó al administrador para hablarle, y recordarle que ese caso era de

suma urgencia, porque no era solo hacer la reparación, sino las consecuencias que esto traería si no se reparaba por la contaminación fecal al aire libre en medio del cuadrante.

El administrador miró con mucha seriedad a Benito y luego dijo:

—El problema es serio, y hay que buscarle la solución hoy mismo, como usted dice, pero el problema que he venido teniendo es que ocupo los trabajadores para la corta y las labores de campo... ¡ya se!...vaya usted Benito...vaya usted mismo y arregla ese problema, usted mismo puede arreglar el tanque séptico...vaya usted..

—Pero...pero...pe...pe....

—Usted es trabajador de la finca, igual que todos, usted puede hacerlo también, así que vaya rápido, no este perdiendo el tiempo que para eso se le paga.

Benito sabía que lo hacía por venganza y que como él decía no podía negarse porque él también era trabajador de la finca, pero ese trabajo nunca lo había echo, pues siempre había sido carrero, como Natalio y si habían personas que desde que llegaron hacían esos trabajos y decían que no les molestaba, pero... lo que mas le molestó fue escuchar, ya cuando iba un poco lejos la carcajada del administrador.

Y las horas pasaban lentas muy lentas, desgranándose implacables en la espalda de los concheros, en las rodillas de los carreros, en los dedos de las desfloradoras,, y en la nariz y las manos de Benito, que al finalizar el día llegó a su casa con su pelo y la ropa mal olientes pues fue necesario meter sus manos al tubo para destaquearlo y lo pringó todo cuando lo logró por la presión que tenía. Se fue a acostar más cansado que nunca y sin comer.

CAPITULO XIII

Los dolores, después del día de trabajo eran fuertísimos, y ni las medicinas que le habían dado a Natalio le aliviaban.

Al fin terminó la ansiada espera y después de los seis meses, fue a que lo viera el médico de nuevo y... más acetaminofén, más voltarén y otra cita para después de dos meses.

Lo peor era que aparte de el dolor de rodilla, el embolse le provocaba náuseas, mareos y dolor de cabeza, pero de cualquier cosa se puede prescindir, menos del alimento y como él decía, "si es solo por eso que trabajamos los pobres"

Esa tarde además de cansado y enfermo, llegó preocupado. Los salarios estaban demasiado bajos y ya la plata no alcanzaba y ahora para acabarla de arreglar, cuando estaba en la parada de buses compró un periódico y hablaba de una baja en el precio del banano, lo que daría como resultado una baja en los salarios y un recorte en el personal con la liquidación de los peones más viejos.

La desolación reinaba en su corazón, estaba totalmente seguro de que sería uno de los que se iban y lo peor que con lo que le dieran si acaso compraría un pedacillo de tierra y se haría una casita apenas para no mojarse y ya viejo y enfermo como estaba, no le darían trabajo en ningún otro lado.

No le quedaría más que llevar una vida de miseria, después de haberse matado tanto durante toda la vida. Ahora que estaba tan viejo y enfermo.

CAPITULO XIV

Esa madrugada, como de costumbre, el administrador llegó a su casa, se bañó y cambió su ropa y se fue a la distribución. Su mujer quedó despierta tratando de volverse a dormir sin lograrlo. Alguien pasó por la calle cantando:

— "Que en mi vida solo queda una esperanza,
En mis sueños mi ilusión siempre eres tuuu".

Era una voz varonil, melodiosa, agradable. La mujer se levantó y abrió las cortinas. No solo la voz resultaba varonil, el cantante era un hombre alto, de ancha espalda, y brazos musculosos que sobresalían en una camiseta de tirantes. Un mal pensamiento pasó por la mente de la solitaria mujer. Tantas noches de soledad, ¿Cuántas? Era imposible precisarlas. En dos años hay muchas noches, ¡muchas! Tantas que en la soledad vuelven loco a cualquiera. Su piel estaba hambrienta de caricias, sus manos necesitaban el calor de otras manos, su voz se secaba en su garganta por no tener con quien hablar.

Aquella voz quedó grabada en su mente:

"Pero quiero decirte,
Que siempre te querré.

La verdad era que Carlos Antonio no era mal cantante, pero si lo fuera, aquella canción iba impregnada de sentimiento. Sus notas llevaban consigo todo lo que sentía aquel hombre rudo.

...y...causó el impacto que jamás se imaginó Carlos Antonio que causaría en aquella alma solitaria y llena de tristeza. Desde ese día la mujer esperaba escuchar los pasos y las notas de alguna canción de amor, aunque no todos los días habría la cortina por miedo a que otra persona la viera y fuera con el chisme a su marido.

CAPITULO XV

En el bache Carlos Antonio pasaba atormentado por aquel sentimiento que cada día crecía más. La triste y pensativa imagen de la mujer del administrador no se apartaba de su mente, ahí en la soledad soñaba con tenerla a su lado, con abrazarla. Anhelaba darle todas las caricias que aquel hombre sin sentimientos le negaba, y decirle te quiero tantas veces como nunca las había escuchado. Como deseaba protegerla, cuidarla, limpiar con su amor todo aquel dolor, aquella soledad, aquella tristeza que había en sus ojos, pero... ¿Cómo llegar a ella? ¿Que podía ofrecerle él un simple peón? Ella estaba acostumbrada a otras cosas, vivía en una casa confortable, con muchas cosas que él no podría darle. ¿Cómo reaccionaría ella si le contaba lo que sentía? Lo mas seguro es que se reiría en su cara, o... tal vez con tal de ser libre, se decidiera a seguirlo y... él...él le demostraría cuanto la amaba, daría su vida si fuera necesario, trabajaría día y noche, para darle todo lo que ella se merecía y hasta más, pero para eso era necesario que ella lo supiera, aunque para acercársele tendría que preparar un plan sin errores. Tenía que rescatarla de aquel monstruo repugnante, que lo único que hacía era andar con otras mujeres menos con ella, teniéndola prisionera día y noche entre aquellas frías y duras paredes de cemento.

El tiempo transcurría y la esperanza y el amor de Carlos Antonio crecía, el sabía que algún día algo pasaría y el podría acercársele.

Una madrugada en la distribución, se le acercó el administrador:

—Me dijo el capataz suyo que usted sabe de construcción y carpintería.

—Si señor, solo que no trabajo en eso porque en estos lados no hay mucho trabajo.

—Según me dijo el capataz hace algún tiempo el **vio** unos trabajos suyos y me lo recomendó y como el otro carpintero se fue, tengo que conseguir uno pues hay muchos trabajos que hacer en el cuadrante y en las casas de administración, pero la que más urge es la mía.

A Carlos Antonio casi le da un desmayo de la impresión, pero disimuló y dijo con aparente desgano:

— Todo depende del salario, porque si voy a ganar menos que en las cortas, mejor me quedo aquí.

— Por supuesto que va a ganar más y será un salario fijo más las horas extras.

— Déjeme pensarla, mañana le resuelvo, porque a la verdad prefiero el campo.

— Ve eso si que no se va a poder, usted es un idiota si prefiere estar todo embarrialado, o me resuelve ahora o en la tarde voy a Siquirres a conseguir uno. Las reparaciones de la casa de administración son urgentes y quiero que comience hoy mismo.

El corazón le dio un salto en el pecho .Ese mismo día la vería de cerca.

Esta bien, si es así, acepto. ¿Que tengo que hacer?

— No hay más que hablar — dijo el administrador — Pase a la bodega, ahí encontrará cualquier herramienta que necesita y los materiales de construcción, si ocupa alguna otra cosa me lo dice con tiempo para mandarla a traer. Aquí tiene una orden para el bodeguero, preséntesela nada más y ahora mismo voy a la oficina a arreglar lo de su nuevo puesto en la finca.

Mientras Carlos Antonio fue a la bodega, por las herramientas, la madera, los clavos y otros materiales que ocupaba, el administrador fue a su casa. Su mujer se puso feliz, porque lo vio llegar a desayunar como al principio, como los primeros días y corrió a recibirlo.

— ¿Quieres café?

— Si, alistame también dos huevos y me calentás tortillas, pero rápido porque no tarda en llegar el carpintero a reparar el cielo raso y la puerta del baño, ah y te advierto, que voy a estar llegando a darme la vuelta de vez en cuando y si te encuentro hablando con él o un poco cerca, te vas a arrepentir toda la vida.

Aún estaba desayunando, cuando llegó el nuevo carpintero y tocó la puerta.

Anda a abrir rápido que tengo que revisar unos trabajos ¡apúrate!

Al abrir la puerta la mujer sintió un horrible frío en el estómago y en sus pies. Ese era el hombre que pasaba cantando todas las mañanas y que ella miraba a través de las cortinas cuando aún las sombras de la noche luchaban con la luz del día. Visto así frente a frente era más impresionante, mucho más alto que su marido, que era muy alto... de piel bronceada, y un cuerpo de físico culturista .Dejaba ver, por la camisa entreabierta, una selva de vellos, que nada mas viendo solo esa parte, se podría imaginar el resto del cuerpo.

La observación fue instantánea, pues corrió a seguir atendiendo a su marido, mas por deber que por amor.

El carpintero se quedó en la puerta, a lo que el administrador dijo:

—Pase, pase, ya voy a enseñarle el trabajo para que no pierda tiempo y lo haga rápido, porque tiene que arreglar las otras casas de administración. Y no pierda su tiempo hablando con nadie porque a usted no se le paga para eso.

—Carlos entendió muy bien la directa, pero no le respondió como debía pues no pensaba obedecerle, sabiendo que era su única oportunidad., hablaría con ella antes de hacer cualquier trabajo. Tenía que decírselo inmediatamente. Solo necesitaba unos pocos minutos para decirle lo que había guardado por tanto tiempo y lo demás lo resolvería ella.

—Cuando estuvo seguro que iba lejos el administrador, dijo:

—Señora, no estoy aquí por casualidad, necesito decirle algo.

—Que... que quiere— dijo ella sumamente nerviosa.

—Estoy aquí porque quiero decirle algo muy serio.

—¿Que es?—dijo ella adivinando en la mirada de él lo que estaba a punto de confesar.— si mi marido me descubre hablando con usted me puede hasta matar.

—Por favor se lo suplico, escúcheme, no puedo seguir guardando esto que siento por usted ¡no puedo! ¡No puedo!

— Pues yo no puedo hablar con usted— dijo caminando en dirección al cuarto— mi marido me mataría si lo descubre.

— No la va a ver, ya me fijé y va lejos .Si no aprovechamos este momento, por favor...

— Esta bien hable... pero... ¡dígalo rápido!

— Es que no puedo hacer nada para que me crea, pero tengo mucho tiempo de observarla, y he esperado como loco para decirle que la amo y que he planeado llevármela si usted acepta irse conmigo., no tengo mucho que ofrecerle, pero le doy mi vida si la quiere, yo estoy dispuesto a luchar por usted, vámonos de aquí, por favor, no siga aquí sufriendo esta soledad,

— No se quien es. Este... yo...yo... no se que decir, no puedo aceptar eso, no lo conozco.

— Ve, pero yo a usted si, yo si la conozco a usted y le puedo asegurar que por muy malo que piense usted que soy, no podría ser igual a ese maricón, a ese poco hombre, a ese... que la deja sola toda la noche y todo el día. Se de su soledad, de su tristeza, y también que ese maricas le pega, si, se que la golpea.

— Usted no tiene ningún derecho. Cállese.

— Si lo tengo ¿sabe por que? Porque he sufrido por meses por usted, yo he sufrido sus desvelos, porque cuando usted no puede dormir esperando a que el llegue... yo tampoco puedo hacerlo y la veo como levanta a cada instante la cortina, para asomarse a ver si viene. No crea que solo quiero acabar con su dolor, también quiero acabar con el mío. Tampoco usted tiene derecho de hacerme sufrir así.

— Cállese, cállese se lo suplico— La mujer rompió a llorar y en un impulso repentino quizás por la confesión reciente, se lanzó a refugiarse en los brazos de Carlos Antonio que emanaba sinceridad en sus palabras, en sus gestos, en todo su ser. Los brazos de él la apretaron contra su pecho con desesperación, deseando que aquel momento fuera eterno, pero inmediatamente ella se desprendió y corrió a su cuarto asustada.

A la hora de almuerzo que el administrador llegó, ya el cielo raso estaba reparado y las piezas de la puerta del baño estaban recortadas. Carlos Antonio trabajaba destrozando el tiempo, no quería que el administrador sospechara que hablaba con la mujer.

— Caramba, caramba, trabaja rápido— dijo el administrador— Se ve que no a perdido el tiempo, trabajó demasiado rápido, ojala siga así

— Es que quiero terminar a más tardar mañana aquí para hacer el trabajo de las otras casas, y pasar la otra semana al cuadrante.

—Bueno por lo visto es usted una de esas personas que no le gusta perder el tiempo, y su trabajo es excelente, la verdad es que no se le puede pedir más, creo que si sigue así, tendremos carpintero para rato.

—Señor, voy para la fonda a almorzar, y luego paso a la bodega por el material que ocupo para terminar la puerta.

—O. Key, yo voy a almorzar y luego voy a aprovechar que la corta de hoy no es muy grande y vamos a terminar temprano para irme después de almuerzo a echarme unos traguillos ¿usted toma?

—A veces, pero muy poco. Es que me gusta ahorrar, usted sabe, uno va para viejo y después no puede trabajar, así, cuando deje de trabajar por lo menos me podré comprar una finquita.

—No es para tanto, la vida hay que disfrutarla, como usted dice uno va para viejo y ya cuando eso no puede disfrutar nada, anímese usted está muy joven para pensar así, no sabe de la que se pierde. Tal vez un día de estos puede ir conmigo al rancho, a tomarse unos tragos... y hay unas viejas bien buenas.

—Si tal vez —dijo secamente Carlos Antonio.— y se fue a almorzar.

De regreso ya la mujer había salido del cuarto, pues había visto a su marido salir en el carro con el chofer y cuando hacía eso era porque había dejado a alguien encargado de la corta y que llegaría hasta las seis para despachar el último contenedor y luego se regresaría otra vez sin pasar por la casa.

Carlos Antonio y ella se miraron largamente sin saber qué decir y de nuevo se abrazaron. Mayita no se explicaba qué era lo que la impulsaba a lanzarse prácticamente a los brazos de aquel hombre desconocido, era como una fuerza magnética, como si lo conociera desde hacía mucho tiempo, en sus brazos se sentía protegida, amada, deseada.

No era un objeto más.

—Por favor —dijo el hombre— vámonos de aquí, necesito una respuesta hoy, para arreglar todo. Solo mañana vendré a trabajar y luego ya no podremos hablar, necesito que me resuelvas hoy mismo.

—Está bien, me iré contigo, me fugaré como una criminal. Pero...no puedo seguir así. No vayas a creer que soy así con cualquiera, me da vergüenza actuar de esta manera, pero no tengo otra alternativa, no tengo para donde irme y no me gustaría ser carga para mi hermano e ir a importunarlos, después tiene problemas con mi cuñada. No quiero tampoco que tú pienses que yo soy una...

—Yo no podría creer nada malo de ti, Te conozco. Lo sé todo. Y tu sabes que esta es la única oportunidad que tenemos, por eso actuamos así tan rápido, además no te voy a arriesgar después viéndonos en secreto, exponiéndote a que ese hombre te haga algo .El viernes recibo pago y meteré la renuncia. Con esa platilla, aunque no me den todo, podremos hacer algo. Como el sale todas las noches voy a traer un carro con un amigo, y te espero allá en el primer almendro de aquí para allá a las diez de la noche, el viernes, a esa hora todos duermen, nadie te verá. No me falles. Es la única oportunidad que tenemos porque después...

—No me falles tu a mí, porque si no resulta y ese hombre se da cuenta, no se que será de mi, creo que me mata.

—Primero lo mato yo a él, si algo sale mal, en la cara de él te llevo, pero nunca más te pondrá una mano encima ni vas a estar sola.. Te lo juro, te robaré de su propia casa, en su propia cara, que de por si me gustaría darle por ella.

—No conoces a ese hombre y de lo que es capaz.

—¡Claro que lo conozco! Es un maricón que no se va a enfrentar a un hombre.

Desde ese día todo quedó planeado, no había más que hablar para no levantar sospechas, el viernes a las diez de la noche en el primer almendro. El viernes se marcharían.

CAPITULO XVI

Bajo el frondoso y fresco almendro, en su hamaca de piola, Natalio observaba las estrellas. Si hubiera tenido un hijo, o dos o tres, no se sentiría defraudado, pero... llegar a aquella edad enfermo, sin hijos, habiendo dado toda su vida, sus fuerzas, había sacrificado su juventud y su vida para la empresa y aunque él era carrero, cuando estaba joven, recién llegado lo habían puesto a inyectar el nemagón en las raíces de las matas de banano, muchos estaños fueron utilizados en ese tiempo y después cuando les dijeron que era malo, lo continuaron haciendo, a la empresa no le importó, lo que importaba era el bananal y su producción, sus hijos habían quedado en

sacrificio a la poderosa transnacional bananera, como sacrificaban a baal los antiguos fenicios sus hijos... para nada, para llegar a ese estado, viejo y enfermo y sin haber echo nada en la vida, solo trabajó por el alimento diario.

—Maldito nemagón—pensó en voz alta.

—¿Y eso? ¿Hablando solo? —dijo alguien entre las sombras de la noche—

Y Natalio reconoció la silueta en medio de las sombras

—Diay Carlos ¿Qué bicho te trajo por aquí? Hace días no venís.

—Es que vengo a contarte algo para que lo sepas y que después no te preocupes por mí, vos has sido para mí un gran amigo y... no puedo olvidar que fuiste el que me enseñó el trabajo cuando llegué a esta zona y el que me cuidó cuando me dio malaria y que me sacaste al hombro del bananal cuando me picó la terciopelo que casi mecha pal otro lado.

—¿y ahora? ¿Qué mosca te picó? Porque para que estés recordando todo eso.

—Fíjate que me picó la mosca que algún día nos pica a todos... a mi me tiene picado desde hace tiempo, solo que ya...

—No me digas, tan arisco que has sido, si hasta asustado me tenías—dijo riendo, yo llegué a creer que...

—No jodás vos, eso no, cabrón, yo soy muy macho...

—¿ Quién fue la afortunada que te pescó. Sus mañas debe haber usado.

—Pues vieras que no, ni siquiera sabía lo que yo sentía por ella hasta un día de estos que se lo dije. Es la mujer más linda e impresionante que hay por esta región.

—A si, ahora si que veo la cosa en serio. ¿Quién es?

—Te digo, pero no me sermoníés—dijo Carlos Antonio con cara de niño arrepentido de una travesura.

—No, si ya hasta me asustaste con tanta ceremonia

—Es... es que... es que me... me enamoré... de... de... bueno que me voy de aquí con la mujer del administrador.

—¿Qué? ¿A doña Mayita?... ¿estás soñando? ¿Ya fuiste al psiquiatra?...estás totalmente loco. ¿Ella dijo que si?...

—Si... dijo que si.... que se va conmigo. Y es cierto, estoy totalmente loco, desde que la conocí, no hago otra cosa que pensar en ella.

—Aprovechaste tu nuevo trabajo de carpintero y se lo dijiste.

—Era mi única oportunidad para hablarle, vos sabes que ese tipo la tiene prisionera en su propia casa...

—Si... pero si alguien descubre algo te botan.

—Ya me boté.

—¿Como que ya te botaste?

—Me voy el viernes con ella.

—Y el récord ¿vas a perder todo?

—No importa, busco trabajo en otra parte.

Natalio era sencillo y muy franco y siempre hablaba a sus amigos con la verdad pura, sin máscaras.

—¿Y vos crees que esa señora podrá vivir con un peón bananero? Ella está acostumbrada a otras cosas, a otra vida que ni siquiera nosotros nos imaginamos porque nunca la hemos conocido ¿crees que se podrá acostumbrar a la vida de pobre?

—Con mi cariño y el amor que le tengo, lucharé para que no le falte nada, aunque me muera de trabajar, yo le voy a dar todo lo que necesita y más.

Natalio se quedó callado .Era increíble que una persona tan áspera, tan ruda, acostumbrado a vivir solo por tantos años, mostrara aquel sentimiento tan delicado, tan tierno. Se dio cuenta que no venía por un consejo, porque la decisión estaba ya tomada. Además su amigo había venido a confiarle un secreto que ya no le cabía en el pecho, a compartir su felicidad con él.

—Bueno, pues...entonces no me queda más que desearte que te vaya muy bien, se que sós lo suficiente hombre como pa medir lo que estas haciendo, solo que tené mucho cuidado con ese hombre.

—Pal miedo que le tengo, o vos crees quel hombre que le pega a una mujer es capas de enfrentarse a otro hombre., si ese es un maricón.

—Ya me decía yo que vos te las traías, tanta vieja detrás de vos y no les hacías caso, pero nunca me imaginé a quien le habías puesto el ojo.

—Así es la vida. Creo que al sentirla tan lejana, tan imposible, pero tan indefensa fue lo que me dio mas fuerzas para querer rescatarla de las manos de ese maricón. Bueno, que pases buenas noches, voy a dormir que mañana hay que trabajar.

CAPITULO XVII

Amparado por las sombras de la noche, Carlos Antonio esperaba con ansiedad, mirando el reloj cada segundo.

—Ya son las diez y cinco, ¿será que se arrepintió?

—Tené calma—le dijo su amigo— solo han pasado cinco minutos.

—Si ¿verdad? Es que la verdad estoy muy nervioso.

—Alguien dio unos golpecitos al vidrio de atrás y en medio de la oscuridad que cubría todo, el perfume de Mayita golpeó la cara de Carlos Antonio, que creyó estar soñando, y sintió como un bálsamo suave que inundó su alma .Inmediatamente se bajó del auto y abrió la puerta de atrás.

—Vamos, sube rápido, que el diablo puede meter la cuchara.

—Ella subió en silencio y el chofer emprendió la marcha. En el puente de Goli se toparon el carro de la finca, Gelda venía con el., los dos reían a carcajadas el taxi pasó desapercibido para ellos. Además no había que temer que se diera cuenta porque el, aunque venía temprano se quedaría en la casa de la compañera de tragos. Pasaron por el centro de Matina lo más rápido posible, ya Carlos Antonio había alquilado una casa en Estrada pues no podía irse muy lejos, porque la mayor parte de las fincas estaban en el cantón.

Mayita iba en silencio. Sus sentimientos se arremolinaban en su ser en ese instante. No entendía porque sin conocer a aquel hombre se había depositado en sus manos, sintiéndose tan protegida, sin desconfiar de él. Era como si aquel sentimiento que el sentía la envolviera. Aquel ser maravilloso había en sus sueños, y ahora la llevaba hacia la anhelada libertad.

Desde que subió al auto se sintió libre, aquella libertad se sentía suave, fresca, era como el aire que le golpeaba la cara. Sintió la mano de Carlos Antonio sobre la suya reconfortante, delicada, tierna a pesar de aquellos cayos y aquellas asperezas producto del duro trabajo en el campo, necesitaba de aquella energía, que él le proyectaba producto de aquel sentimiento, de aquella pasión oprimida por tanto tiempo, su mano estaba caliente y temblorosa. El perfume suave de Mayita inundaba el auto. Era una fragancia suave pero que le hipnotizaba, siendo un hombre acostumbrado a las rudezas de aquel ambiente áspero de las bananeras, se había apoderado de él un sentimiento que le transformaba a la superación, a la lucha contra todo, a la ternura. Aquella maravillosa mujer lo inspiraba porque ella era toda suavidad y ternura. La cuidaría como nadie la había cuidado, si tenía que agregarle más días a la semana, le agregaría, si tenía que inventar un mundo nuevo, lo inventaría, estaba dispuesto a trabajar día y noche por ella, para que nada le faltara, ni extrañara nada de la vida anterior. Ella olvidaría aquellos días de cautiverio y soledad. El llenaría todo.

Al fin la podía tener cerca, tan cerca, podía apretar su mano y sentirla temblando igual que la suya. Llegaron a la casita. Lo único que llevaba cada uno era un maletín con ropa y algunas cosas de uso personal. Mayita entró a la casa y miró a Carlos Antonio con agradecimiento, la casita tenía todo lo necesario. Una mesa redonda con cuatro sillas y un florero sobre ella, en el único dormitorio una cama matrimonial cubierta con una colcha brillante de satín rosado, en la cocina un trastero, una mesita pequeña con dos bancos y para cocinar los alimentos una plantilla de gas. Todo estaba en perfecto orden y de la humilde vivienda emanaba un delicioso olor a limpio.

Ella tomó las manos de Carlos Antonio y lo miró fijamente a los ojos y rociándolo de agradecimiento, por primera vez de lo mas profundo de su ser salió un sentimiento de amor incontrolable que la hizo buscar los brazos de aquel hombre y se abrazaron con grande e infinita ternura y ella le dio las gracias, a lo que Carlos Antonio, dijo:

—A ti, mi amor a ti es que tengo que agradecer esto que siento y que me inunda todo de felicidad...

El reloj de pared marcó las doce de la noche. Un nuevo día comenzaba para los dos desbordante de caricias impregnadas de ternura que desbordaron la pasión contenida., pero... también comenzaron nuevas luchas.

CAPITULO XVIII

Grandes y gruesas gotas de lluvia golpeaban el techo de la oficina, donde se había encerrado el administrador después de la distribución.

Con gesto áspero y mirada fiera leía y releía una carta que había encontrado en la cama vacía, cuando llegó a su casa.

Pero... a pesar de su aspecto fiero, parecía como si un peso muy grande, le estuviera aplastando el alma.

Con sus codos sobre el escritorio, sosteniéndose la barbilla con las manos, dejó salir al aire de su boca un triste monólogo:

— Quien entiende a las mujeres, no le faltaba nada en la casa, tenía carro y chofer cuando iba a salir, y hasta le compraba esas tonterías de libros de poesía y de literatura... puras vagancias ¿Adonde habrá ido? ¿se habrá ido sola? ¿Por qué se fue? Y... aunque nunca pasaba con ella ¿Por que diablos ahora que no está me siento tan solo, tan vacío. Ahora cuando entre a la casa ya no la veré ahí esperándome. La cama estará vacía y ya no tocaré aquella piel tan suave y delicada que hasta miedo me daba tocar pero que tanto me gustaba... ¿Por qué putas nunca se lo dije?... ¿Por que no le dije que aquel olor suave y delicado que solo ella tenía, me hipnotizaba, me enloquecía, y yo no sabía como tratar a una mujer tan fina y diferente a las que siempre había tratado. Las otras, las de afuera, casi siempre tenían olor a sudor, a pelo sucio, a... pero en mis cabronas borracheras me hacían sentir más macho y ellas tenían un atrayente olor a hembra. Y ahora, ella me abandonó, dejándome esta horrible sensación de soledad ¿Ahora que hago con todo esto que siento?... Baah... pronto regresará... no pasan ocho días y volverá... ella no va a aguantar estar largo de mi y yo me iré a la cantina y después de unos tragos, el asunto estará resuelto.

Salió de la oficina y dio órdenes al oficinista:

— Larry, recuerde que hay que meter tres peones más por factura, yo tengo que ir a ver como va la arrancada de rebrotos, para informarle lo que vamos a hacer antes que el capataz traiga el informe, ya sabe no todos se meten en planilla, tenemos que dejarnos una buena parte para nosotros, para las birras y otras cosillas más... y con una risilla se alejó de la oficina y se internó en el bananal. El chisme ya había corrido y los peones comentaban entre ellos.

Un grupo que se encontraba limpiando un canal, lo vio pasar el puente rumbo al área donde estaban sacando rebrotos.

—Ahí va el viejo ese lo mas campante, como si nada, según el le vamos a creer que no le importa. ¡Que bárbaro Carlos Antonio, cuando ese hombre se de cuenta con quién se le fue la señora.

—No creo que haga nada, ese conoce bien a Carlos Antonio. Si a ese lo que le sobra es valor pa' todo.

—No, si no es a ese valor al que me refiero— dijo el otro— cuando ese se de cuenta, lo va a mal informar en todas las fincas vecinas y no podrá conseguir trabajo, no va a poder mantener la mujer y como ella no esta acostumbrada a las pobrezas, como uno, se le va a ir, que te lo estoy diciendo, se va porque se va.

—Yo apuesto a que no, ella se ve que es una buena mujer y si se arriesgó a irse con el Carlos, ella sabía lo que estaba haciendo...y...

—Si no es porque sea mala, es porque la vida de pobre no es nada bonita y cuando se vea pasando privaciones...

—Oigan—dijo uno de los mas jóvenes que no había intervenido en la conversación y que los escuchaba con mucha atención.— ¿saben como le dicen ahora a Carlos Antonio?

— ¿Como?—preguntaron los otros.

—Pues diay ¿Cómo le van a decir?, el Magnate, ese mae parece el roco de la novela, no ven que hembra se fue a llevar.

—No, si no es para menos.

El administrador se perdió de vista en el bananal y ya había cruzado el otro canal al otro lado del cable, cuando un peón que estaba embolsando lo llamó.

—Hey, patrón, tengo que decirle algo, venga acá.

Realmente no tenía nada de ganas de hablar con aquel hombre, que era muy conocido como hablador y chismoso y lo que nadie sabía, el siempre tenía la información. Volteó a ver con desgano y le dijo:

— ¿Que quiere? Tengo que ir a ver la arrancada de rebrotes y me precisa porque después tengo que salir.

— Yo se, yo se, doncito, que usté es un hombre muy ocupado y que por eso muchos se aprovechan.

— ¡Como que muchos se aprovechan?! — dijo iracundo el administrador.

— ¡Claro! Usted cree que yo no se lo que le pasó a usté, patrón.

— ¿Y que pasó según usted?

— Pa que disimula patrón, si todos saben que el carpintero se le llevó la mujer. Dicen que pa eso pidió el tiempo, pa tener plata pa llevársela.

El hombre palideció y sacó de su bolsillo un pañito que usaba para enjugarse el sudor y se lo pasó por la frente y luego exclamó:

— ¿Cómo? ¿Usted está seguro?, ¡hable! ¡Cuénteme lo que sabe! O es nada más otro chisme suyo.

— Yo no soy ningún chismoso patrón, pa que vea, yo siempre averiguo la verdá y si abro la boca es por algo.

— Hable entonces ¿Qué es lo que sabe?

— Pues fíjese que anteanoche, ya tarde, yo no me podía dormir porque estaba así como desvelado, y oyí entrar un carro y mí'asomé porque no sonaba como el de la finca, el carro se parqueó allá por el almendro, yo salí con el foco pero no lo encendí pa que no me vieran y me paré detrás del almendro, cerquitica de'llos que no me lograron ver, y era el Carlos Antonio, pero como a los cinco minutos de haber llegado, oigo la voz de una mujer yunque estaba oscuro, era ella, y se subió al carro. Al ratito entró usté, pero se quedó en la casa de Gelda, si se hubiera ido pa su casa se da cuenta inmediatamente y tal vez se hubiera devuelto, porque usté tiene que habérselos topado.

— Entonces fue el carro que yo me topé en el puro puente de Goli pero ni puse cuidado a ver quienes iban.

— Y que esa condenada Gelda iba haciendo mucha bulla, yo la vi cuando pasó en una pura carcajada, diciéndole a usté que no la pellizcara, que cuando llegaran a la casa lo iba a pellizcar... bueno, averigüe que antes de irse él ya había pegado en Tricios y que había alquilado una casa en Estrada.

El administrador sacó un pañuelo de la bolsa de atrás, gruesas gotas de sudor, bajaban por su frente, y su rostro estaba rojo como si fuera a explotar. Luego se puso pálido. El peón lo vio tambalearse y caminar hasta el cable para apoyarse en una torre. Parecía que iba a caer en cualquier momento. El peón se acercó para ayudarle y lo escuchó decir apretando los dientes:

—Ese desgraciado va a saber quién soy yo, de mi nadie se burla y este malpario se aprovechó del trabajo que le di.

Una llovizna caía suavemente en el rostro del administrador, como un bálsamo refrescante... se alejó lentamente bananal adentro, mientras sus ojos se inyectaban de odio.

CAPITULO XIX

Era invierno en la zona Atlántica y los torrenciales aguaceros caían inmisericordes en toda la provincia. La lluvia paraba un rato, para seguir arreciando después. Toda la noche llovió y todo el día siguiente y apuntaba sin lugar a dudas que habría llena.

La cantina como todas las noches, estaba que no cabía una persona más .El administrador tomaba con sus capataces.

Una mujer que destilaba amabilidad por doquier, servía las mesas.

—Amorcito ¿quiere una boquita?

—Si me da la suya, me la como toda.

—Cuando quiera, papi, puede comérsela. Con gusto se la doy.

—¿Solo la boca? ¡Mami!

—Lo que usted quiera, cielito.

Y la mujer se alejaba contoneándose más, moviendo sus caderas como si estuviera practicando un baile árabe en la cantina. Llegaba periódicamente a limpiarles la mesa y cada vez que lo hacía el administrador le propinaba un pellizco de cariño en su prominente trasero. Ella respondía con un gesto insinuante, sacando la puntita de la lengua, que transportaba al hombre a fantasías eróticas.

El administrador ya bastante afectado por el licor ingerido y por mostrarle a la mujer cuan macho era, subió sus pies sobre la mesa mostrando unas botas de montar con las puntas de acero y dijo:

— Si alguien anda unas botas más caras que estas, que las suba a la mesa y yo me voy descalzo, le regalo las mías, y lo invito toda la noche.

Después de las doce ya algunos clientes empezaron a irse, quedando unos pocos en otras mesas y el administrador con sus capataces de farra. La mujer que servía se acercó y le dijo algo al oído a lo que él la rodeó con su brazo diciendo:

— Un clavo saca otro clavo, no hay que llorar por nadie ¿Verdad, mi amor?

— Claro papi, —dijo la mujer— y yo no solo el clavo te puedo sacar, si querés hasta las paredes te arranco.

El ruido de las botellas, las risas, los chistes, se mezclaban con el olor a cigarros a licor, a cervezas y a sudor, junto con el tan usado orinal que ya nadie sentía el mal olor.

Un hombre mal encarado y trabajador de una finca vecina que conocía al administrador, totalmente borracho, comenzó a hablar solo y en voz alta, a lo que todos pusieron cuidado.

— Cosa más fea creer que uno tiene un buen potrero, bien cuidado y que otro mae se meta a robar pasto, pero es más feo que le roben a uno la vaca. Veee, eso sssi esss feo. Que se le lleven a uno la vaca pa otro lao y quiuno no sepa nada.

Uno de los capataces empujado más por el licor, que por la amistad se volteó y le dijo:

— Vea cabrón, si tanto le preocupan sus animales pa que sale a tomar. Acuéstese con las gallinas y así nadie le roba nada. A nosotros no nos preocupa eso que para vacas aquí las hay y muy buenas las condenadas y como usted ve, parece que dan muy buena leche.

— Vamos —dijo el administrador— que hace rato me muero por llevarme esa vaca para mi potrero —y volvió a ver a la mujer que ya estaba alistando sus cosas para irse con él.

Era tanto lo que había llovido que el agua del canal de Milla Uno, pasaba como medio metro arriba del puente, con la corriente pasando al contrario. Uno de ellos se bajó y pasó el puente a pie para cerciorarse si estaba en buen estado y luego pasó el carro.

Al llegar a la finca, ya muchas de las personas estaban en el corredor de la oficina, porque las casas del cuadrante estaban inundadas.

CAPITULO XX

Con la caída del precio del banano, cayeron los salarios y con ellos el desayuno y el almuerzo de los peones bananeros, los uniformes escolares y los útiles y la asistencia a clases de los que tenían familia también cayó.

Se creó una ley que no dejaba trabajar a los menores de edad, pero estos no podían ir al colegio por falta de recursos y se quedaban en la casa mientras sus padres trabajaban, expuestos al acecho de otros jóvenes que al no poder trabajar ni estudiar, se dedicaban a hacer dinero de la forma más fácil, ganando clientes para venderles droga. Ahí no había ninguna ley que los vigilara y podían actuar como querían...el estar ociosos hacía que se reunieran en las esquinas o en los parques a planear otro tipo de delitos que luego los llevaría a la cárcel o les causaría otra desgracia.

Todo había caído con el precio del banano.

Lo único que no cayó, fue la siembra, que siempre continuaba, siempre caían las montañas, los árboles. Hectárea tras hectárea caía, nuevos canales se abrían paso y nuevos diques para proteger las plantaciones, entre más bajaban los salarios a los trabajadores, más hectáreas de montaña eran taladas para sembrar nuevos bananales, había una lucha constante contra el río para poder utilizar los terrenos que se inundaban y esta lucha los llevaba a construir diques y mas diques para ganarle la guerra al río, no se escatimaba esfuerzos ni dinero y los diques se construían sin pensar en el impacto ambiental que esto ocasionaría y en las consecuencias que esto podía traer con el tiempo y no solo material si no también humanas.

Y la tala de árboles era constante y la construcción de diques también, el pueblo no se explicaba como habían salido los permisos para todo eso sin ser regulado, sin pensar en lo que podía ocasionar en un futuro en los poblados cercanos, las autoridades reguladoras de todo esto parecían meopes.

Habían medios de comunicación de la región que se preocupaban por exaltar las obras municipales, con fotos de los regidores encargados de cada obra y del alcalde en turno, pero nunca aparecían fotos ni informes de la gran deforestación de la provincia, ni de la construcción de diques que luego afectarían los poblados, ni de la contaminación ambiental, ni de los casos de alergias y niños asmáticos que habían surgido de un tiempo para acá.

Caía la salud, caía el vigor de los trabajadores, caía la mesa en donde comían los niños de los bananeros y aquel monstruo verde crecía y crecía devorando hectáreas de montaña, contaminando con sus químicos los ríos y los canales, caía todo, la esperanza de una vida mejor para sus hijos, de dejarle un pedazo de tierra a sus nietos y una vejez agradable a aquella compañera de pobrezas y privaciones.

Don Jorge era uno de esos trabajadores que había dejado sus fuerzas en la tierra, en aquella tierra que producía para enriquecer a otros. Salía a las cuatro de la mañana de su casa, para llegar con sus compañeros al "pegue" antes de las seis. El fue uno de esos trabajadores que cayó con el precio del banano y la liquidación apenas le dio para comprarse un lotecito y hacerse una casita, después como ya estaba muy viejo tuvo que unirse a la nueva política de la compañía y era poner contratistas para las diferentes labores y los peones eran contratados por estas personas sin ser parte del personal de las plantaciones.

Ese viernes tenía que entregar el zanjo terminado y era un día de esos en que el sol calentaba con sus rayos no solo la tierra, sino también la piel de los trabajadores. Don Jorge regaba con su abundante sudor la tierra y parecía como si las fuerzas fueran a abandonarlo en cualquier momento, si no entregaba el zanjo ese mismo día, no podía cobrar y sus hijos lo esperaban con comida. Cada palada que el sacaba del zanjo, significaba una arepa para sus niños. La camisa se le pegaba al cuerpo, y todo giraba alrededor. Cuando despertó, sus compañeros estaban terminando el zanjo, todos juntos hicieron posible que el entregara su tarea.

—¿Como se siente, don Jorge? dijo uno de ellos y no se preocupe, que ya terminamos.

El hombre estaba sentado bajo la sombra de una frondosa cepa de yute y dos compañeros se acercaron para ayudarlo a levantarse. Su boca estaba cerrada, pero con un gesto de admiración y agrado comenzó a caminar, mientras por sus mejillas bajaban gruesas y copiosas lágrimas que se confundían con el sudor y que evitaron que sus compañeros se dieran cuenta que lloraba.

CAPITULO XXI

Esa mañana cuando Carlos Antonio se presentó a la distribución, el capataz le dijo que pasara a la oficina, porque tenía que hacer recorte de personal y él era uno de los más nuevos.

Fue a muchas fincas, pero en todas le decían que no, y ya cansado dijo a Mayita:

—No voy a buscar más trabajo en fincas bananeras, siento que en todo esto tiene que haber mano peluda, se me hace que alguien no quiere que me den trabajo.

—Y ahora, ¿Qué vamos a hacer?

—No te preocupes, que los ahorros de toda mi vida están intactos, no les hice nada con la compra de las cosas para la casa, pensando en tu futuro. Voy a comprar una finquita y la sembraré de plátano y mientras tanto busco trabajo con los dueños de fincas de plátano. No le voy a dar gusto, vas a ver que vamos a salir adelante.

Estrada era un lugar de tierras muy fértiles, y los agricultores se dedicaban a la siembra de dátil, que para el comercio exterior se llamaba Baby Banana, y era un producto que estaba siendo exportado, pero también sembraban plátano para exportación. En ese lugar funcionaba una cooperativa de plataneros que había ayudado mucho en el desarrollo de la región desde su comienzo y Carlos Antonio se asoció a ella.

Así, trabajaba medio día con alguien particular y el resto del día se dedicaba a trabajar en lo suyo, los fines de semana también los trabajaba con alguien particular y hasta logró llegar a ganar más de lo que ganaba en las bananeras.

Mayita, trataba de no hacer gastos innecesarios, se adaptó a una vida más sencilla y fueron haciendo poco a poco que sus ahorros crecieran, la finca fue sembrada toda de plátano y cuando los ahorros fueron suficientes, compraron un lote y los compañeros que habían sido liquidados les ayudaron a construir la casa.

Una linda casita de cemento, de dos plantas por lo de las llenas, con su corredor y sus barandas, para colgarle plantas, era el premio a un esfuerzo sobrehumano, que el amor que sentía Carlos Antonio impulsaba.

Sentados en el corredor, contemplando el atardecer, dijo Carlos Antonio:

—Si no hubiera sido porque no me daban trabajo en las bananeras, tal vez no me habría esforzado tanto, pero eso me dio tanto coraje que quise demostrarle a ese que podríamos salir adelante, ahora ya tenemos casa, la finquita y...

—...Y creo que un bebé —dijo Mayita—

Carlos Antonio la inundó con su mirada llena de felicidad y aunque ya Mayita no tenía edad para un embarazo, pues estaba cerca de los cuarenta y nunca había tenido hijos, lo que más deseaban los dos era tener un niño, por eso él confiaba en que Dios los iba a proteger desde el primer momento.

Ahora tendrían que seguir luchando, ahorrando y sembrando. La vida les daba un ser por quien vivir.

Compró cinco hectáreas más y las sembró de plátano, esa cosecha estaría para cuando naciera el niño.

El platanal crecía hermoso y verde, muy verde.

Aquella tierra era bendita, todo lo que se sembraba crecía robusto y saludable. El hombre sembraba y Dios hacía crecer las plantas y con ellas la esperanza de un futuro mejor.

CAPITULO XXII

La negra cinta de asfalto que comunicaba la provincia de Limón con la capital, era eso, una cinta negra que adornaba la verde alfombra que cubría las llanuras de Matina.

El banano es progreso decían nuestros representantes de gobierno y las instituciones encargadas del desarrollo. Progreso, progreso. Desde la construcción del ferrocarril al atlántico se escuchaba eso.

Y Matina seguía durmiendo, dormía un sueño del que tal vez un día despertaría y vería los patios donde corrieron los niños sembrados de banano y la finca de el único negro que luchaba por conservar la tierra que le heredaron sus antepasados, para sembrar ñame, ñampí, Yuca y malanga, sin árboles de jaquí y de fruta de mono, sin árboles de fruta de pan y castañas y todo estaría sembrado de banano.

Natalio iba a una de sus citas médicas, por su rodilla. Le gustaba sentarse al lado de la ventana para observar aquello que los políticos se esforzaban por que creyéramos que era progreso.

Progreso dijo ¿para quienes? ¿Para los que venden nuestros sueños? ¿Nuestra cultura a extranjeros? Con el único propósito de conservar un estilo de vida, llena de lujo y tecnología, mientras el pueblo se debate en la miseria.

Las fisioterapias y los medicamentos eran parte de la vida de Natalio. No podía dejar de pensar en sus años de bananero, cuando el se jactaba de ser el mejor carrero

Alguien se sentó a su lado. Volteó a ver y era uno de sus antiguos compañeros de trabajo

—Diay Nata ¿Cómo te va? , vieras como me alegro de verte.

—Fíjate que yo si no fuera por esta pata, diría que bien, y claro yo también me alegro de verte, hace tiempo que no te veía. ¿Cómo te ha ido?

—También podría decir que bien. Me compré una finquita. Y me hice mi casita no me puedo quejar...pero ¡que tirada! A vos nunca se te compuso esa pata.

—Así es, ya cuando uno no sirve para nada...

—Y ¿ondee vivís ahora?

—En Estrada. Ahí compramos un terrenillo muchos de los que fuimos liquidados, vos sabes Estrada es la tierra más buena pa sembrar plátano, da unos platanotes grandes y gordos y dulcíticos que son una miel, yo siempre he dicho que son los mejores plátanos de la provincia. Cuando me siento un poco bien me voy pa la finquilla y me pongo a chapiar y a sembrar, me da un gusto ver cuando crecen las matas, verdes y gordas, con toda la fuerza que absorben de la tierra, si es que parece como que se van a reventar de lo lindas que se ponen las condenadas matas. Ah, ahí en Estrada vive Chapulín, y Zorro y Carlos Antonio que salió antes de que lo liquidaran. Y también esta el Chele y Guapote, Moncho Conga y Grillo y otros más, todos nos metimos a la cooperativa de plataneros, y nos faltas vos y algunos otros de aquel entonces.

Es que yo compré allá por Cuatro Millas y el Héctor y Ñampí, también Munguía y Bajop a y Leonel. Otros compraron afuera en Matina, por la orilla del río, cerca del puente del ferrocarril.

—Como me alegra saber de todos, a mi esta condenada pata me quita las ganas de vivir a veces, pero Dios me la dio y no me voy a quitar hasta que él así lo disponga, mientras tanto tengo que hacer la lucha. Mira vos, — dijo Natalio cambiando la conversación, ahí, hay como diez dragas haciendo canales y un montón de vagonetas y bajops haciendo un dique, que ¡Dios nos agarre confesados! Cuando se venga ese río, y mira ,tienen tiempo de que el río viene y se lleva ese bananalillo y luego lo vuelven a levantar y viene el y se lo vuelve a llevar, ya hasta dicen que ese terreno tiene una maldición, que porque era un cementerio indígena y no lo respetaron, dicen unos jetas por ahí que la draga sacó una tumba y que habían un montón de cosas de piedra, hasta la figura de un rey y una reina con sus cabezas trofeo y todo, hasta un trono de piedra al estilo indio y un montón de piedras de moler pequeñitas, como para moler cacao, y un altar en forma de jaguar y dicen que todo lo sacaron los dragueros y lo fueron a vender de a callado, que no se diera cuenta el dueño de las dragas, pero... los reyes están cobrando venganza por haber sido sacados de sus tumbas, dicen que esas figuras eran impresionantes y que el río les obedecía, que hasta que no vuelvan a su

lugar, no descansaran en paz y que van a destruir todos estos lugares y las bananeras., pero... lo malo es que ahora quien sabe adonde están. ¿Sabes que? Con maldición o sin maldición, lo que me extraña es que ese pedazo donde inunda el río todo el tiempo no es muy grande y sin embargo insisten en sembrarlo cada vez que se lo lleva el río, no entiendo, como hacen para invertirle tantos millones en canalizaciones y diques, si después viene el río y se lo lleva, no entiendo por que si el precio del banano está tan malo como dicen ellos, porque insisten en sembrar e invertir en un terreno que les da tanto gasto.

—No si por ellos ya hubieran sembrado banano hasta en el patio de las escuelas y las iglesias y esos diques que hacen cada vez más altos a los que van a afectar es a los poblados que están desprotegidos y lo malo es que nosotros nos aguantamos todo, siempre nos quedamos queditos, dejando que hagan lo que les da la gana.

—Aunque hagamos algo... ¿Qué podemos hacer? ¿Quién nos va a oír? Las leyes siempre van a estar al lado de ellos, A nosotros lo que nos queda es llevar palo. Cualquier cosa que hagamos llevamos las de perder, siempre nos prometen, nos dicen que nos reunamos, que va a venir el ministro, después el dice que hay que hacer otra reunión y que trataremos de resolver el asunto pero que hay que esperar a ver que dicen los técnicos y luego los técnicos dicen que hay que revisar los estudios que se hicieron y...

—Y... mientras tanto nos lleva puta, esperando que resuelvan algo

—No creas, podemos hacer algo, creo que debemos de reunirnos todos los que tenemos tierrillas a la orilla del río o en terrenos que se inundan y después iremos todos a una sesión municipal, pa ver si esos del gobierno hacen algo.

—Sabés queso es una buena idea, — dijo Natalio— yo me voy a encargar de hablar con los de Estrada y vos con los de Matina y Cuatro Millas, pa que nos organicemos. Anda a mi casa, solo preguntas por mi, ahí todo el mundo me conoce, y te podrán decir donde vivo. Hay que apurase, porque cuando empiecen las lluvias, ese río hará de las suyas.

CAPITULO XXIII

Diciembre, mes de aguinaldos, de tamales, de paseos, de fiestas, de compras, mes del comercio, y de vientos de verano que levantan enaguas y arrancan techos allá por Esparza y Guanacaste.

Allá en la zona atlántica, mes lluvioso, de torrenciales aguaceros, de ríos crecidos, de ropa mojada y de grandes luchas por una Navidad feliz para los niños.

Los trabajadores bananeros trataban de meter horas extras para ganarse un poco más y comprar los estrenos a sus hijos y algún juguete a los más pequeños.

Algunos hacían aseo en la planta empacadora, otros limpiaban roles y otros afilaban los curvos de selectar o descargaban contenedores de cartón.

Para la zona atlántica era un mes lluvioso, mientras que para el resto del país, era de verano. Día con día la lluvia azotaba la zona.

Diciembre era un mes de sorpresas, y nunca eran agradables. Densos y oscuros nubarrones pasaban y pasaban hasta perderse en los azules y altos cerros de la cordillera.

Un ruido ensordecedor de ranas rojas y verde con negro, hacían perder las esperanzas, cada vez que la lluvia se aplacaba. Dejaba de llover por un momento y luego continuaba, más fuerte.



Foto Zaida Ruiz Briceño

Natalio dormía plácidamente a pesar de las fuertes lluvias, porque él había construido su casa en unas altas basas, él y muchas personas más, para no tener que estar subiendo muebles y amarrándolos a las cerchas, era mejor prevenir, por eso construyeron en basas bien altas.

—Nataliooo, Nataliooo, Nataliooo.— gritaban desde afuera como a las once de la noche.

—¿Que pasa? ¿Qués la jodedera? — preguntó desde adentro—

—Que ya se salió el río —le contestó el vecino.

—Bueno, gracias, no te preocunes. Yo ya alisté todas las cosas antes que anocheciera.

—Bueno, Nata, buenas noches. Voy a caerle mal a otros.

—Buenas noches —dijo— y se dio vuelta en la cama y siguió durmiendo.

Era normal, siempre que llovía mucho el río se salía, no había paso hasta la pista, Estrada y Matina quedaban incomunicados. No había de que asustarse, luego bajaba. Era solo recoger las cosas, ser precavido, además, se estaba construyendo un dique allá arriba, en un lugar al pie de la montaña que se llama Corina.

Era imposible que llegara al piso de su casa. Para eso la había construido bien. Se durmió plácidamente.

Aún quedaban poquitos de noche escondidos bajo los árboles y las plantas de dátil del poblado, cuando sintió la humedad en su colchón. Abrió un poco los ojos y tocó a un lado, el frío subió por todo su brazo, el agua llegaba al borde de su cama, eso era imposible, a no ser que otro diluvio cayera sobre la tierra a pesar del pacto de Dios con Noé. Se levantó apresuradamente y despertó a su mujer, ya el colchón estaba mojado.

Amarró los muebles de sala que ya estaban mojados y las camas, los colchones estaban inservibles y lo demás se lo llevó el río, muchas cosa andaban flotando dentro de la casa. Apenas amaneció, llegaron sus vecinos a llevarlos en una panga para el albergue, en la escuela, que era el edificio más alto. El frío hacía que le doliera más la pierna. ¡Que cosa! Cuando el construyó esa casa estaba seguro que el río nunca lo haría salir de ahí.

Natalio y su mujer llevaban lo que habían podido rescatar de ropa. El albergue estaba totalmente cubierto de esponjas y cobijas con el sello de la comisión de emergencias. Casi no se podía caminar dentro de él. El frío era insoportable y la estancia ahí también. Los servicios estaban atascados y el olor también. Habían niños de todos los tamaños y faltaban los pañales. Los más pequeños lloraban de frío, el quería llorar del dolor.

La panga llegó con más gente y decían que en Vanazos estaban subidos en los techos esperando a ser rescatados.

Carlos Antonio bajó de la panga y ayudó a Mayita a bajar. Ella estaba en avanzado estado de embarazo. Natalio se apresuró a bajar las gradas a pesar del dolor a ver en que podía ayudar a su amigo y a su esposa.

Acomodaron las esponjas cerca de ellos y se acostaron a descansar.

—Esto está feo —le dijo Carlos Antonio a su amigo.— oí que allá arriba, en un lugar que se llama Baltimore, ya ha arrancado cuatro casas. Y dejó sin cultivos a muchos campesinos.

—Si, ya oí eso —dijo —además dicen que hay varios ahogados y desaparecidos. Y muchos animales domésticos. Esto tenía que pasar, yo lo venía diciendo, pero como soy uno más del montón y no tengo ningún título, quién me va a hacer caso. Lo que uno dice no vale para nadie y los que pueden o se hacen los chanchos por negocio o son más brutos que uno.

—Fíjate que la vez pasada yo estaba conversando con el vecino de la finquilla —dijo Carlos Antonio — y nos preocupaba eso que las bananeras hacen diques por todo lado y otras empresas que tienen mucha plata, y lo que hacen es tirar el agua a otra parte o a los platanalillos de uno que no puede protegerlos porque no tiene plata. La verdad es que ya uno no sabe ni que hacer porque por más que lucha, nada le sale bien.

—Ese río es el mero pisuicas, nada lo detiene, ellos creen que con diques, hay van a ver como el río les va a pegar un susto y les va a demostrar que lo que hacen es tirar la plata. A el no lo van a detener con diquecitos y canalitos. Eso de los diques es para que la gente no esté fregando.

—Carajo, es que nos hemos vuelto tan sinvergüenzas que todos queremos agarrar algo y a la hora llegada lo que se hace no sirve para nada. Y los que realmente necesitan quedan desamparados —dijo Carlos Antonio bostezando a causa del sueño por la desvelada de la noche recién pasada. Y por el hambre contenida.

—A mi también me está jodiendo el hambre y lo peor es que me da lástima ver ese montón de güilitas con frío y con hambre, porque el río nos llevó la provisión a todos.

—Ahora que venga una panga voy a ver si me llevan a donde el chino a comprar algo, la mujer en ese estado no puede estar aguantando hambre, vale que tengo unos ahorros aquí.

CAPITULO XXIV

Una corriente veloz y ensordecedora arrastraba troncos, yutes, pejibayes, piedras inmensas.

Desde el corredor de su casa, doña Leona, una anciana que vivía sola, escuchaba con temor como la pequeña quebrada que pasaba al frente, se había convertido en una monstruosa y arrasadora corriente que arrancaba todo a su paso. Su humilde vivienda quedaba al pie del cerro y era rodeada por la quebrada. Se hacía imposible salir de ahí, excepto por la montaña que para su edad era un obstáculo infranqueable.

Si se come la vuelta me lleva__ dijo doña Leona__ bueno que sea lo que Dios quiera,

Aquí solo el me puede ayudar. Que acompañe a mi hijo que esta al otro lado.

Lo peor es que no puede pasar para acá, por la señora y el chiquito. Dios mío, aquí nadie puede venir a ayudarnos. Si esto sigue así vamos a morir de hambre, si no nos arrastra la corriente antes.

Sus pensamientos fueron interrumpidos por un espantoso estruendo, la casa se estremeció bajo sus pies y las tablas y el zinc crujieron. La anciana creyó que ya le había llegado su hora. Cuando todo pasó se arrodilló agradeciéndole a Dios por estar viva.

En aquella soledad solo su fe y confianza en el creador le daba valor. Cuando el río bajara ella podría salir y estaba segura que su hijo se encontraba bien.

_Dios mío, acompaña a toda esa gente de Corina y los pueblos que están más abajo, Estrada, Matina, Baltimore, Bristol, La Esperanza, B Line, no permitas que ese río haga más daño.

La anciana se acostó, pero no pudo conciliar el sueño, su mente pasó orando.

CAPITULO XXV

En algunos lugares la gente estaba en los techos, en otros el agua pasaba por las ventanas de las casas, arrancando celosías, puertas y arrastrando muebles, utensilios de cocina, comida, animales domésticos y todo lo que se pusiera a su paso. En el cerro más cercano habían improvisado galerones con zinc viejo, plásticos y cartones,

pues en Corina, el río se había tirado a la orilla del poblado, en la antigua quebrada La Veinticinco y estaba arrancando cultivos de pejibaye, y ya pasaba por el patio de algunas casas

Como una serpiente, se escondía en las sombras de la noche, buscando como hacer más daño. Se escondía en la oscuridad y nadie podría saber lo que había pasado hasta que amaneciera. Solo se escuchaba aquel estruendo aterrador, aquellos retumbos, que causaban los gigantescos árboles que caían junto con grandes pedazos de terreno de la orilla. El suelo temblaba en cada caída.

El Chirripó arrastraba todo, las plantaciones de banano, de plátano, de yute, de cocos, de pejibayes. Aquella destructora y demoledora corriente devoraba todo.

Los aguaceros torrenciales intermitentes caían día y noche. La gente temía que Dios hubiese olvidado el pacto del arco iris. Nadie podía conciliar el sueño, el frío y la humedad mantenía despiertos a los niños.

La gente de Corina tomó una decisión .y con el agua a las rodillas emigraron buscando los lugares altos o el refugio construido de emergencia, ya el río estaba arrancando el poblado y no se sabía hasta donde iba a parar. La oscuridad no permitía ver por donde estaba afectando más.

Pocas personas quedaron en sus casas, pues aunque el agua no había llegado hasta ellas, el temor las mantenía despiertas, el poblado podía ser arrastrado en las sombras de la noche.

Llegó el amanecer, la débil luz del sol apenas pasaba entre los densos nubarrones y...con la luz del día, se pudo observar el triste y espantoso paisaje de un inmenso río devorador que había dado cuenta de un sin fin de hectáreas de tierra firme. Durante la noche había cambiado su cauce y entraba por las humildes calles del poblado y muchas casas habían desaparecido.

Patios, potreros, plantaciones. Todo estaba cubierto de lodo y rocas. Ahora todo era playón del río.

El hambre y el frío se paseaban de la mano, pues comestibles y ropa fueron arrastrados.

Cuando bajó el caudal, entró el alcalde y los encargados de las obras comunales de la provincia y altos funcionarios del gobierno, pero nada, no decían nada, solo contemplaban el río y luego se regresaban, quedando el pueblo agobiado por las pérdidas y sin saber que iban a hacer con ellos.

CAPITULO XXVI

Después de la tempestad viene la calma, dice un viejo refrán. En los pueblos afectados por el río se fue el temor, pero no podía haber calma, lo único que pesaba sobre las espaldas era una gran desolación., el aguinaldo se lo había llevado el río, pues las compras hechas para esa época fueron arrastradas, entre ellas los ingredientes de los tamales. Pero...el amor a la vida lo hace a uno resignarse y seguir luchando.

La casa de Natalio, tenía las basas inclinadas, como pudo subió, pero las cosas que no tuvo tiempo de amarrar, fueron arrastradas por el río. Cuando bajó dos gruesas lágrimas venían bajando también por su cara sin poder disimularlas. Su esposa lo abrazó y lo escuchó decir:

Puta sal, estas carajadas hasta maricón lo hacen a uno. Y se enjugó los ojos con la manga de la camisa.

Allá, en su casa, Carlos Antonio vio junto a su mujer como el río había pasado por las celosías, llenando de lodo y suciedad la cuna del niño que esperaban con tanta ilusión. Y que estaba por nacer en cualquier momento. Mayita abrió las gavetas de la cuna y también la ropita estaba inservible.

Tratando de que su mujer no se sintiera tan mal, le dijo con gran ternura:

Mañana vamos a Limón y le compramos todo lo que haga falta, cogemos de los ahorros, de por si para eso son, para una emergencia.

¿Y si no hay tiempo? dijo Mayita como queriendo que su marido captara el mensaje, con una mano en la espalda y la otra en la cadera y con un disimulado gesto de dolor.

¿Que? ¿Me querés decir que...?

Es que desde anoche me siento mal, pero he tratado de soportar hasta que los dolores se hicieran más fuertes para no preocuparte en estas carreras.

Entonces eso quiere decir que ya los tenés fuertes... exclamó fuera de si Carlos Antonio Quédate tranquila, no te asustes eso no es nada, voy corriendo a llamar la ambulancia. Tranquila, tranquila, tenés que ser valiente, este...

Ya , ya, el que se tiene que tranquilizar sós vos, no soy la primera mujer que tiene un bebé.

—Si pero es la primera mujer que tiene un hijo mío.—La frase la terminó mientras caminaba.

Dio gracias a Dios por tener los ahorros, con eso podría comprar lo que había perdido para que su mujer y su hijo estuvieran cómodos y confortables. Después con esfuerzo y dedicación lograría volver a ahorrar y arreglaría de nuevo los platanales y el dátيل, ahora lo importante era que los dos seres que amaba con toda su alma estuvieran bien.

Mientras caminaba de regreso a la casa a ayudar a Mayita, elevó su mirada al cielo y clamó:

—Señor no permitas que mi hijo nazca en la miseria y ayuda a Mayita en el parto, yo estoy dispuesto a trabajar más que antes por los dos, dame fuerzas y salud nada mas que yo me encargo de trabajar para ellos.

CAPITULO XXVII

Carlos Antonio caminaba de aquí para allá por los pasillos del hospital, como ya no era un trabajador bananero no estaban asegurados y de emergencias lo habían mandado a verificación de derechos. Le informaron que tenía que pagar la atención del parto y los días que su mujer tuviera que estar internada. No le importó pues para eso había guardado suficiente dinero, y lo único que le importaba era que todo saliera bien. El era fuerte y estaba acostumbrado a luchar.

Cuando llegó de nuevo a emergencias, Mayita lo esperaba en la acera del hospital.

— ¿Que pasó? ¿No te han atendido? —dijo extrañado.

— Si ya me atendieron — contestó ella disimulando su dolor, pero como no tengo suficiente dilatación, la doctora dijo que todavía no me podía internar.

— ¿No le dijiste que no vivimos aquí cerca?

— Si se lo dije, pero aún así me mandó para la casa y me dijo que regresara solo si tenía muestras o dolores muy fuertes.

— Pero... espérame aquí, voy a hablar con ella.

Entró al consultorio sin importarle la fila y sin tocar la puerta. Al verlo la doctora le ordenó salir.

—No voy a salir, usted está mandando a mi mujer para la casa y ella está con dolores fuertes y vivimos muy lejos y en un lugar que acaba de ser afectado por las inundaciones y...

—Vea señor, salga de aquí ¿usted cree que ella es la primer mujer que está con dolores de parto. Además la veo bastante vieja como para estar asustada.

—Doctora, no es que esté asustada, es que vivimos lejos, y...

—Ya perdí mucho tiempo hablando con usted, salga y llévela a su casa y si ve que está mal la trae.

Carlos Antonio salió apretando los puños y la boca para no dejar tiradas por el pasillo una explosión de palabrotas de las que ya no decía porque Mayita no lo dejaba.

Llevó a su mujer a un modesto hotel , estaba totalmente seguro que si regresaba a su casa no habría tiempo de que la atendieran, además su casa no había sido lavada después de la llenas y no tenían donde dormir, y todos los vecinos estaban igual.

Las sombras de la noche cubrían Puerto Limón, que se vestía de luces.

Estaban sumamente cansados, todo había sido tan terrible, el salir de su casa en la madrugada de la llenas en una panga para llegar al refugio, después, dormir en una esponja en el piso y pasar el día sin tener donde sentarse, luego...los dolores y pasar el día en el hospital. No tardaron en dormirse, pero los dolores hicieron que Mayita despertara a su marido a las tres de la mañana.

—Carlos, llama un taxi, rápido, que me muero.

Con los zapatos en la mano, salió a la calle y llamó un taxi..Al llegar al hospital cargó a su mujer en brazos pues ya no podía caminar.

La doctora que la había atendido en la noche ya no estaba y el médico de guardia la atendió inmediatamente.

—Señora ¿Por qué viene hasta ahora?

—Yo vine anoche.

—A si aquí está en su expediente, pero la hoja de referencia suya dice que usted es hipertensa, y su edad, las dos cosas hacen de su embarazo que sea de alto riesgo por lo que tenía que ser internada. ¿Anda sola?

—No señor, mi esposo está afuera.

—Tengo que hablar con el. La voy a internar.

El médico ordenó que la internaran inmediatamente. No tuvo que mandar a llamar al asustado papá, porque este apenas arregló lo de los papeles se presentó al consultorio.

—¿Como está ella doctor?

—No quiero asustarlo, pero le mandé un ultrasonido porque todo apunta que hay que operarla, además ella tiene la presión muy alta...

—Doctor haga lo que crea conveniente.

Salió del hospital y se sentó en el tajamar y al frente del mar pidió a Dios por la vida de sus dos amores desde lo más profundo de su corazón.

Un hombre que estaba en emergencias cuando atendieron a Mayita y que lo estaba escuchando le dijo:

—No se afilia hombre, que ya Dios le escuchó la oración desde antes de que usted le pidiera, ese doctor que esta atendiendo a su señora es el mejor ginecólogo que hay y con el y Dios cuidándolos, pa que mas.

—Si ¿verdad? No tengo por que estar triste, ya mi hijo va a nacer. Si usted supiera la historia de nosotros dos. Esa mujer es lo que mas amo en la vida y si tuvimos ese hijo fue porque era lo que mas deseábamos los dos. Viera...ella sufrió mucho hasta que nos conocimos y...

Carlos Antonio le contó la historia de ellos al desconocido que le había dado aquellos consejos que fueron para el un tranquilizante y luego se despidió de el. Tenía que regresar a la casa a acomodar todo.

De regreso sus vecinos se ofrecieron a ayudarle a lavar la casa. Botó lo que no servía y lavó lo que todavía podía servir. Fue a comprar lo necesario para la atención del niño y su mujer y luego compró dos gallinas caseras y las pagó a limpiar para tener la carne en la refri para cuando vinieran ellos. Recordó que su papá le hacía

a su mamá una sopa de gallina después que nacían sus hermanitos. Cuando ya tuvo todo limpio y seco fue a la mueblería a comprar lo necesario para suplir lo que había dañado la llena.

A las dos de la tarde pagó un carro para ir a ver a Mayita .Preguntó en información pero solo le dijeron que ella estaba estable.

Subió y fue directo a maternidad., recorriendo uno y otro salón., hasta que al fin la vio en una cama junto a la ventana que tenía vista al mar... Vestía una bata verde y la tenían con suero Aún dormía. La contempló por largo rato. Ya la habían operado. La besó en la frente destilando ternura y luego fue a buscar a una enfermera.

—¿Podría informarme como se encuentra la señora de la cama doscientos veintiuno?

—Ella y la niña se encuentran bien.

Regresó a la cama y se sentó al lado de ella, tomándole la mano con suavidad.

Gracias Dios mío, gracias.

Señor, si quiere puede ir a ver a la niña a neonatos, yo lo llevaré.

De regreso ya Mayita había despertado y pudo ver el rostro de alegría de su marido que desbordaba agradecimiento y la envolvio en la mirada más dulce y tierna que jamás nadie le había dado.

CAPITULO XXVIII

Las consecuencias de la llena y la hospitalización de Mayita habían consumido la mayor parte de los ahorros de Carlos Antonio y le plantación había sido muy afectada. Tendría que trabajar mucho y esperar para volver al nivel de antes. Su pequeña hija y su mujer no podían pasar hambre. Algo tenía que hacer.

Dos hombres entraron al lugar a comprar caballos viejos. Los de el, aunque viejos estaban alentados. Y...su viejo caballo Chapaneco que le había ayudado tanto y el Chino Tenía que vender uno, pero... a esos hombres. La gente decía que los compraban para hacer salchichón y... la verdad es que él no quería saber para que los compraban, prefería pensar que no era cierto, su conciencia no lo dejaba en paz, pero no podía permitir que aquellos seres que tanto amaba pasaran necesidades.

Se decidió por el viejo y noble Chapaneco. El chino sería el que le acarrearía el plátano.

No pudo hacerlo el directamente y le pidió a un amigo que fuera a traerlo y que lo negociara el. Solo pagaron veinte mil colones. Eso alcanzaría para comprar la comida de la quincena y le quedaría un poco para otros gastos mientras se normalizaba todo. Después ya vería que hacer. Su mujer no se enteró de lo que había hecho, para que preocuparla.

El sabría enfrentar aquella situación. Para eso tenía suficiente coraje. Volvería a sembrar de plátano y dátiles el terreno y si tenía que volver a entrar a una bananera, lo haría.

La vida continuaba para todos, y...todos ellos habían sido bananeros, hombres acostumbrados a luchar con el mal tiempo, con el sol ardiente del verano en el Atlántico, con la malaria, con el dengue, con las serpientes más venenosas, con el papalomollo. Pedirían ayuda al gobierno si fuera necesario... pero no se darían por vencidos, esa era su tierra, un pedazo de su patria, que les daba derechos sagrados, lucharían por ella y el plátano y el dátil volverían a reverdecer y cubrirían aquel suelo maravilloso y pródigo.

CAPITULO XXIX

Natalio estaba en la misma situación que su amigo y que todos los demás.

Acostado en su hamaca, en el patio, pensaba en como resolver aquella situación en que los había dejado la última llena, cuando vio dos hombres que se acercaban al portón del frente. Eran caras conocidas, su antiguos amigos Benito y Agustín. ¿A que vendrían después de tanto tiempo, de que había salido de la bananera?

—Diay muchachos ¿ que los trae por aquí? —dijo—

—Aunque hace mucho tiempo que no nos vemos —dijo Benito— no creas que la última vez que nos vimos en el bus se me había olvidado o que fui pura paja, es que como algunos viven en Cuatro Millas y otros casi llegando a Siete Millas pues la verdad que queda un poco largo y como hay que pagar carro y a veces esta uno mas limpio que la tabla del dulce , pues fui donde algunos y les encargué que le avisaran a los demás, pero en eso se vino el mal tiempo y después la llena y ahora pues lo estamos haciendo por una emergencia y venimos para que te unas a nosotros.

_Unirme a que _dijo sonriendo_yo con esta pata lo que más puedo es estorbarles y ahora casi no tengo por que pelear, la llena me echó a perder, todo el platanalillo y el dátil que me daba para irla pasando, y en la casa me dejó todos los muebles hechos leña, sin cobijas, sin ropa, ahora ya pa que.,

_No creas, por esa pata mala es que debes de unirte. Si eso de los diques no a quedado ahí, como que ya les gustó. Ahora después de esta llena están comenzando a hacer diques por todo lado. Van a hacer uno allá de la boca del Río Peje para abajo, que para proteger Zent Viejo, cosa que nunca les preocupó, hasta ahora que esta el Colono por ahí. Van a construir uno en la margen del Río Barbilla, para proteger fincas de una transnacional bananera y unas tierras que están a la orilla de la carretera de Matina que no las han empezado a cultivar para no dar el color pero que en cuanto se construya el dique ya vas a ver que lo hacen, que te lo estoy diciendo, y eso lo que va a hacer es inundar a toda la gente pobre que vive a este lado. Pobrecillos los dueños de Santa Clara porque el agua les va a llegar hasta el techo, y los de B Line y Bristol, y La Esperanza y todas esas tierras a la orilla de la pista, la finca de Luís Diego y otras más, aunque no lo crean, ese monstruo bananero está extendiendo sus tentáculos y nos va a destruir a todos. Creo que el cantón como poblado va a desaparecer y lo que va a quedar son solo bananeras, ellos quieren las tierras, solo las tierras.

_Mira_dijo Benito_ andamos formando un Frente de Lucha de todos los que tenemos casa, negocio, o fincas a la orilla del río o en lugares que se llenen.

_Espérate, Benito _dijo._jaláte aquella banquilla que está allá por el gallinero pa que se sienten y hablemos cómodos_y gritó a su mujer diciéndole.

_Ángela, pone agua para que te hagas un cafecito, que llegaron Benito y Agustín y otros viejos amigos, anda a la pulperia a comprarte un pancillo.

_¡No te digo! Pa que te molestas._dijo Benito, pero la verdá es que ya nos conoces y siempre andamos con ganas de tomar café.

_Bueno, hemos decidido organizarnos porque ya las llenas nos tienen en la calle y no sabemos que hacer y que somos los más perjudicados, porque después de trabajar tantos años de peones en la bananera, ahora que estamos viejos o enfermos como vos , lo único que pudimos comprar con lo que nos dieron fueron esos terrenillos pa poder seguir viviendo y ahora ellos si tienen plata pa poder hacer diques y canales, pero nosotros estamos feos porque apenas si ganamos pa comprar la comodilla de la quincena.

—Si —dijo Agustín interviniendo en la conversación— y si no hacemos algo vamos a quedar pidiendo limosna. Por eso vinimos a buscarte y también queremos ir donde Carlos Antonio.

—A si, por cierto, vieras que feo le ha ido a ese pobre. Tuvo que echar mano de los ahorrillos que tenía, porque la doña tuvo una güilita precisamente ahora para las llenas y la tuvieron que operar y el pobre la ha visto fea pues el agua se metió a su casa que la hizo de dos plantas para no tener que estar alzando muebles.

—En serio tiene una carajilla—yo no creí que ese se fuera a casar y menos a tener hijos

—A si —dijo Natalio— y no solo eso que se casó en serio, después que se juntaron, se casaron, pues ella no se había casado con el viejo aquél, dice que el nunca quiso casarse con ella después que se juntaron., pero con Carlos Antonio, ese hombre se muere por ella... y no es para menos, esa mujer aunque esta madura es muy bonita y sobre todo muy buena.

—Creo que tiene sobradas razones para unírsenos—dijo Agustín.—

—También Zorro y Chapulín viven por aquí y Taltuzo y Cecilio, todos ellos compraron un terrenillo por aquí cuando los liquidaron y se metieron a una cooperativa de plataneros, pero, la cooperativa aunque brinda ayuda ahora con tanta llena a cada rato no se a recuperado de una cuando viene otra. La salvada es que esta tierra es solo un poco de abono y ya. Siempre ha sido así, el río después de las llenas deja una capa de tierra, que le roba a las montañas y la deja aquí, cuando seca y le sembramos plátano es como una bomba porque esas matillas crecen verdes y hermosas. Antes más bien se esperaban las lluvias para que el río dejara humus, pero ahora con tanta montaña botada por todo lado y con tanto dique, nos pega unos sustos que mas bien ya no queremos que llueva. La verdá nunca había llenado así.

La esposa de Natalio llegó con un pichel de café y varios vasos, el aroma se esparció por el patio .Los visitantes saborearon el delicioso y aromático café.

Acordaron ir a buscar a los otros antiguos compañeros y reunirse la semana siguiente con el grupo de Matina para organizarse y hacer las visitas a las instituciones respectivas, en busca de apoyo para proteger sus tierras. También querían visitar los pueblos que estaban siendo arrancados por el río Corina, Baltimore, Bristol, La Esperanza, y los que iban a ser inundados, B Line, y por supuesto Matina y Estrada.

CAPITULO XXX

Después de la llena, había mucho trabajo, pero poco dinero.

Carlos Antonio trabajaba toda la semana con diferentes personas, en la mañana con uno y en la fajina con otro. El domingo desde antes de las cinco llegaba al platanal y salía de él hasta que ya las sombras de la noche no lo dejaban ver. Tenía que reseñar lo antes posible para que la cosecha fuera pronto. Mientras se ganaba el sustento diario trabajando afuera, en otra finca.

Poco a poco, con mucho empeño, fue recuperando su situación económica. La sonrisa de su niña y las tiernas caricias de su mujer, lo impulsaban a continuar, sin descanso, solo esperando las horas de la noche para disfrutar del cariño y ternura de las dos, ellas le daban las fuerzas que tanto necesitaba.

También luchaba por su tierra. Ese domingo trabajaría solo en la mañana, porque en la tarde recibirían la visita del diputado y de representantes del Concejo Municipal, estarían también representantes de todas las comunidades afectadas, además, el sobrino del presidente ya los había visitado y les prometió llegar a la reunión.

Como era sábado, llegó una hora más temprano a su casa y por eso después de bañarse se sentó en su lugar preferido, el corredor de su casa, a observar a su mujer sentada en la mecedora, dándole de mamar a su hija. La niña pegada al pecho blanco disfrutaba de aquel manjar, la leche le salía por los bordes de la boquita, rodando por la barbilla.

¡Que lindas eran! pensó Carlos Antonio Aquella ternura que emanaban las convertía en aquellos instantes en los seres más bellos de la tierra. Su mujer lo miró cuando las observaba y con su voz llena de agradecimiento dijo:

—Gracias, amor, por amarnos tanto.

Carlos Antonio, lleno de emoción, se levantó de su silla y la besó en la frente, luego tomó la manecita suave y pequeñita de su hija y la acercó a su mejilla, para sentir la suavidad y la dulzura que emanaba.

La casa se llenó del sentimiento que emanaban los tres y por el aire flotaba dulce y suave la ternura.

CAPITULO XXXI

Todos los antiguos compañeros estaban ahí, además habían líderes comunales de Corina, Baltimore, Bristol, B Line, Matina, Zent, 4 Millas, y Estrada.

Eran ya las dos de la tarde y el diputado no había llegado, ni tampoco el sobrino del presidente que había prometido estar en la reunión.

Cuando parecía que nadie se haría presente apareció un auto con tres representantes del Concejo y la señorita asistente del Alcalde que inmediatamente se reportó, porque este había tenido que salir con su esposa enferma, mas tarde apareció otro auto con un joven que traía un recado del diputado excusándose por no poder estar presente pues tenía otro compromiso y luego cuando ya iban a comenzar apareció el sobrino del presidente, que inmediatamente fue rodeado por los señores del Concejo Municipal y la asistente del alcalde se apresuró a arrimarle una silla.

La reunión dio inicio con las palabras de la presidenta del Concejo y luego les siguió el alcalde que le cedió la palabra al sobrino del presidente, este les aseguró a los agricultores y representantes del pueblo que se les iba a resolver la situación y que harían lo posible porque se hiciera pronto, luego le pidió a la presidenta del Concejo que les permitiera hablar a los representantes de las comunidades.

Cada uno expuso su temor por el peligro que estaban corriendo muchas comunidades y el problema de los pequeños agricultores que no tenían como proteger sus tierras con diques o canales.

Benito pidió la palabra y se dirigió a todos.

—Señoras y señores, dirigentes comunales aquí presentes, representantes del Concejo Municipal, señor sobrino del presidente, durante largos años he venido observando como en nuestro pueblo ruedan por el suelo hectárea tras hectárea de montaña para sembrar banano, con la promesa para el pueblo del desarrollo, que el pueblo nunca saborea, porque todo queda en los comisariatos de las bananeras y al final de la quincena las boletas llegan en blanco y a seguir trabajando porque hay que comer. Los bananero nos tenemos que ir al campo mal comidos y los chiquitos que quedan en la casa también, los únicos que se salvan son los que están en la escuela, pues tuvieron la brillante idea de abrir los comedores escolares y que a veces no funcionan porque no les han girado el dinero, nuestras mujeres quedan en las casas mal comidas. En mi caso, después que me liquidaron, en la bananera, compré una tierrilla y la sembré de dátil y plátano, pero... ¿Qué pasó?, el río barrio con todo y tuve que meterme otra vez a la bananera y ahora no he podido sembrarlo porque no me queda tiempo y de por si, pa que sembrarlo pa que se lo lleve el río cuando esté empezando a cosechar...

_Disculpe señor _debe darle la palabra a otro _dijo la presidenta del Concejo_

_Yo _dijo otro representante _ya no soy bananero. Tengo una finquita con plátano y dátíl, pero esta última creciente me dejó sin nada. En donde estaba mi finca ahora pasa el río. En ese mismo lugar el año pasado se llevó dos casas. Llegaron un montón de gente de muchas instituciones y ministerios, que prometieron ayudar a los afectados y después de un año, nadie les ha resuelto nada. Solo quedamos en las estadísticas de los afectados y luego no se hace nada, Dios quiera que nunca quedemos en las estadísticas de los desaparecidos.

Todos los asistentes aplaudieron y luego pidió la palabra otro de los asistentes:

_Yo tenía seis hectáreas de plátano y si el río se me hubiera llevado la casa con todos los chunches hubiera sido mejor, porque ahora no tengo con que mantener mi familia. Después que todos expusieron habló la asistente del alcalde, el sobrino del presidente los regidores municipales y todos coincidieron que harían un dique arriba de Corina y otro en la margen izquierda para proteger Matina. Pero aunque algunos dirigentes se opusieron, el ingeniero argumentó que el no le decía al panadero como hacer el pan, y al fin todo quedó así

Cada uno marchó a su casa esperando que con los diques se resolviera todo y que el ingeniero tuviera razón.

Los días transcurrieron lentos muy lentos.

CAPITULO XXXII

Después de un esplendoroso y quemante sol, a media tarde, comenzó a llover

Las lluvias de rutina, las lluvias de enero, las que traen las crecidas _ pa que limpian la playa y pongan las tortugas_. Era algo normal. Todos los que habían vivido en aquella zona por años lo sabían. El río tenía que subir pa limpiar la playa. Luego bajaba y a esperar a que salieran las tortugas allá en Barra de Matina.

Doña Amalia tenía muchos años de habitar en aquella tierra y la llevaba en la sangre, en el corazón. La zona atlántica se le había metido en el alma. Sentada en su hamaca observaba como se balanceaban los árboles con el fuerte viento y sentía miles de gotitas de agua que se colaban con el viento en el corredor. Se levantó de su

hamaca y fue a buscar un abrigo y a vigilar el sueño de los niños. Tenían razón los del servicio meteorológico cuando dijeron que venía un frente frío. Puso a calentar agua. Un café caliente y el abrigo le ayudarían a sobrellevar el fenómeno.

Otra vez en la hamaca, con la taza de café en la mano se dedicó a observar las gruesas gotas de lluvia que ya en el suelo, corrían en un torrente por el patio. El río golpeaba iracundo en el paredón de la antigua quebrada la Veinticinco que había sido desalojada por el más fuerte. Los árboles de pejibaye caían con los paredones haciendo gran estruendo. Doña Amalia sentía vibrar las paredes de cemento de su casa, cada vez que caía un derrumbe.

—¡Que tirada! No dejan de caer esos palos de pejibaye, yo mejor me voy a dormir. En mi cuarto por lo menos no estoy oyendo eso, que me pone tan nerviosa.

La noche pasó y llegó el día. A las cinco de la mañana doña Amalia despertó. Lo hizo por costumbre, porque las piapias y las oropéndolas que la despertaban diariamente a las cinco, no sonaron ese día en su algarabía diaria. Aún estaba oscuro, las nubes seguían pasando. Salió al corredor de su casa y se acostó en la hamaca. Lo más seguro es que las piapias y las oropéndolas se levantarían hasta que asomara un poco la luz del sol. Faltando quince minutos para las seis comenzó a clarear. Las aves no sonaron.

La mujer se dirigió al río por la calle de la soda La Veinticinco. No podía creer lo que sus ojos veían.

La iglesia evangélica, la casa pastoral, y otra casa estaban siendo arrancadas por la fuerte corriente del río y el bambusal donde dormían las piapias, había sido arrancado casi en su totalidad. Ellas habían tenido que huir en las sombras de la noche. Los vecinos comenzaron a llegar. Todos miraban aterrados como poco a poco el río iba robando terreno al pueblo.

Regresó a su casa desolada, triste, abatida. Tenía el río a escasos cincuenta metros de su propiedad. El sueño de su vida, su casa, sus árboles, sus plantas, todo sería arrastrado.

Era increíble ver los daños causados en tan solo una noche, de ahí en adelante era solo esperar su noche, y ella sabía que llegaría.

CAPITULO XXXIII

Cabizbajo, triste, abatido, con sus ojos llenos de lágrimas, el pastor de la iglesia recogía sus pertenencias y las llevaba al corredor de una casa vecina, que estaba más alejada del río. Su esposa y su hijita le ayudaban. Muchos curiosos habían alrededor. Pocos fueron los que brindaron su ayuda. Bajo la lluvia, sin desayunar, lo único que querían era poner a salvo sus pocas pertenencias. Sus cobijas, su ropa, todo estaba empapado, tenía que irse para arriba, a la montaña, porque el río había cerrado el paso hacia la carretera principal y en cualquier momento rompía por los pejibayales y yucales, buscando el paso hacia la otra quebrada. De ser así nadie en Corina estaría a salvo, pues quedarían aislados sin tener hacia donde huir.

Las personas que asistían a la iglesia pronto se enteraron, y llegaron en auxilio del pastor. Muy pronto consiguieron transporte y trasladaron todo a un lugar seguro.

El pastor quedó ahí viendo como poco a poco las paredes de cemento se derrumbaban y eran arrastradas por el río. Solo quedaba una pared y la casa pastoral. El camión que llevó el primer viaje regresó y cuando ya habían terminado de cargar, vieron como caían las paredes de la casa pastoral. El ministro evangélico no quiso ver caer la última pared y subió al carro, las gotas de lluvia rodaban por su pelo, por su cara y las personas que le acompañaban no pudieron ver que con ellas iban mezcladas unas gotas salobres y calientitas que salían de sus ojos deshogando aquel extraño sentimiento que le oprimía el pecho, pero acompañada de aquellas lágrimas salió una humilde oración de resignación y alabanza:

"Jehová dio, Jehová quitó, en todo sea Jehová glorificado"

CAPITULO XXXIV

Ese amanecer en Corina, fue para los vecinos de la calle La Veinticinco, un amanecer sin desayuno y sin ganas de desayunar.

Marvin y su esposa Grace vieron como el río había arrancado la iglesia, la casa pastoral y tres casas más y ya estaba en la cerca del vecino cuyo lote lo que medía eran escasos diez metros, entonces con el mayor dolor tuvieron que tomar una decisión, la decisión de arrancar todo el esfuerzo y los sueños que habían logrado construir a base de sacrificio.

Aquella casa, en la que cada tabla era el producto de los anhelos familiares más grandes, clavadas con el mayor amor, y ahora con dolor tenían que ser arrancadas. Llevaron sus niños a la montaña y los refugiaron donde don Cachí, el brindaba su casa como refugio siempre que el río crecía.

Fue un día agotador, de ir y venir con viajes, primero con sus pertenencias, luego las paredes y el techo que iban arrancando.

El río sonaba amenazador. No se podía esperar a que cayera de nuevo la noche. La espera podía ser fatal. El resto del poblado también emigraba a la montaña. Nadie quería pasar la noche en Corina. Todos buscaban los lugares altos. Los pocos carros que habían en el pueblo, iban de aquí para allá trasladando gente, hasta que se le agotase el combustible, porque el paso había sido cerrado al tirarse el río en la entrada de Bristol y no se podía ir a la gasolinera. Marvin y su esposa observaban el lote vacío, con las ruinas de lo que fuera su hogar. Y subieron al camión, un nudo en su garganta no les permitía articular palabra.

Esa noche durmiendo en el piso con sus niños Grace escuchaba como su marido daba vueltas sin poder conciliar el sueño. Un torrente de pensamientos ahogaba su mente. Ya no tenía casa. Tanto que había luchado por ella. Eso significaba empezar de nuevo.

Al amanecer, cuando un nuevo día, aunque fuera opaco, decía a aquellas personas que la vida continúa y que los días siguen transcurriendo habiendo unos buenos, otros regulares y otros malos, pero todos había que vivirlos. Con el amanecer Marvin bajó con su esposa y sus hijos a Corina, para observar como seguía el terreno que el río se estaba llevando. Ya su nivel de agua había bajado un poco, pero la amenaza continuaba.

Grace buscaba las plantas que adornaban su corredor y que no había podido llevarse porque no cabían en el carro. Ya no estaban.

Las habían robado. Sus niñas buscaban los juguetes que les habían regalado en Navidad, pero tampoco estaban. El niño más pequeño, de escasos tres años, de pie frente a lo que fue su casa, lloraba, lloraba amargamente, balbuceando quedamente en un triste monólogo

—No está, no está, no está.

Una vecina al escucharlo llorar le dijo:

—¿Que mi amor? ¿Qué no está?

—Mi catcha, mi catcha no está dijo el niño con gran dolor haciendo con la respuesta que los ojos de la vecina se llenaran de lágrimas.

CAPITULO XXXV

Ante las seguidas amenazas del río, Mayita decidió salir, con su hijita de año y unos meses y unirse a la lucha de su marido y antiguos compañeros de trabajo. No podían seguir así, año tras año, llena tras llena, esperando nada más a que el río viniera y se llevara todo el esfuerzo, todo el trabajo, todo el sustento familiar, todo el futuro de sus hijos.

Caminó con el agua a la cintura, fue a otras comunidades afectadas, en busca de apoyo. Habló con otras mujeres. Tenían que unirse para ayudar a su maridos .Alguien tenía que hacer algo. Ya estaban cansados de diques, la experiencia enseñaba que no eran la solución, que si hacían un dique para proteger una comunidad el agua buscaría el terreno que quedaba más bajo con relación al dique y el río se desbordaría por ahí. Mayita al igual que muchas personas, pensaba que los diques no eran la solución a ese problema, por eso se dedicó a viajar por las comunidades afectadas a la orilla del río. Necesitaba oír la opinión de las personas que conocían esos lugares, ver el río desde la parte alta donde empezaba a hacer daño, en la falda de la montaña. En Corina encontró a doña Amalia, que había vivido en Estrada muchos años, en su juventud, y también conocía el río en su desembocadura porque había vivido ahí.

Con una taza de café, Mayita y doña Amalia hablaron del problema:

—Si doña Maya, usted sabe que yo he vivido en este cantón desde donde desemboca el río allá en la Barra de Matina, en Batán, en Estrada, y hasta en Mondonguillo y Barra de Pacuare, allá por el canal de Tortuguero.

Aquí en este cantón pues ya uno estaba acostumbrado a vivir con las llenas, eran como el río Nilo en Egipto. Venían las crecidas, dejaban la capa de humus y luego a sembrar para recoger buenas cosechas. La gente ya hasta disfrutaba las llenas, porque el agua inundaba sin hacer daño, y era como un espectáculo ver pasar el río por las calles pero... todo empezó cuando comenzaron a llevase las instituciones de Matina que porque llenaba, dejando la cabecera del cantón sin Cruz Roja, sin Banco de Costa Rica, sin Alcaldía Judicial y por último hasta la sede Municipal querían llevárselas, entonces los matineños y conste que no estoy hablando del pueblo sino de los representantes municipales y comunales que en lugar de luchar porque esto no se diera comenzaron a ver la solución en los diques sin pensar que al no ser afectados ellos, serían afectadas otras comunidades que no tenían nada que ver en lo que pasaba con el traslado de las instituciones... pero no solo eso agravó la cosa ,porque según cuenta un antiguo suplente de regidor, el fue de guía, enviado por el Concejo Municipal y el alcalde de aquel entonces...de un chino que era geólogo... y que lo mandaban a hacer esos estudios la comisión...allá arriba donde queda la laguna Ayil... para ver las consecuencias del terremoto... y llegaron hasta allá, a la naciente del río, que es el

que desagua la laguna que está en la montaña y que tiene, en la naciente del río una pared rocosa con una pendiente como de cien metros, tal vez más, y parece que con el terremoto se cayeron muchas montañas que aterraron la laguna dejando de cómo sesenta hectáreas solo como diez con agua, quedando el resto cubierto de sedimento, que según el chino, en cualquier momento en una creciente de la laguna ,pues a ella le cae el río Moravia que tiene el nombre de una comunidad indígena del cantón de Turrialba,... se nos va a venir encima una avalancha de sedimento y agua que va a dejar aterrados a muchos pueblos y mucha gente va a morir.

Pero todo se dejó así y dijeron que el chino exageraba, que eso no era posible y ahí murió todo... ahora vea doña Maya, eso que le estoy diciendo, más un río que por años a arrastrado árboles inmensos, grandes pedazos de montaña producto de la deforestación tanto de los habitantes, como de las bananeras, además este río no solo arrastra lo que el hombre concientemente han hecho, también ha sido afectado por los grandes pedazos de montaña que han caído y los a arrastrado hasta la desembocadura, cerrándola casi en su totalidad.

Mayita escuchaba aterrada, tantos años viviendo ahí y ellos sin saber nada, ellos y...los demás habitantes.

—Doña Amalia, entonces... ¿Qué hacemos?

—Creo que lo mejor es reunir las mujeres con sus niños y esperemos que nos visiten para que nos reubiquen.

—Dígame una cosa, ¿usted está segura que en la comisión saben esto?

—Según dijo Gervasio...si...parece que en los mapas que tiene esta comisión, nuestras comunidades aparecen con puntos rojos, o sea que son zonas de desastre y las personas deben ser reubicadas.

—¿Y por qué no lo hacen?

—Tal vez porque nadie se pone de acuerdo o porque no hay plata, no se.

—Pues tenemos que hacer algo—dijo Mayita—y pronto, ese problema hay que resolverlo.

—Por lo pronto, nosotros vamos a esperar al presidente y su comitiva con pancartas, por lo menos lean los carteles con el mensaje. Después que no digan que nadie les dijo. Dicen que hoy vienen, si quiere se queda, es a las once.

—Está bien, ya que estoy aquí, debo aprovechar. Los acompañaré. Esperaremos a ver si hacemos algo. Aunque sea que lean los carteles, así, si pasa una desgracia no podrán decir que no se los dijimos, como dice usted.

CAPITULO XXXVI

Las mujeres de Corina, mujeres humildes, pero valientes, acostumbradas a trabajar bajo el sol y la lluvia cortando yute esperaron al presidente. Ellas mismas elaboraron los carteles.

Cuando doña Amalia pasó, Andrea y Ruth la llamaron para enseñarle:

—Doña Amalia, vea, aquí están los carteles.

—Aja, ¡que buenos! Pero, Andrea, ¿te acordás cuando la diputada venía aquí para que le ayudáramos a trabajar aquí su campaña? Cuando vino a la soda de tu mamá.

—A si, ya me acuerdo, que tomó café con nosotros, sí.

—Pues hace un cartel que diga: "Señora diputada, ya no viene a tomar café con nosotros, como cuando andaba buscando votos".

—Hay doña Amalia, esa señora nos va a matar.

—No importa, alguna queda viva, lo que importa es hacer algo que llame la atención de ella, apúrense, porque ya no tarda.

Doña Amalia se dirigió a la orilla del río pues ya había llegado la móvil de canal siete y estaban entrevistando a don Víctor, uno de los que tenían el río muy cerca de su casa y que en cualquier momento la arrancaba. Luego llegó la diputada con su comitiva, saludó a doña Amalia y siguió para el río.

Doña Amalia se dirigió a la calle principal donde la esperaban Mayita y las demás mujeres de Corina que apoyaban el movimiento.

Como a cuarenta metros estaba parqueada una patrulla de la policía con cinco efectivos.

Cuando pasó la móvil de canal siete hicieron la toma a las mujeres y siguieron, luego en un carro llegaron unos de la comitiva y alguien fue a avisarle a la diputada lo del cartel, en particular el del café. Más tarde ella se presentó muy airada y preguntó directamente a doña Amalia que tenía el conflictivo cartel en su mano:

—¿Que significa esto?

—Doña Amalia de momento no reaccionó pues no esperaba que ella se disgustara tanto por la verdad, pero Mercedes respondió:

—Yo si tengo mucho que decirle, y es que usted cuando andaba en campaña si se dignó venir, pero como ya no nos necesita, entonces, ahora no se acerca a estas comunidades tan necesitadas, y estamos a punto de ser arrastrados por el río y nadie se preocupa por nosotros, vea a los de Baltimore, hace ya casi dos años y no les han resuelto nada.

— ¿Que quieren que haga yo, yo no puedo hacer nada, eso le toca al ministro de vivienda y en lo del río yo no soy ingeniera. Ahora que venga el presidente hablamos. Luego se retiró e hizo unas llamadas., e inmediatamente llegó y les dijo a las mujeres que ya el presidente venía y que iba a toparlo.

Aunque ellas no le creyeron, se apartaron de la carretera para darles paso y luego buscaron un carro y los siguieron hasta B Line y como ahí tampoco quisieron hablar con ellos, todas las mujeres rodearon el carro del alcalde, y no lo dejaron subir a el

Por lo que los demás de la comitiva se bajaron de sus carros y vinieron a ver que sucedía y se acordó una reunión en la municipalidad, nombrando dos representantes del pueblo para que expusieran sus ideas.

CAPITULO XXXVII

La reunión se llevó a cabo con la asistencia de los ministros correspondientes, para buscar la solución al problema, más los presidentes ejecutivos de las instituciones gubernamentales encargadas, junto con el alcalde y el concejo municipal y la diputada.

Además los representantes de cada comunidad afectada y así, cada uno exteriorizó sus temores, haciéndolo primero Mayita.

— Señoras y señores, para mi es motivo de placer estar aquí reunida con todos ustedes y con los representantes de las instituciones que tienen el poder para ayudarnos Porque realmente el motivo de esta reunión es buscar una solución pronta y efectiva al mal que nos aqueja, hoy venimos a poner el problema en sus manos y sabemos que ustedes tienen la solución. De mi parte, soy de Estrada y e estado visitando las comunidades de las faldas de los cerros, entre ellas la comunidad indígena de Namaldi, en Bajo Chirripó y el río ahí a escarbado en las faldas de un cerro tirando su cauce contra el. Me pregunto yo ¿si fue capaz de abrirse campo contra ese cerro y arrancar ahí tierra firme? ¿Lo sostendrá un dique recién hecho? Los vecinos de Corina vieron como el reciente dique fue lavado por el río en término de un día y con sus propios ojos vieron las aguas venirse sobre el dique? También vieron como fue arrastrada la parte baja de Namaldi, lo que nos hace pensar que el único dique natural que tiene el río es Corina y sabemos que si no cambia de cauce el próximo objetivo es esta comunidad y las que queden terreno abajo o sea esto que les digo es la crónica de muchas muertes anunciadas, y por eso vivimos en una constante zozobra cada vez que las lluvias hacen crecer el río, tendría mucho de que culparles ahorita, porque ustedes son los que tienen el poder en las manos para evitar la deforestación, la contaminación y la construcción de diques , pero el pueblo también tiene la culpa porque a dejado que hagan lo que quieren.

Para terminar solo les digo que no quiero que me digan que tenemos que realizar más reuniones, porque ese es el método que han encontrado para alargar todo y nos vamos en puras reuniones y nunca se llega a un acuerdo o cuando se llega ya han pasado meses y hasta años. No queremos más reuniones, queremos soluciones. Según esta vecina de Corina, desde que pasó el terremoto estamos siendo amenazados por una avalancha en cualquier momento y hasta el momento no sabemos nada ni se ha hecho nada.

—Doña Amalia apoyó lo dicho por Mayita y también otros dirigentes de las comunidades cercanas a Corina.

El ingeniero dijo que no había ningún peligro y que los diques que iban a construir no tendrían nada que ver con los pueblos de arriba y que esas llenas grandes eran periódicas, cada treinta años y que si no querían diques que de por si el vivía en un apartamento en San José en el cuarto piso y que nunca había oído que al panadero el cliente le dijera como se hacía el pan por lo que si no estaban de acuerdo el simplemente paraba el proyecto.

Pero los de la comisión prometieron investigar sobre lo dicho ahí porque no podían hacer nada si antes no se realizaban los estudios del caso, pero que buscarían una solución pronta si era necesario de reubicación.

La reunión finalizó y ahora lo que quedaba era esperar.

Mayita y Carlos Antonio salieron de la reunión y buscaron entre la gente a Benito y a Natalito.

—¿Que decís vos de los logros?

—Que ojala que hagan los estudios rápido porque mientras tanto se puede venir otro temporal y, ni Dios lo permita pero... creo que lo que va a pasar es que nos van a tener que venir a poner flores al pedregal ese que dicen que se puede venir encima de nosotros.

—Que feo está eso.—dijo Benito, porque si es cierto... que Dios nos agarre confesados.

—Bueno—dijo Mayita.— como dije antes eso si que sería una crónica de un montón de muertes anunciadas.

—Si está jodida la cosa —dijo Carlos Antonio. Ahora si que no va uno a poder dormir tranquilo cada vez que llueva. La verdá es que si yo tuviera plata, ya me hubiera ido, no estaría arriesgando la vida de mi chiquita y de mi mujer.

—Claro, yo también lo haría—dijo Benito—pero... ahora sin platanal y todo enjaranado, paso más chonete.

Doña Amalia se acercó a ellos y les dijo:

—Bueno muchachos, la lucha sigue, no crean que se terminó aquí. Ahora lo que hace falta es llamar a la prensa e informar de esto, porque si pasa algo, al menos que no digan que no se los dijimos y que nadie sabía nada de esto. Nada de achantararse

—Que va doñita con el perdón suyo, pero esto si que lo agüeva a uno. Ya no tenemos ni como sembrar, porque apenas se está levantando el platanillo, viene una llena y otra vez se lo lleva.

—Deberían darle gracias a Dios, allá arriba en Namaldi, Baltimore, Corina, y Bristol el río pasa y se lleva todo y tierra y casas. Esa pobre gente quedó totalmente sin nada de que echar mano para sobrevivir, por eso cuando ciertos funcionarios llegan repartiendo comida para agarrar popularidad en las elecciones, con solo eso los manejan y eso que es comida que el mismo pueblo dadivoso da con tanto amor para las personas afectadas. Lo que el pueblo da ellos lo utilizan para montarse en el poder. Todo está movido por la política, desde el puesto más pequeño, hasta el más alto.

—A si,—dijo Natalito— pero no crea que aunque a nosotros no se nos lleva la tierra estamos pasándola muy bien, también estamos feos.

—Si yo se que ustedes también la están pasando mal—dijo doña Amalia— la cosa está feísima por todos lados. No nos queda más que pedirle a Dios. ¡AH! y no se les olvide que nos reunimos dentro de quince días., en la casa de Queo.

CAPITULO XXXVIII

Los noticieros anunciaron para el fin de semana otro frente frío.

Los vecinos de Corina desde que oyeron esto ya estaban nerviosos, pero más lo estuvieron esa tarde, cuando, negros y densos nubarrones pasaban hacia la cordillera y ya a las dos de la tarde parecía que estaba anocheciendo. Allá a lo lejos la densa neblina cubría totalmente los cerros.

Doña Amalia, en su hamaca, escuchó el ruido ensordecedor de un aguacero que parecía el diluvio que venía de nuevo a juzgar aquellos pueblos humildes. No tardaron los goterones en caer en el techo sonando como si fueran piedras. Gruesos chorros de agua comenzaron a bajar por los canales del zinc. Una, dos, tres, cuatro horas y no paraba de llover. La creciente del río comenzó a bajar con gran fuerza arrastrando troncos, árboles, yutes y tierra, grandes terraplenes caían del paredón. Algunas personas de Corina, comenzaron a buscar los cerros. Otras no sabían hasta donde llegaba el peligro. Doña Amalia oraba en su hamaca. Las sombras de la noche cubrían todo y la electricidad había fallado. Un foco que siempre manejaba con baterías por cualquier emergencia era su fiel compañero. La asustada mujer seguía orando. Llevó a sus hijos a una cabaña que tenía de piso alto. Aún no tenía gradas pero subieron por la escalera y en el piso de tablas tendieron las cobijas.

No se veía nada. La oscuridad lo envolvía todo. La lluvia seguía cayendo inclemente.

En la llena anterior el río se había llevado cinco casas y la iglesia.

—Dios mío, ¡protégenos! —imploraba doña Amalia— ten misericordia de nosotros, permítenos ver el nuevo día, te lo suplico.

El ruido que se escuchaba era como si el río fuera a caer sobre todos sin ninguna misericordia.

—Dios mío, que amanezca pronto—oraba doña Amalia.—¡por favor!

Cada vez que caía un paredón la tierra cimbraba, las piedras que el río arrastraba se escuchaban cuando pegaban unas con otras y rodaban río abajo, parecía como si miles de ellas fueran a caer sobre el poblado en cualquier momento.

Doña Amalia seguía orando. Sus hijos se unieron a ella en el clamor. Todos esperaban con ansiedad que amaneciera. Esperaban el nuevo día y con el una nueva esperanza.

La angustiada mujer alumbró con el foco desde lo alto de la cabaña.

—¡Dios mío! El agua está pasando por mi casa con mucha fuerza. Parece que la está arrancando.—alumbró a otro lado, hacia las basas de la cabaña.—¿que es esto? Aquí ya va a llegar a las basas. Esto no es posible que este sucediendo, esto es un lugar muy alto. ¡Oh señor! Que amanezca pronto.

El cansancio y la gran misericordia de Dios hicieron que se durmiera cuando faltaba una hora para que amaneciera, su corazón no hubiera soportado una hora más de incertidumbre.

Los gritos de su hija mayor que vivía en una casa cerca de ella, la despertaron cuando ya era de día.

—Mamaaa, mami!...¡mami!

Sin acordarse de que casi no podía caminar por su enfermedad, bajó la escalera corriendo.

— ¡Señor! ¿Qué es esto? ...hija... ya voy ,calma... tranquila... todo va a salir bien. ¡Dios mío! Salva a mi hija te lo suplico... ¡sálvala!... protege a mi nieta... por favor...

La casa de su hija estaba totalmente rodeada de agua y esta entraba ya por el piso que medía un metro de alto, la corriente pasaba alrededor de la casa causando terror a Doña Amalia. Iba a ser muy difícil que salieran de ahí, pero había que intentarlo porque la casa estaba siendo arrancada.

Su hija había subido al cielo raso con su nieta y había arrancado una lata para subir al techo y poder gritarle.

—Voy a acercarme amarrada con una soga al muro. Tomá las sogas de los caballos que tenés ahí y amárralas para que queden bien largas y amárrales algo pesado y las tiras bien fuerte, para amarrarlas al muro., después con mucha calma amarra a la niña con una sábana y la cuelgas a otra sábana y hacé vos lo mismo y la venís empujando con mucha calma y la jalas a ella, lentamente, sin ponerte nerviosa, con calma. Yo te espero aquí, y ya juntas es más fácil sacar a la niña de aquí.

Su hija logró llegar al muro, y del muro, entre las dos, con la otra soga, cruzaron a la niña amarrada y ellas con el agua al pecho... su hija de quince años consolaba a los mas pequeños que gritaban al ver aquello, la tierra cimbraba a los pies de ellas. No había nada

Alrededor... ni árboles, ni casas. Solo agua y miles de piedras en las partes secas y en medio de todo el pequeño pedazo alto donde había construido la cabaña...

—Mami ¿Qué paso? — Dijo su hija llorando — ¿Qué vamos a hacer? El río se llevó todo... solo estamos nosotros y horita arranca esto. ¿Qué hacemos?

—Lo que hemos hecho toda la noche. No podemos hacer nada más. Tranquila, nada nos va a pasar.

—Pero...mami... ¡vea! Este pedazo también se lo va a llevar. La corriente está corriendo aquí también.

—No lo creo, hay que tener fe en Dios. Vamos que esos chiquillos están muy nerviosos.

Subieron por la escalera, esta vez lo hizo lentamente y con dificultad. Se sentaron en el piso al lado de los niños. La tierra continuaba estremeciéndose ante la caída de los paredones.

Como no había con que hacer desayuno la hija mayor fue a la casa de su madre que era la que tenía menos agua, eso si amarrada con la soga y la sábana. El agua le llegaba para arriba de la cintura. Caminaba lentamente , hasta que logró llegar a la casa luego fue a la cocina. Solo las cosas que estaban en alto estaban buenas, pero había bastantes. Encontró pan, huevos, café, arroz, azúcar, llevó la bolsa de chorrear el café, gracias a Dios que a su mamá la gustaba el café chorreado, porque ahora no tendrían en que hacerlo, encontró también dos barras de mantequilla, y una bolsa de leche. Aquello era suficiente para sobrevivir, mientras llegaban con ayuda.

Arrancó unas tablas de la cabaña y encendió un fuego en el suelo y con las ollas que pudo rescatar logró preparar alimentos...pero... los niños estaban tan aterrorizados que no podían comer y el frío los hacía estremecerse porque la lluvia había mojado las cobijas, pues la cabaña no estaba terminada.

Después de una hora se dieron cuenta que el nivel del agua estaba bajando y que la corriente no tenía tanta fuerza.

Dieron gracias a Dios. Ahora a esperar que alguien llegara. Algún vecino vendría a ver como estaban. Pronto tendría que aparecer un vecino.

Al medio día prácticamente las aguas habían bajado, solo se observaba a todo lo ancho y todo lo largo que alcanzaban a ver, un interminable playón de cientos de hectáreas, no habían árboles, ni casas. La casa de su hija estaba a cincuenta metros del sitio anterior y la casa de ella estaba al borde de un gran canal que había hecho una fuerte corriente del río que pasó por ahí. Muchas casas fueron arrancadas de donde estaban y otras desaparecieron. Un helicóptero pasó inspeccionando la zona, y aterrizó en un banco de arena que quedó más arriba en un potrero. Dos hombres, al verlas se dirigieron a la cabaña:

—Señoras ¿Cuántas personas hay aquí?

—Somos siete— respondió su hija— Doña Amalia solo observaba todo, no quería hablar.

—Muy bien, venimos a sacarlas de aquí.—Atrás vienen más helicópteros por los demás—

—Lleven a mi mamá y a mi hermana con la pequeñita, yo me quedo para el otro viaje con los demás niños.

—Como usted quiera.

—Pero cuiden a mi mamá mientras yo llego, es que desde que **vio** todo eso, no quiere hablar y tiene la mirada fija y parece que no nos escucha. Allá abajo viven mis otras hermanas y hermanos con sus niños y creo que ya se imagina lo que les pasó.

—Si, está bien, nosotros la cuidaremos mientras usted llega, pero creo que necesita atención médica, parece que está en shock.

En el helicóptero iban observando el paisaje. Todo era desolación, rocas y más rocas, un inmenso playón interminable hasta la desembocadura del río. Nada de casas, ni árboles.

El médico que iba en el helicóptero le administró un fuerte calmante a doña Amalia.

Llegaron a la pista, pero mucho más arriba de donde antes era la entrada a Corina. En ese lugar, como a tres kilómetros de la antigua margen del río, habían gran cantidad de fotógrafos de todos los medios de comunicación, reporteros y mucha, pero mucha gente aterrorizada, con los ojos rojos de tanto llorar.

En cuanto el helicóptero bajó, todos corrieron a encontrarlos.

—Señoras, díganme— que sienten ser las únicas sobrevivientes de estos poblados. Joven, usted cuénteme.

Todos callaban, no había nada que decir. Nadie hablaba, ninguno de los siete decía nada. No tenían palabras .El niño de diez años miraba a su madre, como adivinando lo que pasaba por su mente atormentada. El, aunque niño, sabía lo que le estaba sucediendo. Muchas veces lo dijo, ella había insistido en que la gente de todos esos poblados tenía que ser reubicada. Ella lo había dicho durante mucho tiempo, había ido a reuniones con otros dirigentes de otras comunidades. Todos sus amigos, compañeros de lucha, que no tenían para donde irse y... sus hijos, sus nietos, su pueblo.

—Señora, por favor—dijo otro—¿que pasó anoche? Cuéntenos lo que vivieron usted y sus hijos.

—Se los dije, se los dije, se los dije, se los dije—decía constantemente la mujer con los ojos fijos en el immense cielo que ahora lucía de un azul celeste esplendoroso y luego miró el playón del río, repitiendo constantemente con la mirada fija:

—Se los dije, se los dije, se los dije.

—Dígame, señora ¿Qué pasó?

— ¡No ve? ¡Nada! Aquí nunca pasa nada. No se han dado cuenta que nadie hace nada.—dijo el niño mirando angustiado a su madre, que solo repetía:

—Se los dije, se los dije, se los dije.

CAPITULO XXXIX

Una interminable fila de carros se parquearon en el lugar hasta donde ahora llegaba la pista y comenzaba el inmenso playón.

Muchos eran los que se habían tomado el tiempo para hacer acto de presencia a la ceremonia fúnebre por el descanso del alma de todas aquellas personas que habitaban en aquel lugar.

Aquello había sido una terrible desgracia. Realmente fue una desgracia.

Una fila de helicópteros enviados por otros países volaban sobre el área tirando flores.

Los señores asistentes al acto se enjugaban los ojos, con gestos de profunda tristeza.

—Que acto más bello—dijo el señor alcalde—¡Nunca lo olvidaré!

Ellos se lo merecen.

— Esto y más — dijo la diputada que estaba al lado de él escuchándolo — yo voy a mandar a hacer un monumento en memoria de todas estas comunidades desaparecidas, con el nombre de ellas — dijo ante las cámaras de una revista regional que se encargaba de publicar todas las obras realizadas en la provincia. — Esto me llena de sentimiento — dijo enjugándose los ojos — no lo puedo soportar, disculpen, pero creo que voy a llorar. Pobre gente... ¡Que desgracia!

Mientras tanto allá en el hospital de la provincia, doña Amalia era visitada por su hija.

La habían tenido que atar de pies y manos porque golpeaba las paredes y gritaba constantemente.

— Sáquenme de aquí, sáquenme de aquí, suéltenme, suéltenme, se los dije, se los dije, se los dije. Que me suelten, que me suelten.... Se los dije... se los dije.

— Mamá... hoy van a hacer un acto muy bonito en memoria de los desaparecidos... mamá... ya pasó todo... por favor reacciona... por favor...

— Tengo que salir... se los dije... ellos no necesitan nada ya... para que actos bonitos... ya no están... se los dije... la burocracia los mató... ese montón de papeleos... se los dije...

Ya no repetía lo mismo... había agregado más palabras a su vocabulario. El doctor le dijo a su hija que eso era una mejoría.

La hija le dejó dinero en la gaveta a su madre y se marchó muy contenta por lo de la mejoría.

Doña Amalia guardó silencio... mucho silencio... con su mirada fija en el techo.

Las imágenes de sus hijos, sus nietos, sus compañeros de lucha, Mayita y su linda niña. Carlos Antonio, Natalio. Las lágrimas comenzaron a rodar por sus mejillas, abundantes, como queriendo lavar el dolor.

Todo quedó en silencio. Doña Amalia no gritó más.

Una enfermera pasó a darle los medicamentos de rutina... doña Amalia no estaba en la cama...

— Doña Amalia — llamó la enfermera. Fue a buscarla al baño... No estaba. La buscaron en todo el hospital.

Allá en el centro de la provincia, doña Amalia con el traje que le había dejado su hija, compraba en una tienda de productos agrícolas, dos kilos de... luego pasó a una farmacia y compró un kilo de... pasó al supermercado y compró una bolsa de carbón y por último tres trozos de tubo, lo demás siempre andaba con ella entre sus pertenencias en el bolso.

Después de mezclar todo rápidamente, pues era diestra en eso, se fue a la pista. El dinero que le había dejado su hija mayor para cuando le dieran la salida que pagara un taxi, le había alcanzado y le sobró. Esos eran materiales muy baratos, estaban al alcance de todos, hasta de un buen lector que le gusta aprender de todo, y ella había sido durante toda su vida una buena lectora, desde que era niña, y desde que era niña le había gustado experimentar, por eso, por eso...había aprendido a fabricar aquello.

Ya en la pista, se dedicó a hacer señas a los carros que pasaban, hasta que por fin consiguió que alguien se apiadara de ella y después de parar el chofer le preguntó:

— ¿A donde va señora?

— Al acto de despedida de todos esos pueblos que se llevó el río,

— y llorando le dijo — es que ahí vivían mis hijos y mis nietos.

— Yo voy para allá, suba, yo la llevo.

Ya doña Amalia se veía más serena, su semblante no era el mismo, como quien ya aceptó su realidad por cruel que fuera.

El acto, con asistencia de las instituciones encargadas de ayudar al pueblo, algunos ministerios y representantes de comunidades cercanas, estaba por finalizar, pero todavía podía tardar unos cuarenta y cinco minutos, tiempo que necesitaba doña Amalia.

La mujer pasó desapercibida. Era una más del pueblo en un acto con la prensa y cámaras donde los funcionarios tienen que brillar ante los demás funcionarios. El pueblo siempre pasa desapercibido. Nadie lo vuelve a ver.

Colocó los tres pedazos de tubo ya listo, en lugares estratégicos, con trozos de mecha que la dieran tiempo entre uno y otro. Además había mucha vegetación y nadie notaba lo que estaba haciendo.

Encendió una, luego la otra...después la otra...y se retiró. Uno de los tubos lo puso en uno de los carros que estaban parqueados en fila, pero tampoco fue notada.

Caminó por la orilla de la carretera...caminó hasta alejarse del lugar, luego... se escuchó una explosión a muchos kilómetros...una inmensa columna de humo se elevaba, siendo notada por los poblados cercanos.

Allá en la pista, caminando sin rumbo, con la mirada fija hacia adelante, el pelo revuelto y sus ropas raídas y sucias...

— ...se los dije...se los dije...se los dije.

Nadie reparó en aquella pobre loca.

Los medios de comunicación, los noticieros... hablaban de lo sucedido como que los responsables fueran grupos terroristas de otro país lejano.

El tiempo transcurría, la corrupción agazapada, seguía creciendo, los altos funcionarios seguían marchando en sus carros de lujo, habitando en palacios modernos, con cuentas en bancos extranjeros, con grandes privilegios.

Los recursos del estado y las ayudas internacionales para el pueblo, quedaban en esas cuentas sin que nadie pudiera probarles nada... ellos eran genios.

Mientras el pueblo enloquecía, la miseria se apoderaba de sus hogares, el hambre, la deserción a la escuela, la prostitución infantil... las drogas, el alcoholismo clavaban sus garras en todo el país... los bancos remataban las propiedades por falta de pago. El pueblo se hundía en la miseria y el abandono

Por las calles, sucia, con el pelo revuelto y sus pies descalzos, caminaba doña Amalia...

...se los dije, se los dije... vagaba sin rumbo... dormía donde la cogía la noche y... junto a ella... el pueblo también enloquecía... y nadie se daba cuenta. Ellos no tenían tiempo... el pueblo estaba bien así.

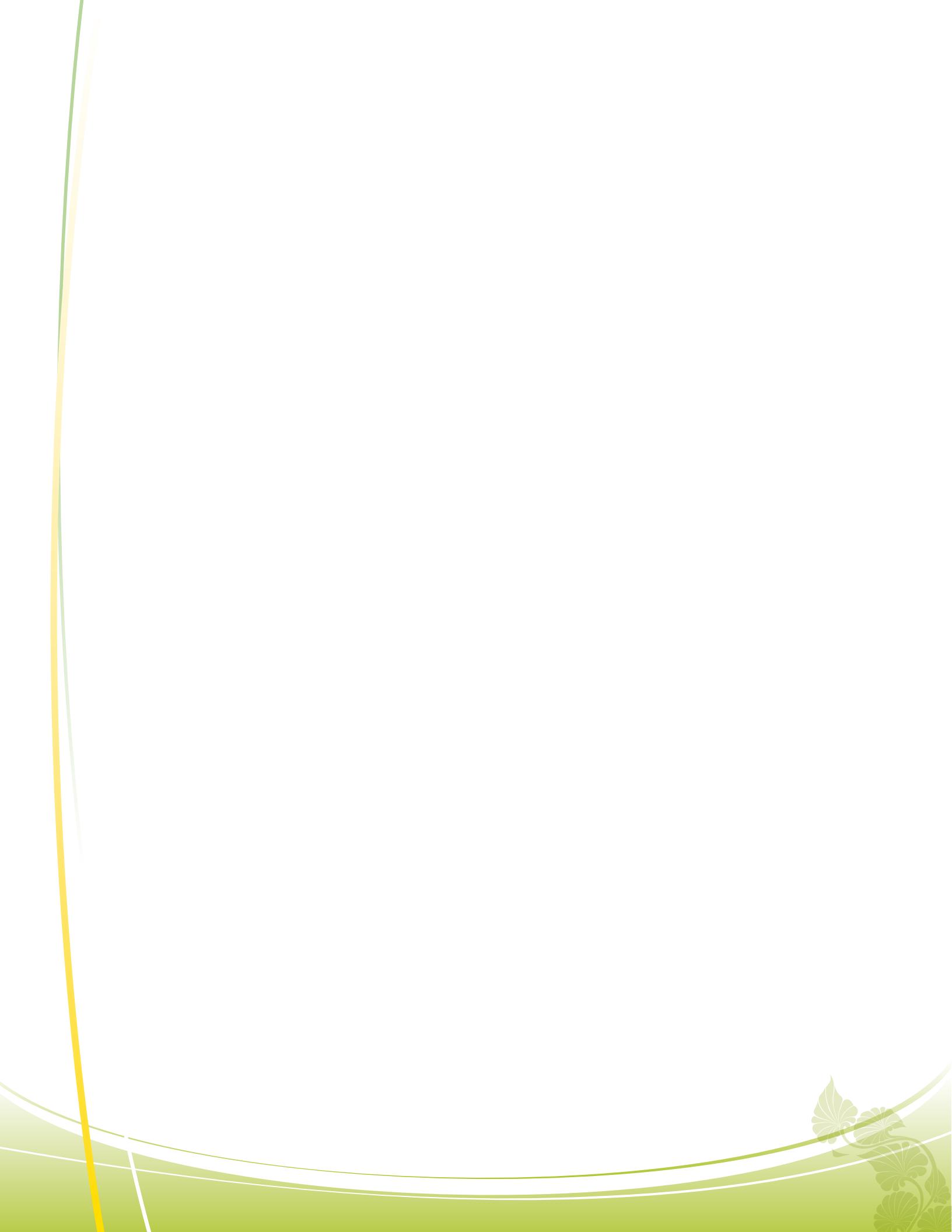
Era un pueblo culto, en las escuelas y colegios se les enseñaba que el país progresaba, que la naturaleza se protegía y que los candidatos políticos eran abnegados y sufridos padres de la patria constructores de un futuro mejor.

Fin

Tema Libre



EL CAMINO.
COLECCIÓN DE DALIA FUENTES AGUILAR



Y aquello era una fiesta

JUAN CARLOS MORALES RUIZ
SIQUIRRES, LIMÓN
PRIMER LUGAR

Cualquiera que haya hecho ese viaje a bordo del tren del Atlántico, más conocido bajo el seudónimo de "El Pachuco" (para los ferrocarrileros el Nº 101), concordarán en que hablo de una experiencia inolvidable, llena de colorido y folclor.

Por que no solo un medio tranquilo y oportuno de transporte, no, con el llegaba la vida de los pueblos.

La gente usaba su mejor traje (el de "dominguera", que llaman) para viajar e incluso para salir a verlo pasar. Desde muy temprano se levantaba a los chiquillos, se les daba el desayuno, que por lo general era "burrita" con huevo frito, tal vez plátano o banano, la cosa era que quedara lleno, para que no anduviera pidiendo "cochinadas de camino", después se le vestía y peinaba con bastante "glostora" para controlarle el pelo rebelde, no sin antes sermonearlo y advertirle, so pena de un cosco, que cuidara de no ensuciarse, ni andarse "encaramando" en todo lado, ni andar pidiendo por que "no se anda plata" y mucho menos ponerse a jugar en el coche, en síntesis: "Va a andar sosega`o". Una vez amonestado, se sacaba al "querubín" a mirar aquel pueblo ambulante entre los coches azules.

Ya desde que los vecinos lo veían a uno "catrineado" le soltaban la pregunta: "Aja vecina ¿Van de paseo?" y casi siempre la respuesta era menos emotiva: "No que va, mandaditos".

En cada estación era lo mismo, ir y venir de gentes (y "gentecillas") apuradas para tomar el tren o para recibir algo o alguien. No faltaban las tristes despedidas también, tal vez del hijo que dejaba el terruño para estudiar o trabajar allá en "la capital", o enamorados que por una u otra razón se alejaban con un beso en la grada del balcón y una lágrima. Los solitarios, aburridos miraban, quizá con nostalgia, por las grandes ventanas todo aquel movimiento.

Una de las estaciones más bellas y dinámicas, era la de Siquirres, "la ventana del Caribe", para los capitalinos.

Allí siempre estaban sus negros hablando a voz fuerte en inglés, mientras cargaban cacao en los vagones, siempre audibles entre el ruidoso gentío, los grotescos escapes del tren al detenerse y la campanilla de patio que encendía la locomotora.

Otros que sabían hacerse oír, eran sus comerciantes de alimentos tradicionales, quienes con ingeniosos estribillos publicitarios captaban la atención. ¿Quién no recuerda a la señora bajita y gorda, con un delantal blanco y limpio que se paseaba con una enorme palangana de aluminio gritando: "Pescado, bofe chicharrones"? ¿O aquel negro corpulento de caminar ligero que vendía (y aún vendel) "pati" cerrando sus frases con un silbido fuerte y rítmico? Si, ese que decía: "Llévelo, rico, caliente el pati de Lay. "Silbaba y volvía con: "Pruébelo, delicioso con chile, pati de Lay".

Igual podríamos memorar a la negra que con una tina grande sobre la cabeza, a la usanza africana, ofrecía "pan_bon y cocadas", al negro flaco que traía cajetas de coco sobre las hojas de naranjo y melcochitas blancas con franjas rojas, al popular "Boli" (diminutivo de Bolívar) quien se ganaba la vida con sus deliciosos copos y granizados, entre otros que aprovechaban lo minutos que permanecía el tren para no solo hacer, sus "centavitos", si no también culturizar con sus platillos a los viajeros, que ya esperaban esa cálida bienvenida de aquel pueblo alegre, que con cariño nombraban "La Siquiera".

Muy lamentablemente, "El Pachuco" ya no recorre las venas de hierro de la provincia. Su pito lejano que encendía la algarabía se ahogó entre excusas burocráticas y provecho de algunos pocos, para "consuelo de tontos".

Más su inmenso legado y bellos recuerdos, esos no nos abandonarán nunca.

El camino

DALIA FUENTES AGUILAR
MATINA, LIMÓN
SEGUNDO LUGAR

Voy bajando y subiendo, rodeado de verde e imponente selva, cruzando quebradas y me elevo serpenteando hasta perderme tras los cerros.

Me visto de gris y añil con encajes de helechos y manos de tigre y tachonado de florecillas silvestres, rojas, amarillas, azules, moradas, lilas, púrpuras y sol húmedo y resbaloso.

En el verano al igual que en el invierno siempre es lo mismo, la humedad no cambia. Las numerosas nacientes de agua hacen de mí un lodazal interminable.

Los pies descalzos de los niños que van para la escuela se hunde hasta perderse en la profundidad del lodo quedando en el exterior de la rodilla para arriba, y en una constante lucha por despegarse, agotados llegan a su destino.

El día, transcurre perfumado de ilan, flores de guabilla, mi perfume, es el perfume de la selva pero también de lo que van dejando los caballos cargados de yute que resoplan al querer despegarse del lodo. Sus dueños van tras ellos en silencio, un silencio de siglos, el tiempo no ha logrado que el temor y la desconfianza al hombre blanco se disipe.



Foto. Fernando González Vásquez

Cuando alguno se les cruza en el camino, ellos solo bajan la cabeza y siguen adelante, sin preguntarle que hace en sus tierras.

He estado aquí en estas montañas, desde que estas tierras fueron dadas en concesión, en pago al ferrocarril. Ojos lujuriosos impregnados de avaricia pusieron su mirada en las selvas vírgenes. Había demasiada madera que explotar y demasiada tierra.

Yo me fui formando con el paso de las botas. Uno tras otro entraba más y más hasta perderme tras los cerros.

Después entraban con bueyes y ponían polines donde el terreno era demasiado suave y no se podía transitar, me interne en las profundidades de la montaña, allá donde el frío hace esconder las manos en la bolsa del pantalón.

Años más tarde me llene de gloria y de bullicio. Fue cuando RECOPE buscaba carbón mineral en estas tierras y también, cuando eso, la madera seguía siendo explotada igual que ahora, que pasan trailers cargados de tucas a altas horas de la noche, no me explico por qué.

Sobre mi pasaron en aquel entonces grandes tucas de cacha, cedro amargo, laurel. Los bueyes caían y se volvían a levantar para volver a caer más adelante, arrastrando los cadáveres de viejos arboles que estuvieron ahí por tantos años que ni recuerdo cuantos, solo sé que vi caer sus semillas y vi como brotaron y crecieron en ellos orquídeas y todas clase de parásitas que crecían en sus ramas y se llenaban de flores y las aves

hacían sus nidos en ellos y las ardillas y otros animales hacían ahí sus refugios. No crean que fue agradable para mi verlos caer para ser luego arrastrados por los bueyes, pero...he visto otras cosas peores, como a jovencitas o niñas corriendo silenciosas, cayéndose y levantándose aterrorizadas hasta ser alcanzadas por los machos blancos, lujuriosos y mezquinos desenfrenando sus pasiones malsanas y sucias para después abandonarlas en la solitaria selva en medio del silencio hipócrita que calla. También he visto levantarse el humo de los ranchos que fueron quemados cuando esto no era reserva, porque alguien escrituro el terreno a su nombre.

Ser un camino no es tan difícil y no deja de ser interesante. Las pasiones del hombre se arrastran por nuestro lodo con tal de conseguir poder y dinero. Las pisadas de muchos políticos han quedado grabadas en mi, buscando los votos de los empadronados en la comunidad vecina. Los he escuchado haciendo promesas con lagrimas en los ojos, asegurando que cuando ellos lleguen al poder ya no tendrían que preocuparse, porque podrían sacar sus productos y que podría entrar la ambulancia, porque les arreglarían el camino y ya no tendría lodo porque se los llenaría de piedras de río, pero... el camino no les creía. El ya había escuchado eso muchas veces y...en la boca de muchos por muchos años, pero...los indígenas eran nuevamente engañados.

Hay tardes alegres, llenas de bullicio de pájaros, de ranas y chicharras y hay tardes coloreadas por el naranja brillante del sol que se oculta tras los arboles de aquel cerro y también hay tardes donde resuenen las palabras de conversaciones llenas de esperanza y determinación.

—Román, hay que hacer algo por arreglar ese camino. No podemos seguir así. Vienen muchos niños a la escuela y ya el otro año van unos para el colegio y además el gente que sale con yute y banano necesita mejor camino.

—Si Macario—contestó Román—la Asociación va a meter un tractor para abrir y limpiar el camino, que la trocha quede más cerca de los que viven en la montaña, porque también uno de los problemas más serios han sido el de los picados de culebra y los partos difíciles o los heridos.

—Creo que debemos llevar una carta a la Municipalidad y también pedir ayuda a otras instituciones, pero el camino hay que arreglarlo—dijo Rafa Pino—

—Desde luego—dijo Chino—llevando cartas es más fácil que nos ayuden.

Y el tiempo transcurrió... y ahí estaba yo siempre esperando...convertido siempre en un lodazal batido y cenagoso que hasta a mí mismo me daba vergüenza.

Muchas fueron las veces que salieron aquellos hombres, resonando sus botas de hule al pasar. Iban en busca del alcalde pero nunca lo encontraban. Andaba en diligencias más importantes que hacer un camino en la montaña.

Por suerte cuando los aguaceros arreciaron llegaron también las Distritales. Como vi desfilar políticos.

Un despliegue de personas preocupadísimas por el desarrollo del cantón.

Los escuche hablar muy mal de los compañeros y de las "sinverguenzadas" de los que estaban en el poder.

Todos prometían que serían diferentes a ellos...pero yo he oído todo tipo de promesas... y son muy pocas las que se cumplieron, pero... de los políticos no he visto ninguna promesa cumplida, a no ser a sus intereses.

En una de esas visitas llegó la Delegada Presidencial apoyando a uno de los candidatos aunque con disimulo y prometió que a la semana siguiente llegaría el presidente ejecutivo de JAPDEVA que el ayudaría para cubrirme totalmente de material de río, que había en abundancia y sin medida en el Chirripó.

Aquella promesa si fue cumplida.

Claro, ya se acercaban las elecciones del candidato a alcalde y... "las comunidades necesitaban mucha ayuda y al mejor candidato y para eso estaban ellos".

El señor presidente ejecutivo llegó con todo su sequito y recibió las pisadas de zapatos finos. Bueno, aunque igual se llenaban de lodo.

No pude evitar soltar una risa que por supuesto nadie escuchó, cuando una de esas damas que caminan con las manos en el aire y con el dedo meñique estirado, dejó sus zapatos de tacón pegados en el lodo y le tocó que irse descalza.

Ahora me levanto orgulloso serpenteando entre los cerros cubierto por la sombra de los frondosos árboles y totalmente tachonado de gris, cubierto por piedras del río Chirripó.

Soy más ancho.

Los caballos caminan cadenciosos bajo la carga de yute.

Los carros pasan pitando frente a los ranchos de chonta que están a mi orilla. Cinco o seis polacos parquean sus carros frente al salón comunal extendiendo su mercadería... y en las noches de fiesta, el ruido de una disco móvil resuena en medio de la selva, mientras las latas de cerveza se mezclan con las pichingas de chicha.

Las jóvenes transitán vestidas de mezclilla y tenis y los jóvenes, mientras trabajan en el yucal, escuchan un MP3 que andan en la bolsa de la camisa y se escuchan conversaciones en una lengua muy diferente.

—Que mii diiice deemeeentee.

—Qui es el vara loco.

Hoy todo se ha vuelto fiesta. Pronto tendré más cosas que contar.

Promesas

MARÍA JULIA HERNÁNDEZ HERNÁNDEZ
LIMÓN, LIMÓN
TERCER LUGAR

¡Ha pasado mucho tiempo! Pero aún lo recuerdo. Sí..., con tanto cariño, que mi pecho se encoge y una lágrima dormida se me escapa.

Me transporto, y vuelvo a vivir aquellas sensaciones: las mañanas tibias, el olor a sal, aceite de coco y chile panameño. Recuerdo cuando juntas caminábamos alegres hacia la Escuela de Niñas, la veíamos tan limpia, tan linda y tan grande...que el bullicio de los niños se perdía entre las aulas; aquel olor especial del bulto de cuero, donde se mezclaban cuadernos, lápices, pan con mantequilla, y entre todo aquello, un mango que en el recreo compartíamos contentas.

Ella era fuerte, hablantina; yo, muy sola, silenciosa y ambas fuimos un buen complemento de la otra. Al finalizar las clases, éramos las primeras en salir corriendo a hacer fila para comprar helados donde Panchito. Eran deliciosos. Recuerdo los de mora, de coco y de jobo, los preferidos, los devorábamos con deleite hasta llegar a la semillita para mascarla y sacarle el último jugo. Era lo máximo, como el premio después de cumplir y enfrentarnos con nuestra realidad en la escuela.

En las tardes la acompañaba a su casa cerca de la línea del tren. Tenía que lavar su uniforme en una pila que llenaba con espuma blanca del jabón de coco en la que se destacaban sus manos negras, de las cuales salía la camisa blanquísimas, con un inconfundible aroma. Yo la miraba con admiración, ¡era tan fuerte y valiente! Mientras

lavaba, me contaba que su madre se había ido para Nueva York a trabajar y que pronto mandaría por ella, su carita se bañaba de luz cuando celebraba, con una gran sonrisa que dejaba al descubierto sus grandes dientes blancos, su viaje tan añorado para encontrarse con su madre.

Yo vivía frente a la cantina El Batán y escuchando canciones como *Hay niña Isabel que tiene los ojos de noche cubana...* jugábamos mecate de dos, quedó, mirón mirón, bate, hasta el cansancio o nos íbamos a la esquina del Bar *El Socio*, donde se escuchaba la mejor música blues y con un mecatillo cazábamos cucarachas con un pedacito de pan... Claro, mamá nunca se dio cuenta de eso

Ella era mi amiga, la de siempre, muchas veces quiso enseñarme a hablar inglés, me hizo repetir palabras durante mucho tiempo, hasta que desistió. En los días calurosos de Limón nos íbamos en bicicleta para el parque Vargas haciendo el máximo esfuerzo para que los pies nos llegaran hasta los pedales. Nos gustaba observar los pericos ligeros y su modo cadencioso de moverse. Teníamos que adentrarnos, aunque con miedo, hasta la fuente del parque... era muy importante llegar hasta ella, pero el parque era inmenso. Teníamos que llegar a la fuente a pedir deseos. Entonces se le iluminaba la carita negra. Sus pícaros ojos adquirían un brillo especial al pedir el deseo y sonreía llena de esperanza... Cuando yo me vaya, le voy a mandar cosas bonitas... me decía riendo. El parque se iba oscureciendo... era tan grande, tan verde todo, que pasar corriendo por la escultura de piedra con forma de mono era toda una hazaña, echábamos a correr y sentíamos el viento en la cara y el corazón estallar.

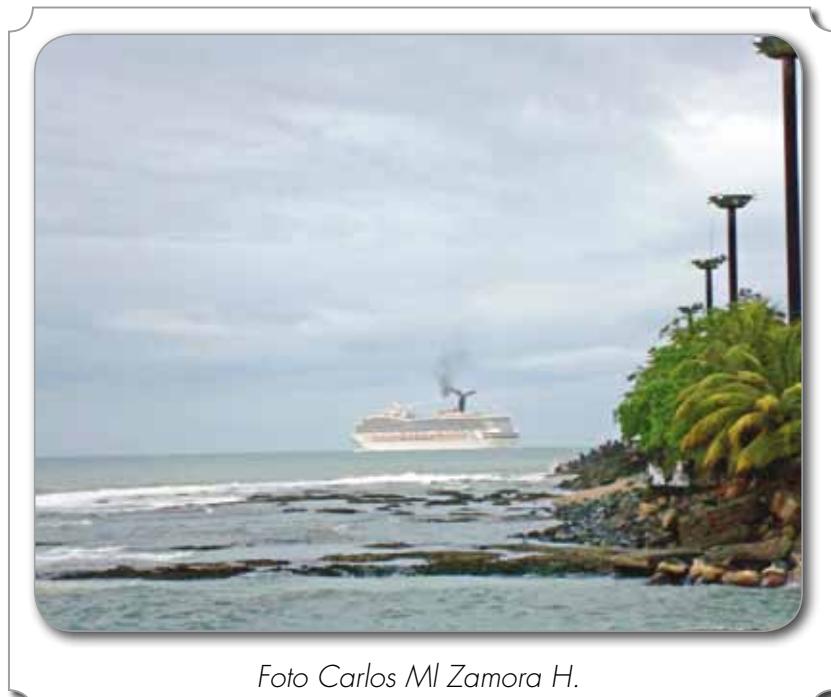


Foto Carlos Ml Zamora H.

Nos sentíamos poderosas paseando en bicicleta...libres como gaviotas. Sentarnos en el tajamar de los Baños, con la brisa tranquilizante y fresca, ver la tarde caer, moviendo nuestros pies descalzos y húmedos por la espuma del mar, ella esperando que su deseo se hiciera realidad, yo deseando calladamente que en aquel barco lejano en el horizonte, quizá, me trajera de vuelta lo que me habían prometido.

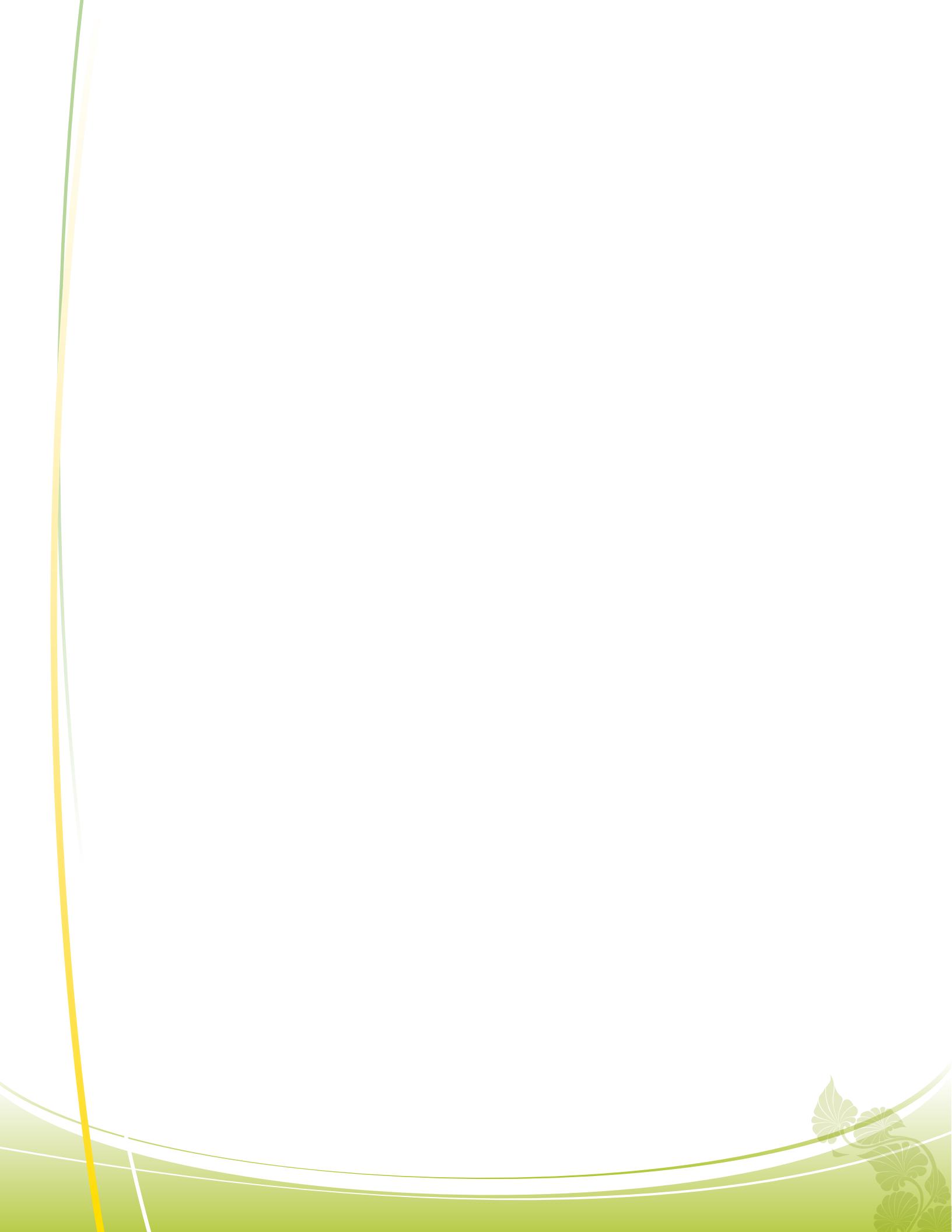
Los años pasaron, transcurrieron despacio, como dándoles tiempo a la vida y a los sueños..La fuente del parque se secó...nunca volvimos.

Después fuimos compañeras en el colegio, siempre juntas, tan distintas, tan iguales, veíamos los atardeceres con melancolía y nostalgia. Nos hicimos más silenciosas, su madre nunca llegó por ella...Aquel encuentro tan esperado...el viaje añorado y yo, ya casi olvidé, que aquel lejano barco en el horizonte nunca me trajo al que esperé por tanto tiempo...

II. *Menciones Especiales*



ANTIGUO EDIFICIO DE LIMÓN.
FOTO. CARLOS M. ZAMORA H.



El Garden Party

PRUDENTE BELLAMY RICHARDS
LIMÓN, LIMÓN

El Garden Party es una actividad social que se realizaba en los patios de las iglesias Católicas, Primera Bautista y San Marcos de la ciudad de Limón.

Es una tradición traída por antillanos. (Una especie de emulación de los Tés que se celebraban en los jardines del palacio de Buckingham).

Acá en Limón los patios de las iglesias precitadas, ofrecían chinamos donde se vendía pastelería caribeña en unos, en otros, artículos de bazar.

Había uno grande que llamaba mucho la atención; se llamaba El Pozo. Allí al pagar la suma de diez centavos, se nos daba algo parecido a una caña de pescar, _pero de alambre_ lo que insertábamos en un barril y al halar nos traía una sorpresa bien linda.

También en esa feria se hallaba el Palo de Mayo –la mayor atracción de la actividad_

Se asistía en Familia. En esa fecha era muy divertida para chicos y grandes y abrigaba a todas las familias de nuestra comunidad, los novios y sobre todo, la familia.

Harvest Sunday (Domingo de Cosecha)

PRUDENTE BELLAMY RICHARDS
LIMÓN, LIMÓN

Para cumplir con la cita bíblica _Deuteronomio 26:2_ en la Primera Iglesia Bautista de la ciudad de Limón, se celebra cada primer domingo del Año Nuevo, el Harvest Sunday.

Ese día en la Iglesia pre mencionada, a partir de las tres de la tarde hasta las cinco, se lleva a cabo un Programa artístico y cultural; programa que recoge la asistencia de unas 350 personas de todas los demás cantones de nuestra provincia.

Se trata de estrenar y lucir los trajes más finos y elegantes entre niñas, adolescentes, damas, jóvenes y adultos. ¡Es el primer domingo del año! Oportunidad máxima para además presentar a iglesia nuestras primeras cosechas, lucirnos varoncitos y mujercitas_ a través de recitaciones, cantos y dramatizaciones que tanto deleitan a la congregación asistente.

Durante una semana nos abocamos a confeccionar las canastas en que vamos a presentar frutas_vegetales_verduras. Panes en diferentes formas_Buns_Queques (decorados) en diferentes formas (Sin faltar el casco de caballo)

¡Si señor! La iglesia se decora con lo que cosechamos de las huertas caseras y de las Fincas.

Las canastas se confeccionan de cajas de cartón adornadas con flecos de papel china o de papel crepé.

La pastelería es contribución de los y las artesanos y artesanas que son artistas en esa área.

Demás está señalar que el encuentro de colores tanto de las frutas como de los vegetales_verduras_granos_legumbres y los trajes que tan orgulloso y elegantemente vestimos, ¡es un espectáculo único! Cuya estampa permanece con los participantes y espectadores durante todo el año.

¡Ah! Al otro día se pone a la venta en los puestos colocados en el patio de la iglesia. Los fondos son utilizados para fines benéficos.

La Escuela Dominical

PRUDENTE BELLAMY RICHARDS
LIMÓN, LIMÓN

La Escuela Dominical era un servicio que algunas iglesias prestaban para niños y niñas entre 6 y 13 años.

Consistía en recibir instrucciones sobre lecciones de la Sagrada Escritura, los domingos, de tres a cuatro de la tarde.

Todas las semanas se dejaba un versículo bíblico para que fuera memorizado por los alumnos. Se premiaba a los mejores el domingo siguiente. Además, se les inculcaba a los niños valores morales, cívicos y éticos.

Los niños participaban en los Programas Recreativos de la iglesia a través de cantos, coros, dramatizaciones, etc.

Durante la época navideña vestiditos en su trajecito rojo y blanco cantaban villancicos en los barrios.

A la salida de la escuela dominical, se acostumbraba ir al matinée; después a la Soda Happy Landing a disfrutar de un Patí, un enyucado, un helado o una gaseosa y entonces a alquilar bicicletas y a pedalear con novios y amigos hasta el Tajamar a escuchar las preciosas notas de la Banda por el área del kiosco. Luego de vuelta a casa para asistir al Culto en Familia a las 7 p.m.

Todo esto pasó a la historia lamentablemente.

III. Menciones de Honor



COLECCIÓN YANORY ALVAREZ MASÍS



Cuentos y Leyendas



Río Telire, Suretka, Talamanca.
Foto Yanory Alvarez Masís



Historia de Antonio Saldaña

TIMOTEO JACKSON PITA
BRATSI, TALAMANCA



Antonio Saldaña. Último cacique de Talamanca

En 1915 Antonio Saldaña comienza a luchar contra los extranjeros por robar tierras de tribus talamanqueñas y le exigieron para que el firmara un documento y el dijo que no iba a firmar ningún documento, por eso lo envenenaron y él llamó a su hermano y le dijo nunca me van a ver y si te mueres yo voy a devolver el castigo y así lo hizo en el año 1930. Provocando una gran inundación y terminó todos los problemas.

Pero les dejó un mensaje de cuidar nuestra madre tierra no venderla ni regalarla, esto quedó dicho para todo nuestro pueblo indígena.

Confusiones

NELSY MAYELA JARA ZAMORA
LIMÓN, LIMÓN

Hace mucho tiempo existía una pequeña chocita apartada de la civilización, en la cual vivían 5 personas las cuales eran una familia feliz. La más pequeña de esa familia era Sofía de tan solo 4 años, ella era una pequeña a la cual le gustaban cosas comunes como lo era jugar a las escondidillas. La pequeña jugaba mucho con su hermano de 15 años Jonatan, Sofía, a pesar de vivir alejada de la civilización era muy conocida en el pequeño pueblo por su mirada angelical, ella era muy alegre pero tenía algo que por veces le entristecía la mirada.

Cuando la niña jugaba a las escondidillas siempre era muy común que se escondiera en una pequeña cabaña que estaba abandonada; cuando la niña cumplió 5 años dejó de jugar ya que había entrado a la escuela, su hermano se fue a vivir con su abuela y la pequeña se quedó sola con sus papás y su otra hermana, María. La pequeña no solo era muy apegada a su hermano también era los ojos de su padre quien la consentía mucho, la niña pasó su infancia feliz hasta que al cumplir 17 años se entera de que su hermano Jonathan muere en un incendio, ya que era bombero, pero esa no fue la única mala noticia que recibió Sofía, inesperadamente la niña se llena de tragedias, luego de tres años de la muerte de su hermano, sus padres mueren en una autopista camino a su casa tras colisionar con un cabezal, la joven decide abandonar la pequeña casa donde vivía e irse a vivir a la ciudad.

Sofía se compra una casa en la cual vive con su hermana, ellas deciden probar suerte como prostitutas sin saber que eso podría traer consecuencias, pero como ellas eran chicas de campo y no tienen a nadie para que les diga que están haciendo mal al trabajar en eso. Después de un año su hermana decide dejar de trabajar para casarse y formar una familia. Sofía nunca vivio sola por el contrario, era alguien que no podía estar sola, ella toma la decisión de seguir trabajando y piensa que sus padres estarían decepcionados de ver en lo que se había convertido y de cómo está desperdiciando su vida, ella decide estudiar algo que le recuerde a su familia, toma la decisión de ser detective. Cuando su vida era perfecta, llena de lujo y con una familia que siempre había soñado, con 6 hijos completamente sanos, Sofía se entera de una dura y dolorosa realidad de que en su antiguo trabajo la habían contagiado de una enfermedad, cuando Sofía estaba agonizando en un hospital solo se puso a recordar toda su vida y se dio cuenta de que había cometido el peor error de toda su vida, pensó que con todo lo que pasó y cuando quedó sola tenía que haber sido fuerte y luchar para que su familia se sintiera orgullosa, pero no sólo en su juventud ella sufrió, si no sabe porque no pudo decir por que de niña tenía esa mirada triste. Piensa que ha llegado el momento de que su hermana se entere de que su propio padre, cuando ella se escondía en la cabaña abandonada abusaba de ella, la hermana entonces entiende porque siempre su padre cuando Sofía y Jonatan jugaban él nunca estaba en la casa, la hermana entiende y le dice que a pesar de que guardó silencio todo estaba bien, pero la hermana no se pudo guardar la duda de por qué calló, la joven le dice que porque quería a su padre a pesar de lo que le hizo y porque no quería destruir a su familia.

Ella cuando estaba a punto de morir se dio cuenta que no todo estaba mal, y sabía que tampoco iba a morir sola ya que Sofía había logrado casarse y tenía 6 hijos, los cuales le da gracias a Dios que no nacieron contagiados y también se pregunta como con tantos embarazos nunca se dieron cuenta de que tenía sida, en sus últimos momentos Sofía solo pudo decir algo "voy para allá Familia y luego murió".

"Aunque quedes solo nunca te dejes morir y supérante para hacerlos sentir orgullosos".

Danza de sirenas

EDUARDO HERNÁNDEZ JIMÉNEZ
LIMÓN. LIMÓN

Al sur de Matina entre Coclé y Veragua una larga punta de bosque se extendía, penetrando el azul mar Caribe, bosques vírgenes de verde profundo.

Un silencioso amanecer teñido de oro y plata ocurrió un hecho del que hoy solo quedan mudos testigos, oxidados cañones y anclas cubiertas de coral. En algún lugar del Caribe de Costa Rica.

Esta es la historia. Esta es la leyenda.

Un navío inglés se deslizaba silencioso entre bancos de coral y arrecifes, delante del otro navío, éste era Portugués armado de tres palos, con sus velas hinchadas por el viento trataba de evadir al lento pero poderoso Port Royal de 45 metros de eslora, portaba 50 cañones en la cubierta baja, en la cubierta alta apostados con culebrinas de abordaje, los hombres esperaban la orden de abrir fuego sobre el navío Portugués.

El Peregrino navío de menor envergadura capitaneado por el Cojo Sequeiro, astuto y despiadado mercader de esclavos. Trataba de escabullirse entre los bancos coralinos, al menos 80 esclavos con bozales encadenados a cubierta por los grilletes lacerando sus escuálidas carnes, cuerpos temblorosos y ojos desorbitados anunciaban el terror que se avecinaba.

Era común canjear por cacao esclavos en las subastas del pueblo de los pardos en Cartago era un bien negociable de oferta y demanda en plazas públicas, además de muy fuertes y resistentes superaban a los indígenas, rebeldes y resentidos por la muerte de un líder indígena que fue ejecutado en una plaza de Cartago, después decapitado se ordenó poner su cabeza en alto, en una filosa punta de una pica para escarmiento de los que violaban las reglas de la corona y la iglesia. Estos feroz guerreros preferían la muerte a servirle de esclavo al amo español.

Al Cojo Sequeiro le seguían desde lejos el pirata Benito también despiadado y temible como todos los predadores del Caribe de esa época, incluso el navío inglés Port Royal fue sustraído por él en una escaramuza en un cayo de Jamaica, he hizo ejecutar a los sobrevivientes de la tripulación.

Entre los esclavos encadenados en cubierta habían mujeres jóvenes y algunos muchachos, ambos muy bien cotizados para trabajos en las haciendas de cacao de Matina y en la ganadería de la región de Esparza.

El Peregrino tenía de mascaron de proa la figura de una bella sirena de ojos azules y cabello rubio, adornaba su delicado cuello un collar de perlas tallado por algún fino artesano portugués.

Benito Bonito dio la orden de encender las mechas de los imponentes cañones, un retumbo rompió el silencio de estos bellos parajes a la vez una andanada de fuego iluminó la cubierta del Port royal, los cañones vomitaron las pesadas balas de hierro fundido impactando sobre la cubierta del Peregrino, la proa fue la primera en sufrir Las consecuencias de los certeros disparos del navío inglés, en esta acción la imagen de la bella sirena se desprendió y quedó flotando en la superficie como mirando el cielo azul en contraste con sus ojos, una suave corriente marina le depositó en una solitaria playa. El Peregrino respondió el fuego con la destortalada artillería que había quedado en pie. No era suficiente para hacer mella a Benito Bonito y su reputación que ansiosa esperaba la orden de abordar el Peregrino.

Nuevamente se escuchó un estruendo, eran las culebrinas de la cubierta alta que abrieron fuego sobre la humanidad de esclavos y tripulantes, trozos de carne y madera volaron por los aires, las azules y transparentes aguas se tiñeron de rojo, así se dio el inicio de la batalla cuerpo a cuerpo, llevando la ventaja Benito Bonito, en aquel tumulto quedaron frente a frente Benito y el Cojo que se abalanzaron como fieras enloquecidas blandiendo espada y sable, ambos excelentes espadachines, en el Puerto de Palos el Cojo tenía fama en haberse batido con los mejores espadachines y salir victorioso, ya fuese en duelo o en las tabernas frequentadas en el bajo mundo de corsarios y piratas. Igual de famoso lo era Benito Bonito que luchaba hasta contra cuatro a la vez en abordajes a galeones españoles.

En aquella trifulca la fuerte corriente acercó peligrosamente ambos navíos, mientras Benito y el Cojo entre jadeos y alaridos luchaban con fuerza, sus polainas resbalaban en los charcos de sangre de esclavos, piratas y mercaderes.

Los esclavos sobrevivientes entre gemidos y súplicas pedían que se les soltara, miraban horrorizados al navío hacer agua, que se hundía lentamente, además del peligro de acercarse a un banco de coral cerca de la costa donde les esperaba una muerte terrible, era su temor a morir ahogados sin poder soltarse de las ataduras.

El combate se centró entre piratas y mercader, pidiendo ambos que les dejaran resolver este violento encuentro,

De pronto un sonido rasgo el viento. SAS y en fracción de segundos los dos combatientes se quedaron como petrificados con una mueca de dolor en sus rostros, se fueron inclinando lentamente hasta caer inertes en la ensangrentada cubierta, ambos heridos de muerte por una flecha que les atravesó el corazón de un certero disparo hecho por un grupo de nativos que se acercaban sigilosamente.

Ante la confusión del segundo oficial del Port Royal dio la orden de soltar amarras y así abandonar y alejarse del peregrino sin enfrentar a los numerosos nativos que tenían fama de bravos guerreros. Quedaron algunos mercaderes mal heridos y esclavos encadenados en cubierta.

Los nativos con mucha cautela y desconfianza se fueron acercando al senihundido buque, las compuertas entreabiertas habían perdido el calafate produciendo la entrada de borbollones de agua al interior del casco.

Habían canoas de cuatro hombres y otras de tres, mientras uno remaba los demás apuntaban amenazantes a los sobrevivientes con sus lanzas de puntas afiladas.

Los tripulantes del navío inglés se marchaban dejando a los esclavos a su suerte, a pesar de perder a su capitán Benito Bonito no tomaron represalia alguna con los nativos, posiblemente la pérdida del barco y la muerte de gran número de esclavos no hacía atractivo el botín.

Uno de los nativos que parecía ser el jefe, ataviado con collares de oro y conchas, una corona de plumas de colores adornaba su negra cabellera que caía sobre sus anchos hombros. El fue quien dio señal de subir a cubierta, cautelosos desconfiados además de amenazantes con sus lanzas subieron de tres en tres. Un tripulante Portugués intentó incorporarse espada en mano, de inmediato uno de los guerreros le atravesó con su lanza hiriéndole de muerte.

Con súplicas los esclavos pedían a gritos que los soltaran, esto llamó la atención del jefe quien intentaba comunicarse en un lenguaje indescriptible para los prisioneros, ellos a la vez también con extraños dialectos suplicaban por auxilio.

Fue una chica bozal la que con seña mostró al indígena las llaves que colgaban al lado del timón de popa, él no sabía que hacer con ellas así que se las pasó a sus manos temblorosas logrando soltarse de los grilletes que le aprisionaban, a pesar de la debilidad y entumecimiento de su cuerpo se arrastró hasta los demás esclavos liberando primero las mujeres, después los jóvenes. En uno de los glúteos mostraba la cruel marca hecha con hierro candente que la identificaba como esclava propiedad del cruel mercader.

Los traficantes de esclavos no traficaban con negros mayores de treinta, la vida útil de un esclavo no llegaba a los treinta y cinco años a causa del trabajo y mal trato del amo.

Para los que se encontraban en la cubierta baja el tiempo se había acabado. Estaba inundada y no se podía hacer nada por ellos.

Los nativos hicieron seña a los esclavos para subir a las canoas luego llevándolos a tierra, a los tripulantes agonizantes los dejaron allí a su suerte, mas tarde fueron alimento de tiburones.

El mascarón de proa del Peregrino, la bella sirena esculpida por las manos de un artista anónimo, fue trasladado por los nativos a la cual le hicieron un altar de piedra adorándole como una diosa que vino del mar.

Se dice que los nativos liberaron a los africanos quienes se metieron en la selva donde fueron capturados por los españoles, llevándolos luego a Cartago para ser subastados al mejor postor, tiempo después algunos adquirieron su libertad y se asentaron en el Valle de la Boca del Monte, allí se mezclaron con criollos, hoy su sangre fluye por las venas de algunos costarricenses.

Quizás algún político, un deportista famoso o un laborioso campesino. Que ni ellos mismos lo saben ni lo podrían entender.

Una playa tan larga y blanca que huele a coco y sal.

Fragancias de mirto hilan hilan.

Por las noches la luz es suficiente de las estrellas su claridad.

Danzan en luna llena sirenas y piratas.

Aquí nacieron vivieron y murieron pescadores solitarios.

Sus almas hacen música en el silencio.

Ritmos mandinga bozal.

David el banjo. Bato los timbales. Salomón las maracas.
Danzan sirenas.
Bailan piratas.
Gimen esclavos,
Duerme inmenso Caribe.
Duerme pueblo moreno.
Duerme profundo misterio.

Esta leyenda me la contó David pescador solitario de Cahuita, quien por las noches de luna llena contemplaba la danza de sirenas y piratas.

El Peregrino lo encontré yo.

Cañones, anclas y grilletes oxidados, fueron testigos de esta historia que gira en torno a fantasía y realidad.

Cahuita. Foto Yanony Alvarez Masís



El caimán

GLENN FRANKLIN GIBB SLOWLY
LIMÓN, LIMÓN

En un país, muy lejos de aquí, vivía un caimán de color verde oliva grisáceo, muy oscuro y en la cola tenía una banda negra, bien definida, media aproximadamente 1.64 centímetros de largo.

Es una especie con poblaciones muy reducidas en todo el mundo. Es observado por Iván ya que habita en río caudaloso pero tranquilo y cubierto de vegetación. Era su confidente, iba a verlo en la mañana y en la tarde, según su horario de clases. Les había contado a algunos de sus compañeros más allegados que iban a ir un día a verlo a la salida de clases.

Esa mañana lluviosa del mes de marzo, llegaron al río y no vieron el caimán. Empezaron a tirar barro, piedras, palos, para ver si se ocultaba en el lodo.

Mauricio llevaba una bola y decidieron jugar un partido. Jugaron y jugaron y nunca vieron el animal. En la tarde, emprendieron su retorno a casa y se desviaron por otro camino. Vieron a cuatro hombres que llevaban el caimán arrastrándolo por el camino y los niños les dijeron que era amigo de ellos y que no lo mataran.

Uno de los señores les dijo: "No podemos soltarlo porque aquí hay euros y no me venga a decir que ustedes sienten el dolor del caimancito, ja ja.

Aquí hay zapatos, valijas, fajas y otro de ellos muscularo y de vos ronca, sacó una faja bien gruesa de su pantalón y les dijo: "Si siguen hablando, les voy a cupear las nalgas".

Mauricio e Iván tuvieron miedo ante la amenaza y guardaron silencio. Entonces apareció el hada primavera, trazó una línea recta de color amarillo en el suelo y les dijo: "Entreguen el caimán". Y les puso unas alas para que se fueran volando hacia el río a devolver al animal. Los cuatro hombres se fueron tristes.

Un acto de fe

GLENN GIBB SLOWLY
LIMÓN, LIMÓN

¡Milagro!

Hace mucho pero mucho, pero muchísimo, en una región montañosa de la vertiente Atlántica de Costa Rica, un dos de agosto, día de la Virgen de los Ángeles, ocurrió que Martín y Mario aprovecharon el feriado para ir a la finca de su padre. Eran tiempos duros.

Abordaron el tren. Llegaron aproximadamente a las cuatro y cuarenta de la mañana, tuvieron que quedarse en la estación del ferrocarril pues no había amanecido todavía.

Un señor al que apodaban Flaco empezó a narrar historias de brujas, duendes y culebras. Martín solamente lo escucha y no le daba ninguna risa, mientras que Mario alumbraba con un foco hacia la montaña, pues para él era divertido.

Aquella mañana fresca, camino libre de vehículos, solo el caballo se atrevía a caminar en el barro.

Flaco tenía mucha habilidad para exagerar y emitir sonidos desagradables, sus pies y sus manos eran largos, cara horrible, parecía un fenómeno viviente.

El sol había amanecido muy alegre calentando desde muy temprano con su dulce tibieza.

El camino no disimulaba la alegría, pues se estaba secando el barreal y se podía caminar regularmente. Legaron a la casa de Mr. McKenzie. Era un hombre ejemplo de generosidad, pobre. Una vez prefirió comprar una montura para su caballo, antes de ponerse sandalias.

Martín y Mario lo saludaron, oyeron su lamento mientras masticaba un puro. Decía que el cacao había bajado de precio la semana pasada y que era mucho trabajo lo que le costaba sembrarlo, cuidarlo para luego regalarlo a los chinos.

Ya el cacao pronto va a partir de la zona Atlántica, la plaga de la monilia lo va a acabar. No sé como voy a sobrevivir con tanta familia, habrá que cambiar de producto.

El cacao está inscrito en la memoria histórica de Puerto Limón. A Mario no le parecía la idea, pues consideraba que esa acción es un antívalor. Le recomiendo cambiarlo por un valor llamado justicia.

Martín y Mario buscaron los machetes y empezaron a cortar el cacao. Lo amontonaron en un lugar seco y limpio, para luego sacar el producto.

La mañana transcurría normalmente, pero de pronto Martín fue herido por su hermano en su talón izquierdo, sangraba y sangraba.

En la cara de su hermano se dibujaba la angustia porque lo commovía verlo sangrar. Mario lloraba y lloraba. Estaba temeroso, intranquilo. Mario sostuvo a su hermano para que caminara en puntillas. A Dios gracias, la distancia no era muy larga y llegaron a la casa de Mr. MacKenzie.

Él oró mentalmente a la virgen de los Ángeles para que detuviera la sangre de la herida.

Mr. McKenzie, ni lerdo ni perezoso, los montó en el caballo y los llevó donde su madre. Ella calló su angustia, no sabía cómo hablar. Tomó a su hijo en sus brazos, abordó un taxi y lo llevó a un hospital. Los doctores pusieron a Mario en una sala iluminada. Les preguntaron cómo se llamaba y donde había ocurrido.

Él se estaba durmiendo y una enfermera rubia lo pellizcaba a cada rato para que no se durmiera, ya que decían que era malo. Él meditaba sobre su infortunio, su padre le compró un zapato plástico para ir a la escuela, para que no se lastimara la herida.

Perdió unos días de clase, pero Uriel, Francisco y Alonso le facilitaron la materia vista.

El cacao recogido nunca se pudo vender. La madre no quiso que volvieran a la finca.

¡Milagro!

Un misterio

LUISA HERNÁNDEZ HERNÁNDEZ
LIMÓN, LIMÓN

Ese día, Jeimar había ido a visitar a miss Hortensia, como acostumbraba hacerlo todos los domingos después de ir al templo. Para él era una visita imposponible, tanto porque le hacía falta ver a su abuela, como por comer el rice and beans con pescado más delicioso del mundo, como decía él.

Era el nieto más apegado a ella y para todos los que lo conocían, un buen muchacho. Trabajaba como estibador en el muelle y vivía con su esposa y sus dos hijitos en barrio Limoncito.

Su principal preocupación era el bienestar de su familia. Lo más irónico es que la desgracia le llegó, precisamente en una época en que se veía más optimista. Hasta le había dicho a su esposa que la situación económica iba a mejorar, que confiara en él, porque pronto iban a poder irse a vivir a un lugar que no se inundara en la época lluviosa. Incluso, había comprado algunos muebles y una moto.

En la tarde decidió con Reychelle, ir a dar una vuelta al parque con los chiquillos. Los grandes caminaron, como siempre, por el bulevar, mientras Junior iba en bicicleta y Sugeily en patines.



Parque Vargas. Foto Carlos Ml. Zamora H.

La pareja estuvo un buen rato disfrutando del aire fresco mientras los niños jugaban. Ese día el parque y el tajamar eran un colorido jardín humano: familias chinas con sus chinitos, afrodescendientes con sus nenas perfectamente peinadas de muchísimas trencitas, llenas de adornos de colores, junto a los varoncitos rapados y los blancos, además de todas las combinaciones posibles entre los tres grupos étnicos. El cielo estaba azul y el mar tranquilo. El suave golpe de las olas se mezclaban con las risas de los niños y el canto de pericos y yigüirros que llegaban de las palmeras del parque. Entonces llamaron a Jeimar de un automóvil, él se acercó y sonaron dos disparos...



Anécdotas e Historias de Vida.



El NEGRO. DIBUJO. RAÚL ARIAS SÁNCHEZ



La ley entra por casa

ASDRÚBAL QUESADA CASTRO
GUÁPILES, POCOCÍ

El cielo estaba hosco, atiborrado de múltiples nubarrones opacos que advertían animosos chaparrones por la tarde. Vientos de considerable intensidad empujaban las nubes de este a oeste, como si quisieran dirigirse a otros lugares celestiales. A la distancia, a un costado de la agreste montaña, se observa el gris claro del agua que empezaba a caer, acariciando el verde musgo de la pradera. De tanto en tanto, el brillo de un fugaz relámpago acompañado del ruido leve de un trueno, se hacían sentir en el infinito.

En un pueblito, muy chiquito y bonito, llamado la Marina de Guápiles, cerca del Río Toro Amarillo, allá por los años ochenta, vivía un Negro en una finca, cuya extensión dependía de las crecidas del Río. Por ser tan planas las tierras de por allí, el caudaloso riachuelo se desplazaba, un día hacia la izquierda y la propiedad del Negro se reducía en muchas hectáreas; al otro día, se desbordaba por la derecha y la finca se extendía muchos acres mas.

El Negro tenía varios hijos grandes y entre todos cultivaban la tierra, explotaban la madera, criaban ganado, cerdos, caballos, gallinas, patos, chompipes y perros de cacería.

Con los prolongados y tediosos temporales, que con frecuencia, azotaban la Zona, a menudo se inundaba el área donde tenían la casa y se veían obligados a desplazarse, con los hijos, los animales y sus haberés, a otros sitios más altos y seguros.

El Negro era un hombre robusto, ancho de espalda, esbelto y distinguido a quien resultaba difícil diagnosticarle la edad. Era fuerte como un níspero, agradable y ameno al conversar. Siempre se distinguía, porque a pesar de lo poco letrado que era, tenía amplios conocimientos de la vida y, sobre todo, de los quehaceres diarios del campo. El Negro no sabía de escuelas, colegios y universidades, pero siempre unía la fuerza física, a las enseñanzas de la vida y a las destrezas aprendidas en el quehacer de la calle. Su única fuente de información de lo que sucedía en el mundo eran las noticias y Escuela para Todos, programas que con frecuencia escuchaba en la radio.

La caza y la pesca eran dos actividades en las cuales, el Negro era un pozo de sabiduría, sometidas a su total y absoluto dominio, y a menudo las consideraba sus actividades deportivas favoritas.

El Negro era una persona muy apreciada en el pueblo. Quizá era, por ese entonces, el único negro querido en Guápiles; por su honradez, su transparencia, su dedicación al trabajo, su participación en el Club de Leones y su desprendimiento comunal. Por ello llegó a ser miembro activo de la Municipalidad, donde realizó una labor, bastante aceptable, para la época.

Una persona muy cercana a él y que lo imitaba muy bien en su forma de hablar, era su amigo Núñez; un guapileño de pura cepa, que compartió con el Negro en muchas oportunidades. El era muy apreciador de la familia del Negro. Tomó muchos whiskys con él, y conoció varias e interesantes anécdotas suyas.

El día estaba encapotado, oscuro, lluvioso y una tenue brisa, helada como una mala noticia de la mañana, anunciaba fuertes chaparrones para la tarde y la noche. Relampagueantes culebrinas, de vez en cuando, iluminaban el fondo oscuro del infinito, y en la lejanía, se escuchaba el tenue ruido de algunos truenos.

Ese día, Núñez se dirigía a San José a realizar una gestión personal y, al pasar frente al Restaurante Los Sukias, se encontró al Negro, con botas de hule colibrí, en short y sin camisa, con un largo machete en la mano, caminando de un lado a otro, como si en su mente anidara una gran preocupación.

Viéndolo en esa angustiosa situación, Núñez detuvo su automóvil y se bajó para saludar al Negro y de paso, averiguar qué diablos le pasaba.

El Negro, cuando vio acercarse a su amigo del alma, se adelantó y le extendió, cordialmente, la gran manota negra, y después de darle un efusivo abrazo le dijo:

“Como estaaas, camaraaada
“Yai1 Maje, pura vida –respondió el recién llegado”

_ "1Yai" Voy para San José –respondió Núñez_ Porque te veo tan preocupado, Negro_ Lo miro un poco raro.

Que le pasa. Le duele el corazón. Insistió su amigo.

_Veraaa" Estoy que me lleva la graaan puuu..., _Dijo el Negro_.

_Porque, huevón_Con ese machete en la mano, _amigo_ hoy soy capaz de mataar a cualquier hijo de puuu... que se me atraviese. –Respondió el Negro_

Pero, Por que Que te sucede –Pregunto su aliado

_¡Yaaa! ¡Miraá! Núñez. Acaba de irse Alonso, mi hijo mayor, en el pick up de la casa, a hacer un mandado al centro de Guápiles y no lo va parando un tráfico.

¿Y qué tiene que ver eso, Negro' –Preguntó Núñez.

_¡Yaaa! ¡No es mi hijo menor, el que está paraando a todo el mundo! Mi hijo, Núñez. Núñez, mi hiiijo. El que hice tráfico ad_honooor.

¿Quién? ¿Alejandro? –Preguntó su amigo.

_¡Cllaaro! Alejandro. Le hizo la señal de alto al carro de la casa, conociendo el cabrooón ese, el pick_up de la familia.

¿Y qué? –Preguntó Núñez.

_¡Yaaa! Sencillamente lo paaaara y Alonso, como es muy educado y de buenos modales, al ver la figura impecable del tráfico, con su uniforme y todo, que le estaba haciendo la señal de alto, se le arrimooó y le preguntooó:

_¿Qué pasooó, hermanooo?

_Y, Alejandro no se digna responderle. Se va directamente a la puerta del carro y le dice: Liiicencia, Núñez, Núñez, liiicencia.

Sabiendo el cabrooón ese que Alonso, su hermano mayor, anda trabajando y que además, tiene permiso pa' conducir.

¿Y qué pasó? –Preguntó su amigo, muy intrigado.

_¡Yaaa! Aparte de todo eso, el cabrooón de Alejandro, envalentonado con el uniforme nuevo de aprendiz de Inspector de Tránsito, le dice a Alonso que tiene que cambiarle el stop izquierdo y arreglarle las direccionales al pick up, sabiendo que ni él mismo las ha podido arreglar.

Y qué más sucedió, huevón? –Indagó Núñez, muy interesado en el asunto

_¡Yaaa! No ve que el cabrooón de Alejandro, con la libreta de hacer partes de tránsito en la mano, le dice a Alonso que también tiene que arreglarle los frenos al carro de la casa, cuando él mismo ha tratado de arreglárselos en varias oportunidades y no ha podido.

_¡Miraá, amigo!

A ese hijo de puuu...muchacho, sólo le faltó tomarle la presión a las llantas.

Pa'mí, camaraaada, que ese muchacho está mal de la sesera.

Se atontooó, Núñez. Núñez, se atontooó, al ponerse el uniforme de Inspector de Transito.

Y, de seguido, el Negro rubrica lo dicho, con una sonorísima y amplia carcajada blanca.

_¿Y qué, Negro?

—¿En qué terminó la bronca? —Inquirió su amigo.

—¡Miraá! Aquí está Alonso, en el potrero, muy cabreado, con un gaaarrote en la mano, esperándolo que llegue.

De seguro que lo va a mataaar, Núñez. Núñez, hoy lo va a mataaar.

—¿Entonces, le hizo un parte enorme? Preguntó su aliado.

—¡Miraá! Ese hijo de puuu... si sigue procediendo de esa manera, nos va a arruinar, Núñez. Núñez nos va a arruinaaar.

Yo aquí, lo estoy espreeerando —dijo el Negro.

Y Uuulieta, también está pálida de brava que estaaá. Seguro que ella, también, lo va a mataaar.

Su amigo, después de escuchar la historia del aprendiz de Tráfico, se fue para San José a realizar unos mandados personales. Cuando venía de regreso, ya tarde de la noche, vio la figura monumental del Negro, de negro hasta los pies vestido, plácidamente sentado en el Restaurante, con los achocolatados párpados entreabiertos y con las quijadas apoyadas en el puño izquierdo, con el pulso más tranquilo y el espíritu más sereno, tomándose un trago. Entonces, decidió entrar para indagar sobre el incidente suscitado en la mañana.

—¿Qué, Negro, qué pasó?

—¡Yaaai! Sí. Yo aquí estoy con un Ooold Paaark, tomándome un traguito, porque las coosas que han pasado hoy, amigo, no se me pueden olvidaaar.

—¡Yai! Tomémonos un traguito —dijo Núñez.

—Tómate lo que querrraaás, Núñez. Núñez, tómate lo que querrraaás —dijo el Negro.

—¡Y usted, que está tomando? —Preguntó su amigo.

—Al chanchoooo con lo que lo criían, amigo. El Negro sólo toma Ooold Paaark.

—¡Mirá, Negro! ¡Cómo te fue con el problema de la mañana? —Insistió el visitante.

—¡Miraá! Nuñez. Esas cuestiones son muy profuuundas —dijo el Negro.

—¡Porqué, huevón?

—¡Miraá! Llegó Alejandro.

Habíamos acabado de calmar a Alonso.

Alejandro, yo me lo llevé pa' debajo del palo de **mamei**, detrás de la casa, para averiguar cuáles eran sus intensiones.

Uuulieta ya está más tranquila. Por lo menos ya se le quitó la palidez de la cara.

Pero, ¡Yaaai! Núñez. El cabrooón de Alejandro me dice, muy claramente, que **La ley entra por casa** y que tenemos que arreglar pronto el pick up porque si no, donde quiera que vea el carro de la casa, nos va a hacer otro parte.

Me matooó, Núñez, Núñez, ese hijo de puuu...me matooó.

—¡Bueno, sí!, pero tiene razón Alejandro. —Balbuceó Núñez.

—¡Siií! Pero a ese cabrooón hoy le queeemo el uniforme.

¡No veee, mi amigo! Que yo tuve que vender una de mis mejores vacas, pa' comprarle el uniforme de tráfico ad_honooor a ese hijo de puuu...muchacho.

Viera usted, lo que me costooó deshacerme de mi vaquita muca. ¡Yaaai! Era muy buena pa' la leche. Yo le sacaba un balde lleno, todas las mañanas.

—¿Y ahora, qué piensa hacer con Alejandro? —Preguntó Núñez—.

—¡Yaaai! ¡Miraá! A ese cabrooón, primero le voy a quitar el uniforme y lo dejo chingooo, para ver si se atreve a salir a la calle a hacer altos y partes, y segundo, lo voy a meteee a un curso intensivo, aunque sea de hacer cercas.

De lo que sea, Núñez. Núñez, de lo que seeee. Pero de traaáfico ni un día maaás. Un día más de traaáfico y nos arruiina a todos ese trafiquillo de mierda.

A lo mejooor, un día se le ocurre a ese cabrooón, poner una casetilla a la entrada de la finca, para hacernos partes a la familia, cada vez que salimos o entramos.

¡Nooo! Hoy le queeemo el uniforme, a ese hijo de puuu.... Mi querido amigo. ¡Se lo queeemo, porque se lo queeemo!

Yo nuuunca me imaginé que la estupidez humana alcanzara proporciones inusitadas. Nuuunca, Núñez. Núñez, nuuunca.

La frente del Negro estaba perlada de sudor espeso y algunas grandes gotas empezaban a rodar sobre su faz.

—efectivamente, unos días después, me enteré de que el Negro le había quemado el uniforme de tráfico ad_honooor a Alejandro —dice Núñez—.

Este **cuento** que hoy publicamos con tanto cariño y satisfacción, como homenaje póstumo al Negro más querido de Guápiles, tiene como único fin, contribuir a que el **Negro no muera**; sobre todo, para los que tuvimos la inmensa dicha, de compartir con él muchos años.

El Negro, cuando murió, no recibió ningún reconocimiento póstumo, ni siquiera un menemento a o una estuata —como él decía— colocada en algún insignificante rincón del pueblo; pero su memoria perdurará como una leyenda convertida en historia, en el corazón de todos los guapileños que tuvimos la dicha de conocerlo bien.

¡Qué Dios lo tenga a su diestra!

¡Y que en Guápiles, el **Negro Campbell no muera**!

¡Que así sea!

Un funeral inolvidable

VIANNEY GERARDO MORA HERNÁNDEZ
SIQUIRRES, SIQUIRRES

Esa noche era especial porque iba a estrenar piyama. Una muy linda y sobre todo muy fresca piyama que mi mamá había terminado de coser en la tarde.

Era de manta, que yo mismo había ido a traer a la pandearía donde Enrique; éste siempre le regalaba a mi mamá los sacos de manta donde venia la harina, a su querida maestra que le enseñó a leer, escribir, sumar y a restar, cuando todos en la escuela creían que era incapaz de hacerlo, porque era un caso perdido.

Así que mis tres hermanos, mi hermana y yo teníamos blancas y frescas piyamas de manta.

Esta noche tenía que acostarme temprano para estrenar mi piyama nueva.

Ya mi hermano mayor había fumigado con flix y, por si acaso, estaban encendidas las velitas contra zancudos porque se había soltado una plaga.

Me metí en la cama, corriendo con cuidado el mosquitero, para que no entraran los zancudos.

Ya mi hermano menor se había dormido. Luego del riguroso Padrenuestro, tres Avemárias y el Credo, me acomodé como siempre en el rincón contra la pared que daba a la calle, porque ahí era más fresco por el aire que se colaba por las hendiduras de la pared.

Hacía mucho calor y el bochorno era increíble. Ese día el sol había salido con todo su inclemencia después de dos semanas de lluvia. Pero sabía que en la madrugada iba a ser fresco. "Es por las montañas del otro lado del río" –decía mi mamá. Y siempre agregaba: "Ojalá dejaran esa montaña para siempre."

"¡Oyeron!!, _dijo mi mamá_. "Acaban de decir en las noticias que los rusos mandarán un persona al espacio dentro de unos cinco años a lo sumo. ¿Hasta dónde va llegar la humanidad? ¿Por eso hay que estudiar mucho".

Después escuche con mucha atención las aventuras de los tres Villalobos y luego... silencio. Mi papá apagó el radio de baterías, su inseparable y fiel compañero.

Poco a poco me fui durmiendo, pensando en qué buenos hermanos eran los tres Villalobos, valientes, honrados, fieles y ninguno era bobo. Eran mis favoritos, junto con "Rafles: el ladrón de los guantes de seda" y "Kalinin".

Eran una noche oscura; acababan de apagar la planta de electricidad; solo pusieron la luz durante una hora, porque había poco diesel.

Hacía muchos días que no pasaba el tren desde Turrialba. Mi papá nos contó que habían ocurrido derrumbes en Peralta y en "Piedras de Fuego". Y que del lado de Limón, el río Chirripó se había llevado el puente en Matina; además el río Pacuare había hecho un brazo nuevo, el río Siquirres había aflojado el puente, sin contar los derrumbes allá por Pacuarito, Cimarrones y Monteverde. Entonces Siquirres estaba incomunicado por todo lado.

De repente, un murmullo rompió el silencio de la noche. Poco a poco se iba haciendo más y más grande, hasta convertirse en cánticos en inglés y en lenguas extrañas, acompañados por unos instrumentos cuyos sonidos me eran desconocidos.

"No se asomen, eso no se debe ver". Sentenció mi papá, con su fuerte y atemorizante voz.

Para qué lo hizo; yo, siempre yo, haciendo lo contrario de lo que me ordenaban, por eso eran las fajeadas, pellizcos en el brazo y ni qué hablar de los jalones de oreja que me daban.

No podía quedarme sin saber qué pasaba.

Me asomé por una hendija, escogí la más grande y mis ojos se fueron abriendo casi desorbitados conforme un grupo de sombras que caminaba por las empedradas calles, pasaba por detrás del marco de la cancha de fútbol. Por la calle que iba al río, hacia la esquina de la cancha.

Por un rato se me perdieron, después, casi de improviso estaban pasando a pocos metros frente de mi casa. Yo me hice un puño, mi corazón se me quería salir del pecho y mi respiración se volvió entrecortada. La respiración casi se me detuvo, cuando ante mis desorbitados ojos pasó un ataúl con una persona adentro, toda envuelta en un manto blanco.

Las personas iban casi todas vestidas con túnicas blancas llevaban algo encendido en la boca, y el olor a tabaco invadió la casa. Los cantos quejumbrosos, los lamentos y el humo de los puros llenaron la calurosa noche. No cesaban de cantar; escuché una canción que hablaba de una barca al otro lado del río, pero también entonaban cantos en lenguas extrañas. En mi mente de niño no cabía tanto misterio, ni lo entendía.

Poco a poco los pasos, los cánticos del grupo y la música se fueron apagando. Pasaron frente al edificio de la solemne escuela, que sirvió como una gran pantalla donde figuras y sombras se entremezclaban.

Salí y me senté en el corredor con los pies en la última grada de la escalera de entrada a la casa y mis manos entre las piernas.

Cuando pasaron frente a la Unidad Sanitaria, el reflejo de las luces de los puros y la gente con el ataúd, en los vidrios de las ventanas, daba al grupo de unas treinta y cinco personas (me tome la molestia de contar las brasas de los puros) un aspecto fantasmagórico. Después entraron en la casona vieja cubierta de latas pintadas de gris, que llamaban la "Logia".

De repente, sentí que algo me jaló las dos piernas y de un salto y gritando me metí corriendo a la casa.

Casi llorando, tembloroso y todo avergonzado, suavemente (para que mis hermanos no me oyeron) dije: ¡Mami!, ¡me remendó la pijama vieja?, es que me oriné". "Ve, hijo", dijo mi mamá con la risa entrecortada, "hágale caso a su papá. Está en la máquina de coser, pero póngale una gacilla porque le falta el elástico". Y con el fondo de las risas leves de mis hermanos, mi papá y mi mamá y con el corazón que se me quería salir del pecho, con gotas de sudor frío en la frente, me acosté.

Esa noche, la piyama nueva con jabón azul pasó en un balde con agua, en la cocina.

¡Ah! ¡Y el susto?, fue mi papá que se levantó, se fue por detrás de la casa, pasó por debajo de ella y ya saben lo que pasó.

"Lizanías, un labriego optimista"

GIOVANNI RODRÍGUEZ LEÓN
SIQUIRRES, SIQUIRRES

La historia que voy a contar es una muy particular. Es la historia de un hombre trabajador como pocos. Luchador hasta el límite, de temperamento fuerte, de convicciones y al mismo tiempo con un particular sentido del humor, que en los momentos más difíciles le han proveído de energía, a él y a cuantos a su alrededor sintonizan con él.

De una marcada vocación agrícola, el hombre de esta historia ha sabido arrancarle a la tierra algo más que frutos multicolores. También cosechó sabiduría, conocimiento vivo y teórico que supo complementar con lecturas asiduas, robándole tiempo al descanso o, como sería más justo escribir, descansando mecido por el vaivén de las ideas, discurriendo por el sinuoso cauce de la historia.

Lizanías Rodríguez Azofeifa nació en Santa Rosa de Santo Domingo de Heredia, el 7 de febrero de 1924, en medio de una humilde familia de la Heredia rural de aquella época. Su padre, Juan Rodríguez, agricultor abnegado, creador de mundos pequeños, con la madera burda, con el lienzo humilde y pincel, con la piedra dura y eterna, con sus manos... su madre, América Azofeifa, veinte partos, entre los que vivieron y no pudieron hacerlo, hasta que en el último entregó la vida. Los que vivieron recibieron los nombres de José, Amparo, Estelia, Elida, Hernán, Francisco, Carmen, Rosa, Juvenal, Tino, Benjamín y Lizanias. Sus primeros años estuvieron marcados por la escucha atenta del hombre a quien más ha admirado toda su vida, cuyas enseñanzas no se ha cansado jamás de dar a conocer a hijos, nietos y amigos: su papá Juan. De él escuchó relatos que para siempre quedaron grabados en su limpia memoria, como la

macabra participación en el rescate de los cuerpos de las víctimas del peor accidente nacional, como lo fue el descarrilamiento del tren sobre el puente del Río Virilla, donde murió gran cantidad de personas. De él aprendió muy temprano la forma correcta de tomar una herramienta, así como la chispa de un humor siempre a flor de labios. En aquel trozo de Heredia rural, en esos cortos años, vivió cosas importantes, como cuando caminando con otros niños les cayó del cielo unos confites y melcochas. ¡Oh, cosa admirable!, que solo ocurre en el mundo de los niños pequeños, a quienes les está permitido pisar el lado mágico de la vida. Más tarde descubrirían, él y sus amigos que el cielo había llovido confites gracias a las manos generosas de un amigo de su padre, que entre risas contó cómo, desde lo alto de un pedrusco del cafetal, lanzó a los desprevenidos niños el dulce y multicolor regalo.

La casa de Santa Rosa nunca fue de ellos. La generosidad sin límite de don Rosendo Caballero, le permitió a la familia Rodríguez Azofeifa vivir en ella 14 años. Era "su" casa, la de los recuerdos, la de las vivencias que más marcan.

Fue en un cafetal de por allí cerca donde tuvo lugar la singular cacería de un apetecido animal. El cazador experimentado era el papá. Los ayudantes que harían posible la proeza de atrapar vivo al escurridizo animal, Lizanías y dos de sus hermanos.

La cueva estaba en un "peligroso" declive de unos pocos metros (casi lo era realmente para niños de alrededor de cinco años). Juan, con la habilidad que lo caracterizaba, había cavado sigilosamente una pequeña ventana en la parte alta de la cueva, a fin de dar una lección a sus pequeños hijos y, por qué no, reírse un poco a costa de ellos. Alistó una flexible rama seca y esperó a que sus polluelos estuvieran en posición, un poco más abajo a la entrada principal de la cueva. Lozanías, un poco más listo que sus despistados hermanos presintió que algo no andaba del todo bien y se mantuvo más alejado. El escenario era el deseado; los dos pequeños se colocaron justo frente a la cueva del asustado animal y entonces la ramita ingresó por el lado opuesto. De un salto, el armadillo salió sin dar tiempo a que sus despistados captores tan solo pudiesen pestañear. Todo ocurrió en una exhalación. Hernancito y Paco chillaron asustados mientras caían de espaldas a causa de la embestida del asustado animal. Luego rodaron unos cuantos metros abajo, mientras su padre reía a más no poder. A un lado, un sorprendido Lizanías, comprendiendo de lo que se trataba, poco a poco fue uniéndose a las risas de su padre. El hecho fue tema de sobre mesa por algunos días.

Poco tiempo después del nacimiento del niño Lizanías, a su padre lo subyugó la idea de convertirse en colono de la Colonia Jiménez, impulsada por el Gobierno. Eso quedaba lejos, en la provincia de Limón. Tierra llena de oscuras leyendas de animales casi gigantescos, temibles serpientes, pesca y caza abundantes. A donde solo llegaba un camino, la línea férrea construida por Mr. Keith, con más de tres meses seguidos de lluvias torrenciales que hacía gigantescos los ríos y se tragaba enteras las historias de

los poco previsores. De esas lejanas tierras empezaron a llegar alimentos que podían ser cambiados por dinero y llevar sustento a la familia. De allá también empezaron a llegar historias, los aromas y el paisaje. También, qué más da, las pieles de extraños animales, que habían servido de alimento a Juna. De allá también llegó un día la idea de dejar Santa Rosa e ir a luchar de frente contra las inclemencias y los peligros del Atlántico. Se irían los padres con los más pequeños.

En el año 1928 don Juan se convirtió oficialmente en colono. Viajó solo para sembrar, limpiar y construir el rancho donde vivirían. Un año después, todo estaba listo para que el resto de la familia se trasladara. Los preparativos fueron pocos y la nostalgia los invadió, mezclada con cierto temor derivado de enfrentar lo desconocido. Era febrero de 1929. Todo estaba listo, los tiquetes comprados y las maletas hechas. Los chiquillos, luciendo sus mejores "trapos" desfilaron entre temerosos y emocionados tras sus padres hasta la estación de tren, que estaba en el centro de Santo Domingo. Del maravilloso tren solo conocían por relatos contados de su padre. Era una mole de hierro que como un dragón feroz resoplaba con fuerza, esa misma fuerza con la que arrastraba infinidad de carros con personas y con carga de todo tipo. La imaginación de los niños voló cada una según sus posibilidades, pero inevitablemente bastante alejadas de la realidad. Sentados inquietos e impacientes fueron sacudidos por la llegada del tren. La imaginación se había quedado corta; la impresión fue total y el sentimiento de impaciencia se transformó en fracciones de segundo en horror. La mayoría de los doce buscaron ponerse a salvo de aquel monstruo de hierro, furioso y terrible. Los conductores del tren pronto comprendieron lo que ocurría y se tiraron del tren para ir a la caza de los polluelos espardidos peligrosamente. Fue necesario correr y traerlos a la fuerza. Don Juan rió de buena gana a causa de lo sucedido, aunque para los pequeños no había en todo aquello nada de gracioso. Por fin fueron sentados y poco menos que amarrados. El tren tuvo considerable retraso a causa del inesperado incidente, pero por fin se puso en marcha rumbo a la aventura.

El viaje desde Heredia fue épico para el pequeño Lizanías. Nunca había viajado durante tantas horas. Su corazón palpitaba de emoción. Aquella era una de esas aventuras de las que de alguna manera se forma parte mucho antes de estar realmente allí. Tantas veces se había dormido en la mesa escuchando de ese lugar que, de algún modo, su joven espíritu ya había volado allí antes que su cuerpo. Era como si ya conociera aquel lugar; esos tonos de verde de la tierra cultivada de Cartago, después las vacas, las gentes. Más adelante, los árboles corriendo asustados en sentido inverso al tren bullicioso y alegre. El sol empezaba a cansarse de tanto alumbrar y el viento frío aprovechó para meterse en los rincones de los vagones.

En algún momento, a lo largo del sorprendente recorrido apareció imponente el río Reventazón en el costado derecho del tren, compitiendo con él. Furioso, oscuro, terrible. La algarabía reinante hasta ahora se mudó en callada expectación, sigilosa

¿temerosa?, podría ser. El ahora hacía su recorrido con sigilo, como con cuidado de pisar en falso. Un poco más allá y a pesar de las medidas, lo infaltable: dos vagones del final del tren se descarrilaron. La velocidad era tan poca que no hubo mayores problemas. El tren detuvo su cansino andar y muchos trabajadores, cubiertos de barro, con pesadas herramientas lograron que los vagones se subieran de nuevo a los rieles. Por fin llegó la hora de vencer al coloso, pasándole por encima sin temor; habían llegado a Las Juntas. Luego Siquirres, lleno de risas blancas, pati pati, pan bon, pan bon, bofe con yuca, cajetas, pescado. ¡Que gente más bulliciosa y alegre! ¡Qué comida deliciosa la que ofrecían! Algo de aquello probó el niño Lizanías y empezó a ser limonense por dentro.

La llegada a Jiménez estuvo marcada por la más densa oscuridad, una llovizna húmeda y muy pocas personas que bajaron del cansado tren, desaparecieron después de un "hasta otro día, don Juan y suerte". Hubo que cargar, cada quien según sus fueras. Había que hacer más de un kilómetro hasta el rancho en media parcela. Fue necesario encender la carbura. Su luz blanca inundó de claridad el trillo, por lo menos para los primeros. Los de atrás seguían a oscuras los pasos de los demás. Un "las culebras están durmiendo" tranquilizó a la tropa, aun cuando el padre sabía que era la hora en que las serpientes son más peligrosas. No hubo ánimo para inspeccionar el gran rancho. El cansancio y el hambre pudieron más.

El paisaje en aquel remoto Jiménez que ahora constituía su hogar era por entero diferente al de Santa Rosa de Santo Domingo. No obstante, la exuberante vegetación y la riqueza de posibilidades que ofrecía aquella tierra húmeda muy pronto permitió que Lizanías y su familia echaran abundantes y duraderas raíces. Los primeros días fueron para explorar la vasta propiedad. Quince manzanas excedían en mucho al octavo de manzana donde vivían en Heredia. Su padre, siempre agricultor, allá tenía que alquilar terrenos para hacer lo que tanto le gustaba, sembrar. Aquí, en cambio, había terreno de sobra para sembrar muchas cosas, por lo que toda la familia empezó a experimentar la labranza. Los más pequeños, en pequeñas porciones de tierra cerca del rancho; los más grandes, en terrenitos de regular extensión que don Juan permitía acondicionar, sin esperar demasiado de sus entusiastas hijos, que cuando veían una serpiente corrían horrorizados hacia el rancho, con la firme promesa de abandonar el cultivo. Por dicha estos incidentes sirvieron para reír por las tardes, después de la cena, a la luz de una canfinera y nunca para llorar por una desgracia.

De la infancia de Lizanias en Jiménez, los episodios más entrañables los constituyan las tertulias de la noche, en un alero del rancho, cuando su padre tocaba la guitarra y cantaba con amigos y los chiquillos escuchaban prudentes, sin intervenir, hasta que desde la cocina llegaba la ronda de chocolate caliente y algo más. Don Juan poseía mucho oído musical y gran habilidad para construir instrumentos pequeños, como

flautas de madera, maracas, marimbas. Tocaba bastante bien todos estos instrumentos, así como el acordeón y la mandolina. Algo de todo esto fue heredado por el pequeño Lizanias, principalmente su oído musical.

Relacionado con la música, la visita causal de un hombre humilde y talentoso, que por esos días andaba trabajando en la corta de caña, quedo grabada en su memoria. Se trato de Antonio Meléndez, guitarrista empírico de singular talento. Era un día por la tarde. Llego a saludar a don Juan, a quien conocía desde antes, cuando ambos vivían en Heredia. Pidió agua y pidió también la guitarra de don Juan. En esa ocasión interpretó una marcha militar que dejó asombrado al joven Lizanias, pues no solo llevaba la difícil melodía con gran precisión, sino que, utilizando para ello la caja de resonancia de la guitarra, reproducía los redobles de los tambores militares. Fue una verdadera lección de arte y humildad. Al tiempo, se supo que Toño Meléndez fue llevado a México. Con él iba un muchacho desconocido que le gustaba cantar boleros, con una gran voz; Gilberto Hernández.

A esta infancia apacible pertenece uno de los acontecimientos que más lo marcarían para el resto de la vida. Un día de julio el día amaneció extraño. Lloviznaba y hacia un poco de frío. En realidad el clima era agradable, pero el viento era extrañamente sostenido desde el norte. Don Juan no dijo nada de cuanto presentía a su familia, pero ese día no quiso ir a trabajar. Tal y como se lo imaginó, el viento fue incrementando su velocidad y fuerza. Entonces sí, se giraron instrucciones precisas para ubicarse en lugares seguros. El que la mayoría de los chiquillos escogió fue debajo del piso de la troja, particularmente fuerte, por estar construida de manu negro. El viento cada vez era más fuerte y los primeros árboles y ramas empezaron a caer. El techó del rancho y la troja volaron como pequeñas briznas. Para entonces la lluvia era fuerte. Nadie se movió. La orden era salir hasta que el viento cesara y así se hizo. Los huracanes eran altamente respetados por don Juan y su esposa. Todo volvió a la calma pasadas las seis de la tarde. A esa hora fue necesario medio reparar lo dañado, a fin de preparar algunos alimentos y acondicionar un lugar medianamente seco para pasar la noche. Al día siguiente, se retomarían los trabajos más en detalle.

Un poco tardíamente llegó el momento de ir a la escuela. A poco más de kilómetro y medio de distancia estaba el rancho que albergaba a los inquietos inquilinos. Desde muy pequeño, el niño Lizanias dio muestras de clara inteligencia, pero más que eso, de un interés natural por saber, por conocer. Eso lo llevo a aprender rápidamente los rudimentos de la lectoescritura, que asiduamente ejercitó con lecturas de todo tipo, es decir, de cuánto era posible acceder en aquellas circunstancias. Su padre, que apenas si podía decodificar las palabras, pero era colecciónista de revistas y periódicos, como Selecciones del Read Digest o algunos diarios importantes de la época, incluido el Diario Oficial La Gaceta.

La época de la escuela debió ser combinada con trabajo fuerte. También hubo satisfacciones inolvidables. Un Ministro de Obras Públicas, León Cortez Castro, había prometido para la nueva Colonia Jiménez la construcción de "pajas" de agua, pequeños canales de riego para uso doméstico que recorrería serpenteano las diferentes parcelas. El contrato de la construcción se otorgó a David Peralta, quien buscó al papá de Lizanias para que consiguiera los peones y organizara las cuadrillas de paleros. El sería el encargado. La promesa de don León era que las pajas estarían listas tres días antes de las elecciones presidenciales, en las que él era candidato, por lo que si la promesa no era cumplida todos estaban autorizados a no votar por él. El duro trabajo comenzó y avanzó diligentemente; las pajas fueron terminadas tres meses antes de las elecciones. Por supuesto, don León recibió todo el apoyo popular. Pero el resto del país también lo respaldó y ganó las elecciones. Poco después preparó gira para la Colonia Jiménez, obra por la que tanto había apostado. El objetivo era inaugurar la red de pajas de agua de los colonos. El acontecimiento era muy especial; había gran expectación en la comunidad, que agradecida y sorprendida deseaba ponerse una flor en el ojal con la recepción. En la escuela se escogió a los estudiantes más avanzados para que memorizaran una bienvenida que preparó la maestra para recibir al señor Presidente, de visita por primera vez en esa zona. Lizanias estuvo entre los elegidos. El discurso era largo, al final del cual debían inclinarse lentamente hacia adelante mientras a coro decían gracias.

Por fin llegó el anhelado día. Apostados a un lado de la línea del tren, los pobladores de Jiménez esperaban cerca de una improvisada tarima. Por fin, en una hora inusual, se oyó el silbato del tren presidencial. Pronto estaba frente a ellos un lujoso vagón, del cual comenzaron a bajar señores vestidos de blanco, que constituían la comitiva presidencial. También había en el grupo periodistas con libretas y plumas y cámaras fotográficas. Por fin bajó el señor presidente entre nutridos aplausos y pronto se instaló en la tarima. Los tímidos niños se acercaron y tras una breve introducción de la maestra dijeron sin errores el saludo de bienvenida. También ellos fueron muy aplaudidos. Después de los discursos, fueron fotografiados con el Presidente y luego convidados al refrigerio. No se sabe si solo eso se ofreció allí, pero a los niños lo que se les dio fue mazamorra. Después la comitiva siguió su itinerario.

Desde el momento en que Lizanias dominó la lectura dedicó largos ratos a leer historias o noticias a su padre, quien lo escuchaba con mal escondido orgullo. Iba conformándose en algo así como su hijo predilecto, pues le ocurría lo que a todos los padres que ven cumplirse anhelos propios no alcanzados en sus hijos. Don Juan también era amante del conocimiento y se mantenía al día con los acontecimientos históricos y políticos de su país y de más allá. La disciplina de su hijo, combinada con el interés por aprender lo llevó a sacrificarse por dominar los contenidos que les daba su esmerada maestra. Por ejemplo, si previo a un examen despertaba a cualquier hora de la noche o madrugada, aprovechaba ese momento para hacer un rápido repaso

mental por los contenidos sobre los que sería examinado al día siguiente. Si surgía alguna duda, se levantaba y, ayudándose con una canfinera, revisaba su cuaderno y no volvía a la cama hasta resolver aclarar la duda. Del clima de la preguerra mundial en Europa, así como del desenvolvimiento de esta, con los desmanes de Hitler, su padre supo los detalles gracias a que Lizanias, le leía los diarios minuciosamente. Pero las circunstancias en aquella época eran difíciles. Cuando el niño se prestaba a aprobar su tercer grado, lleno de ilusión por el grado que cursaría al año siguiente, se las agenció para ahorrar los céntimos necesarios para adquirir el Libro Oficial de Cuarto Grado. La aprobación final del curso obligaba a someterse a un examen oral del Inspector Nacional del Magisterio. El fue el único que supo responder a la pregunta: ¿Dónde es el único lugar en Costa Rica donde cae nieve?: ¡el cerro de la muerte, por supuesto!

Llego diciembre. A la vista estaba la reluciente portada del ¡Libro Oficial de Cuarto Grado! Se lo había ganado, sin duda. Pero, así es la vida... Su padre, con un dolor contenido en el pecho le comunicó que al año siguiente él no iría a la escuela. Era necesario, por su edad y la situación económica de la familia, que se incorporara a algún trabajo. El niño, con el gran respeto que le tenía a su padre, solo calló y guardó el libro.

1937 estuvo marcado por dos grandes acontecimientos. Uno que le proporcionó mucha alegría y otro, mucha tristeza. El día de la madre de ese año hizo la Primera Comunión. Fue un día de fiesta. Sus padres orgullosos y el resto de su familia compartió con él. Pero en diciembre habría de recibir un duro golpe, la muerte de su madre. Era el embarazo número veinte. Los dolores de parto iniciaron tímidos, durante algunos días, hasta que cesaron. Todo parecía ir bien, pero la muerte del feto hacía estragos silenciosamente en el organismo de doña América. Cuando la fiebre empezó a avisar de que algo grave sucedía fue demasiado tarde; también murió. Aquello también lo asimiló con entereza Lizanías.

Por la zona había varios trapiches que abastecían de dulce de tapa a la población cercana y un poco más lejana. A esta última llegaban las tamugas en el tren. A la primera, debía llevarse el dulce al hombro. Fueron muy útiles las alforjas de cabuya y los sacos de gangoche. En esta labor se ocupó el pequeño Lizanías. Fueron tiempos duros, que él enfrentó de buen ánimo; así aprendió desde muy pequeño que debían enfrentarse ciertas cosas. En cuanto al trabajo, por más duro que fuera, era cosa de agradecer a Dios, nunca razón para quejarse.

El recorrido era largo, muy largo, si se analiza con detenimiento y, sobre todo si se tiene en cuenta el peso del producto. El punto de partida era el trapiche, a un kilómetro del centro de Jiménez; el destino más distante, el pueblo de Río Jiménez de Guácimo, después de hacer un recorrido de unas veinte millas, a pie por la línea férrea. Distancia

que era necesario recorrer de nuevo de vuelta a casa, con menos, sin el peso de las tapas de dulce y unos cuantos colones. En ese trajín comercial no solo era obstáculo la distancia y el peso de la mercadería, lo era también el factor cultural. Y es que sus clientes eran de origen jamaicano, que solo hablaban inglés. Por eso, fue necesario adquirir algunas destrezas mínimas para hacerse entender. Esa enseñanza estuvo a cargo de uno de los clientes de por allí cerca, un jamaiquino viejito y bondadoso. El adiestramiento fue breve "Cuando salga la señora a ver quién llama, usted pregunta *you want dulci?*. Entonces ella le mostrará un número con los dedos, así o así, o le dirá que no".

No solo a Río Jiménez fueron Lizanias y sus hermanos a vender. También fueron a Punta del Riel, a unas diez millas de distancia. Allí vendieron pejibayes, café y cacao en la finca Abundio Seco.

Había que trabajar duro, era cierto, pero también había espacio para la diversión. Esta estaba ligada a la pesca y la caza, principalmente. Sobran anécdotas alrededor de estas actividades. En una ocasión, su hermano mayor accedió a que lo acompañara. Las advertencias fueron abundantes. Lizanias las acató sumiso, a sabiendas de que eran excesivas. Su hermano mayor, no habituado a la vida en la selva, era temeroso y torpe, lo que siempre incidía en el fracaso de sus empresas de caza. En esta ocasión se llevó una pesada escopeta guápil, calibre doce. Le permitió a su hermano que se quedara pescando en una poza, mientras él buscaba en la parte alta alguna presa. Lizanias llevaba consigo una "cuerda" hecha de "vena" de banano, en cuyo extremo se sujetaba un clavo doblado, en vez de anzuelo. Se acercó a la poza y lanzó el anzuelo con la respetiva lombriz. Poco espero cuando vio acercarse cauteloso un guapote enorme, color azulado y con giba. La emoción casi le hace soltar la tira de banano. Toda su majestuosidad parecía lucirse haciéndose de rogar, hasta que finalmente se acercó decidido a la lombriz que se movía moribunda ensartada en el clavo. El momento era único, la felicidad tenía forma de susto. De pronto, ese universo maravilloso se rompió de la manera más abrupta: un enorme estruendo producido por la caída de un cuerpo enorme en medio de la poza hizo desaparecer el pez. Lizanías, creyendo que se trataba de una danta, animal que suele tirarse al río ante la presencia de alguna amenaza, empezó a gritar a más no poder: "¡Chepe, Chepe, una danta!" con el fin de que su hermano se acercara con el arma. Pero la voz de Chepe medio le contestó con un llamado de auxilio desde el centro de la poza: "¡Ayúdame, idiota, que danta ni qué nada!, ¿no ves que casi me mato?". El disgusto de la fallida pesca fue sustituido por una carcajada a costa de su torpe hermano. Luego supo que las excesivas previsiones de su hermano que creía ver animales donde no los había, lo había llevado a caminar mirando a la copa de los arboles, sin percatarse que bajo sus pies el terreno se terminaba para dar lugar al vacío, tres metros por encima de la poza.

Otro episodio digno de ser contado fue el de la cacería de tepezcuientes. Efectivamente, esos animalitos estaban visitando un racimo de bananos maduros que estaba escasos cuarenta metros del rancho donde vivían. Chepe ideó el atinado plan de construir un "tabanco", especie de andamio sostenido por varas largas, sobre el cual los cazadores esperaban sin ser detectados a sus presas, para disparar fácilmente sobre ellas. Debía reconocerse que la idea era buena. Así lo dictaba el protocolo de cazadores experimentados. El punto débil del plan era que el tabanco lo construiría el propio Chepe, inhábil para dichos menesteres. Don Juan, a quien se le comunicó la idea, la aprobó y dejó que su hijo la concretara en todos los extremos. Como siempre, solo le facilitó la escopeta guápil, calibre doce, cargada con tiros de balines, pues con dichos tiros era difícil fallar, aun a larga distancia.

El tabanco fue construido con esmero, eso sí, por parte de Chepe. Don Juan se limitó a verlo de largo y no dijo nada. Aun a esa distancia le quedaron algunas dudas, pero prefirió callar. Llegó la noche. Don Juan no se guardó la pregunta: "¿te aguantará ese tabanco?" Y la respuesta casi fue una réplica altanera: "ese tabanco aguanta bien diez hombres..." Como lo atemorizaba un poco la oscuridad de la noche, Chepe le propuso a Lizanías que lo acompañara. A Pesar de ser bastante menor que él, la compañía de su hermano le daba seguridad. Los alardes del cazador no se hicieron esperar: ¡si son varios los que llegan, con un tiro de la guápil puedo matar dos o tres!. Don Juan calló prudente. Solo atinó a dar una recomendación general "tengan cuidado". Los dos hermanos se dirigieron al puesto de vigilancia. Primero subió Lizanías. La estructura hecha de varas amarradas con bejucos crujío normalmente.

Después fue el turno de Chepe. La estructura soportó con unos pocos quejidos. Apagaron la lámpara de carburo y esperaron pacientemente. Habían transcurrido unos treinta minutos cuando un ruido característico de rápidas pisadas sobre las hojas los alertó. Se pusieron en marcha las estrategias del plan. Primeramente, evitar todo ruido. Así, en silencio, debían preparar la escopeta y encender la lámpara. Luego Lizanías bajaría lentamente la luz por sobre el hombro de su hermano, que tendría en dirección a donde se encontraba el racimo la escopeta y finalmente, ¡saz!, el escopetazo. Todo se fue haciendo correctamente. Pero era necesario acomodarse mejor. Los brillantes ojos de una pareja de tepezcuientes casi no se movían, mientras devoraban los bananos maduros del racimo. A ambos los embargó una emoción indescriptible. Chepe, ya con la luz, consideró que la posición favorecía un buen tiro. Sabía de sus limitaciones y quiso eliminar cualquier posibilidad de fracaso. Le susurró a su hermano: "vamos a corrernos un poquito, no quiero fallar este tiro". "¿Y si nos caemos?", contestó dudando su hermano. "¡No seas tonto, esto está hecho para diez hombres!". "Bueno". Efectivamente, se corrieron un poco en dirección a los animales, que comían ignorantes del peligro que corrían. El arma se elevó lentamente, con el movimiento de los brazos temblorosos del cazador. El cañón estaba a escasos cuatro metros de los tepezcuientes. Lizanías consideraba excesivo el tiempo que su hermano

tardaba. Un ruido desde la estructura puso nerviosos a los animales, que detuvieron su festín unos segundos, para volver a él rápidamente. El dedo del cazador ya apretaba temeroso el gatillo, pero el disparo no llegó a darse. La endeble estructura cedió al peso de ambos hermanos y lenta pero decididamente se precipitó con sus ocupantes en dirección a los desprevenidos animales, que pese a eso, lograron salvar su vida saltando en el último momento, justo antes de que el tabanco cayera pesadamente con sus ocupantes sobre el racimo de banano maduro. La escopeta dejó escapar su mortal obús en dirección al lodo, fracciones de segundo antes de quedar en él enterrados los cañones hasta la mitad. En la confusión, la lámpara cayó lejos y se apagó. En medio de la oscuridad, Chepe, urgido por la responsabilidad de hermano mayor, buscaba manoteando en el barro a su hermano, que ya se había levantado. Pronto llegó don Juan, seriamente preocupado, quien al comprobar que nada grave había ocurrido y que tan solo era lo que sospechaba no pudo contener la risa, mientras su hijo mayor maldecía a los inocentes animales.

Lizanías había cumplido 17 años. Las fuentes de trabajo por aquel entonces no eran abundantes. Por eso, cuando supo que unos señores nicaragüenses, pequeños empresarios del hule, necesitaban a un ayudante para irse a la montaña, se entusiasmó. Lo comunicó a sus padres y poco después alforja al hombro seguía los pasos de aquellos hombres rumbo a los húmedos y oscuros bosques de la Barra de Parismina. Isabel Víctor (Chavelo) y su hijo Gabriel, Eusebio Hernández (Cheo) eran los experimentados empresarios nicaragüenses que además de su oficio de huleros, trasmisían conocimientos para la vida. Un poco de eso encontró don Juan para finalmente autorizar a su hijo la marcha. El grupo entró por Rio Jiménez utilizando la parte navegable de los ríos que corren allí juntos. Entrar a la selva virgen fue una experiencia única para el jovenzuelo, que solo callaba y escuchaba. En la selva armaban campamentos para desde ahí desplegarse en búsqueda de los árboles de hule. Eran enormes tales árboles. Los picadores debían colocarse espolones de metal en sus pies, gracias a los cuales subían con relativa facilidad hasta donde terminaba el cañón principal, para empezar a herir al árbol de arriba abajo. El trabajo de Lizanías era colocar las latas para recoger la leche de hule, trasladar el líquido hasta los moldes cavados en la tierra dura y agregarles el bejuco que haría endurecer el hule rápidamente. Los enormes "quesos" de hule se iban acumulando en el campamento y trasladados en bote. El destino final de dicho hule era Nicaragua, donde por aquella época había una importante industria de fabricación de capas, pantalones y otros accesorios de uso corriente.

De lo más sorprendente para el joven Lizanias fue el encuentro con animales salvajes nada acostumbrados a la presencia humana, por lo que no huían como era de esperar. Entre ellos estaban algunos que constituyeron parte de la dieta, como pavones, pavas, tepezcuientes y cariblancos (chancos de monte). Con los monos cara blanca, se establecieron verdaderas batallas campales, pues los astutos animales solían boicotear la preparación de la comida arrojando hojas, palos y excremento. Lizanías tuvo la

oportunidad por primera vez de matar un animal un poco por defenderse. Cheo se encontraba subido en un árbol de hule. Abajo Lizanías se aprestaba a realizar la parte del trabajo que le correspondía, ignorante de que a sus espaldas un zaíno mañoso se acercaba con no muy buenas intenciones. Del árbol llegó la advertencia: "te va morder animal". Lizanías tuvo tiempo de voltear y tomar el arma que siempre estaba al alcance y sin pensarlo dos veces disparó. Esa noche comieron zaíno asado.

La primera gira con los huleros tardó tres meses. Cuando el joven Lizanías regresó a casa de su familiar, lucía más delgado que como se fue y con el pelo considerablemente largo, lo cual generó presión para que su padre quisiera impedir una nueva expedición. Aun así se dieron otras, igualmente largas y trabajosas. El muchacho aprendió mucho de aquellos buenos hombres, que además de enseñarle el oficio. Le aconsejaban para que fuese una persona de bien.

El tiempo fue pasando entre trabajo y anécdotas de Chepe el cazador, principalmente. En una ocasión, habiéndose casado Chepe, enontrábase Lizanías en el rancho de su cuñada, dándole un recado. Estaban bajo el alero, cercano a la cocina. En eso observan como un hermoso venado caminaba entre el rancho y la calle. Hermoso espectáculo aquél. Pero, ¡oh, tragedia!, Chepe caminaba como a treinta metros abajo, por la propiedad al otro lado de la calle. Apuntaba con la guápil doce al venado, que en ese momento hacía línea recta entre el arma a punto de dispararse y el rancho. No fue necesario pensar en lo que era necesario hacer, literalmente se lanzaron a la cocina. Fracciones de segundo después se oyó el disparo. Los astillones de balsa de que estaba hecha la cocina volaron en pedazos y el impacto en varias ollas que allí estaban colgadas creó un ambiente de caos. No hubo heridos, si quiera el suertudo venado, solo cuantiosos daños materiales, a juzgar por las pertenencias que tenía la pareja entonces.

La familia de Lizanías no se mantuvo al margen de la política. Los hechos más relevantes los suscitaron las suspicacias que surgieron entre los ulatistas y los calderonistas, que poco después crearía las condiciones para que se diera la revolución de 1948. Lizanías no participó directamente en los hechos que marcaron ese período de la historia costarricense. Sin embargo, la situación si afectó directamente a su hermano Chepe, que era proclive a la vida pública, a la expresión de sus simpatías y a defenderlas, si era necesario a golpes. Aquellos fueron tiempos llenos de tensión, sin embargo Lizanías estaba claro que habían prioridades dadas por las necesidades económicas. En medio de todo, era necesario seguir trabajando. A pesar de eso, a partir de esos acontecimientos y por influencia directa de su padre, él fue liberacionista a ultranza, apasionado.

El tiempo pasó. Murió también su hermano Benjamín; mal manejo de una fiebre, decían. La cosa es que perdió a un buen hermano, ya grande. Distintos trabajos fue necesario desempeñar. Duros trabajos y mal pagados. Fue durante la época en que trabajaba como cortador de caña en los cañales de los Montero, cuando conoció a Carmen, de quien luego supo que se llamaba en realidad Ana María. Se conocieron, se hablaron, se entendieron. Fueron novios nueve meses y se casaron en 1951. Fue necesario construir un rancho, su rancho, para la nueva familia. En ese rancho nacerían Ana, Juan Lizanías y la otra Ana, la que vivió. A esas alturas, la rutina familiar era parecida a la de hacía muchos años. Su padre, que se había conseguido a Lola como compañera sentimental, seguía trabajando, pintando, haciendo instrumentos, pasándola bien. Cantando en el corredor de la casa (hacia tiempo había dejado de ser rancho). A esa dinámica se incorporaba algunas noches la nueva familia.

Por aquella época, para trabajar había que hacerlo en unos terrenos ubicados a diez kilómetros, San Luis, Maquengal. Esa distancia la recorría de madrugada Lizanías. Allí adquirió un terreno de tierra fértil, aunque tal vez muy húmeda. Más adelante surgió la posibilidad de comprar un terrenito pequeño más afuera, en Anita Grande, de una hectárea a orillas del río Jiménez, fresco y generoso en el verano; violento y terrible, en el invierno. No tenía la cantidad de dinero que costaba el terreno, pero era posible conseguirla. La consiguió, doscientos colones. La tierra fue de él. Llegó un hijo más, Luis Alberto. Era momento de independizarse aun más. Los vecinos le ayudaron con tablas y latas, así pudo construir su primera casa, casa de alto, con pila y cocina por debajo; baranda y escalera externa. En esa casa nacieron Aída Luz, Alicia, Marvin de Jesús, Brígida María y Giovanni. En aquella casa vivieron una buena temporada y muchos recuerdos están ligados a ella. La crecida descomunal a finales de los años sesenta, del río Jiménez, que transformó el paisaje, convirtiéndolo en un playón extenso de piedras limpias y golpeadas. Fue necesario reubicar los abrevaderos, los lavaderos, las pozas. Con el paso del tiempo, la vegetación volvió a recuperar su espacio. El trabajo variaba; chapeas, siembras; ajenas por un mísero salario, que alcazaba gracias a una estricta práctica de austeridad. El río generoso daba el toque especial a la dieta: guapotes, bobos, barbudos, machacas.

El terrenito era pequeño. Desde el principio, doña Carmen logró que se destinara a albergar una vaquita y a su ternero. La leche formó parte de la dieta, principalmente de los pequeños, que bebieron con frecuencia al pie de la vaca. A Lizanías no le gustaban los animales. Nunca le gustaron. Quizás porque nunca formaron parte de su vida durante su niñez, ni luego tampoco. Pero los toleró. A eso lo enseñó su esposa, que hasta donde pudo resguardó ese espacio. Ligada a esta parte de la historia está un episodio doloroso imputable a ese señor que la vida en muchas ocasiones lo mostró insensible. Una temporada particularmente difícil desde el punto de vista económico

obligó a Lizanías a endeudarse con comida. La deuda con don Beto fue creciendo peligrosamente, hasta que se tomó la decisión de pagar con la vaquita. Nadie en la casa dijo nada, no se opusieron, aunque lloraron dolorosamente la drástica decisión.

El potrero sirvio también para que lizanías, siendo ya un hombre maduro, ensayara correr detrás de un balón de fútbol. A pesar de no haberlo hecho jamás, llegó a dominar alguna técnica. Al final de las tardes veraniegas llegaban los vecinos y se armaban las mejengas, que en más de una ocasión dejaban algún herido; había demasiados troncos en el potrero.

Conforme los chiquillos fueron creciendo, tuvieron que ir a la escuela. Ellos sí podrían pasar de tercer grado. Los primeros, venciendo largas distancias, yendo descalzos a la escuela, aprendiendo asiduamente. Pero había que compartir el estudio con trabajo, entre otras cosas para aprender. Esta situación llevó a los niños a tener experiencias muy importantes, siempre ligadas a enfrentar situaciones que ofrecían las condiciones de aquel lugar. Una de estas experiencias inolvidables la vivió Luis Alberto. Caminaba detrás de su padre, entusiasmado. En eso, se escuchó un ligero grito de su perro. Pensaron que algo no andaba bien. Se devolvieron y comprobaron que en efecto había ocurrido algo terrible. Una enorme serpiente había mordido al desprevenido y fiel animal. Alrededor del peludo cuerpo varios anillos de la serpiente completaban la tarea de matar al perro, para luego engullirlo. Sin pensarlo, Lizanías descargó un solo golpe con su afilado machete, produciendo una herida mortal en la culebra. Esperaron un rato para comprobar que moriría y luego, con ayuda de su hijo, la arrastró hasta una oscura cueva que sirvio de tumba para ambos animales.

Otra aventura en la que también se vio involucrado el pequeño Luis, tuvo como protagonista una serpiente terciopelo. A su hermana Ana la mandaron a lavar una cazuela de maíz cocido en el río. A Luis se le encargó simplemente que acompañara a su hermana. Eran como las cuatro de la tarde. Su hermana realizaba su tarea, mientras Luis permanecía de cucillas. En eso sintió que algo golpeó suavemente su pantalón. Eso ocurrió más de una vez, hasta que el niño volteó para ver lo que lo ocasionaba. A escaso un metro de donde estaba, una enorme serpiente se disponía a atacar. La voz le salía apenas audible, por lo que su hermana no le atendía. Fue necesario sacar fuerzas de flaqueza y hacerse entender por su hermana, que malhumorada volteó por fin. Esto fue suficiente para que lanzara un alarido de terror, tirara la cazuela de maíz y saliera corriendo rumbo a la casa. Luis corrió detrás, solicitando a su padre que fuera a matar la serpiente. Tampoco él creyó la historia al principio. A regañadientes tomó el machete y el rifle 22 y fue mientras decía "a una lombriz le tienen ustedes miedo". Al llegar la terciopelo se echó al agua y apenas podía verla al otro lado. Ya oscurecía y era necesario eliminar el peligro que representaba una serpiente de ese tamaño en ese

lugar. Mandó traer un foco para ayudarse y alumbrándose incómodamente disparó a lo que creía era la cabeza del animal. Acertó. Se trataba de una terciopelo de unos tres metros.

La casa de alto fue deteriorándose por la mala calidad de las maderas. También, la cantidad de hijos había hecho colapsar la capacidad de la vieja casa. Era necesario construir una nueva, pero no había dinero. Trazó un plan: alquilaría una buena extensión de tierra y haría una buena milpa. Por aquella época el Gobierno compraba todo el maíz que se produjera, por lo que la venta a un precio razonable estaba asegurada. El plan se puso en marcha. El maíz creció hermoso, perfumando con su aroma muchos metros a la redonda. Simultáneamente, fue haciendo negociaciones: con el cura párroco de guápiles negoció el techo de aluminio de la casa cural vieja, unas puertas de cedro amargo y algunas piezas de manú negro. Por fin se dieron las condiciones. La milpa cosechó generosa, el precio fue bueno y el dinero alcanzó para la mayoría de los materiales. Piso de concreto en la cocina y todo lo demás de madera. Siete pequeños cuartos darían mayor comodidad a los hijos. Se compró el material y se contrató a los carpinteros: Arnoldo y Culin. Hasta los niños colaboraron. Colaboró también su cuñado Benjamín. La casa se levantó majestuosa; doce por doce metros. La más grande del pueblo. La pintaron de color verde_celeste. Realmente hermosa y "para siempre", dijo don Lizanías, a quien le gustaba hacer las cosas bien hechas. Era 1973. La inscripción de esa fecha se hizo con un clavo sobre el concreto recién "chorreado" de la grada frontal por uno de los hijos menores.

Agradecido con la vida, Lizanías siempre estuvo dispuesto a servir a la comunidad. Con un grupo de amigos conformó la primera asociación de desarrollo para llevar progreso a su comunidad. Asimismo, en la iglesia. Siempre fue tesorero, por su reconocida honestidad. Enseño a sus hijos a no dejarse un único céntimo que no fueran suyos, a guardar hasta la aparición de su dueño cualquier dinero encontrado en media calle, como él mismo lo hacía.

Entre las obras comunales más importantes que participó, estuvo la construcción del templo de madera. Con madera del enorme cedro que creció a orillas del río, propiedad suya. También mas adelante, la construcción del salón comunal, el cual iniciaron con más entusiasmo que conocimiento. Llegado el material para su construcción, empezaron a pegar bloques a diestra y siniestra, hasta que alguien advirtió que se les había olvidado dejar los espacios de las puertas. No se hicieron esperar las risas de aquellos hombres honrados y generosos.

En la nueva casa, un poco más cómodamente, la vida continuó su paso lento y gratificante. El trabajo duro, en tierra ajena, al menos no cesó. Pobremente se siguió viviendo, los hijos, creciendo, aprendiendo. Las noches cercanas a la Navidad y al fin de año eran condimentadas por la visita de miembros de la familia o bien, vecinos

que pocas veces veían. Como doña Chela y su esposo, músico insigne, que pasaba la mayor parte del tiempo en Cartago y visitaba para épocas especiales. En medio de la noche cantaba, tocaba aquel señor. En medio de ellos el hijo último, el más pequeño, se alimentaba de sensibilidad musical. Ese hijo de quien el abuelo Juan dudo al nacer, por ser demasiado pálido, pero que a la postre sería el que mejor heredaría su talento musical. Cosas de la vida. De él no quiso ser padrino el abuelo y hubo que buscar entre los amigos, Don Túlio y doña Gloria llevaron gustosos al pequeño. Con el tiempo llegó el agua potable al pueblo y después la luz eléctrica, la cual compraban a don Arturo, que la producía con motores de diesel.

Ese hijo menor también aprendió una sensibilidad especial por el sufrimiento de las criaturas, fueran estas animales o personas. Todo esto lo alimentó con el catecismo de Don Abel Brenes, el ciego, y las enseñanzas de su madre. En cierta ocasión iba el chiquillo al catecismo y de lejos observó que un grupo de niños se arremolinaba en torno a algo que había en un galerón de vender granizados. Al acercarse más, advirtió que se trataba de un anciano de quien los niños se burlaban y a quien le tiraban pequeñas piedras y arena para congraciarse con su enojo inofensivo. Giovanni se devolvió corriendo hasta su casa y no dudó en plantear una idea absoluta en torno a la situación observada: "traigamos al viejito a vivir a la casa". El planteamiento lo hizo a su madre, que compartía con él la sensibilidad demostrada, pero que quiso mostrarse prudente y esperar el criterio de Lizanías. Al fin llegó y su hijo menor le planteó con sencillez y vehemencia la situación, así como lo que consideraba la solución. El padre permaneció un breve instante en silencio, para inmediatamente decir con sabiduría un "sí". Fue así como don Amado, llegó a vivir a la casa de los Rodríguez León. Era un anciano que no supo decir de sí si tenía familia o no. Tenía unos ochenta y tantos años y padecía desnutrición. Poco a poco, la vida saludable de aquel humilde pero generoso hogar hizo que mejorara su condición. Con el tiempo, tomaba el hacha para ir por leña, a fin de retribuir la ayuda recibida, según manifestó en algún momento. Al final de sus días, Lizanías logró que el cura de la parroquia lo asilara. Allí enfermó y murió.

Lizanías continuó trabajando muchos años más. A los ochenta, cegado el ojo izquierdo por las cataratas, se jactaba de no haber tenido nunca vacaciones. "El que sufre desempleo es porque es vago", decía. Y él era la prueba de ello, pues nunca estuvo más de una semana desempleado. "Al buen trabajador nunca la falta donde trabajar". Por fin sus hijos lo convencieron de no trabajar más. Desde entonces se dedica a cuidar las gallinas que su esposa no puede, por su enfermedad y a sembrar alguna que otra cosilla en el terreno que ya heredó a sus hijos. Sigue, como en su juventud, leyendo y leyendo. Vive junto a su esposa y un nieto en la vieja casa de 1973, que todavía luce la gallardía que la caracterizó. Por no perder la costumbre del ejercicio con machete y hacha, camina diariamente un par de horas, con la misma disciplina que durante sus ochenta y cuatro años le ha dado tantos frutos.

Maríanelia y yo

PRUDENTE BELLAMY RICHARDS
LIMÓN, LIMÓN

Corría el año 1979. Yo iba a San José semanalmente para recibir terapia con un Otorrinolaringólogo. Me hospedaba en casa de una amiga que tenía una hija de seis años y medio de edad.

Era una niña rubia de ojos claros. Una noche mi amiga le llamó la atención por algo que hizo.

Inmediatamente la niña llegó a la puerta de mi cuarto tocando.

Le abrí y la invité a pasar. Se sentó y me dijo "¿verdad que Eli no es mi mamá?

¡Claro que Eli es tu madre! _ le dije yo.

¡No! Me respondió ella. "Eli solo es mi amiga" "Yo quiero que tú seas mi madre".

Sonréí y la abracé contestándole que para mí sería un honor, pero explicándole que ya tenía mamá y que era imposible que yo jugara ese papel en su vida ahora.

Además le dije yo: Si yo fuera tu mamá tendrías que tener el color de mi piel y vivir en Limón.

Después de esto, me vine para Limón para pasar mi fin de semana.

Pero al regresar el lunes en el primer vuelo, llegue a la casa de Marianela _así se llamaba la niña_ antes de que ella saliera para la escuela.

Sentada en la sala con su mamá, llegó a saludarme y a decirle a su madre que ella quería limpiar sus zapatos. Su madre le dio el permiso de hacerlo.

Tardó más de la cuenta limpiando sus zapatos. Al llamarla diciendo que se apurara porque se estaba haciendo tarde, salió.

Al salir se fue directamente a un espejo y con una exclamación de dolor y de tristeza, con sus ojitos color miel llenos de lágrimas, exclama ¡Pero si este no es el color de Pru!

Viajando en vagón

Grace Hayling Fonseca
Limón, Limón

Nací mitad negra, mitad blanca, no se si por destino o por casualidad, en Limón, bajo palmeras, calor y mar; entre dos culturas, entre dos razas.

Mi casa pequeña y de madera, junto a muchas otras más convergían todas a un gran patio, con unas pilas en el centro, compartidas por todo el vecindario. Ahí se lavaba la ropa, los trastos y se bañaban los niños después de cumplir un año. A veces se hacían pleitos por el turno de cada cual, también los más grandes, se levaban los dientes con jabón de coco.

Jugábamos rayuela, con suelas de tacón viejo y el cuadriculado se dibujaba con un pedazo de carbón, también jugábamos suiza que de suizo no tenía nada, era un pedazo de mecate viejo, pero nos sentíamos felices con tan poco.

Los juegos eran de temporada; el tiempo del yoyo, del papelote, de la media con arroz, pero el que más me gustaba era el de zancos, hechos con dos tarros de leche Klim con el fondo hacia arriba, se le hacia un hueco a cada lado y amarrados con un mecate hasta la altura de las manos, estaban listos para la competencia. Los más grandes usaban los hechos con dos palos largos y en cada uno un taco, donde poner los pies, algunos eran muy buenos en estos, subían y bajaban caños, caminaban para atrás, subían escaleras y hasta bailaban.

Los que no participábamos sentados en el caño nos convertíamos en espectadores y jueces.

Teníamos tres pares de zapatos, los de ir a la iglesia los domingos, los de la escuela y las chanclas para estar en la casa, eran los zapatos de la escuela del año anterior, solo que le cortábamos la parte del talón.

Sabía qué comían los vecinos los olores se filtraban a través de las paredes, me mataban el de macarela frita. Pero también descubrí el truquito cuando no tenían comida, sonaban las ollas y raspaban con un tenedor los platos para que todos creyeran que habían comido.

A veces freían el donplín en lugar de carme, para que al echarlo en el sartén hiciera el mismo sonido ¡Qué dignidad!

Mi casa era de madera de pared por medio con una negrita, esa negrita se llamaba miss Lina y era partera, término que en aquel entonces no conocía, ahí llegaban las mujeres a dar a luz, mi cama pegada a la pared, y la parturienta al otro lado; los gritos que pegaba me aterraban, oía decir: " Chisas_ gray", gad – amorci" y para que se callaran Miss Lina les deba bofetadas y les decía ¡ Chetop, Chetop! hasta que oía al niño llorar, para entonces ya era de madrugada, se hacía el silencio y me dormía como si fuera yo la que había parido.

Si una blanca tenía un hijo de un negro, este sabía si era suyo viendo si tenía el color oscuro alrededor de las uñas y las encías color morado, como quien dice le practicaba la prueba de ADN.

Mi mamá cocinaba con carbón, como la mayoría de nuestros vecinos, se compraba en el corredor de una casa cerca de la mía, una lata costaba una peseta. Me ponían a soplar el anafre con una tapa de olla, el humo me enchilaba los ojos y me hacía toser; ahí no terminaba mi participación con el carbón, me tocaba lavar las ollas tiznadas de hollín, pero, no se crea! lavarlas también tenían su secreto; Se tomaba la ceniza, el jabón azul y una alambrina , se restregaba duro hasta quitarle toda esa mugre, hasta esto resultaba una competencia entre vecinos, a ver quién las dejaba más relucientes! Los sábados era el día de la lavada de pelo, era común ver las mamás sentadas a fuera de sus casas, con las piernas abiertas y entre estas la frondosa cabellera de sus hijas, después de lavarlas, a escarmenarles la melena, los jalones de pelo, una verdadera tortura y nada de protestar porque de lo contrario le daban con el peine en la cabeza, que dolía aún más; luego le ponían la vaselina, seguido el peine caliente, a más de una le quemaron las orejas , ahí no termina todo, seguía la confección de trenzas, finitas y bien apretadas, como podemos ver la peinada resultaba un buen jalón de mechas: Una vez intenté que me peinaran de ese modo, me dolió tanto que dije; ¡ hasta aquí!

Los sábados también se enceraban los pisos de las casas, el que también tenía su forma particular de llevarse acabo, se sacaban los muebles al corredor o al patio, la sala merecía siempre mayor cuidado, en la pulpería del chino se compraba la cera, la "pelota" costaba también una peseta; a esta se la agregaba ocre y unas gotas de canfín, ¡Ahora sí! de rodillas se iba encerando el piso, se dejaba secar un rato, y con unan pipa de coco que primero se limpiaba bien con un tenedor, como diríamos "Cepillo eléctrico de mano", se le iba sacando el brillo poniendo el pie en el coco y a punta de impulsos hacia delante y hacia atrás, le sacaba el brillo para pasar luego una lana, motivo de orgullo y competencia para ver cuál casa resultaba más reluciente.

La ropa se lavaba a mano, implicando también un gran esfuerzo físico, en una gran palangana de aluminio galvanizado llamada batea y un rayo confeccionado de un tablón con incisuras en el centro se restregaban las prendas, las más delicadas se lavaban a mano, se aporreaban sacando agua del tanque que tenían las pilas y se apuñaba y se golpeaba duro contra la pila para sacarle bien el jabón.

Los pantalones y las camisas del marido se engomaban, muchas la fabricaban, rayando la yuca, poniéndola al sol en la lata que también servía para blanquear la ropa, ya con la yuca hecha polvo, se le agregaba agua caliente y unas gotas de limón, tenía que tener la consistencia ideal, ni muy rala ni muy espesa. Cada familia contaba con su respectivo tendedero, un alambre, una vara de madera con un clavo doblado en uno de sus extremos, para que le pegara mejor el sol a la ropa.

De vez en cuando mandaban un bolazo y ensuciaban la ropa, luego de hallar al culpable, venía su mamá y retorciéndole una oreja y diciendo: "ay wend bit yu" se lo llevaba de una buena fajeada; después de un rato cuando ya se había repuesto del dolor, buscaba al que lo había sapiado y le mandaba una pedrada con puntería casi perfecta, acertaba pegarle en la cabeza, se diría " justicia pronta y cumplida"

No faltaban los roces entre vecinas, revoloteando el "baty" y pasándose las manos como limpiándose, la hacía llegar el mensaje, otra ofensa consistía en escupir en el suelo, poner el zapato y moverlo como aplastando algo.

Comprendo ahora la particular forma de expresar sus sentimientos, todo con movimientos corporales, amor, fe, enojos, alegrías y sin sabores.

Mi mejor amigo y vecino se llamaba Laydy, se escapaba de la casa, a atorrantear, ¿sabe Dios a donde?

Un día al oírlo gritar de curiosa me asomé por la ventana, le habían quitado toda la ropa, chingo como Dios lo mandó al mundo lo dejaron, para que no pudiera salir de casa, cuando le vi su "pipí" tomé conciencia de la diferencia entre hombre y mujer, creo que ese día perdí mi inocencia.

Pero mi vecino nunca escarmentaba, volvía ha hacer lo mismo, un día de tantos oí los gritos desesperados que pegaba y corrí y me asomé, lo tenían de nuevo chingo y colgando de los pies, nunca más volví a espiar en las casas vecinas.



Foto. Zaida Ruiz Briceño

Al frente de mi casa pasaba la línea del tren, y por esta vía arreaban el ganado que conducían al rastro o matadero cerca del río Cieneguita, de vez en cuando una res se escapaba provocada por los perros que al pasar les labraban, me metía debajo de la cama, hasta que todo pasara.

La vanidad siempre estaba presente con carbón ó caña de azúcar se blanqueaban los dientes.

De tanto jalón de pelo, y tanto peine caliente se les quebraba mucho el pelo para que creciera, con tuna se daban su sección de belleza.

Volvamos a mi patio, mi casa quedaba diagonal a la Portuguesa, en aquel tiempo no sabía que era una casa de prostitución, lo que si recuerdo es ver los marinos entrando en pequeños grupos, una vez vi entrar al sacerdote con todo y sotana, dis que a perdonarles sus pecados, con mis escasos años y mi inocencia a flor, pensé en su gran labor.

Resultaba común que a cada nada se fuera el agua, donde Chiví había un tubo bajito que siempre tenía, al oír decir: "di watá gan" nos enfilábamos para allá, con baldes, palanganas y tarros.

Después de llenar los recipientes, se los colocaban en la cabeza hasta llegar a la casa, yo era novata en esta tarea, me ayudaron a colocarme mi palangana, cuando llegué a casa, venía empapada de pies a cabeza y con la palangana vacía; pero ¡qué bien la pasé!

Hablemos de comidas. El desayuno consistía en un té, se utilizaban diferentes hierbas, ya sea sorosí (el cual se supone purifica la sangre), sácate de limón, canela, o bien chocolate caliente, (leche evaporada, chocolate, azúcar y un poquito de agua hirviendo y con un molenillo se batía hasta que quedara bien espumoso), éstas bebidas se acompañaban de pan blanco con queso molido o bien tajadas de fruta de pan fritas.

La mayoría de las comidas llevaban como ingrediente la leche de coco, influencia especialmente traída de Jamaica.

Se consumía mucho bacalao noruego, las tortas de bacalao y el jaquí con bacalao, platillos que no podían faltar en la mesa.

Cuánta sabiduría en la alimentación; la leche de coco en estudios recientes resultó ser fuente riquísima en calcio, mineral indispensable para tener hueso y dientes saludables.

El bacalao para el buen funcionamiento del hígado, el páncreas y los pulmones; por eso creo que fue y sigue siendo una raza muy fuerte y longeva, verdaderos robles, a los cuales costaba adivinarles la edad.

La receta original del Rice and Beans era: Arroz, frijoles rojos grandes, rabo de res en salsa, aquí por circunstancias económicas se modificó la receta por Rice and Beans con pollo. Por lo general la gente en los patios tenía sus gallinas que ellos mismos destazaban, de la siguiente manera; ponían una palangana encima de la gallina y con el cuello por fuera, el cual cortaban de un solo machetazo.

Dentro de la familia también a la hora de repartir la comida, se hacía de acuerdo a la jerarquía familiar, al padre la mejor parte del pollo, ¡El muslo! A los niños el pescuezo y las patas.

Lamentablemente nos mudamos de casa, ahora viviría cerca del Cuartel y de la plaza. Este servía para muchas actividades; desde la mejenga, hasta de cine, pues ahí proyectaban "Lo mejor" sus películas, como quién dice "Cine al aire libre, y sobre todo de gratis, también servía para campañas política y religiosas, corridas de toros y una vez instalaron un circo, el primero al que asistí.

Me adapté rápido a mi nueva casa y a mis nuevos vecinos, donde tuve la oportunidad de vivir nuevas experiencias. Esta casa era más independiente, tenía patio cercado con latas de zinc, aunque del otro lado había un patio parecido al otro que había vivido.

Las casas contaban por lo general de sala, cuarto y cocina y dentro de esta una mesa haciendo las veces de comedor.

El baño y el servicio quedaban afuera y debía ser compartido por todo el vecindario.

Y si me pregunta cómo se hacía para las necesidades nocturnas, ah bueno! existían las famosas vacenillas, ¡había que ver! todo mundo en la mañana arrojando por la ventana al patio el líquido amarillo con su olor tan particular. Bueno, a la entrada de este patio se ubicaba una casa grande con corredor colado en la parte de arriba pues era de dos plantas; había una logia y al morir algún miembro lo velaban ahí, en el silencio de la noche se escuchaba las cadenas pesadas que jalaban, esos ruidos me aterraban igual o más que los de la negra pariendo.

A pesar de mi miedo, pudo más mi curiosidad, una vez quise entrar, sin embargo las amigas me dijeron que lo que ocurría ahí era muy secreto y que de todo modos ingresar al recinto era casi imposible, ya que ellos tenían una contraseña para reconocer cuando alguien era miembro, también que el que aceptaba ingresar a esta cofradía no se podía salir ni contar lo que ahí pasaba. Dicen que se reconocían a través del saludo a la hora de darse la mano.

Los funerales era algo muy especial, creo que nunca he visto revestidos de tanta solemnidad.

En dos filas, los hombres a un lado y las mujeres del otro, impecablemente vestidos, las señoras todas con guantes, sombrero y una banda de color celeste los hombres por supuesto de vestido entero, la cinta de ellos era de color rojo. Llevaban de primero un estandarte, un grupo con espadas, otro una hacha muy grande, palas, y un libro grande montado en algo que se jalaba, creo era una Biblia. El de mayor rango portaba entre sus manos un reloj grande, supongo que también tenía su significado especial, no se si para simbolizar su tiempo en la tierra o para indicar que se le paró el reloj. (Corazón). Con el tiempo les perdí el miedo a las logias y mi curiosidad.

Como puede imaginar, vivía en el puro centro de la ciudad, así que no me perdía ningún acontecimiento.

En cada esquina había una pulperia, la mayoría de chinos, con la particularidad que tenía su rinconcito especial para la venta de guaro; pero también el centro de Limón estaba lleno de iglesias: Católica, Ejército de Salvación, San Marcos, Adventista, Metodista, Evangélica entre otras. En esa estructura social, creo que cabe el refrán que dice: "El que peca y reza empata"

Toda la activada comercial estaba concentrada en el mercado, punto de encuentro diario de todas las amas de casa, lugar idóneo para comentar entre sí uno que otro chismecito, concertar una cita clandestina, la compra de chances, darle un sombrillazo a alguna fulana sospechosa de andar con el marido, no se crea para ir al mercado también se iba bien "Shaineada" aunque fuera a pedir dinero prestado.

El mercado estaba rodeado de bellos jardines, y bancas. La variedad de frutas cosechadas en la zona era asombrosa desde caiimitos, fruta de mono, manzanas de agua, anonas, pejibayes conocidos como "pifa", guabas, carao, carambolas y unos mangos pequeñitos que maduros su néctar era una verdadera delicia, dignos de satisfacer el paladar más exigente, las naranjas también jugosas y dulces, cuya cáscara servía para hacer té; y ni qué decir la guanábana, con leche evaporada, azúcar y un poquito de nuez moscada resultaba el fresco más delicioso.

La mujer limonense, se las ingenaba para trabajar sin salir de su casa, montaba su "industria casera", empresaria en potencia, para todas ellas mis respetos y admiración, hacían desde enyucados, patí, pan bon, chiceme, confites llamados kiandy, cocadas, bofe con yuca, pudín de yuca entre otros. Colocados en una canasta recorrían todo el centro de Limón vendiendo sus productos. Kielett vendía maní, era ciego, al que todos trataban de meterle monedas falsas, pero, ¡Que va!, antes de entregar la bolsita, tocaba la moneda con sus dedos, resultaba casi imposible engañarlo, lo tenía muy desarrollado el tacto. Y ni que hablar de Caballero con su sombrero de paja y su delantal blanco empujaba su carretillo en el cual portaba su sorbetera, pregonando a todo pulmón: "Hay helado, buen helado, compra éste, compra más"

Me sentaba en las graditas de mi casa, con un vaso en la mano y una peseta (aclaro al que llevaba el vaso le daba feria) con toda paciencia atisbaba que no se me pasara; no se crea que ese privilegio era de todos los días, sólo los domingos a eso de las tres de la tarde. Mis preferidos eran los de guanábana, ¡los más ricos del mundo!

También algunas mujeres lavaban ajeno en sus casas y luego de lavar y aplanchar, se ponían el motete de ropa en la cabeza, como diríamos hoy en día "Dray Clearing Spress" con su cabeza bien erguida, daban aire de mucho orgullo, una de ellas se

llegó Miss Zetell, que también leía las cartas y daba los números de la suerte, decía "Juega el 08 usted" va a ganar y póngase perfume de 7 azahares para que encuentre marido"

Las costureras, excelentes modistas, les mostraban a sus clientes los figurines traídos del extranjero con lo último en la moda. Las mejores telas se adquirían en la tienda Yacoren o en el Comisariato; para los hombres cortes de casimir inglés.

Los mejores trajes se guardaban en un baúl, con bastante naftalina, los cuales se lucían en momentos especiales, un funeral, una boda o bien para asistir a la iglesia; pero a decir verdad muchos quedaban impregnados del olor a naftalina y a humedad, o sea que oían a viejo.

Los difuntos se velaban en las salas de las casas, el féretro montado en unas burras y una palangana con hielo abajo, el muerto vestido con sus mejores galas. A las embarazadas no se les permitía verlos y se honraba su memoria jugando dominó o tablero y traguitos de ron toda la noche. Aún se conversa acerca de esta costumbre aunque ya no se practica con frecuencia.

Regresemos a mi vecindario, yo me sentía feliz, pues como vivía en el puritito centro, no me perdía de nada, desde los borrachos que recogían y llevaban a pie con los brazos torcidos hacia atrás y dándole de bastonazos se si ponían un poco rejegos, al día siguiente los soltaban y habían que verlos! a parte de la goma moral la chichotas, raspones y encima la garroteada.

Una vez entré al cuartel ja qué! no me acuerdo. Colada entre las faldas de una vecina; pero sí me mataba la curiosidad, vi los reos, guindando de los barrotes y tirando bolsas con desechos humanos, por muchos días mantuve esa imagen en mi mente, pero creo que marcó para siempre mi amor a la libertad.

Mis hermanos y yo nos fuimos una tarde a la loma de Garrón, eran potreros llenos de árboles de frutas de pan, cocos, jobos y pos supuesto los suculentos caimitos. En uno bien alto y frondoso se subió mi hermano y yo también lo hice, a decir verdad subir no me costó, ahí anduve como quién dice: de rama en rama, mi hermano ya cansado se bajó y me dejó ahí arriba, ayúdeme a bajar! le decía un poco preocupada, pues ya estaba oscureciendo, y por más que le suplicaba me decía que no! hasta que apareció un ángel de la guarda, un negro flaco y alto que en un santiamén estaba a mi lado, me tomó de la cintura y como muñeca de trapo entre sus brazos conmigo descendió, ahí no termino todo. Olía tan mal mi rescatista que me impregnó de su tufo, pero para eso hice uso de la receta más vieja, una restregada con limón y asunto resuelto, este es el desodorante natural más eficaz que he conocido.

Por fin llegue a la escuela, la Tomás Guardia, albergaba toda la población estudiantil del momento, los varones y las niñas estábamos en aulas separadas.

Las maestras en su mayoría blancas eran un poco racistas y cada vez que podía metía en una pequeña bodega situada debajo de la escalera a algún indisciplinado alumno por lo general negro, como quien dice: lo metían al calabozo.

Sólo teníamos tres cuadernos el de vida, el de borrador y el de tareas y como implementos el lápiz y el borrador. La maestra contaba con tiza, pizarrón y el metro que cumplía doble función; señalar las palabras y arriarle al que no ponía atención.

Las robadas de lápices no eran jugando, pero para esto también hubo solución, cargarlo clavado en el pelo, como tesoro en caja fuerte.

Los estudiantes de color eran los más sobresalientes, principalmente en matemáticas, en las escuelas ingles aprendí a sumar, restar, dividir y no qué se diga de las tablas de multiplicar aquello de "One bay one, one" entre otras también a ejercitar la memoria repitiendo los textos de las cartillas The pig is big.

Los nombres de mis compañeros era muy particulares, les ponían nombres de personas importantes, científicos, presidentes extranjeros – Benjamín, Delano, Thomás, Franclik, Martín, Marcus, Luter por citar algunos.

Cuando llegué por fin a la escuela tuve un problema; en el recreo me acercaba a mis compañeras de color, dejaban de hablar en español y continuaban haciéndolo en Inglés yo me quedaba un poco fuera de la tertulia, así que decidí ir a la escuela inglés.

Las lecciones las daba una negrita en la sala de su casa, en su escritorio tenía una campana, una faja de cuero y un sacapuntas. Al iniciar las lecciones se saludaba a la maestra de pie y en coro decíamos "Good afternum Teacher" y así de pie empezábamos a decir los números de uno al cien, el abecedario, las tablas de multiplicar, las silabas para entonces yo ya me había dormido sobre el pupitre, pero un día un compañero cometió una falta y se lo llevó para la cocina y al escuchar los gritos, me fui a ver que pasaba, a mi pobre compañero le hacía extender sus brazos y con las palmas de sus manos hacia arriba y con el metro que les hable le daba fuertemente, esa fue la última vez que asistí. Aún tengo presente su rostro y su nombre Miss Carnegi. Con el tiempo supe que terminó pidiendo un daim para comprar licor.

Cerca de la casa de mi tía estaba la de Miss Blanch, famosa por sus comidas, el bochinche casado era ¡Único! hasta la fecha no he probado otro igual! Por un zaguán se llegaba hasta la puerta de su casa, ahí unas cuantas mesitas con sus respectivas sillas, cubiertas la mesa con carpeta floreada y el chilero en el centro (vinagre de

banano, chile picante, granos de pimienta) y el radio con el programa de Sidney Walthers en Casino. Iban llegando sus clientes. El "Bochinche" llevaba macarrones fritos en achiote, espolvoreado con queso rallado, ensalada de repollo y tomate, frijoles arreglados, papas fritas y el bistec bien cocinadito con cebolla acompañada de un buen vaso con hiel, popularmente conocida como agua de sapo.

Por fin llegue al colegio! lugar de vivencias y grandes acontecimientos. Una de tantas la del profesor de inglés un negrito y gordito llamado Don Eloy Prottchar, muy exigente, regaño y bueno para bajar notas! Se gano más de un enemigo entre sus alumnos. Se compro un carrito, su gran orgullo, un lunes cuando mis compañeros subían al colegio se les ocurrió echarle arena al tanque del carro del profesor, este muy orondo se montó y en media cuesta se varó, hasta ahí le duró su carro, nunca supo quién fue el causante.

El colegio con su salón de actos y su escenario con cortinas de color morado, era idónea para las grandes veladas. Para toda celebración me vestía de negra y con mis amigas bailábamos calipso, casi siempre "tarimita, tarimita, calin mi banana".

Transportarse en el tiempo remontarse al pasado, hay quién lo hace en velero a través de los mares, hay quién remonta el vuelo surcando los cielos. Naci oyendo el pito del tren, sintiendo como cimbraba la casa cuando éste pasaba, toda la vida del limonense giraba en torno a él hasta los funerales se hacían en tren.

¿Por qué en vagón? Después de la máquina venían los coches de pasajeros. Me he remontado a mi infancia, sentada en el tren, fui recorriendo cada esquina, cada rincón, cada esquina. Vivencias hermosas, mi herencia étnica de la que me siento orgullosa y me ha permitido encontrarme con la esencia misma de mi ser.

Viajar en tren, es la experiencia más maravillosa, te llena de emociones, pensamientos que se agolpan en la mente y que por los rieles también viajan a manera de equipaje, una maleta llena de sueños, fantasías, ilusiones, progreso, esperanza, amor, pobreza y trabajo. El producto del finquero; sacos llenos de cocos, cacao, yuca, ñampi, plátano y banano.

La vida al igual que el tren con su chucu_ chucú marcha hacia delante, sin detenerse hasta llegar a la estación.

Nacer en esta tierra, es estar muy cerca del cielo, ¡ La Amo tanto como amo a Dios!

Anécdotas y costumbres limonenses

ADELA ZAMORA SÁENZ
LIMÓN, LIMÓN

LLEGUE A TRABAJAR A LIMÓN EL 2 DE MARZO DEL AÑO 1943.

En la estación del ferrocarril me esperaban una amiga herediana, la profesora Virginia Martínez Cortes y Ala Lucia Coto, una niña hija de la familia en cuya casa iba a vivir.

La ciudad me pareció imponente. El Parque Vargas con aquellos arboles añosos cargados de parasitas, caminamos cien metros al norte, el comisariato, un almacén de mayor tamaño que los que había en el resto del país. Doblamos hacia el oeste, las personas que íbamos encontrando, muy bien vestidas. Las mujeres con vestidos vaporosos, de colores claros, almidonados. Mucha gente en bicicleta. Posteriormente supe que la bicicleta era el medio de transporte popular.

A ambos lados de la calle edificios de dos plantas, algo inusual en el resto del país. Me llamó la atención la Pensión Costa Rica, un edificio de piedra de tres pisos.

El Mercado Municipal parecía un parque rodeado de aéreas verdes, con árboles, y asientos de cemento para uso de los transeúntes. En la parte central tenía una torre que lucía un gran reloj, que daba las horas mediante campanadas.

El edificio del correo, un edificio con señorío, que espero reciba el mantenimiento que merece.

Diagonal al estadio de Base_ball, que posteriormente empezó a llamarse Estadio Big Boy en memoria de un destacado beisbolista limonense, estaba la casa donde llegué a vivir.

Un edificio de madera de dos plantas. La planta baja ocupada por establecimientos comerciales: panadería, pulperia, reparadora de zapatos, venta de carbón, etc.

En la segunda planta las viviendas. Encontré una familia acogedora y cariñosa, el Don Ramón W. Mora, un señor muy distinguido, fino y bien educado; ella Doña Margarita Montero, una señora de baja estatura, apariencia agradable, festiva y conversadora. Con ellos me sentí cómoda y feliz.

La casa era amplia, rodeada de corredores pero carecía de un lugar cómodo para lavar la ropa; por ese motivo Virginia, mi compañera y yo bajábamos al patio vecino donde había pilas y agua en abundancia.

Pronto fui conociendo las señoras que ocupaban las mismas pilas, entre ellas una a quien llamaban Miss Low, murió poco tiempo después.

Asistí al funeral que me pareció imponente. Los asistentes hombres y mujeres muy bien vestidos, ellos de traje oscuro, azul o negro; ellas de vestido negro, morado o blanco, la cabeza cubierta con elegantes sombreros, en el pecho cruzada en diagonal todas llevaban una cinta morada con el nombre de la Logia a que pertenecían, impreso en letras doradas.

Caminaban en fila doble, aparte los hombres de las mujeres, en perfecta formación entonando himnos en inglés. Nadie conversaba.

Doscientos metros al sur de la catedral llegó aquel desfile, portando el féretro, para abordar el tren que los conduciría al cementerio; ubicado en Milla 1.

Antes del sepelio se pronunciaron discursos y oraciones.

Terminada la ceremonia volvimos al tren que nos llevaría de regreso a la ciudad.

Entre ellos yo era una persona extraña y diferente, pero me trataban con respeto y consideración.

EL EJÉRCITO DE SALVACIÓN SALVATION ARMY

Un domingo por la mañana, del año en que llegué trabajar a Limón, donde casi todo me parecía diferente, fui sorprendida por una banda militar que presidía un imponente desfile.

Hombres y mujeres muy bien vestidos con el uniforme del Ejército de Salvación que yo no conocía, en colores azul, blanco y rojo, con adornos dorados, la cabeza cubierta con un kepis.

Lucían muy elegantes y marchaban al paso que ordenaba la banda.

El recorrido fue por varias calles de la ciudad, recuerdo que hicieron una parada frente a la escuela de Miss Jessie. Ella pronunció unas palabras y el desfile siguió.

Caminé siguiendo el desfile sin importarme otra cosa que no fuera admirar aquello, para mi no antes visto.

ANÉCDOTA

Llegó a Limón un Barco Español, cuyo nombre no recuerdo. Era un barco escuela. Circularon las invitaciones para asistir a la ceremonia de inauguración del evento.

Presentes las autoridades principales y algunos vecinos de la ciudad, dio inicio el acto protocolar.

- 1._ Ejecución del Himno Nacional.
- 2._ La banda empezó a tocar el Himno de España.

Y nuestro capitán de puerto, luciendo su uniforme de gala, salió con su esposa a bailar.

ANÉCDOTA

La gerencia invito a una recepción en honor de un director de la Northern Railroad Company, un Lord proveniente de Londres.

El salón de la casa del gerente muy bien decorado.

Los invitados muy bien vestidos. Los hombres con traje completo, camisa de manga larga y corbata.

Las señoras luciendo sus mejores galas, ansiosas esperábamos la aparición del Lord.

De pronto entro al salón un señor bajito, regordete, con sandalias, sin medias, pantalón blanco, que parecía no conocer la plancha, una guayabera celeste con palmeras de colores.

Saludo: Buenas tardes.

Los asistentes nos quedamos sin palabras.

Tema Libre



CHICA. DIBUJO DALIA FUENTES AGUILAR

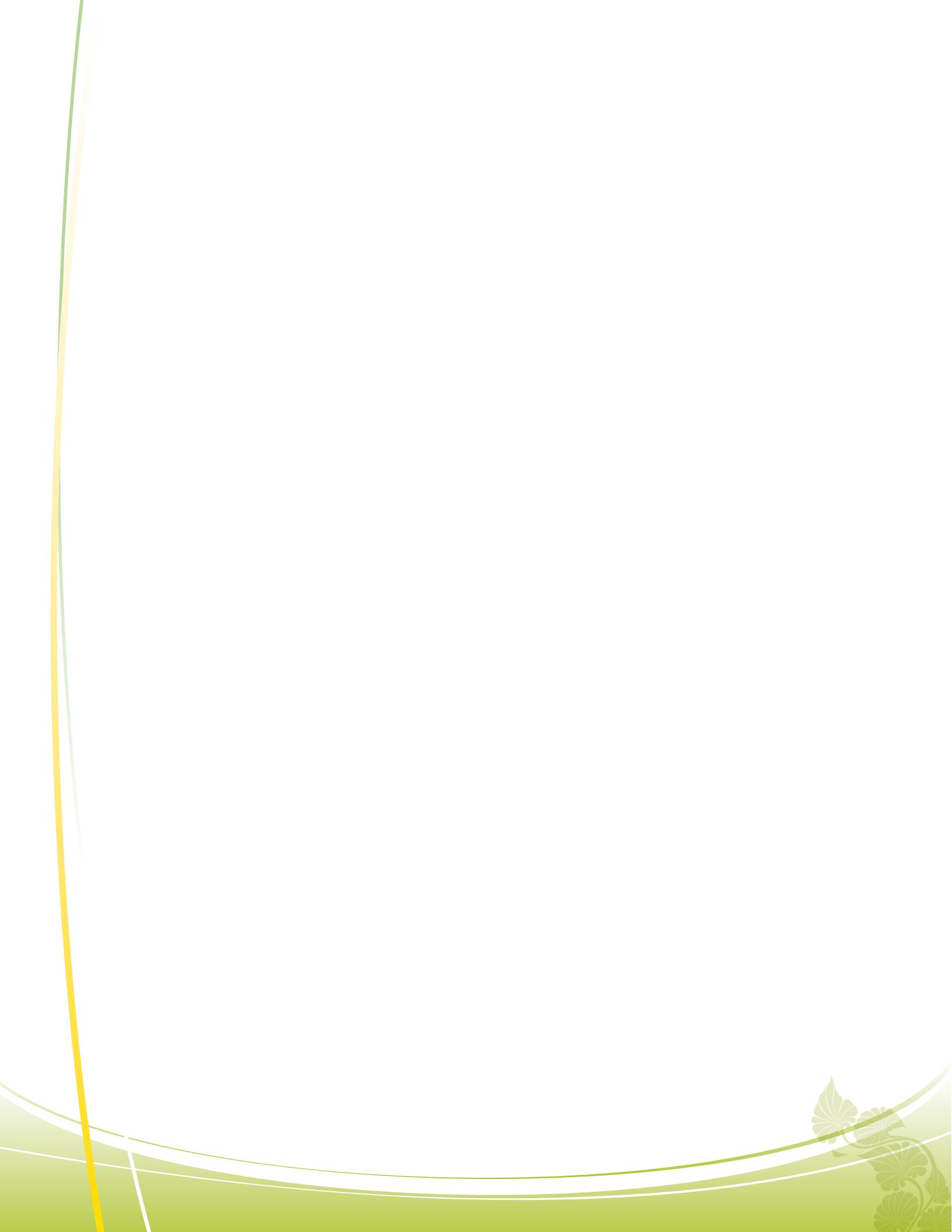




Foto Fernando González Vásquez

Los viejos botes de madera

RICHARD SPENCE MORGAN
LIMÓN, LIMÓN

Agoniza un día más como tantos otros.
Se terminan sus horas de vida, concedidas por la bondad del tiempo,
desvaneciéndose el esplendor de su juventud.
No presume más de su radiante fulgor.
El cielo se pinta de claroscuras intenciones de un matiz sombrío,
melancólico, de luto.
Se apaga la luz natural ante el candil de los artificiales focos del mundo.
Cantan las aves despidiéndose del albor, de la luminiscencia que fallece.
Huyen las sombras de las cosas.
Los callejones de mi ciudad se han vuelto nostálgicos, opacos, ausentes
de las pisadas de la concurrencia.
En este atardecer, de un día en mi tierra,

se mecen en su costa los viejos botes de madera,
ebrios de copas de sal, que siempre invita la marea,
cansados de aventurar, cansados de tanto madrugar.

Besa don Pedro a Raquel.

Génesis golpea al extraño que aun no tiene escrito el nombre en él.

Baila Libertad la música, que la luna al mar pone a tocar.

Cuenta El Grande a Esperanza, sus historias de navegar.

Al amanecer de un día en mi tierra.

Pinta el sol las barcas, los viejos botes de madera.

Quieren viajar temprano, quieren nadar a las fronteras,

Ir a la mar a pescar,

Los viejos botes de madera

Esperanza de mar

VILMA SALAS OCAMPO
LIMÓN, LIMÓN

Como caminar sin mirar
Como ignorar lo que está frente a mis ojos.
El claro amanecer, o el torneado de rosa y
Y naranja que adora mi cielo,
Y las olas despertándome, al igual
Que los pescadores perdiéndose, uno a
Uno en el infinito mar.
El agitar de sus manitas diciendo adiós
Mientras los piecitos se sumergen en
La arena tibia y los ojitos llorosos
Miran hasta que una enorme ola
Les impide ver la esperanza.
Los recuerdos se han ido
Desaparecieron con la brisa, el sol se ha
Ocultado pronto caerá la noche
Ya todo parece en calma
Solo las siluetas negras parecen
Cuidar el océano



Foto Fernando González Vásquez

Mañana brillará el sol, también las ganas
De saber que hay mas allá
Talvez un nuevo caracol, o un viejo
Y su guitarra mi cantar,
Las notas se irán con la brisa risueña.
Como caminar sin mirar
Lo verde mi puerto, la intensa lluvia o
El intenso sol que nos convierte en
Negros, blancos, amarillos, morenos
Pero sonriéndonos unos con otros
Como hermanos,
Porque ya sé que estamos tristes
O alegres,
Siempre será nuestra gran confidente azul,
Ese que guarda nuestros secretos,
Nuestras penas y alegrías,
En el ir y venir de sus olas.
Como caminar sin mirar
Si ha estado allí desde siempre
En cada roce de mis pies y mis manos,
Has salado mi piel, una y otra vez
Moldeaste mi cintura,
Y te pegaste a mi pecho
Como caricia.



Chica



DALIA FUENTES AGUILAR
BRISTOL, MATINA

Nació en un rancho que su padre había construido en la playa, en un terrenito de tres hectáreas, pero luego lo vendió y apenas cumplió ella los cuarenta días, se fueron de ahí a vivir a la vieja casa que su abuela le regaló a su madre para que no anduviera rodando.

Antes de los dos años murió su padre y Chica y sus hermanos quedaron al amparo de su madre. Muy pronto en su cuerpo comenzó a hacer efecto la falta de alimento y le dio raquitismo.

Su madre vendía cajetas, pasteles, empanadas y hacía rifas y sus hermanos trabajaban arrancando tiquisque y yuca con Lita o se levantaban a las tres de la mañana para ir a apañar naranjas con Beto, sin poder disfrutar la niñez, pero a pesar de los esfuerzos no era suficiente para alimentar siete bocas.

CHICA LUCHABA POR LA VIDA.

Con los cuidados de su madre, la niña superó el raquitismo pero le quedó una anemia crónica y aunque su cuerpo no se veía saludable, cada día iba venciendo el hambre y esperaba el otro a ver si tal vez era diferente.

Su casa era de madera vieja y ennegrecida, el techo era de tejas de barro tan viejas como la madera, el piso era de suelo, y dormía en una cama destortalada que su abuela había dejado ahí. Hasta que tenía brillo, por el continuo roce de los cuerpos por tantos años.

Habían días que el fogón no se encendía, porque hasta los fósforos hacían falta y su cobija era de dos enaguas recogidas que su mamá había soltado e hilvanado para protegerla del frío en la noche, aunque ella no podía cobijarse.

Su madre contaba que su tía María era la que había escogido su nombre el día que la bautizaron, en honor a su abuela que se llamaba Francisca, pero más bien parecía que era en honor a Francisco de Asís, que si había echo votos de pobreza, pero que se los había heredado a ella.

No sabía lo que era comer hasta quedar satisfecha. Más de una noche soñó comiéndose un bistec jugoso y cuando despertó los jugos gástricos le desbarataban su estómago.

Chica jugaba en el pequeño patio rocoso o en la quebrada que estaba al otro lado de la cerca sacando olominas o arcilla para hacer figurillas.

Pronto tuvo edad para entrar a la escuela. Su madre le había dicho que tenía que estudiar mucho, que era la única forma de salir adelante y dejar de vivir en ese estado tan lamentable para toda la vida. Pero... Chica llegaba a la escuela y se dormía inclinada sobre el pupitre. Su maestra la despertaba, pero ella volvía a dormirse., hasta que un día le preguntó

—Francisca... usted desayunó antes de venirse

—No maestra

—Por que

—Es que no había comida en mi casa.

Su maestra quedó en silencio un momento reflejando un gesto de dolor y luego fue al escritorio y escribió un papel que le dio a Chica y le dijo

—Vaya a mi casa y déle esto a Adela.

La niña salió sin saber a que iba y al llegar a la casa de la maestra entregó el papel a la empleada y esperó para ver que respuesta tenía que llevar de vuelta, pero Adela al leer el papel le dijo que pasara y se sentara y al momento le sirvio un delicioso pedazo de pan con queso y un jarrito de café que fue para Chica un manjar exquisito.

En las tardes de invierno regresaba a su casa con su bolsita plástica amarrada y puesta boca abajo para que los cuadernos no se le mojaran por el fuerte aguacero y ...no crean ...conseguir una bolsita plástica en ese entonces no era fácil porque todo lo vendían en bolsas de papel y solo cuando se compraba una camisa se conseguía una que pudiera servir de bulto y por tuerce no se podían comprar camisas muy a menudo.

Chica llegaba a su casa empapada y con hambre, pero con un poco de suerte había un jarrito de café caliente y un bollito de pan blanco.

Ahora__ decía su mamá—a orinar y acostarse porque no hay candelas.

La niña odiaba la oscuridad y cuando no habían candelas dormirse para ella era aterrador. Las tinieblas de la noche eran para la chiquilla lo más tenebroso que podía existir. El ruido de los grillos y las ranas después del aguacero no era para ella el mejor concierto, pues la atormentaban produciéndole insomnio y su corazón de niña deseaba refugiarse en el rayito de luz de una candela. Su madre se acurrucaba envolviéndola con sus brazos pero ella la sentía tan desamparada y frágil que al igual que ella necesitaba el rayo de luz.

En la otra cama dormían sus hermanos. Tenían que levantarse en la madrugada para ir a apañar naranjas y a medio día llegar a alistarse para ir a la escuela. Tenían que trabajar tanto y lo que ganaban solo les alcanzaba para comprar dos manitas de pan ,dos onzas de mantequilla, una onza de café y un cuarto de kilo de azúcar.

Cuando había un poquito más de dinero su madre compraba medio kilo de arroz y una sopa Maggie que preparaba en pura agua, solo para mojar el arroz.

Chica siempre andaba con hambre, por eso iba a la casona de los Benavides a traer suero en una vieja y arrugada ollita.

Muchas veces Ana la empleada la llamaba y le daba un poquito de arroz y frijoles y un vasito de leche que ella comía con todo respeto y lentamente aunque deseaba comérselo con rapidéz.

Uno de esos días Ana llamo a la dueña por esa razón. Chica tenía mucha vergüenza pero era más el hambre y por eso continuó comiendo a pesar de la presencia de la señora de la casa.

La dueña llamó a los niños para que observaran

—Vean niños—dijo la señora—ustedes tienen una mesa y les enseñamos modales pero ninguno come como esta niña.

Chica llevaba el suero para su casa, para beberlo luego.

Así visitaba a veces la casa de los Badilla, los Ugalde, los Benavides, los Alvarez.

LOS ZAPATOS

Y aunque Chica tenía un alma sensible, la realidad no le permitía no le permitía ver más allá de aquella hambre atrón que andaba siempre con ella. Por eso aunque el atardecer se vestía de tonos anaranjados, lilas, y dorados, su mirada para el ambiente que le rodeaba era en blanco y negro y no podía pararse a contemplar aquel maravilloso atardecer. Iba de prisa, a la casa de una compañera de escuela, más que a jugar a ver si la mamá le daba un gallito. Tenía permiso de su madre de ir porque su hermano también iba con ella.

Cuando por fin las sombras de la noche cubrían el paisaje, Chica fue llamada por la señora a comer. Después se fue a jugar al patio que permanecía iluminado por dos bombillos.

Había en el patio amarrado un pastor alemán muy agresivo por lo cual el dueño cuando llegaban niños le ponía bozal y hasta que se iban se lo quitaba, pero esa noche el perro se había soltado y quitado el bozal. Chica solo sintió al animal sobre ella.

Fueron los momentos más aterradores, pues cuando la tiró al suelo le mordió una de sus enflaquecidas piernas y su hundido estómago. Todo fue en fracción de segundos, luego salió el dueño y le habló al animal que metió su rabo entre las patas y caminó agachado hasta los pies de su amo que corrió a amarrarlo de nuevo y sacó a la niña del patio, que por suerte aparte del terror las heridas no eran profundas.

El hombre, muy asustado más por el perro que por la chiquilla la fue a dejar a su casa, pasando por la pulperia a comprar unas "cosillas" para la mamá alcohol, mentiolate y gasas para las curaciones.

Todo el camino iba convenciendo a la niña para que no dijera a nadie que el perro la había mordido

—Chica, chiquita, no le cuente a nadie que mi perro la mordió, dígale a su mamá que no le diga a nadie, yo le prometo que le voy a comprar un par de zapatos para que vaya a la escuela. Por favor no cuente nada. Aquí yo le llevo a su mamá un poquito de cada cosa, pero algo es algo. No se olvide, yo le voy a regalar un par de zapatos, pero no diga nada.

—No señor, yo no voy a decir nada a nadie y le voy a decir a mi mamá que no diga nada porque usted me va a comprar un par de zapatos para ir a la escuela.

La chiquilla más bien se sentía orgullosa de que por la mordida del perro ese día iba a haber comida en su casa.

Los meses habían pasado y las heridas de Chica habían sanado...y siempre pensaba en como serían los zapatos que algún día le llevarían. Tal vez de charol negro como siempre había soñado o de cuero blancos, bueno, eso no importaba, que no fueran del uniforme, lo importante es que ya no iría descalza a la escuela.

Y bueno...aparecieron al fin los esperados zapatos.

Corrió a abrir la caja. Pensó en todos los zapatos que había visto en las ventanas de las tiendas. Al fin.

Los anhelados zapatos aparecieron al abrir la caja. Eran unos zapatos estilo mocasín, pero con la punta recta, de color café y de hule.

Realmente no era como los que había soñado, pero eran zapatos, ya no tendría que ir descalza a la escuela. Aunque la mordida del perro valía unos zapatos un poco mejores.

Chica tenía que caminar de la casa a la escuela casi un kilómetro y el sol calentaba que hasta el polvo relumbraba. Poco a poco Chica sentía como el hule se iba calentando hasta que el ardor de su piel era tanto que deseaba quitárselos y tirarlos por allá.

Pero eso equivalía a tener que ir otra vez descalza a la escuela.

Al llegar a su casa sus pies estaban rojos, tan rojos que la chiquilla corría a la quebrada y sentada en una piedra, metía sus pies al agua que corría fresca entre las piedras. Era delicioso. No importaba tener que quemarse los pies para ir a la escuela, si al llegar la esperaba aquella agua deliciosa que le aliviaba el ardor.

EL VESTIDO LILA

Una niña como Chica tenía muchos sueños. Claro, más sueños que una niña que lo tiene todo. Porque para ella toda su vida era un sueño, para poder soportar aquella dura y cruel realidad que le había tocado vivir.

Soñaba con poder comer todos los días, con un jugoso bistec, que un día le serviría su mamá, de aquellos que comían en las casas que visitaba y que no sabía a que podrían saber, con unos zapatos de charol, con vestidos bonitos como los que vio en la película de la bella durmiente allá en la casa donde la mordió el perro, con una casa que tuviera piso y que no hubieran endijas y que la madera no estuviera vieja ni ennegrecida para que no se le aparecieran aquellas horribles y repugnantes arañas, soñaba con una cama blanda y una cobija caliente para aquellas noches de frío torturante y ...soñaba...soñaba...soñaba. Toda su vida era un sueño, pero como la del príncipe Segismundo de aquel libro de Calderón de la Barca, que estaba leyendo su hermano en el colegio y que ella leía cuando él no estaba.

Aquel día se fue para la escuela y al llegar, la llamó la directora.

—Francisca, venga acá.

—Chica corrió a ver que quería

—Aquí le tengo un vestido muy lindo, vaya mídaselo al baño a ver si le queda.

Era un vestido de naylon, recogido, muy recogido, con mangas bombachas y con forro de tafetán y como juego un calzón bombacho de la misma tela.

A la niña le pareció el vestido más lindo que había y tenía que esperar una ocasión especial para estrenarlo.

La ocasión llegó. La escuela iba a celebrar el día del niño.

Chica se atavío con el vestido lila, los calzoncitos bombachos, los zapatos de hule cafés y unas medias con el elástico estirado que eran las únicas que tenía, pero que no significaban ningún problema, pues se las pondría con unas ligas, pues las medias se usaban abajo de la rodilla.

Aunque en su casa no había espejo, la niña estaba totalmente segura que estaba preciosa y que nadie se vería en la fiesta como ella.

Todos los niños corrían de aquí para allá, pero Chica estaba segura que tenía que seguir el protocolo y comportarse como la princesa que era en ese momento. Por eso se sentaba quietecita y caminaba despacio y con la frente en alto, moviendo cadenciosamente la volada enagua de naylon que sonaba al movimiento de la coqueta chiquilla.

Su alegría fue inmensa cuando vio llegar al fotógrafo. Ahora si su felicidad era completa. Así tendría un recuerdo de su gran belleza y elegancia en ese día.

Corrió a decirle a Lucas que le tomara una foto, pero este le dijo que iba a tomarlas en el parque que estaba al frente de la escuela.

Ella decidió irse adelante para que nadie se le adelantara y para buscar un lugar donde la foto saliera mejor.

Cuando el fotógrafo llegó ella ya había buscado el lugar y estaba lista, al frente de una frondosa planta.

Llegó muy agitada a su casa y le contó a su madre que se había tomado una foto con el vestido nuevo.

—Y con que plata la voy a sacar si no tenemos ni para comer.

—Ah mami, va a ver que la podemos sacar.

A los quince días, la niña fue a ver la vitrina donde exponían las fotos. Sentía una gran emoción y fue poco a poco viendo las fotos con ansiedad, hasta que por fin la encontró.

Pero...aquellos no era posible, ella estaba segura que era la niña más elegante y linda de la fiesta, pero ¡que mal fotógrafo! ahí lo que veía era una niña con el pelo revuelto, las mangas bombachas casi al codo, el vestido colgado al rodilla, las medias, una liga se había enrollado junto con la media y entonces una estaba cerca de la rodilla y la otra cerca del tobillo, además la niña que estaba ahí era flaca, ojerosa

y con unos ojos inmensos como de búho y para remachar, ella había sonreído con coquetería para la foto, y ahí lo que se veía era una mueca donde enseñaba la falta de sus dientes de enfrente.

Aunque en su casa no había espejo ella estaba segura de que era la niña más linda y elegante de la fiesta.

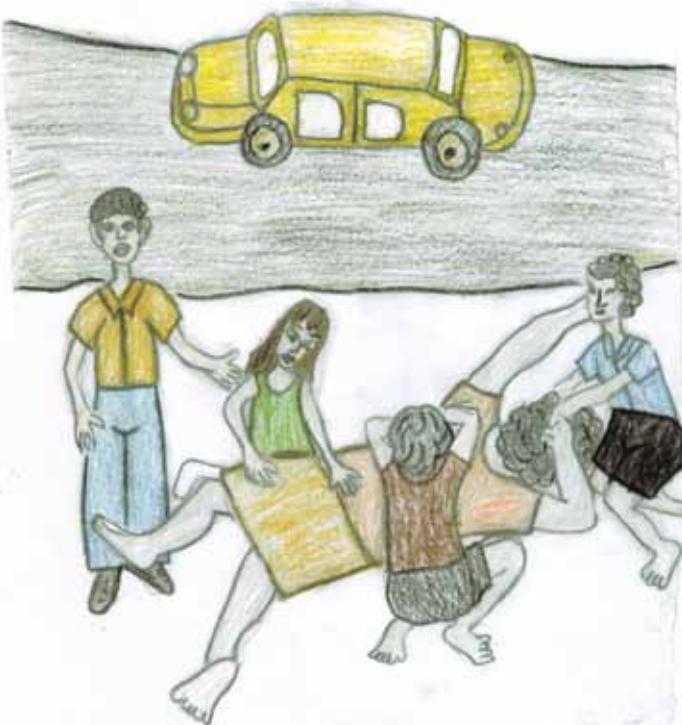
¡Que fotógrafo más malo!

EL DESMAYO

Era un día de esos que el fogón no se encendía.

Chica y sus hermanos miraban a su mamá esperando a ver que resolviera. El día anterior no habían comido nada y el anterior, demasiado poco.

Su madre los miró. Aquella mirada, aunque disimulaba estaba cargada de desesperación, y luego dijo



Dibujo. Dalia Fuentes Aguilar

—Diay chiquillos, no nos queda más que ir donde su tío Jesús, para ver si comen algo.

Ir donde el tío era recurrir al último recurso, pues vivía a varios kilómetros, por la carretera y el sol de aquella mañana irradiaba esplendoroso, calentando la tierra y todo lo que se moviera en ella.

Por supuesto, tenían que ir a pie, y entre más pronto se fueran sería mejor.

Sus hermanos caminaban un poco adelante. El paso de su madre era lento y caminaba en silencio, ahorrando las últimas energías. El sol como todos los días de verano calentaba como una hoguera ardiente.

Su madre le soltó la mano y avanzó un poco, para caer adelante.

No había ni un poquito de agua para darle. Su hermano se sentó en el pavimento para poner la cabeza de su mamá en sus regazos.

Sus otros hermanos se devolvieron y al poco rato su madre reaccionó y como pudo se levantó y continuó caminando.

Gruesas lágrimas rodaban por las mejillas de la pobre mujer. Lágrimas de madre que Chica todavía no comprendía, porque iban más allá del hambre y la miseria.

Chica levantó su cabeza para mirar a su madre y exclamó

—Mami no llore, ya va a llegar donde mi tío.

Si, ya les faltaba poco para llegar donde el tío. Ahí comerían un poco de arroz y frijoles, pero ...y después, a seguir en lo mismo día tras día, sin que nada cambiara, buscando siempre alguna casa donde conseguir algo para llevarse a la boca.

Pasaron en la casa del tío todo el día. Sus hermanos fueron con sus primos a La Porfía a traer la leche. Su madre les había dicho que se iban hasta la tarde, cuando bajara el sol.

Chica se fue con sus primas Marta, Rosa y Maritza a ver las cabras.

Que lindas eran.

Las cabritas corrían de aquí para allá, pegando saltitos.

—La mía se llama Tomaní—dijo Marta.

—Y la mía Blanquita—dijo Rosa—

—La mía es la grande —dijo Maritza —pero todavía no le he puesto nombre—dijo Maritza—

Y Chica disfrutaba observando las cabritas saltar y correr entre la hierba.

Cuando ya los rayos del sol no lanzaban su inclemencia sobre la humanidad de ellos. La madre de Chica decidió hacer el viaje de regreso y se despidieron de su tío Jesús y de Trina su esposa.

El camino de regreso fue menos pesado pues ya habían comido algo y el sol ya no calentaba en aquella hora de la tarde.

CUANDO SE CAYÓ LA CASA

Que día más maravilloso. Chica estaba feliz. Su mamá había cocinado arroz y frijoles y hasta habían espaguetis con tomate.

Ella esperaba con ansiedad que llegara la hora del almuerzo.

El olor que despedían los frijoles recién cocinados le hacía la boca agua y los espaguetis olían a manjar de los dioses.

Su hermano Manuel y ella esperaban sentados en la desvencijada mesita en unos bancos en igual estado, que había hecho don Julio el carpintero.

Doña Claudia, su madre, estaba sirviéndoles cuando se dejó escuchar un crac crac crac en las viejas vigas de la casa.

—Que raro —dijo la señora—desde ayer esta casa está traqueando muy seguido.

Continuó sirviendo y de nuevo crac crac crac. Las vigas volvieron a sonar.

Doña Claudia sacó la mesa y llamó a los niños.

—Vengan a comer aquí—y puso la mesa en el patio—y luego se sirvio ella para ir a acompañarlos, pero...apenas venía con el plato en la mano cuando la casa sonó a sus espaldas y solo se oyó el estruendo a sus espaldas.

La casa se había caído y solo las piezas más recientes del cuarto donde dormían, había quedado en pie.

El hermano mayor, Ernesto, llegó a almorzar y los encontró comiendo afuera y la casa en el suelo.

El trabajaba en una piladora de arroz y salía a almorzar a las once.

A como pudo entró y sacó sus pocas pertenencias. Tenía una cara de desolación. Lo que el ganaba apenas le alcanzaba para ayudarle a su mamá y ayudarse el con las cosas del colegio, pues estudiaba de noche y ahora tenía que ver como levantaba la casa lo más pronto posible.

Volteó a ver a sus hermanitos. La cara de Chica estaba llena de interrogantes, pero no quería hacer ninguna pregunta para no preocupar a su hermano.

El problema se solucionó pronto.

Su hermano consiguió madera con su patrón que había cambiado unas paredes de la arrocera y se la vendió a pagos, rebajándole del pago todas las semanas.

Las tejas se quebraron en su mayoría pero su patrón también le consiguió zinc viejo y don Julio se encargó de la construcción.

EL DIOS DE LOS POBRES

Aquella navidad como todas las demás, Chica se despertó como muchos otros niños.

El fogón no se había encendido esa mañana y no tenían ni para hacer un poquito de café.

Chica se fue a bañar a la quebrada.

Iría a caminar un poco para ver lo que le había traído el niño dios a los otros niños, a los de la casa grande, donde los Benavides.

Después de caminar como trescientos metros, vio venir a las niñas con sus trajes nuevos, sus zapatos nuevos y sus juguetes. Eran unas muñecas preciosas, con su pelo largo y sus ojos azules y grandes pestañas y su boca roja. Apenas se acercaron quiso arrimarse y tocarlas pero una de las niñas le dijo que no se acercara ni las tocara porque si las ensuciaba su mamá se enojaría.

Chica se apartó y ellas siguieron hacia el parque. Ahí se reunían los niños para enseñarles a otros lo que les había traído el niño.

La niña caminó de regreso a su casa, mientras iba pensando

...Dios no quiere a los niños pobres, porque a ellos no les trae nada, ni ropa, ni zapatos, ni comida...pero...a los niños ricos les da de todo.

EN EL TEMPLO

Ese mismo día en la tarde, después de misa, Chica entró a la iglesia. Esperó a que no hubiera nadie, pues quería tener una conversación muy en serio con Jesús.

Caminó hasta donde estaba la imagen de Jesús Nazareno con la cruz a cuestas con su largo vestido color púrpura y la corona de espinas enterradas en su frente. Él que conocía el dolor le tendría una respuesta a sus interrogantes. Se paró frente a él, le miró fijamente a los ojos y con una gran decisión iba a lanzarle unas cuantas preguntas, cuando vio sus pies las heridas de los clavos y con un impulso levantó el vestido y se dio cuenta que aquella imagen estaba compuesta solo por manos, pies y cabeza, porque todo era una armazón de madera.

Pero...Que era aquello. Ni siquiera era una imagen completa. La impresión fue tal que se fue a sentar a una banca sin hacerle las preguntas y miró hacia arriba, al puro centro de la iglesia había otra imagen que representaba al Padre con su Hijo en brazos, crucificado, y con lágrimas en los ojos dijo

Yo sé que tu no eres Dios. Eres una imagen de yeso...pero...quiero saber donde está él, que me diga porque no quiere a los chiquitos pobres, nosotros también lo necesitamos, porque nuestra casa se cayó, y no hay comida ni juguetes...porque.

Porque mi mamá llora todas las noches, cuando hace frío y no hay cobijas.

Las lágrimas corrían por el rostro de la niña, que deseaba escuchar una voz que le diera una explicación a tantas preguntas y después de mucho rato de esperar respuesta, salió del templo y se fue a su casa.

AMPARITO

En medio de aquella miseria que rodeaba a aquella niña, en lo profundo de su ser conservaba una gran sensibilidad, que aunque estaba cubierta por una dura capa que la vida había ido formando a veces afloraba un poquito en las redacciones que la maestra les pedía de tarea.

Y algo le había ayudado una vecina que vivía como trescientos metros calle arriba.

Todas las noches Amparito llegaba a deleitarlos y ponerle los pelos de punta con sus cuentos de luces y aparecidos y almas en pena y de ruidos extraños y que aseguraba le habían sucedido a ella o por lo menos había estado en el lugar que sucedieron.

Chica y sus hermanos subían sus pies a la banca por miedo a que algo les tocaran los pies por debajo.

Habían momentos que el miedo les hacía escuchar la respiración y el corazón se aceleraba al punto de un infarto.

Después de tres o cuatro historias aterradoras, Amparito decía

Doña Claudia, ya es muy tarde, mejor me voy y vengo mañana.

Porque no me presta los güilas para que me vayan a dejar.

Los chiquillos deseaban que su madre dijera que no, pero era tal el ruego de Amparito que tenían que ir enfrentando el miedo.

Los momentos que quedaban solas Chica y su madre eran eternos.

Pero... al poco rato se escuchaba el tropel, las risas y las voces de sus hermanos que corrían calle abajo haciendo todo el ruido posible para quitarse el miedo.

Y...su madre decía las palabras de siempre

Bueno, chiquillos, a orinar y acostarse.

A DOÑA MARÍA CECILIA VALVERDE DE SÁNCHEZ

A Chica le gustaba ir a la escuela. Primero, porque habían días que daban sopa y doña Lile la cocinera le daba siempre un poquito extra y un güesito de más.

Y la clase, la niña la hacia especial. Siempre tenía una poesía que enseñarles, un cuento, pero había una especial que Chica quería aprenderse, pero era muy larga. Comenzaba así

*“Margarita, está linda la mar
y el viento lleva esencia
sutil de azahar,
yo siento en mi alma una alondra”*

*cantar tu acento,
Margarita, te voy a contar
Un cuento”*

Aquella poesía de Darío la transportaba a aquel jardín de estrellas donde la princesa fue a cortar una para ella.

Oh, el genio del poeta, aquella niña hambrienta se sentía una princesa.

*“Las princesas primorosas
se parecen mucho a ti,
cortan lirios, cortan flores, cortan astros,
son así.*

Clases maravillosas, convertidas en poesía, canción y cuento. Era capaz de convertir una sala de clase, en un palacio de diamantes, o llevar su imaginación donde las flores eran estrellas o las estrellas eran flores. Con mágica ternura le hizo posible ver el rostro de Jesús sonriente y amoroso.

*“Cuando entonces aparece,
sonriendo el buen Jesús
Y dice...
en mis jardines esa rosa le ofrecí,
son mis flores de las niñas
que al soñar piensan en mí.*

...y convirtió aquel mundo miserable de Chica, en fantasía, sueño, ilusión, y canción, donde la niña era una princesa primorosa, que podía caminar por las olas y sobre el viento hasta llegar a los jardines preciosos del cielo. Su imaginación volaba por mundos indescriptibles llenos de gracia y ternura, de flores y aves y de aguas cristalinas y mariposas multicolores, de árboles y selvas.

Doña Cecilia la enseñó a amar la lectura, ella les decía que en los libros habían mundos mágicos que debían ser descubiertos y cuando los enseñaba a leer, les decía que no era solo para que aprendieran, sino para que se llenaran de conocimientos importantes que solo en los libros iban a encontrar, por eso iba a la biblioteca en recreo, deseosa de tener muchos conocimientos y descubrir un mundo diferente.

La forma tan humana en que les presentó el descubrimiento y la conquista de América y lo que sufrieron los indígenas, de cómo sufrieron los africanos cuando fueron desarraigados de sus tierras para ser llevados a países lejanos y desconocidos, con

costumbres diferentes para ser tratados como esclavos, de las luchas de Simón Bolívar por la libertad de su tierra y de Pablo Presbere enfrentando al español en Talamanca, solo con la ayuda de la tierra inhóspita.

También les presentó a los héroes del cincuenta y seis, Don Juanito Mora, al general Cañas y a Juan Santamaría en sus más grandes cualidades humanas y su gran amor y entrega a la patria, y a la madre de Juan, doña Manuela en todo su dolor de madre y las dificultades que tuvo que pasar al quedarse sin su hijo, la enseñó a amar a su patria.

Aquella maestra supo dar sus clases grabadas, las grabó en el corazón de los niños para que no las olvidaran nunca.

Nadie como ella supo convertir sus clases en un río de fantasía y sueños donde Chica se consumía.

Y...aunque muchas veces no había comido, su maestra recitaba

*“Érase una pobre viejecita
que no tenía que comer
sinó dulces, chocolate,
carne fresca, pan y pez.*

*y a no ser por sus zapatos,
chanclas, botas y escarpín,
descalcita por el suelo
anduviera la infeliz.*

Aquella poesía la hacía reír, ante la pobreza de la viejecita.

Si así fueran las de ella.

Además su maestra promovía concursos de dibujo, poesía, redacción, escultura a nivel escolar y Chica ganó muchos libros en esos concursos, entre ellos Corazón de Edmundo de Amicis, Miguel Strogoff de Julio Verne, la Cabaña del Tío Tom, que la hizo llorar.

Chica regresaba a su casa de la escuela con sus cuadernos entre la bolsita plástica y sus zapatos de hule, con el corazón lleno de esperanza, viendo un mundo diferente más allá de aquella cruel realidad.

NUEVO MAESTRO

Aquel año, como Chica iba para cuarto grado, le daba un nuevo maestro pues su maestra iba a trabajar con primer grado. Fue un duro golpe, pero Chica se adaptaba pronto a todo y guardó su dolor y a su maestra en lo más profundo de su corazón.

El año transcurrió y pronto llegó la fiesta de la alegría.

Ese día comerían arroz con pollo, manzanas, helados y confites y además les darían el regalo de todos los años.

El corazón de la niña latía fuertemente esa tarde.

El aula estaba adornada con globos y cintas de colores. Las mesitas estaban adornadas con pliegos de papel periódico.

Una madre de familia le ayudaba a repartir la comida mientras el maestro repartía los regalos. Iba llamando y cada niño se acercaba y habría su bolsa para sacar su regalo.

Primero repartió a los más grandes. A las niñas les dio una cartera con una cadena para colgarla del hombro, era de color dorado con flores brillantes, también tenían un muñeco y un juego de belleza con cepillo, espejo, aretes y pulsera.

Que regalo.

Chica escuchó su nombre y volvió por su bolsa.

Comenzó a sacar con gran emoción. Solo había un globo desinflado, un pito y una carterilla común y corriente.

Chica cerró la bolsa con todo adentro sin sacar nada de ella, cruzó el aula y con enojo le dijo al maestro

— Tome, yo no quiero nada, usted nos dio a los más pequeños menos que a los grandes. Usted tenía que darle igual a todos.

— Pero... Francisca...que chiquita más malcriada es usted. Vea tiene pito, cartera, bombas...

— Si pero tenía que darnos igual a todos, no lo quiero.

—Vaya a comer.

—No quiero comer, no voy a comer nada. Y diciendo eso se fue a sentar muy enojada a esperar que repartiera las notas para irse a su casa. Lo sentía por su mamá que no le podría llevar nada, pero aquello no era justo.

Cuando el maestro repartió la nota que decía que había ganado el año y que iba para quinto, salió del aula, amenazando al maestro con ir a decirle a la directora lo que él había hecho.

Este salió tras ella y le dijo que se sentara, que ya regresaba.

Al poco rato regresó y traía un muñeco en su mano.

La negociación había terminado y para suerte de Chica no había salido tan mal.

Regresó a su casa muy satisfecha porque había defendido sus derechos. Recordó una estrofa del himno que decía

Solo es hombre el que tiene derechos...

Su maestra del año anterior se lo había enseñado y ella lo había aprendido muy bien.

LA QUE NACIÓ VIEJA

Chica subía y bajaba la calle de su barrio para hacerle los mandados a una vecina.

Los muchachos del barrio se pasaban en media calle jugando bolinchas o trompo.

Siempre estaba entre ellos Papi, un joven que se pasaba el tiempo sin hacer nada, ni trabajaba ni estudiaba, aunque según había oído decir a su mamá que era mayor de edad y eso debía de ser algo muy delicado.

Cuando ella pasó, el muchacho soltó la risa y les dijo a sus amigos

— ja jajaa, que güila más fea esa. Parece que nació vieja.

Lo dijo gritado. Aquello quedó grabado en los oídos de la niña y no podía explicarse porque le decían que había nacido vieja.

Sería porque cuando ella nació su papá tenía más de sesenta años.

Algo le dolía en sus adentros cuando lo escuchaba, pero nunca se lo dijo a nadie.

En otra ocasión iba para la escuela con otra niña y un par de tipos dijeron

—Que chiquita más linda esa, pero que fea la otra, parece que nació vieja.

Ya no solo era Papi, sino otras personas que decían lo mismo. Aquello la hacía sentirse peor...pero...ella a pesar de todo no se sentía fea. Días después una tarde venía de la escuela y al frente de su casa estaba su tío hablando con el vecino, que apenas la vio dijo otra vez burlón

—Chica, la que nació vieja. Y su tío soltó una risa que le dolió más de lo que le dolía lo que decía el joven.

Chica se preguntaba si en realidad era tan fea que todos cuando ella pasaba decían lo mismo. Pero no... nadie la iba a hacer creer aquella mentira, eran unos charlatanes que lo que querían era hacerla sentir mal.

LA QUEBRADA

Bajando, después de la casa, estaba la quebrada, fresca, bulliciosa, alegre. Ella contagiaba a Chica que pasaba horas sentadas en las raíces del árbol de Guanacaste. Chica se sienta ahí cuando quiere estar sola. Ahí por las tardes deja caer sus lágrimas en las aguas de la quebrada y lanza sus lamentos para que la brisa se los lleve. Tal vez una ráfaga de aire se los lleve y los eleve para que lleguen donde Dios.

—Yo sé que existes, no tengo que verte para saberlo, porque quien puede haber puesto tanta belleza y ternura en las flores, las aves, las mariposas, quien puso esa frescura en el agua de la quebrada...pero...donde estás...Porque no puedo verte, para preguntarte porque los ricos tienen tanta abundancia de todo y por qué los pobres no tienen ni para comer, porque si tengo tanta hambre solo me puedo comer un bollito de pan blanco y un jarrito de café.

Quiero saber porque tanta pobreza. Porque mi madre tiene que llorar tanto. No lo entiendes. Te necesito aquí cerca, al lado mío y no allá tan lejano, tan inalcanzable, necesito que me escuches.

Después de desahogarse, pasaba el resto de la tarde sacando arcilla para hacer figurillas. En eso pasaba la mayor parte del tiempo al no tener juguetes. Hacía muñecos, vacas, cerdos, gallinitas, alcancías.

Conforme fue creciendo hacía figuras más difíciles, hasta que un día se le ocurrió tomar el nacimiento de diez centímetros que tenía su mamá para hacerlo más grande.

Cuando vio que pudo hacerlo se dedicó a hacer varios y las personas del pueblo llegaban a comprarlos y decían que era una niña prodigo.

Los encargos comenzaron. La situación de Chica cambió. Además ya sus hermanos trabajaban y ganaban mejor. Trabajaban de noche y estudiaban de día, siguiendo el sabio consejo de su madre.

—Tienen que estudiar chiquillos, si no lo hacen tendrán que vivir siempre en la pobreza.

Ustedes no hubieran pasado necesidades si yo hubiera estudiado., pero solo fui a segundo grado de la escuela y después mi padre dijo:

—Ahí está la batea esperándola. Ya sabe bastante. Que enseñe ahora ella a sus hermanos. Y...saben...fue como una maldición. He pasado toda mi vida frente a la batea. Pero ustedes no. Ustedes tiene que estudiar mucho. Así todo va a cambiar.

Y... Chica iba cambiando. Con sus nacimientos se compró unos zapatos de charol y un vestido.

Sus hermanos le llevaban telas para que su hermana Mercedes, que era la mayor y había estudiado costura, le hiciera vestidos.

Rafa su hermano le compraba zapatos y Gerardo le prestaba libros para que leyera.

Antes de entrar al colegio había leído libros que él usaba en la universidad en Generales. Filosofía, psicología, literatura hispanoamericana, entre ellos autores como Jorge Icaza, Miguel Ángel Asturias, Alejo Charpentier.

Su cuerpo era frágil, pero su espíritu era fuerte, indomable.

Una tarde llegó el sacerdote a buscarla.

Es que me contaron que haces trabajos en arcilla y yo quiero que me hagas esta imagen —dijo mostrándole una estampita con una virgen—pero la quiero grande, como de un metro.

—AH,—dijo Chica—pero para ese tamaño yo no tengo arcilla

—No te preocupes—dijo con acento español, el sacerdote—a mi me la regalan en La Cerámica.

—A bueno—dijo la niña—entonces sí, yo se la hago.

Cuando la arcilla llegó, pasó días enteros con sus frágiles manos golpeando el bulto, hasta sentir dolor en ellas, luego pasaba noches enteras quitando aquí y poniendo allá hasta que le dio la forma que quiso, no como estaba en la estampita que le había dado el sacerdote. Era una madre amamantando a su hijo, con su mirada en un punto fijo, como si pensara en el futuro del niño.

Aquella figura nadie lo sabía pero era un homenaje a su madre., pues muchas veces la vio con su mirada fija por largo rato como queriendo saber que sería de ellos.

Los meses pasaron y la figura se secó. Ya podía ser trasladada. Y...el sacerdote llegó a llevársela.

—Son mil colones—dijo Chica—

—Que me vas a cobrar a mí.

Solo el trabajo, la arcilla es suya. Además, le estoy cobrando barato.

—Si pero yo no te voy a pagar nada. Ahí en la iglesia va a ser admirada. Deberías de agradecer que más bien te estoy ayudando.

—Si, pero págueme el trabajo.

—Yo no te pago nada—dijo el sacerdote furioso—
¡Déjatela!. Y subió a su carro y nunca más se acercó por ahí.

Y el monumento a su madre quedó ahí en su casa, de donde no debía salir, no importaba que no fuera admirado.

No pasó mucho tiempo en que Chica se diera cuenta que Dios le había escuchado su oración. Ya no lo sentía lejano. Estaba ahí cerca de ella, levantándola de la miseria y el dolor, después de comprarse ropa y zapatos, se compró un gran espejo y se contempló en el, todos habían mentido, hasta el fotógrafo.

La niña que ya casi era una joven que se reflejaba en el espejo era linda.

Aquellas personas que le habían dicho fea no sabían mirar más allá de la ropa y de la apariencia física.

La magia de su gente

JUAN CARLOS JIMÉNEZ NÁJERA
LIMÓN, LIMÓN

Durante toda mi vida, me ha cautivado este lugar
Un tesoro inmóvil, encajado entre selva y playa.
Un pueblo que crece entre tradiciones
Respetando a todos los que conviven,
Gente que traba por hacer todos los días lo mejor,
Por regalar la más amplia sonrisa y tratar a los otros
De la manera más amable; una perla que brilla a la luz del sol.
Solamente aquí he logrado ver, como los extraños son tratados como
hermanos y como disfruta la gente de su trabajo,
Desde el médico y el campesino,
Hasta aquel que se gana la vida limpiando botas; y es que la familiaridad
Es algo tan usual entre los habitantes de este pueblo que todos se conocen.
Al caminar por sus calles, abundan el hola, como estás, el Pura vida
Y por supuesto el salúdeme a su familia. Innumerables los amigos
Como la arena de sus playas, humildes todos como palmeras, atentos
Y agradecidos con cada visitante que se interesan en aprender
Un poco de su cultura, en llevarse un poco de su encanto, su magia
Es un pedazo de Limón.
Aquí no solo miras el azul del mar, o la majestuosidad de la isla, aquí
encuentras un paraíso con tal diversidad; desde sus parques y zonas



*Limón, Vista desde Santa Eduviges
Foto. Carlos Ml. Zamora H.*

protegidas, pasando por los pueblos indígenas, hasta las grandes llanuras, donde llegan al mar los grandes ríos,
esos que a su paso y desde las montañas en donde nacen
regalan vida a cualquier lugar por donde pasan.

El recuerdo de las personas que fundaron cada uno de sus pueblos,
Vive latente en la memoria de cada lugareño,
Porque disfrutan de su historia,
Del fruto de trabajo, gozan de vivir en esta tierra, en este paraíso y todos
Los días agradecen a Dios por vivir aquí, por vivir en Limón.

El matrimonio de don Ramón

ASDRÚBAL QUESADA CASTRO
Pococí, Guápiles

El día estaba caluroso, pesado, claro, soleado y sin brisa. En el cielo se percataban escasos nubarrones negros en movimiento, que insinuaban fuertes aguaceros por la noche. De vez en cuando, más allá de la montaña, un fugaz relámpago anunciaba una ostentosa tormenta a la distancia.

Era un radiante viernes de un mes de los años setenta. En un pueblito de nombre San Antonio de Roxana, de Pococí, de la provincia de Limón; también conocido como el Humo; donde la mayoría de los hombres trabajaban duro en las fincas bananeras, que por ese entonces, ya se había extendido la siembra de esa fruta _postre en la Región norte del Caribe.

Los pueblos bananeros se caracterizan por tener una cultura muy suigénérис. Por lo general, la comunidad se mezcla con gente venida de otros lugares, en su mayoría hombres solos, que migra de todas partes del país, atraídos por mejores salarios.

También venían mujeres de la vida alegre, con virtudes físicas comerciables y moral liviana, interesadas en la explotación del mercado del sexo. Las bananeras traen dinero a los pueblos, incrementan la actividad comercial, proliferan las cantinas, restaurantes, billares, sodas, fondas y centros dedicados a la prostitución, donde abundan mujerzuelas que llegan al pueblo, atraídas, únicamente, por el dinero de los hombres solos.

Cada quince días, los trabajadores recibían su salario y el fin de semana se desplazaban a los centros de mayor concentración de población en el Cantón, a divertirse y a malgastar la plata en las cantinas y en los lupanares; siendo muy proclives a caer rendidos, en los lánguidos brazos de cualquier pelandusca.

Los días de pago, era muy frecuente ver a más hombres y mujeres desconocidos en la comunidad que de costumbre; dado que los trabajadores que vivían en los baches de la compañía de las fincas, generalmente, un poco alejadas del pueblo, ese día lo tenían libre y lo aprovechaban para salir a divertirse un rato.

A eso se debía que las cantinas y los prostíbulos se llenaban de trabajadores bananeros y de rameras, la mayoría foráneos y no faltaban quienes, envalentonados por el licor, solían dirimir sus desavenencias personales, a veces, a puñetazos y otras, a machetazo limpio. La actividad agrícola bananera, además de que genera empleo y trae desarrollo y progreso a las comunidades, con suma frecuencia, convierte a los pueblos en viciosos y pendencieros.

Fuera, el cielo se oscurecía en una tonalidad púrpura y todo parecía indicar, que por la noche, la lluvia sería intensa y abundante. Una fuerte brisa se desplazaba con gran velocidad, enfriando, considerablemente el ambiente.

Ese viernes, Ramón se encontraba en ese pueblito por pura casualidad, ya que vivía un poco alejado de allí, precisamente, en el cantón de Guácimo. Había venido a San Antonio para visitar a su tía Hortensia, vecina de esa comunidad. La vieja era una asidua creyente y acostumbraba asistir, todos los fines de semana por la noche, al Templo Evangélico de la localidad, donde se reunían los vecinos más identificados con la Palabra de Dios.

Ramón Porras Lie, mejor conocido como *Monchito*, era un joven que apenas frisaba los dieciocho años de edad, recién llegado al cantón de Guácimo, desde la bella Ciudad Quesada, provincia de Alajuela.

El muchacho era medianamente alto, delgado, refinado y ejercía una tecnología en salud. Se distinguía, además, por los finos modales, el esmero en el vestir y andaba siempre, muy bien presentadito –como decía su tía–, al igual que un *ajito*.

Ese viernes de marras, Ramón había llegado tempranito al Templo Evangélico, acompañado de su tía. Poco a poco, el local se fue colmando de creyentes; en su mayoría, personas adultas y algunos jóvenes que se acercaba porque allí se daban cita también, la gente de su edad.

No mas había dado inicio el culto, cuando a Ramón lo impresionó una joven que acababa de llegar, en compañía de sus padres y que se había sentado precisamente, dos filas antes que él. Esa niña le excitó su curiosidad masculina.

Ella también se había percatado de la presencia del recién llegado y durante el acto religioso, se estuvieron comunicando a través de miradas disimuladas, que obligaban a la muchacha a voltear la cabeza, cada vez que quería ver al joven; poniendo en clara evidencia, el interés que había despertado en ella, la presencia del mozo.

Ella lo miraba y lo admiraba, sin evasivas ni pretextos, en silencio y con el corazón abierto. Así es el amor entre jóvenes, nace con el primer vistazo, en cualquier lugar, momento y sin pensarlo. Una simple mirada, a veces, es suficiente para entrelazar dos almas afines.

Ramón no estaba poniendo atención a las palabras bíblicas que el pastor dirigía a los creyentes. El solo esperaba que la joven lo volviera a mirar, ya que estaba asombrado con el fuego de sus ojos y la serena languidez de su expresión. No escondían el gozo del uno por el otro.

Rosalva Arias Romero, era el nombre de esa joven, de apenas quince años a cumplir. Mas que una mujer, era una niña consentida, metida a mujer grande, hija de un pequeño comerciante de San Antonio de Roxana que vivía, si no en la abundancia, al menos sí, cómodamente y sin aprietos económicos.

Su casa era una construcción típica del lugar, hecha con madera aserrada en la finca, con amplios corredores, una cocina espaciosa, una sala y varios dormitorios confortables. Se encontraba ubicada, precisamente, en la esquina del cuadrante, frente a la plaza del pueblo, a no más de trescientos metros del Templo, donde ella solía asistir todos los viernes por la noche, en compañía de sus queridos padres.

Rosalva era una caricia de la vida y cuando caminaba alrededor de la plaza, en las tardes no lluviosas, la gente de todas las edades, detenían su paso para contemplarla, sobre todo los muchachos jóvenes, que se complacían con solo que ella se dignara dirigírles una furtiva mirada.

La frescura de sus quince abriles, su altivez, su piel quemada por el sol, su pelo negro y lacio, sus ojos color miel siempre bañados de luz, sus redondos y voluptuosos senos mostrándose, tentadoramente, por el generoso escote de su apretada blusa semi abierta, convertían a esa angelical niña, en la pasioncilla de todo el pueblo. Era como una flor abriéndose en la alborada, sin que todavía hombre alguno hubiera olfateado su cálido perfume.

El padre de la joven, don Noé Arias Díaz, era un hombre de unos cincuenta y cuatro años de edad, dedicado a tiempo completo al difícil arte del comercio, amable y dicharachero, no le hacía mal a nadie y le gustaba practicar el bien a sus semejantes, siempre que estuviera a su alcance. El viejo tenía incorporado en su código moral el principio de la solidaridad humana, y tenía bien claro que, cuando uno se muere lo único que se lleva al cielo es lo que le dio a sus semejantes.

Don Noé era una persona pacífica, pero cuando se trataba de defender a su hija, de la cual se sentía, sumamente orgulloso, perdía el control de sí y se transformaba en un hombre peligroso.

En una oportunidad, cuando Rosalva era apenas una niña de escuela y le empezaban a despertar a la vida, los apetitos amorosos y sus encantos físicos, con los anhelos de una adolescente en flor, un muchacho varios años mayor que ella, comenzó a enamorarla. Este la esperaba todos los días a la salida de clases, se venía conversando con la muchachita hasta cerca de la casa, le fue llenando la cabecita a la chiquita de quien sabe que fantasías, y lo peor, ella se las creyó todas; puesto que no tenía ningún empacho en caminar por el pueblo, tomada de la mano de su recién primer enamorado.

Cuando don Noé se dio cuenta, através de sus propios ojos, de que su hija venía de la escuela tomada de la mano de un muchacho mayor que ella, entró en tal estado de furia que se abalanzó sobre el joven como un felino, en una perfecta avidez de saña; lo tomó del cuello con sus dos manotas gordiflacas y lo estaba estrangulando. El viejo había perdido la tolerancia y el miedo, para convertirse en una simple máquina de muerte.

Si no hubiera sido porque un policía pasaba por allí, en ese preciso momento y auxilió al muchacho, quizá don Noé estaría ahora en la cárcel, pagando una larga condena por homicidio culposo. Dicen que ese chalal, después del problema sucedido con el padre de la muchacha, nunca volvió a alzar a ver a Rosalva cuando caminaba alrededor de la plaza, y que el viejo le prohibió a la niña volver a la escuela, como un ejemplarizante castigo.

Ramón, después de ese primer día que fue al Templo Evangélico con su tía y conoció a Rosalva, no pudo dormir más, en paz y tranquilidad. En las noches de insomnio, el muchacho, únicamente, tenía tiempo para pensar en la joven del pelo largo y ojos color miel y esperaba con angustiosa ansiedad, que llegara el próximo viernes para regresar a San Antonio y tratar de ver a esa flor crepuscular.

Ese guapo mozo se derretía por los encantos físicos de la adolescente y solo pensaba en propiciar un encuentro con ella. El sentía que los grandes ojos de esa niña lo deseaban y que, posiblemente, ya no podía contener más la turbulencia de las brisas que soplaban, de los riñones invisibles de su alma.

Rosalva, desde que había visto por primera vez a ese muchacho, había sufrido un gran cambio en su vida; se le había transformado la curiosidad de la infancia, en un amor profundo de mujer; e invertía parte de su tiempo libre, cavilando sobre si el destino les iba a permitir un encuentro más. La joven, pronto se dio cuenta de que había encontrado su prototipo de hombre.

La pobre muchacha tenía su cabecita llena de conjeturas y oía ruidos de besos y caricias por todos lados. No iba mas allá de pensar en aquel joven atildado, buen doncel y galán que había recién llegado al Templo, acompañado de una señora mayor. "Será su madre, Se preguntaba ella, con suma reiteración.

El viernes, Ramón trabajó en la clínica hasta mediodía. Luego abordó el tren hacia Guápiles y desde allí, se trasladó a San Antonio y luego a la casa de su tía Hortensia.

Era muy temprano para ir al Templo, razón por la cual, el muchacho optó por darse una vueltita por el pueblo, con la esperanza de encontrarse en la calle, con aquella joven que apenas empezaba a despertar a la vida y tratarla por primera vez.

Como nada de lo imaginado por Ramón sucedió, se metió a una de las tantas tabernas que hay en el lugar y se tomó una cerveza bien fría, para vencer la ansiedad que le producía el solo pensar en ella.

Al caer la noche y bajo una inmensa lluvia, Ramón llegó a la iglesia. En esta oportunidad lo hizo solo y buscó el mismo asiento donde se sentó la primera vez, que por lo visto, le había traído buena suerte.

Rosalva se encontraba allí, acompañada, como siempre, de sus queridos padres. Al instante, los ojos de uno y del otro se buscaban entre los asistentes y cuando coincidieron, se cruzaron una primera mirada devoradora e interminable y, en el silencio eterno de ese mismísimo instante, ambos se profesaron amor perpetuo.

Ella se volteó para mirarlo con sus grandes y dulces ojos juguetones y un leve esbozo de una mueca atrevida se dibujó en su cara de niña pícara. El también le correspondió con una ávida sonrisa placentera y la miró directo a su cara, con unos ojos quebrados por el impacto de su belleza. En ese instante, se expresaron tantas cosas con las miradas que las palabras sobraban.

Durante todo el tiempo que duró el acto religioso, ellos no cesaron de flirtear, cruzándose tiernas y dulces miradas, regalándose furtivas sonrisas de amor, en una aparente orgía de sentimientos, colores y sonidos.

Ramón a sus dieciocho años de edad, ya había tenido varias experiencias amorosas serias con jovencitas de otros lugares, pero nunca sentido tan ligero y acelerado el palpitarse de su corazón, como en esta oportunidad. El joven estaba, realmente, entusiasmado con esa niña de aires de mujer en flor, a quien la consideraba desde ya, su alma gemela.

Lo mejor –dijo para sus adentros Ramón– será abordar a Rosalva a la salida del Templo y acompañarla a su casa, aunque él viejo no lo consienta. Tengo que hablar con ella hoy mismo y en el futuro cercano, visitarla a su casa. Más adelante hablaré con sus padres como debe ser, con mi corazón en la mano y les expresaré, clara y contundentemente, cuál es la verdad de mis sentimientos con su hija; como lo hacen los hombres serios y responsables.

El viernes siguiente, Ramón llegó al Templo antes que la mayoría de los concurrentes. El muchacho estaba ansioso por ver entrar a Rosalva y por supuesto, recibir de sus bellos ojos color miel una inocente y profunda mirada, además del placer de poder observar sus dulces labios entreabiertas por su encantadora sonrisa.

Ella, ese día, se presentó en el Templo como flor de gracia. Quizá, podía estar más radiante, pero no más encantadora. En sus grandes ojos bañados de luz, ardía una llama extraña y brillaba el resplandor de la virtud y la castidad más pura. Un vestido de tela muy fina y sedosa, ajustado a su contorneado y frágil cuerpo, dejaban a la vista de la concurrencia, los abundantes encantos físicos inferiores, de esa preciosa infanta.

Ramón, cuando vio entrar a la muchacha se quedó boquiabierto, estupefacto, alelado, mirándola de arriba abajo y, a partir de aquel instante, se concentró en estudiar la forma de cómo ganarse los favores más afectuosos de la joven. Las hijas de aquellas tierras eran hermosas como el rocío de la montaña, tenían los ojos bañados de luz, los cabellos de seda y los pechos de mármol.

Ya no puedo esperar más –dijo el joven–. Hoy, Rosalva tiene que saber que esos grandes ojos soñadores y esas bellas mejillas virginales, me tienen dando vueltas desde el día que la conocí y que desde ese bendito instante, no hago otra cosa, que no sea pensar en ella.

El acto religioso llegó a su final, el Pastor dio la bendición a todos los hermanos y hermanas de la comunidad y todos los coterráneos, como buenos amigos que eran, aprovecharon la valiosa ocasión para saludarse y conversar animadamente, sobre los principales acontecimientos políticos de la semana.

Don Noé y su inseparable esposa charlaban con el Síndico del pueblo, sobre los ajetreos de la campaña electoral recién pasada. Mientras todo esto sucedía y sus padres se mantenían muy entretenidos hablando los amigos sobre diversos temas, Rosalva aprovechó la oportunidad para retirarse del grupo y dirigirse a la puerta del Templo, para tratar de ver al joven y, "sorpresa, ahí estaba él, esperándola.

_¡Hola!_dijo él_. ¿"Como te llamas?
_Rosalva Arias Romero. ¿Y tú?
_Ramón Porras Líe _contestó el muchacho_.
_¿Dónde vives? _Pregunto ella, con inusitada decisión_.
_En Guácimo, _respondió el joven_.

Ramón, viendo que los padres de Rosalva ya se disponían a despedirse de sus amigos y se dirigían hacia la puerta principal, le preguntó a la muchacha:

¿La puedo acompañar hasta su casa?

Ella le contesto: Mi padre es un poco enchapado a la antigua y todavía no me ve como una verdadera mujer, en la que muchos hombres se fijan en mí con mirada de hombre.

Pero, por ahora, Ramón, déjenos a nosotros ir un poquito adelante, luego yo aminoro el paso para quedarme atrás de ellos, para que usted se acerque y podamos conversar un ratito y así, conocernos más y mejor.

Ellos tienen que vernos juntos, para que se acostumbren y así poder saber nosotros, si mis padres lo aceptan.

Ramón obedeció, a ciegas, los consejos de la bella muchacha. Esperó pacientemente, que los padres salieran de la iglesia y se adelantaron unos cuantos metros y aguardó que ella disminuyera el paso, hasta que él le diera alcance.

El joven aprovechó el corto tiempo que disponía, para hacerle saber a la joven todo lo que sentía por ella y lo mucho que la admiraba. Rosalva también le confesó, que desde el día que lo vio entrar al Templo, en compañía de una señora mayor, no había podido dejar de pensar en él.

Es mi tía –dijo Ramón_. Ella es evangélica practicante y me pidió que la acompañara ese viernes al Templo, porque pretendía que yo adoptara su religión y me convirtiera en un **hermano** como ella. Pero pienso que después del milagro que nos sucedió a ambos, donde Dios nos puso el uno frente al otro, lo menos que puedo hacer es convertirme en cuerpo y alma, en el más ferviente seguidor de la Palabra del Señor.

Ella lo escuchaba con sus dos grandes ojos color miel, más abiertos que siempre. Estaba absorta con lo que le decía su enamorado y presentía que era igual a como se lo había imaginado: un hombre serio, formal, tierno, dulce, cariñoso y con una siniestra y refinada elegancia.

Ella todavía no me había dicho ninguna palabra de amor y yo sentía que, cuando ella lo deseara, sería todo suyo.

Rosalva abrigaba la esperanza de que sus padres, cuando conocieran al muchacho, le permitieran disfrutar de un noviazgo formal y satisfactorio, como lo hacen todos los jóvenes del mundo, donde el novio visita a la novia en la casa, claro está, después de **solicitar la entrada** a sus padres, como suelen hacerlo los hombres respetuosos, serios, responsables y bien intencionados.

Ramón no se percató de que ya estaban llegando a la casa de la muchacha. El tiempo se había acabado muy rápido y sintió que apenas había tenido espacio, para conversar nada. Necesitaba otra oportunidad para expresarle a ella, todo lo que quería expresarle. En el ratito que pudieron caminar juntos, el muchacho notó que la conversación de ella tenía ciertos rasgos de inocencia de novia y ocurrencias de adolescente; pero el entusiasmo que ponía en todo lo que decía, hacía que se manifestaran en sus ojos todas las promesas y en sus labios todas las mieles.

Los padres de la muchacha entraron a la casa. Los jóvenes se quedaron en las gradas del corredor, más que hablando, sonriendo el uno al otro. Estaban embelesados. Pero como la dicha no dura tanto, don Noé, desde la cocina gritó a todo gallo: Rosalva, por favor pase ya para adentro.

Apenas les quedó a los enamorados un segundo para despedirse y antes de entrar; ella, como toda mujer, con un mínimo de sensibilidad, alcanzó leer los ojos de un hombre enamorado e impulsada por una simple juvenil inconsciencia, estuvo a punto de ceder a la tentación de darle un beso casto en la frente, como una forma tierna de aceptación y entrega.

Pasada la lluvia, el cielo se había despejado lo suficiente como para distinguir, en un fondo oscuro, el brillo de algunas solitarias estrellas. Ese día, Ramón llegó al lugar de encuentro más temprano que de costumbre. Encontró a Rosalva y a sus padres sentados, esperando su llegada. Incluso al lado de ella, por pura casualidad o por acción premeditada, había un asiento vacío. El joven, medio temeroso, entendió al vuelo el mensaje y decidió llegar hasta allí y sentarse cerca de la muchacha, muy juntos, casi rozando costado con costado, mejilla con mejilla, pudiendo disfrutar del exquisito olor de aquella chica nubil.

¡Hola!

Fue el saludo común entre ellos. Una ligera mirada y una media sonrisa entre los enamorados, fueron suficientes para entenderse. Lo importante era que, por primera vez, ambos podían asistir al Templo y sentarse juntos, en compañía de sus padres y ante la mirada inquisidora de todos los creyentes de la comunidad allí congregados.

Estaban sentados tan cerca el uno del otro, que podían sentir la fragancia de sus perfumes, su aliento, el palpitante acelerado de sus corazones y hasta rozarse la piel. Tanto Ramón como ella, disfrutaban de una alegría pura, transparente, cristalina y se hallaban poseídos por el más tierno y enternecedor amor.

En el pueblo, algunos vecinos cercanos a la familia Arias Romero, comentaban el noviazgo de la joven Rosalva, sobre todo a la hora de tomar el café, se hablaba de la relación amorosa de los jóvenes.

Don Noé –cosa rara en él – había sido el primero en afirmar, que el muchacho le parecía bueno y que no le caía nada mal. Es un buen hombre y aparenta tener sanas intenciones con nuestra hija, lo veo como un excelente partido para mi niña; pero hasta que no me **pida la entrada** a la casa, como lo hacen los hombres nobles y cabales, no le permitiré que sean novios, ni que la visite en nuestro hogar. Las cosas tienen que hacerse como Dios manda. Si no, mejor no se hacen.

Los rumores del noviazgo de la hija del comerciante, recorrió el pueblo a la velocidad del viento. Eso son nimiedades –decía la muchacha_. La verdad es que los dos nos queremos. Si él me quiere a mí, yo lo quiero a él. Tratamos de estar juntos por ambos nos amamos. Nos llegó la hora del amor. Entonces.

Por eso Rosalva le insistía a Ramón, para que hablara con sus padres a la mayor brevedad posible y le transmitiera las buenas intenciones que tenía con ella, les **pidiera la entrada** a la casa y se formalizara la relación, como se acostumbra hacer, en las familias decentes.

Ramón, aunque quería lo suficiente a la muchacha, no estaba pensando en casarse por ahora, y por ello no se sentía completamente seguro, si lo más conveniente era hablar con el viejo en este momento, o dejar las cosas para después, cuando las relaciones sentimentales entre ambos, fueran más sólidas y estuvieran más consolidadas.

El sentía que a su edad carecía de la madurez y el sentido de responsabilidad para la vida en pareja, porque todavía era un hombre muy joven, soltero, impetuoso, jactancioso, parrandero y bohemio, y por lo visto, acostumbrado a satisfacer sus exigentes caprichos.

Hay Por Dios Si apenas tenía dieciocho años. Era un adolescente, todavía. Por qué pensar en cosas tan serias como el matrimonio.

Por todo esto, al muchacho no le hacía ni poquita gracia la propuesta de Rosalva, de que hablara con su padre y le **pidiera la entrada** a su casa, con el único fin, de formalizar su relación sentimental.

Sin embargo, pese a su inicial negativa a comprometerse, el indeciso joven terminó por someterse a los caprichos de la muchacha y aceptó ir a hablar con don Noé y su esposa, de los sentimientos que sentía por su hija, y de paso, **pedir la entrada** a la casa y satisfacer así, la voluntad de la niña.

Ese sábado, por la tarde, en la bajura se cernían negros nubarrones, el viento soplaban estrepitosamente y una lluvia copiosa y fría, azotaba las hojas de los arboles, retumbaba el trueno entre las nubes oscuras, y los rayos y culebrinas, de vez en cuando, iluminaban el entorno.

Era cerca de las siete de la noche cuando Ramón se apersonó en la casa de Rosalva. Tocó la puerta, suavemente, y salió a recibirla Mariana, la madre de la muchacha. Al verlo empapado, la futura suegra lo saludó muy efusiva y entusiasmada y se apresuró a pasarlo adelante. Luego, con carita de **yo no se nada** le preguntó muy amablemente, que se le ofrece, joven

Doña Mariana era una típica ama de casa, dedicada con exclusividad a su esposo y a sus hijos. Bonachona, de gran delantal amarrado a la cintura y se había encariñado mucho con el muchacho. Algunas veces, a escondidas de su esposo, había alcahueteado a su hija llevándola a Guápiles, diz que a comprar alguna cosa para la casa, cuando la verdad era que, Rosalva venía a encontrarse con Ramón. La vieja había empezado a sentir por el muchacho cierto naciente cariño.

Quiero hablar con el padre de Rosalva –dijo el joven_. Es sobre la relación entre su hija y yo. La alegría muy bien disimulada, se hizo presente en el rostro de la vieja y algo así, como un rubor leve, color rosa encendió las mejillas de la futura suegra.

Noé está descansando, _bueno durmiendo_ y cuando lo hace, _dijo Mariana_ dormita tan tranquilo, como si hubiese pegado la lotería. Pero tratándose de usted y el motivo tan especial de su visita, voy a llamar al viejo sin demora.

Pero antes, muchacho, siéntase cómodo, que a partir de hoy, ésta es su casa. También le voy a dar la noticia a mi niña, porque pienso que a usted le gustaría que ella esté presente en la conversación.

Debes de comprender –jovencito_ que para una mujer, el día que el novio viene a **pedir la entrada** a su casa, es una fecha muy esperada y especial y jamás se olvida. Pero siéntese, muchacho, y por favor espere aquí, mientras yo llamo a Noé y a mi hija.

Ramón pasó adelante y se acomodó en un confortable sillón en el centro de la sala. El muchacho estaba un poco confundido y los nervios le invadían todo el cuerpo. En su interior, una vocecilla secreta, que le brotaba del fondo de su entendimiento, le preguntaba con angustiosa insistencia, que estaba haciendo allí

Con su cándida y suprema virginidad, Rosalva fue la primera en aparecer, como era lógico de esperar. Estaba acabada de asear, con el color rosa natural de sus carnosos labios, el pelo negro azabache bien acomodado, recogido con una peineta de carey, también negra. Ella traía puesto un vestido fucsia, muy corto, ajustado a su esbelto cuerpo y al sentarse, la prenda no alcanzaba para cubrir sus largas, bellas y contorneadas piernas.

Más bien, esa adolescente de primavera, se parecía más a una modelo de pasarela, que a una muchachita de la zona rural. Se notaba muy nerviosa, pero en toda ella se adivinaba la vibra de la emoción, la alegría y la dicha. Rosalva se sentía en la cresta de la felicidad.

Su mamá, que ya había regresado a la sala, era la más entusiasmada. Su corazón de madre le decía, sin miedo a equivocaciones futuras, que este joven guapo era un partido, escandalosamente deseable, en el mercado matrimonial del pueblo; y ella quería ver, como toda madre amorosa, a su hija feliz, bien casada, trayendo muchos hijos a este mundo.

En eso apareció don Noé, semiadormecido por la cálida tranquilidad de la incipiente y calurosa noche, un poco serio pero contento y accesible, saludando al futuro yerno con entusiasmo, afecto y cordialidad, como intentando desarrollar una vena de jovialidad y simpatía con el joven.

Don Noé le extendió los dos brazos al muchacho, le estrechó la mano y, mantuvo la mano del novio entre las suyas, por unos instantes. Ese inesperado y tibio acto afectuoso, le daba seguridad y confianza al joven.

Siéntese señor –dijo el padre de Rosalva_. Me han dicho 'las mujeres de esta casa que usted viene a conversar conmigo, posiblemente, sobre su relación sentimental con mi hija. Antes de que comience a hablar, debo decirle que ella es lo que más quiero en este mundo y que ya en una oportunidad, casi estrangulo a u joven aprovechado, de comportamiento dudoso, que se le acercó a la chiquita con muchas confiancitas, siendo apenas una niña de escuela.

Pero, no hay que mirar para atrás, dijo don Noé. Yo entiendo que lo de mi hija y usted es muy diferente, ya tienen cierta edad para emparejarse y como jóvenes que son, me parece lógico que quieran mantener una relación sentimental seria y responsable.

Ramón, yo solo quiero lo mejor para mi hija, y al buen entendedor siempre le ha bastado con media palabra. Espero que usted sea el hombre que la quiere y la merece, que la haga su mujer como lo ordena la palabra de Dios, uniéndose a ella en el Altar de nuestro Templo, en nupcias de verdad y que la trate bien, la honre, la ame, la haga feliz y la respete, para que después, conviertan a estos viejos, en unos súper abuelos.

Creo, Ramón que he platicado mucho. Le ruego que me disculpe. El que ha venido a hablar aquí es usted y yo le he acaparado el espacio. Por eso y mucho más, me permito, con todo el gusto del mundo, cederle la palabra.

No se preocupe don Noé, dijo Ramón. Todo lo que usted ha expresado de su hija, resulta muy interesante y halagador para mí y nunca, por motivo alguno, me permitiría dudar de la bondad de sus razonamientos. El saber que el padre, siempre se ha preocupado por procurarle el máximo de bienestar y seguridad a su hija, me da confianza y me compromete más con Rosalva y su familia.

Ustedes saben que hace unos días, conocí a su hija en la iglesia. Hemos conversado algunas pocas veces, creo que nos entendemos muy bien y me gustaría iniciar un noviazgo formal con ella. Quisiera **pedirle la entrada** a su casa, para que, con su venia y la de su familia, pueda visitar a Rosalva en su residencia, como ella se lo merece.

Ustedes comprenderán que el amor es una necesidad del alma, es el alma misma para decirlo de manera más exacta, y deben de vislumbrar que los dos somos muy jóvenes todavía, pero tenemos derecho a disfrutar juntos de la vida y a compartir parte de nuestro tiempo libre. Yo para su hija pretendo lo mejor, al igual que usted, don Noé. La voy a querer, a proteger, respetar mucho y puede estar seguro usted, de que ella estará muy bien cuidada.

Mientras el futuro novio hablaba con el padre de la joven, con la voz un poco quebrada de emoción ante la inocencia de la muchacha; ella, con los ojos brillantes, abiertos, con una expresión plena de amor, le lanzó una tierna mirada, preñada de eternas promesas.

Don Noé volvió a ver a su esposa y luego dirigiéndose a Rosalva, le preguntó. Y usted qué opina, hija Es por usted que están solicitando la entrada a la casa. Ella, ebria de alegría y euforia y con visibles arrebatos de placer, solo atinó a decir: papá, yo lo amo.

Y en una acción de chiquilla adolescente inconsciente, tomó la cara de su novio entre sus cálidas e inocentes manos y sin pensarlo dos veces, lo besó en la boca, con ardor, decisión y glotonería.

Ramón, mirándola con deseos y con el alma hinchida de placer, solo se atrevió a susurrarle en el oído, que en su corazón y en su alma, ella era la elegida. Juntos nos esperan nuevos y resplandecientes amaneceres, pronosticó el joven.

Gracias papá y mamá, _dijo Rosalva_ por tener la suficiente confianza en mí y dejarme vivir un noviazgo con el hombre que quiero. Estoy completamente segura, de que él enriquecerá el caudal de mi alma. Yo les prometo a los dos, por los clavos de Cristo, que no los voy a defraudar. Ramón es un buen muchacho, honesto, recto y vertical. Ya nos hemos tratado un poquito y pienso que tengo suerte de que una persona con las cualidades de él, se fije en mí. Y con la inocente mirada de sus ojos, fertilizada de caricias húmedas, se acercó a sus padres y les dio un animoso beso en la frente.

Siendo así –dijo don Noé_: Ramón, le concedo la entrada a mi casa, para que pueda visitar a mi hija, Rosalva. Espero que la honre a ella y a mi familia. Desde hoy en adelante esta será su casa y nosotros, su nueva familia. Usted puede venir a visitar a la novia tres veces a la semana, preferiblemente, de seis a nueve de la noche.

Ella es una mujer muy joven, humilde, honesta, inocente, incluso ingenua. Espero que no se aproveche de mi niña. Confío en Dios, que usted como ella, logren pronto, atar sus voluntades a un destino común.

Usted es un poquito mayor que ella. Viene de la ciudad, tiene más años de andar con mujeres y no sería justo que se valiera de una muchacha de campo, buena, humilde, sencilla, si estudios, con experiencia en nada y que apenas frisa los quince años de edad.

Me dolería mucho, si me llego a enterar de que abusa de la confianza que se la ha brindado en esta familia. Me gustaría, si de verdad se quieren tanto, como parece indicar, que no prologuen mucho el periodo de noviazgo y se decidan pronto a casarse. Los amoríos largos son una lamentable pérdida de tiempo y el tiempo es oro, muchacho –dijo el viejo_.

Luego, atrajo a su hija a su pecho, le depositó un tierno beso de padre en su frente de niña y le deseó toda la suerte del mundo, en su nueva relación amorosa que recién iniciaba. Su madre, que no cabía de alegría, de inmediato, repitió la acción conmovedora de su esposo.

Mientras tanto, en los amplios corredores de la casona, un perro muy querido por todos en la familia, espantaba las moscas al sacudir sus largas orejas; cerrando sus apacibles ojos, para luego dejarse caer en los acogedores brazos de Morfeo.

Quisiera recordarle muchacho –dijo don Noé_, que las mujeres hoy en día, maduran más de prisa que nosotros los hombres y mi hija, a pesar de su corta edad y su falta de experiencia en las cosas de la vida, es muy centrada, sabe escuchar a su corazón y entiende sus instintos.

Yo le agradezco mucho los buenos consejo que me ha dado hoy y los voy a seguir al pie de la letra –dijo Ramón_. Tenga plena confianza en mí, yo amo a Rosalva con todas las fuerzas de mi corazón, y si nos conviene, pronto vamos a unirnos como Dios manda, y si así lo tiene designado el Señor, su hija y yo, traeremos muchos hijos a este mundo.

Las oportunidades están hechas para aprovecharlas y conocer a su hija, es lo mejor que me ha ofrecido la vida. No estoy dispuesto a dejar pasar esta valiosa ocasión que el destino me presenta.

Mientras tanto, el viento sacudía las ramas verdes de los arbustos verdes. Las copas de los frondosos árboles por encima y en conjunto, formaban una extensa bóveda verde, por donde el sol se filtraba entre sus ramas. Las bellas mariposas de múltiples colores y tamaños revoloteaban alrededor, y de los campos llegaba el canto entusiasta de los pájaros.

De esta manera, Ramón y Rosalva obtuvieron la venia de sus padres para iniciar un noviazgo, donde se visualizaba un futuro algodonoso y acaramelado, en el cual flotaban ambos entre nubes, muy cerquita de Dios, abrazados para siempre e incendiados por las llamas del amor más puro.

La muchacha se había entregado, sentimentalmente, al joven por completo, en cuerpo y alma; y él le correspondía de idéntica manera, con inusitado entusiasmo. Los dos habían firmado un pacto, basado en el amor permanente y constante.

Por varios largos meses, los jóvenes disfrutaron de las mieles de un noviazgo inocente y puro. Pero la sangre caliente y lujuriosa que corre por las venas de los muchachos enamorados, y los deseos de la carne joven y las pasiones encontradas, pronto empezaron alentar los cuerpos y a pintar el cielo de oscuros nubarrones y la vida de este par de tortolitos, se fue tiñendo de gris y transformándose, poco a poco, en una relación tormentosa.

Ramón trabajaba en una clínica en Guácimo y para poder visitar a su amada, tenía que venir hasta San Antonio de Roxana, que quedaba bastante distante. De regreso se hospedaba en un hotel en Guápiles, para tomar el tren de las cinco de la mañana de día siguiente y llegar a tiempo a su lugar de trabajo. Cuando se presentaba en la clínica, ya había una fila de pacientes esperándolo.

El pagar hotel y transporte los días que visitaba a su novia, le estaba resultando al joven bastante onerosos. Por eso un día, sin malas intenciones de por medio y mas bien, movido por buenos propósitos, Ramón le propuso a su novia que lo dejara quedarse a dormir en su casa y que al día siguiente, muy temprano, antes de que cantara el gallo y se levantaran sus queridos padres, el abandonaba la residencia por la puerta trasera de la cocina y se venía para guápiles, sin que nadie se diera cuenta.

Bastaba con solo dejar la puerta de la cocina abierta, para poder entrar cuando ya los viejos estaban dormidos y pasar la noche en un sofá. Que estaba mal puesto por allí, con el único fin de no gastar más dinero en los hoteles.

Rosalva lo amaba con un amor de esclava y le nacía ayudar a su novio en todo lo que le solicita; pero pensó mucho en la propuesta de Ramón, por el respeto que le tenía a sus padres. Y si nos descubren los viejos.

Pero por lo general, tarde o temprano, toda mujer enamorada termina haciendo lo que le pide su amado. Además, le encantaba la idea de que su novio pernoctara en su casa, a pocos metros de distancia, de donde ella dormía; envuelta en sabanas limpias, pero más solitaria que una viuda perdida en el bosque.

Rosalva, como toda mujer joven con el corazón, sentimentalmente comprometido, terminó por aceptar la propuesta del muchacho y comenzó a dejar la puerta de la cocina abierta.

Rosalva especulaba que las mujeres necesitan más a los hombres que ellos a nosotras. A lo mejor un día –pensaba ella– terminamos durmiendo en mi cama juntos. Esa idea descabellada, fantasiosa y peligrosa, loca pero posible, comenzó a instalarse en el caletre de la osada muchacha.

Ramón, después de la visita de rigor a su novia, se despedía de toda la familia y simulaba venirse para Guápiles; pero una vez que los viejos se dormían, regresaba a la casa de la muchacha, penetraba por la puerta trasera de la cocina, la cual estaba siempre abierta, y se quedaba durmiendo en la vivienda de sus suegros con inusitada tranquilidad.

Al principio todo salió muy bien. El cumplía la palabra empeñada con la muchacha. Solo se trataba de quedarse a dormir en el sofá de la cocina, o más; y don Noé, quien tenía un sueño muy pesado, jamás se iba a imaginar lo que estaba sucediendo en su propia casa.

Poco después, cuando Ramón regresaba a la casa de Rosalva y penetraba por la puerta trasera de la cocina, ya no podía concentrarse en el sueño reparador, agujoneado por la tentación y la lujuria que le provocaba saber que, a pocos pasos de él, se encontraba Rosalva sola, tendida en su cama, cubierta únicamente por su larga cabellera negra. Y la joven muchacha se desvanecía pensamientos semejantes a los de su novio, pasando parte de la noche en vela, esperando el momento ansiado. La verdad era que Rosalva estaba tan entusiasmada con ese joven, que si él quería respirar, ella corría a traerle el aire.

El y ella pasaban el día entero contando las horas y esperando, con trastornada excitación, que llegara la noche de la visita, para volverse abrazar, estrechar y besar. La muchacha, por más que lo intentaba no podía ocultar su hambre insaciable de caricias, manoseos y sexo.

Ese viernes hacia un hermoso día. El cielo estaba despejado, no corría viento y el aire era tenuamente tropical y bienoliente. La noche, más oscura que de costumbre, invitaba al recogimiento, la entrega y a la intimidad.

Ramón, ese viernes se había tomado unas cuantas cervecillas de más y llegó a la casa de su novia con sus atributos viriles encendidos, la cabeza rebosante de fantasías y de múltiples posibilidades de amor. Tanto él como ella, esa esplendorosa noche, se encontraban con el deseo en la cima y el sexo en llamas.

Su familia había salido y Rosalva estaba sola en su casa. La joven había terminado de acicalarse y estaba más bonita que nunca y al llegar Ramón, en ella los ojos brillaban con destellos de pasión y lujuria.

Ella recibió al joven en las gradas del corredor de su morada, con un fuerte abrazo y depositó, tiernamente, sus jugosos labios rosados sobre los de él. Cuando ella le daba besos, él se los devolvía, a la par de una mirada con ojos apasionados y enternecedos.

Ramón le respondió como un joven tierno y enamorada. Ambos continuaron besándose y acariciándose, con apetito voraz y una gran dosis de atrevimiento. Y en esos momentos de franca debilidad se restregaban, besaban y lamían en medio de un silencio cómplice, tragándose los leves suspiros y dejándose consumir por las llamas de una inmensa pasión, cada vez, más incontrolable y peligrosa, próxima a alcanzar el placer sumo del amor.

Ramón, esa noche ya no se quedó en el sofá de la cocina; sino que se atrevió a traspasar la sala y penetrar en la habitación de la muchacha. Ella no estaba dormida, más bien daba la grata sensación de que lo estaba esperando, como lo esperaba todas las noches, desde el primer día que había consentido, que él se quedara a dormir en su casa.

Ella lo deseaba con toda la pasión de una mujer de quince primaveras, que todavía no había saboreado los manjares ni las mieles del sexo y, probablemente, por eso no sólo dejaba la puerta de la cocina abierta, sino también, la de la sala y la de su alcoba.

Esa fría noche, loco de deseos por ella, Ramón, con manos de seda, empujo muy suavemente, la puerta de la habitación de la muchacha, introdujo la cabeza ladeada, tratando de no hacer bulla para no despertar a los viejos, luego se fue deslizando bajo las sábanas de su amada, quien esperaba ese momento con gran ansiedad y desesperación.

Cuando ella sintió la tibieza del cuerpo de su novio junto al suyo, lo forzó contra su pecho, sintió los latidos de su corazón, su pasión animal y su olor a macho en celo, húmedo él, por el deseo que le provocaba su cuerpo nubil y virgen.

Ella lo esperaba completamente desnuda, cubierta por su largo y sedoso pelambre negro, como único atuendo. Apenas lo sintió encajado sobre su cuerpo, lo abrazo y lo estrujó con firmeza contra sus grandes senos, firmes, esponjados y convertidos en un ensueño y comenzó a besarlo y a acariciarle sus rincones más escondidos, con sus tibias y suaves manos. Los dos temblaban con la piel ardiendo en llamas de delirio y placer.

A Ramón, al instante, se le olvidó el temor que sentía al principio, de ser descubierto por el padre de la muchacha, el cual se encontraba durmiendo a pocos pasos de allí. Ya ni siquiera se acordaba de lo que había pasado al joven, que pretendió seducir a Rosalva, cuando apenas era una niña de escuela, ni la intención del viejo al contárselo.

La noche amenazaba tempestad, el fuerte viento sacudía las hojas de las ventanas de las casas', y los árboles agitaban sus enormes ramas. La fría noche era fiel testigo y cómplice muda, de los sentimientos desbordados de los amantes. Ellos, fundidos en una sola unidad, sus espíritus abandonar los respectivos cuerpos y se desbordaron en torrentes de pasión.

Esa noche de ensueño, Ramón se entregó a Rosalva y Rosalva se entregó a Ramón. Una y otra vez, como si la oportunidad de practicar el sexo se fuera a terminar al instante. Se había fundido en una sola carne y el fuego de la pasión, devoró a los dos por dentro y por fuera. Realmente, los amantes no habían hecho el amor, sino que el amor los había hecho mejores amantes y más comprometidos para siempre.

Desde aquella primera noche, los jóvenes continuaron viéndose casi siempre. Entrada la oscuridad, él se deslizaba hasta el portal que ella, a propósito, dejaba entreabierto y mientras los viejos roncaban ellos vivían su felicidad sin límites.

En la mañanita, apenas aparecía el primer resplandor del día en la ventana, el joven abandonaba las sabanas de su amada y se dirigía al lugar de trabajo, en Guácimo.

Cada día le costaba más desprenderse de aquel nido tibio y acogedor de su amada.

Rosalva se quedó observando las sabanas blancas y notó que tenían unas pequeñas manchas de sangre viva y, en ese preciso instante, se dio cuenta de que hay cosas que se pierden para siempre y que esa noche, su intimidad femenina estaba herida, placenteramente, por la virilidad de su hombre. Ella había sido poseída por su amado y se había convertido en una mujer realizada, sexualmente. En ese apasionado acto, ella había perdido su condición de niña buena, y ese simple hecho, la colmo de dicha y entera satisfacción.

Ramón seguía durmiendo en la casa de su suegro y acostándose a escondidas con su hija, un día si, y otro también. El hacía, precisamente, lo que el padre de la muchacha le había advertido, con asiduidad, que no hiciera. Si don Noé se enterara de lo que hacían esos dos atrevidos enamorados por la noche, se habría horrorizado hasta los tuétanos. El no iba a permitir que su hija querida perdiera la condición y el perfume de mujer virgen en su propia casa, antes de ser desposada, como lo demandaban las sagradas leyes Divinas.

Una noche, cuando más quietud y silencio reinaba en la casa de don Noé, los novios se buscaban y tocaban bajo las sabanas, empujados por la fuerza del deseo y la pasión y se entregaban el uno al otro, con más excitación, sentimiento y fanatismo que de costumbre.

Ramón sabía que son pocos los hombres que saben al dedillo complacer a una mujer y aun menos, los que están dispuestos a intentarlo. Por eso hacia todos los esfuerzos posibles por satisfacer las necesidades sexuales de Rosalva, hasta dejarla extenuada y sobre la cima del placer.

El brillo de las estrellas alegraba el cielo negro con luces y destellos y la noche se comportaba ventosa, fría y húmeda. Una escasa garuba mojaba los herrumbrados techos de las casas del pueblo, y un profundo y preocupante silencio reinaba en el ambiente. Era una noche apta para jóvenes enamorados, de esos que se enamoran, fácilmente, del amor.

Ramón y Rosalva vivían un amor de leyenda. Esa noche, llevados de la mano por el fuego ardiente de la pasión que los consumía, se entregaron al placer y al amor, una y otra vez, ejercitando con arrebato y fanatismo, los rudimentos sutiles del arte más antiguo de la humanidad: la práctica desbocada del sexo.

Esa extraña y silenciosa noche, la cual parecía haber sido concebida en exclusiva para ellos, los amantes se acariciaban, se besaban y se penetraban por doquier y sin reseras, y cuando apareció el momento más sublime y esperado del clímax; Rosalva, sin tener conciencia plena de lo que estaban haciendo, presa de una turbulencia emocional incontenible, en medio de la oscuridad y en el más absoluto silencio, dejó escapar en aquellas noches breves, varios gemidos largos y sentidos, como tiernos grititos sucesivos de amor, que se dejaron oír por toda la casa.

Ese ruido tan sui generis, en medio de susurros y suspiros, puso en alerta al padre de la novia, quien, de inmediato, se levantó con el foco en la mano y se dirigió al aposento de la muchacha, con paso lento y silencioso, caminando de puntillas, para no hacer ruido.

Abrió suavemente, la puerta de la recámara de Rosalva y dirigió la luz de su foco sobre la cama de su querida hija, encontrándose a Ramón como Dios lo había traído al mundo, montando y penetrando a su niña también desnuda, en plena faena amorosa de la noche. En la boca de la muchacha se dibujaba un rictus de placer y de satisfacción plena.

Ambos amantes, al observar al viejo con el foco en la mano alumbrándoles las partes más pecaminosas, se quedaron petrificados, sin respiración alguna, con la sangre paralizada en sus venas y helada por miedo; convencidos los dos, de que ese instante sería el último momento feliz de sus vidas.

Don Noé, al presenciar a su querida hija formando parte de aquel diabólico cuadro, con el corazón palpitante y las rodillas flojas, los ojos aguados en lágrimas y chillido de rabia y odio, le temblaban las manos de puro coraje, se le cayó el foco y, aun a oscuras, se abalanzó sobre el inconsistente cuello de Ramón, tratando de agarrarlo con sus dos manotas gordotas y estrangularlo. Ella guardó sepulcral silencio por un leve instante, bajando la cabeza como una rama a punto de desprenderse.

En ese momento, el único propósito del viejo era acabar con la vida de ese mal agradecido que, sin ningún escrupulo ni consideración, se atrevía a poseer y a violar a su hija menor de edad, en su propia casa.

El pobre viejo consideraba que estos jóvenes, con sus actos ignominiosos que venían practicando, seguramente desde que le concedió la entrada a su hogar a ese degenerado con cara de perro fiel, han acabado con la honorabilidad de esta familia y la honra solo se paga con sangre.

Al caérsele el foco a don Noé y al quedar a oscuras el aposento, Ramón se aprovecho de la situación ventajosa y logró escapar de las manos del viejo; salió por la puerta de la cocina, la cual dejaba abierta a propósito y en veloz carrera, pronto se perdió en el pueblo. Noé trato de perseguirlo, pero el joven corría mucho más rápido que él, resultando imposible darle alcance.

Don Noé regreso a la casa cabizbajo, decepcionado, con los ojos anegados en lágrimas y con el rostro contraído por la furia y el dolor. Estaba pálido y demacrado, el pulso estaba alterado y su corazón palpitaba aceleradamente, como pretendiendo abandonar su pecho. Su esposa nunca lo había visto en un estado tan lamentable.

Le había amancillado a su hija preferida en su propia casa, precisamente ella, que era lo que más quería en su vida. La humillación que le había propiciado ese infeliz muchacho, al cual no solo le había confiado a su niña, sino que lo trato como a uno de los suyos ofreciéndole su hogar, como si fuera de él, no se la deseaba a nadie, aun, ni a su peor enemigo.

Ese malvado muchacho, con lo que le hizo a mi hija y a la familia entera, merece achicharronearse en el infierno.

Don Noé sentía ganas de llorar, de huir y de morir, tal era lo avergonzado, triste y dolido que estaba y, como el mismo afirmaba, si tuviera suficiente valor para irse de este mundo, me pegaría un tiro en la purísima testa. Que se está creyendo ese desgraciado hijo de puuu.... –Dijo entre dientes_, el hombre más sufrido de la tierra.

En el pueblo saben que de Noé Arias nadie se burla y ese muchachito imberbe tiene que casarse con mi hija, quiera o no quiera, para saldar el agravio y el ultraje que le ha propiciado, gratuitamente, a la familia Arias Romero. De lo contrario, yo mismo me encargare de denunciarlo ante los Tribunales de Justicia, por el delito de **estupro**, por tener relaciones sexuales con mi hija, que no ha cumplido, todavía, los quince abriles.

Ese tonto de capirote se puede burlar de mi, que soy una persona sin instrucción, un analfabeto sin control, pero no podrá jugar con la Ley.

Habían pasado quince días, después de que Ramón fue descubierto por el padre de la muchacha, en plenos amoríos con su hija en su propia casa, y este no daba señales de vida. Parecía, más bien, que la tierra misma se lo había traido, sin dejar rastro ni huella alguna.

Rosalva, con una mirada triste y perdida en la lejanía, trataba de indagar con la tía, el patrono y un tal abogado amigo de ambos, sobre el paradero de su amante y nadie le daba razón.

Desde que su padre los descubrió haciendo el amor con su novio en su propia casa, ella no hablaba con nadie, casi no comía, se sentía confundida, desamparada y sola, herida en el alma y con una sensación de completo abandono, como si acabara de realizar la última jugada de su vida, donde lo había perdido todo.

La mañana se agotaba y el sol estaba alto, el aire puro de la montaña paliaba un poco el caluroso ambiente. Rosalva se encontraba destrozada por dentro y por fuera, y no terminaba de pensar en aquel hombre, aunque la había iniciado en las fantásticas posibilidades del amor.

Desde que pasó lo que pasó, la bella joven se mantenía encerrada en su habitación y no lavaba las sábanas, simplemente, para conservar en ellas, el olor a semen y al sexo fresco de su amante, recordar aquellas noches de pasión, cuando dormía a hurtadillas, con su novio.

Viendo la mamá lo mal que se encontraba su hija querida, muy preocupada porque casi no comía, trató de hablar con ella, de mujer a mujer, como suelen decir las señoras del campo y hablando y hablando, Rosalva convenció a su querida madre, para que la llevara a Guácimo, donde estaba segurísima, iba a encontrar a Ramón. Allí estaba la clínica y el no iba a perder su trabajo, solamente por lo que le había ocurrido en la casa de su novia.

Madre e hija salieron muy tempranito de su hogar, rumbo a Guácimo. Entrando no más al pueblo, dieron con la clínica odontológica, y en un santiamén, localizaron al muchacho.

Al encontrarse ambos amantes, se cruzaron profundas miradas y ninguno de los dos pudo separar los ojos, el uno del otro. Por nada del mundo, estaban dispuestos a perder, ni un minuto, de aquel reencuentro tan esperado y fugaz. Ramón disfrutaba de haber reencontrado a Rosalva y todos los encantos del amor reconciliado, que valen casi tanto, como los del amor naciente.

Ella estaba sobrada de alegría y le parecía, que la diosa suerte, le sonreía a quijada abierta. Estaba convencida de que el verdadero amor resiste el tiempo, los problemas, las calumnias, la envidia, la distancia y el silencio. El amor todo lo soporta. Por amor, no por ambición, las mujeres son capaces de realizar verdaderas proezas. Y ella lo amaba por encima de todo. ¡Ah! Le había sido tan fácil aprender a quererlo.

Pero, en cierto modo, la muchacha estaba muy resentida con él, porque la había dejado sola con el problema de su casa, tirada como un trapo; pero añoraba aquellos tiempos que vivieron como amantes de invención.

El parecía un poco temeroso ante la visita de las dos mujeres, pero a la vez, se sentía complacido al ver de nuevo a su novia. Su corazón le latía mas de prisa que le costumbre, a veces, le faltaba el aire y sentía un enorme cosquilleo en la piel y un gran deseo de tocarla lo dominaba.

Ramón no tenía la menor duda, de que sus sentimientos hacia la joven, eran sinceros y que a pesar del embrollo en que se habían metido, lo que sentían el uno por el otro, era de verdad, amor del bueno. En materia de afectos no había farsa alguna. Ambos se amaban con locura, y más que eso, sentían que se necesitaba tanto como el aire que respiraban. La carne, más que los sentimientos puros, los reclamaban.

La muchacha y su madre le contaron al joven, lo dolido y ofendido que estaba su padre y la familia entera, por lo que ellos, irresponsablemente habían hecho. Sin embargo, a pesar de todo lo feo que ha pasado, yo estoy completamente segura –dijo Mariana– que si ustedes se casan pronto, mi marido vería ese matrimonio como un gesto suyo muy positivo, algo como un desagravio a favor del honor de nuestra familia, tan venida a menos, últimamente.

Estoy completamente, segura de que papá no se opone a que nos casemos, –dijo la muchacha– porque él sabe lo mucho que te quiero, Ramón y, a pesar de que el viejo no es un hombre de muchos mimos, a él le gustaría verme pronto, felizmente, desposada.

La vieja también le hizo saber al muchacho, que de no estar de acuerdo en casar con Rosalva, entonces su marido pondrá el caso en manos del abogado del pueblo, para que esté presente formal acusación en contra suya, ante los Tribunales de Justicia, por el delito de **estupro**, por haber tenido relaciones sexuales con nuestra hija, que es menor de edad y me temo que Noé te puede meter a la cárcel, por varios años. Ni mi hija y ni Noe queremos eso para usted. En la familia Arias Romero, a pesar de todo, se le quiere y estima muchacho, –dijo la vieja–.

Ramón se sintió decaído en su estima hacia su suegro entro en leve cólera; incluso, con las dos mujeres ahí presentes, porque consideraba que se habían tomado la molestia de ir a buscarlo hasta su lugar de trabajo en guácimo, simplemente para acusarlo, amenazarlo y amedrentarlo, como si toda la culpa por lo sucedido, fuera solo de él.

_No había sido Rosalva la que dejó la puerta de su habitación abierta y desde hacía varias noches, lo esperaba desnuda, ardiendo en deseos y calenturas de pasión.

_Acaso tuve yo que rogarle a la jovencita, para que tuviéramos relaciones sexuales, en su propia casa.

_Fue ella, quien por voluntad propia, tomo la iniciativa sexual y ahora resulto ser y el único responsable y, hasta corro el riesgo de ir a parar con mis huesos, a la chirola.

_Yo también soy menor de edad, _se repetía el joven_, en medio de un silencio comprometedor.

Ramón llegó a odiar al suegro con todo el odio de un loco. No podía no quería entender, aquel viejo que le había sostenido por varios segundos la mano entre sus manos, en señal de aceptación y confianza cuando fue a **pedir la entrada** a la casa, ahora era capaz de meterlo a la cárcel, hasta que pudiera, por tener relaciones sexuales con su hija, quien se lo imploraba a gritos.

Ramón quería mucho a la muchacha, pero por ahora no estaba pensando casarse con nadie. Estaba muy joven todavía, no más tenía dieciocho años cumplidos. Incluso, era tan menor de edad como su novia, por lo que le parecía injusto que solo a él, se le responsabilizara por lo sucedido en la cama, y hasta se considerara un simple e ingenuo acto de amor, como un delito grave.

El matrimonio es un freno, una atadura y el siempre había soñado con recorrer el mundo, conocer a otra gente, vivir una vida aventurera, divertida, diferente; por lo tanto, no estaba dispuesto a casarse con nadie por el momento.

Lo que haré, si es necesario y el caso lo amerita, será ir a buscar al abogado para que me defienda de esa acusación que quiere poner el viejo. A Ramón, el compromiso sentimental con Rosalva no le preocupaba, porque él sabía muy bien, que el amor es un acto libre, voluntario, que se inicia con un flechazo y puede concluir, de manera semejante.

Ramón les transmitió a la joven y a su mamá, la decisión de no casarse, y a la vez le hizo una propuesta a su novia. Sí era cierto que ella lo quería mucho y estaba dispuesta a hacer cualquier cosa por él, con tal de estar juntos, entonces, abandone a sus padres y a su familia, ahora mismo, fúguese conmigo el próximo sábado y yo me

dedico a amarla, cuidarla, respetarla, darle amor del bueno y, después, cuando ya nos comprendamos mejor y no seamos tan jóvenes como ahora, ¿Por qué no, hasta nos podríamos comprometer, casar y tener varios hijos?

Comprenda, mi amor, insistía Ramón que usted apenas tiene quince años y yo dieciocho. Somos unos güilas empezando a vivir y a conocer los secretos de la vida. Lo importante es estar juntos, porque nos queremos, no porque estamos casados, como nos exige su padre.

Rosalva quería tanto a ese muchacho que aceptó venirse con él para Guácimo, el día y a la hora indicada. Estaba convencida de que si Ramón no aceptaba casarse pronto, su papá no le iba a permitir verlo más; por lo tanto, la única solución lógica era escaparse y luego, juntarse con él.

El viernes en la noche, cuando todos estaban dormidos, Rosalva, con la ayuda de su querida madre, alistó su maleta. Sólo empacó las cosas más importantes para una mujer y dejó otras pertenencias, bien guardadas en su habitación. Esa noche sería la última vez que dormiría en su casa y en esa su cama.

Posteriormente, pensando en que jamás soportaría la vida sin él, se quedó profundamente dormida, soñando con las noches plenas de placer y pasión que la esperaban en su nuevo nido de amor en Guácimo.

Desafiando viento, lluvia y frío, al día siguiente, a las cinco de la mañana, la muchacha ya estaba lista, esperando que apareciera Ramón, en el lugar acordado.

Sólo su madre estaba al tanto de lo que estaba pasando y como mujer, que también sabía lo duro que patea la mula del amor a las parejas de enamorados jóvenes, estaba decidida a comprenderla y a apoyarla en esa aventura. Le tocaba a ella transmitirle, a posteriori, la mala noticia a su marido. Esperaba que cuando esto sucediera, ellos ya estarían lejos de San Antonio.

A la hora exacta y en el lugar convenido, Ramón estaba esperando a su novia, de aquí en adelante convertida en su futura mujer. Un amigo común, los trasladaría de San Antonio hasta la Estación Experimental los Diamantes, en Guápiles, donde abordarían el tren que los llevaría a su nuevo hogar, en el cantón de Guácimo.

El tren había llegado muy puntual a la estación, y ellos ya se habían acomodado, en uno de los tantos asientos, del vagón central. Estaba a punto de partir el tren, cuando subió el Delegado Cantonal de la Policía con varios efectivos y en compañía del padre de la muchacha.

La autoridad, de inmediato, descubrió a la pareja de jóvenes y les ordenó bajarse. Don Noé estaba muy enojado por el conato de secuestro de su hija, se le notaba su cara algo amoscada, trataba de halar a la muchacha para sí, pero el chavalo no se lo permitía.

Ramón, también se había puesto bravo y muy bravo, al extremo de que estaba dispuesto a liarse a las manos con cualquiera, incluyendo al suegro y a los policías, si era necesario, pero a su novia nadie se la arrebataba de su lado.

La gente empezó a llegar al sitio de la discordia para ver qué pasaba. Ramón le gritaba al suegro y a la Policía, que él amaba a esa chica, que eran pareja y sólo quería juntarse con ella. Don Noé le explicaba a los recién llegados, que la muchacha era su hija y que era menor de edad, que apenas tenía quince años y ese maldito la deshonró y se la quiere llevar a vivir con él.

La gente que había llegado a la parada del tren, empezó a tomar partido en el asunto y se dividieron los criterios, en dos bandos diferentes de opinión.

Los menos creían, que la muchacha era muy joven, todavía, y que bien hacía su padre en rescatar a su hija. Veían la acción del joven como muy mala, y la calificaban de delito grave, penada con varios años de cárcel.

Otros, en cambio, consideraban que la muchacha, si bien era muy joven, lo cierto era que estaba muy crecidita, era toda una mujer y se supone que ya sabía lo que hacía y lo que quería. Su padre tiene que aprender a respetar las decisiones de ella. Se trata de su vida, ella tiene todo el derecho a escoger al hombre con quien ha decidido vivir el resto de su vida; casada o no, pero junto a la persona que ama.

Los tiempos han cambiado mucho y hoy día, las muchachas son más liberales y se unen en pareja, a más temprana edad.

Don Noé, su padre, más bien, debe ayudar a su hija a ser feliz. El muchacho – decía una señora por allí –, se ve bueno, responsable, está muy guapo y me parece que la quiere de verdad y de corazón.

Estaban sumergidos en esa discusión, cuando don Rafael Delgado, el temido Delegado Cantonal de la Policía, máxima autoridad de Guápiles, llamó al novio aparte, para tratar de ponerse de acuerdo sobre tan delicado asunto. Parecía que el máximo jerarca de la autoridad le profesaba cierta simpatía al muchacho, pero la presión que ejercía don Noé, lo obligaba a actuar con rigurosidad y prontitud.

Ramón se acercó con su novia de la mano y don Rafael, en tono suave y sereno pero, ligeramente, amenazante, dijo: usted, muchachita, es menor de edad, apenas tiene quince años. Usted, joven, se ha metido en un serio problema al tener relaciones sexuales con una mujer tan joven. Ha cometido el delito de **estupro** y eso está penado con cinco o más años de cárcel, yéndole bien.

Mejor vamos a la oficina para tratar de arreglar este asunto de la mejor manera posible, ya que no es conveniente que estas cosas tan delicadas y de mal gusto, se ventilen en público.

En la oficina de la Delegación de Policía, en una salita privada, don Rafael se esforzaba por llegar a un acuerdo satisfactorio para las partes. Estaban allí reunidos, la autoridad del pueblo, personificada en don Rafael, el suegro, la novia y el muchacho.

El Delegado de la Policía comenzó diciendo que, grosso modo, a él le parecía que la muchachita también tenía su cuota de culpa en ese entierro. Había sido precisamente ella la que permitió, sin el consentimiento de sus padres, de que su novio se quedara durmiendo en su casa.

Y aún más —agregó— fue ella la que dejaba la puerta de la cocina abierta para que él pudiera entrar a la casa, cuando la familia dormía. Y, fue también ella, la que dejaba la puerta de la sala y la de su alcoba abiertas, para que Ramón hiciera fiesta, mientras los viejos roncaban.

Ni siquiera sabemos cuántos noches de amor salvaje disfrutaron, este par de irresponsables y mal agradecidos con don Noé; que les brindó todas la confianza y les facilitó su casa para que compartieran un noviazgo decente.

Todo lo que pasó, fue porque su hija quería que pasara. Por lo tanto, jovencita, la declaro culpable, en parte, de todo lo sucedido, tomando en cuenta, además, que el muchacho, también es menor de edad.

Y usted Ramón, ha cometido una gran canallada con el viejo. Este señor es todo un caballero, hombre a carta cabal, honrado, querido por todos en el pueblo y le permitió, a usted de buena fe, la entrada a su digna casa, para que mantuviera un noviazgo de altura con su querida hija. Y vea joven, la forma irresponsable y desconsiderada, cómo le pagó al pobre viejo.

Usted, muchacho, es un hombre muy desconsiderado, su suegro tiene toda la razón del mundo, de encontrarse hoy muy furioso con su insensato comportamiento y actitud. Pero lo peor —dijo don Rafael—, es que usted ha cometido un delito grave y de no

aceptar lo que le voy a proponer, tendré que dejarlo detenido, ahora mismo, hasta que falle el Tribunal de Justicia que le corresponda llevar el caso, y sea trasladado a una de las cárceles del Estado.

Enteradas las partes de la situación en litigio, sentenció don Rafael, y en el entendido de que, lo único que queremos todos es buscarle una solución satisfactoria a este problema tan serio, yo les propongo lo siguiente: que Ramón firme un documento ante todos nosotros, comprometiéndose a contraer matrimonio con Rosalva en el término de tres meses plazo, siempre que la muchacha esté de acuerdo, y Noé y Mariana, que son los potencialmente ofendidos, se den por enterados y por satisfechos con el casamiento de su hija y retiren todas sus demandas, en contra del muchacho infractor.

En caso de que el joven rechace la propuesta de arreglo, entonces, quedará detenido en la Delegación de la Policía y yo mismo, con la autoridad que me asiste, pondré la denuncia en manos de las autoridades pertinentes.

Ramón, a estas alturas de la negociación, se sentía atrapado entre la espada y la pared, algo así, como un tigre enjaulado. No le encontraba una salida satisfactoria al asunto por ningún lado y a veces, pensaba que todo lo que le estaba sucediendo no era más que una venganza Divina, por estar coqueteando con esa muchacha en el Templo Evangélico, mientras todos los creyentes estaban poniendo mucha atención al Pastor, y que por eso, posiblemente, el supremo lo había castigado, dejándolo a merced de ese mandamás de la policía.

¿Qué podía hacer? Se –preguntaba Ramón, quien se debatía, ante el embate y la arremetida de las tempestuosas olas de un embravecido mar de desesperación. Sentía cólera, impotencia, un gran odio a esa gentuza que lo rodeaba, especialmente, a su suegro; pero más que todo, estaba mudo de puro susto, por lo del **estupro**.

Ramón no estaba dispuesto, pasara lo que pasara, a unirse en matrimonio con Rosalva, así, don Noé sufriera de un ataque del corazón por culpa suya; pero tampoco pretendía quedarse encerrado en un asqueroso calabozo, en ese mismo instante.

Ramón firmó el documento redactado por el señor Delegado de la Policía, quedando muy contento su querido suegro y de paso, no lo dejaron encerrado por el momento, y tuvo el tiempo suficiente y necesario para buscar al único abogado que había en el pueblo, para que acogiera su caso y estableciera su defensa legal.

Ramón aceptó firmar aquel peligroso documento de marras, comprometiéndose, *ipso facto* a casarse con Rosalva, dentro de un lapso de tres meses, aproximadamente.

Rosalva y su mamá se encargarían de fijar la fecha definitiva de la boda, y organizar los preparativos del evento, según fueron las exigencias y extravagancias de la familia Arias Romero. Él sólo sería uno de los actores principales, de aquel gran evento social.

Ramón estampó su rúbrica en el documento con reticencia, pero con una condición importante, de que Rosalva se fuera a vivir con sus padres al Humo, hasta tanto llegar a la fecha del enlace.

Si don Noé se había opuesto a que su hija viviera con él de manera *amancebada*, le parecía muy justo y pertinente que ahora, mantuviera ese principio y el viejo se llevara para su casa a su bebita querida, hasta el día de la boda.

Por el momento, todos estuvieron de acuerdo con la posición intransigente del novio, especialmente, don Noé', quién gustoso, aceptó llevarse a su hija para su casa por tres meses. La que no estuvo muy de acuerdo, pero en última instancia accedió, fue Mariana, porque sabía lo mucho que iba a sufrir su muchacha sin ver a su novio por ese tiempo tan prolongado. Y, por supuesto, a la novia no le gustó para nada la condición exigida por su futuro marido, pero a más no haber, no le quedaba más que aceptar, aunque su orgullo y vanidad quedaran, considerablemente lastimados.

Lo importante era que Ramón había firmado el documento, con testigos y todo, donde se comprometía contraer matrimonio dentro de tres meses. Y, con el acuerdo, sus padres estaban muy contentos y satisfechos, porque consideraban que la futura boda resarcía la humillación causada al honor del viejo y de la familia entera.

Ramón, después de firmar el comprometedor documento, abandonó la oficina y dio media vuelta, con una mueca de desprecio en su rostro, puso polvorera en tierra y salió como alma que se la lleva el Diablo. Ni siquiera quiso despedirse de Rosalva, mucho menos, de los suegros.

Ramón, después de la firma del contrato, alquiló una estancia en un hotel del centro de Guápiles, dónde guardar algunas pertenencias y pasar la noche. La verdad era que no podía descansar, mucho menos dormir. Se sentía demasiado confundido y acorralado, con los graves acontecimientos acaecidos ese aciago día. No estaba satisfecha con la firma del contrato.

Lo cierto era que el muchacho había firmado ese documento comprometedor, porque tenía mucho miedo de que lo dejaran encerrado en una de las horripilantes celdas, de esa mugrosa cárcel. El temor a que lo encarcelaran ese mismo día, era muy grande, ya que nunca había vivido una experiencia semejante.

Por eso, cuando el Delegado Cantonal le recordaba la figura jurídica del delito cometido, al joven se le erizaba la piel y el corazón le latía más seguido que de costumbre, aunque, a decir verdad, nunca había escuchado la palabra **estupro**.

Cuando Ramón conversaba con sus amigos y en especial, con el Jefe de la clínica, de todo lo que le había pasado, últimamente; Ramón decía que había tendido que firmar ese maldito documento, porque lo acusaban de **estúpido** por haber tenido relaciones sexuales con su novia, que era virgen y menor de quince años.

Ramón, desmotivado como el que más, defraudado por la vida y a punto de entrar en un estado de depresión severa, salió del hotel y se dirigió al Gran Chaparral, un restaurante famoso, que rentaba doña Flora y don Goyo Usaga, localizado en un costado de la Plaza el Salvador, en Guápiles.

Ese inolvidable día, no apareció por el Gran Chaparral ninguna persona de confianza, con quién pudiera Ramón compartir sus cuitas. Entonces, el joven optó por lo más lógico, dentro de la lógica de un hombre que se encuentra atrapado sin salida, tomarse una serie, fuera de lo común, de imperiales ligadas con copas llenas de aguardiente. Sentía la necesidad de embriagarse como el que más, dado el estado deplorable de su ánimo.

Doña Flora se preocupaba mucho por aquel muchacho, que estaba ingiriendo más licor que de costumbre. Se acercó a él con su gran sentimiento maternal a flor de piel y le preguntó qué le pasaba. Le insinuó que no tomara más licor y le ofreció prepararle una de sus famosas y apetecidas sopotas, levanta muertos, para que se restableciera un poco de la borrachera que traía.

La dueña del negocio le aconsejó irse a dormir. Ramón ni siquiera la escuchó. Por el contrario, como es común en las personas desesperadas, pidió más cervezas y más guaro, porque lo único que quería, en ese momento, era tomar y tomar y si fuera posible, morir ahogado en el maldito alcohol.

Al final de la noche, Ramón se encontraba, totalmente, ebrio. Más que ebrio, era presa de una monstruosa intoxicación etílica. A las tres de la madrugada, cuando sólo él quedaba en el Gran Chaparral y don Goyo le rogaba que se fuera para el hotel porque ya tenían que cerrar, el muchacho, haciendo un meritorio esfuerzo, se medio paró y abandonó el negocio, tambaleándose como un mono herido. Al hotel llegó arrastrándose como una sabandija y no se sabe como hizo para subir las escaleras y encontrar su habitación.

Ramón seguía levantándose a las tres de la tarde, emborrachándose con un cubo en cualquier mal habida cantinucha y visitando los más concurridos prostíbulos del pueblo. Al hotel llegaba de vuelta a dormir, en las altas horas de la madrugada, completamente ebrio, arrastrándose como una gran serpiente verde.

Mientras todo esto sucedía, la pobre Rosalva no sabía nada del paradero de su amante. En las noches largas y lluviosas de las mujeres solas, esa chiquilla contaba los días que faltaban para completar los noventa, haciendo rayitas en la pared. La espera para esa muchacha enamorada hasta la médula, se tornaba cada día más insopportable.

Rosalva había pasado muchas horas de desconsuelo, muchos días de llanto y muchas noches de doloroso desvelo. Mariana, su madre amiga, le hablaba a su hija todo el día, de los preparativos de la boda, con el único fin de entusiasmarla y más que todo, para distraerla, de tantos pensamientos desdichados e infelices, que surcaban por su mente confusa.

A los quince días de tomar guaro y emborracharse como un energúmeno, Ramón reaccionó, positivamente. Esa tarde no salió de la habitación. Se quedó descansando, más que todo, reponiéndose de los desafueros de la noche anterior.

¡Sí! Lo más conveniente para Ramón era regresar mañana, muy temprano a Guácimo e incorporarse al trabajo, tal como quería su Jefe.

Pasaron los tres meses estipulados en el documento firmado y Ramón no se había presentado a la oficina de don Rafael, mucho menos, se había casado. Daba la sensación de que el ingenuo novio se había desentendido, por completo, del compromiso adquirido con la familia ofendida.

Don Noé se sentía burlado y humillado como quien más. En su mente no cabía la actitud irresponsable e inaudita, de este muchacho y, por más esfuerzo que hacía, el pobre viejo no podía concebir como ese mozalbete, de apenas dieciocho años de edad, se burlaba de su persona, una vez y otra también, como si nada ni a nadie le importara su compromiso adquirido con su familia.

A las seis de la mañana, don Noé ya estaba en el despacho del Delegado Cantonal de la Policía, obligándolo a cumplir con la Ley. Ya han pasado los tres meses que le dimos de tiempo a Ramón, para que se casara con mi hija, y ni siquiera se ha dignado aparecerse por aquí. Me parece que lo más cuerdo de su parte, señor Delegado, es que ahora mismo, gire una orden de captura, detenga a ese muchacho con la Policía y lo encierre para siempre.

Don Rafael, dada la presión ejercida por don Noé, no tuvo otra alternativa que redactar otro documento, donde le indicaba a Ramón, que por el delito de **estupro**, cometido contra la señorita Rosalva Arias Romero y que por denuncia puesta en contra suya, por el padre de la ofendida, que consta en este despacho, se veía obligado a girar orden de captura y mandarlo arrestar con la Policía cantonal.

Ramón, al verse detenido y esposado en la propia clínica y previendo los alcances del comunicado oficial, no le quedó más remedio que quitarse la gabacha y acompañar a los efectivos de la Policía, sin oponer ninguna resistencia.

En la oficina lo esperaba el Delegado, don Noé y Rosalva, que no quería que le hicieran nada a su amado, mucho menos que, por culpa suya, como había dicho el Jefe de la Policía, lo dejaran encerrado en la cárcel.

Don Rafael fue contundente, claro y preciso. Se dirigió, únicamente, al joven indiciado. Ramón –dijo–, usted tiene un compromiso firmado en esta dependencia, de casarse en tres meses con la hija de don Noé y así saldar la ofensa cometida en contra de este pobre viejo y su familia. Han pasado los tres meses, y usted no ha honrado esa firma. Ni siquiera se han dejado ver por esta dependencia, para solicitar una prórroga u ofrecer una disculpa por el incumplimiento del compromiso firmado.

Esa actitud, irresponsable de su parte, me obliga a detenerlo de inmediato y dejarlo encerrado, por el tiempo que sea necesario, hasta que los Tribunales de Justicia dicten sentencia en su contra, por el delito de **estupro** y sea trasladado a una celda del Sistema Penitenciario en San José.

Ramón, por el momento, no encontraba ninguna salida al conflicto y todo parecía indicar que, por la presión ejercida por el padre de la muchacha, esa noche la iba a tener que pasar en un frío y apestoso calabozo, hasta que el abogado suyo iniciara alguna gestión de excarcelación a su favor.

A Ramón, de momento le pareció, que la solución más viable, era pedir una moratoria, como hace cualquier deudor que no puede honrar su deuda en el momento fijado.

Ramón con mucha humildad le solicitó a don Noé y a su hija, que por favor, le dieran quince días más de tiempo para el casamiento y les hizo ver, que estaba muy dispuesto a firmar un segundo documento, poniendo como testigo de honor a don Rafael y comprometiéndose, como lo hacen los hombres de palabra, a contraer matrimonio con su hija, como lo manda la ley de Dios, dentro de dos semanas.

Rosalva le suplicaba a su padre, hasta con ruegos preñados de lágrimas en los ojos, que aceptara la propuesta de su novio. Ramón, sin pensarlo dos veces, no puso peros y firmó un segundo documento, comprometiéndose de nuevo, a casarse con Rosalva dentro de quince días, contables a partir de la fecha.

Don Noé no se encontraba satisfecho con el proceder de la Policía, quien no había obligado a Ramón a cumplir con el primer documento firmado, y tampoco lo habían denunciado ante los Tribunales de Justicia, por el grave delito cometido.

El viejo salió de la oficina del Delegado muy molesto y se dirigió al despacho del único abogado que ejercía en Guápiles de Pococí. Tampoco era un profesional de academias, pero tenía muchas horas de vuelo como litigante y se las sabía todas, en cuanto a violaciones a la Ley, aunque todavía, no estuviera incorporado al Colegio de Abogados de Costa Rica, por tener pendiente algunas materiales, entre ellas, precisamente, los cursos de ética.

—¿En qué le puedo servir? Le pregunto Escribano a don Noé.

—Vengo para que me ayude, Mario. Mi hija es menor de edad y ha sido ultrajada por su novio en mi propia casa.

—¡Oh! , No se preocupe, don Noé —dijo el experto de la Ley—. Refiérame en detalle toda la historia y verá que pronto metemos en cintura a ese irresponsable muchachito.

—Eso sí, por favor don Noé, dame dos mil coloncitos como adelanto de los honorarios y tráigame un litro de guarito Cacique, como un regalito de cortesía suya y ya mismo, me pongo a trabajar en su caso.

Don Noé contó al abogado, con todo sus pormenores, la triste y desagradable historia. Comenzó por decirle que su hija Rosalva, de apenas quince años de edad, había llevado a su hogar a un joven que la pretendía y que él, pecando de ingenuo, le creyó todas las babosadas que le dijo el muchacho y le permitió la entrada a la casa.

Pero cuál sería su sorpresa, cuando un día de tantos, escuché un ruido raro en el cuarto de mi hija, como de grititos sostenidos, entremezclados con íntimos y apasionados suspiros. Entonces, me levanté de inmediato, me dirigí a su habitación y los encontré a los dos, totalmente desnudos, uno encima del otro, haciendo el amor.

—Ramón Porras Líe o como se llame ese maldito, ha cometido un grave delito, porque mi hija es menor de edad, apenas tiene quince añitos y a mí me ha humillado ante el pueblo, al no respetar la confianza que le di ese malhechor.

—Yo exijo —licenciado— que ese desgraciado se case con mi hija mañana mismo y si se niega, que usted lo acuse ante los Tribunales de Justicia y lo meta a la cárcel por el resto de su vida, si es posible, por abusar de una menor de edad.

_¡No faltaba más! Descuide don Noé, que para eso estoy yo. Hablaré, seriamente, con ese joven y lo obligaré a casarse con su hija y si no acepta, no me temblará la mano para llevarlo al estrado por el delito de **estupro**.

_¡Ah!, y lo meteré a la cárcel por muchos años, en menos de lo que canta un gallo, para que aprenda a responder por la confianza que se le dio y a no ser tan abusado.

_Dame los dos mil coloncitos y consígame el guarito Cacique, para despabilarme un poco y ponerme en onda, que así es cuando yo más jugo le saco a esta jupa.

Ramón, con el susto que la policía le pegó, cuando lo trajó detenido y esposado y con todo lo que le dijo don Rafael en la oficina, donde lo había obligado a firmar otro documento, comprometiéndose a contraer matrimonio con esa muchacha, en el término de quince días, salió de allí, directo a la oficina del leguleyo, más asustado que un conejo cuando lo persiguen los perros.

¡Licenciado! ¡Licenciado! –Gritaba Ramón, con la rabia de un oso enfurecido

¿En qué le puedo servir? Muchacho –preguntó el profesional de la Ley

Me acusan de **estúpido** y me van a meter a la chirola, si usted no me defiende de inmediato –dijo el joven

_No se me asuste **Monchito**, yo ya estoy enterado del problema suyo. No lo acusan de **estúpido**, sino de **estupro**, que no es lo mismo; pero no se preocupe, cuénteme la historia en detalle, dame dos mil coloncitos, como adelanto de los honorarios y vaya a la cantina de la esquina, allí, a la Central, y me trae un litrito de guaro Cacique, para meterme unos cuantos mechazos y poder pensar mejor cómo plantear su defensa ante los Tribunales de justicia; porque, le voy a decir la pura verdad, su caso está un poquillo delicado. Hay que ponerle seso, jovencito, para sacarlo adelante.

_En este momento, usted está con una pata adentro y otra fuera de la cárcel.

Ramón cumplió con las exigencias del único abogado del pueblo y después, se trasladó a Guácimo, confiado, tranquilo, contento y feliz. La decisión ya estaba tomada. No se casará dentro de quince días, como pretendía el viejo y a ella no la volvería a ver nunca más.

Pasaban los días y el Lic. Escribano no realizaba ninguna gestión, a favor de ninguno de sus dos clientes. Eso era lo peor, él era el abogado responsable de entablar la defensa del indiciado y a la vez, salvaguardar el honor de don Noé y su hija: los ofendidos.

Don Noé, constantemente, llegaba a la oficina del abogado a indagar sobre el avance del juicio contra Ramón, pero la verdad era que éste no había hecho nada, salvo esperar de buena fe, que el novio recapacitara y por obra del Espíritu Santo, decidiera casarse con Rosalva; una niña que se encontraba en la flor de la vida, que si bien era cierto que ya estaba comenzadita, también lo era que, se encontraba muy deliciosa y enterita.

El Lic. Escribano, cada vez que veía a Ramón le hablaba de los exuberantes atributos físicos de su bella novia y de los principios y valores que la adornaban. Tiene que pensarla muy bien –le recomendaba el abogado al joven_.

Por la experiencia que dan los años, uno sabe que una oportunidad como ésta, sólo se presenta una vez en la vida; no sea que después de humillar tanto a esa pobre muchacha y a su familia, cuando ya ella lo haya expulsado de su maltratado corazón, y no lo quiera más ni le perdone tantos agravios, usted recapacite demasiado tarde y después, ande detrás de Rosalva, perdido y loco por su amor.

Habían pasado ya dos meses y medio y la situación seguía empantanada. Ni el Delegado Cantonal de la Policía había hecho nada para obligar a Ramón a casarse con Rosalva, mucho menos el abogado que, por lo visto esperaba que esta situación se resolviera por arte de magia.

Estando así las cosas, el padre de la muchacha no aguantó más tanta negligencia y de inmediato, se vino para Guápiles a buscar a don Mario, su abogado, llegando a la oficina casi descompuesto de la cólera que traía.

No puede ser –decía el suegro ofendido_ han pasado dos meses y medio, después de que por segunda vez, este irresponsable aceptó casarse con mi hija, y hasta firmó un documento y ese par de pendejos no han movido un dedo, para hacerlo cumplir con lo que había prometido, ante la autoridad competente del Cantón.

Tampoco se han atrevido a acusarlo ante los Tribunales de Justicia, por el delito de **estupro**. Este muchacho se metió a mi casa y tuvo relaciones sexuales con mi hija, de quince años de edad, y anda libre al igual que una liebre, como si no hubiera hecho nada ilícito. ¿Dónde está la autoridad en este pueblo? La verdad es que este par de viejos son unos medrosos y eunucos.

Cálmese don Noé, que la situación no da para tanto –decía el abogado. La cólera y el berrinche excesivo, alteran seriamente, el sistema circulatorio sanguíneo y hacen que el organismo escrete unas sustancias muy tóxicas, que lo pueden predisponer

a usted, al Infarto Agudo del Miocardio y eso es muy peligroso, puede llevarlo directo al hueco, sin ninguna necesidad. En estos casos tan difíciles, la serenidad es la mejor consejera; alterarse solo complica las cosas.

Por eso don Noé, es saludable que se calme –dijo don Mario porque yo estoy trabajando, de día y de noche, sobre el caso de su hija. Ya conversé, seriamente, con Ramón y debe decirle que no me tembló la voz para advertirle, que no tiene salida posible de ese aprieto: se casa con Rosalva, a la mayor brevedad posible, o lo meto a la cárcel por el delito de **estupro**, hasta que se pudra en un inmundo calabozo.

_Más bien, don Noé, debería usted estar pensando en los preparativos de la boda de su querida hija, para unos quince días plazo y recuerde que el tiempo pasa volando.

_Yo me imagino que usted, el más exitoso y próspero comerciante del Humo, donde goza su merced de sobrado prestigio, querrá hacerle a su chiquita querida, el mejor desposamiento que haya existido, en la historia de ese pueblo.

¡Viera! Don Noé –dijo Mario Escribano, no hay nada más satisfactorio para un padre amoroso, que ver a su hija salir de la casa, rumbo al Templo Evangélico para contraer nupcias, toda vestidita de blanco, con una gran cola blanca y un velito, del mismo color, cubriendole la carita de niña asustada._Los padres, cuando asistimos al matrimonio de una de nuestras hijas, siempre nos da por llorar.

_Algunos padres, para aparentar ser fuertes o para no parecerse a las mujeres, que lloriquean por casi todo, dan la impresión de que no lloran, pero, ¡qué va! Noé. Están llorando por dentro, y eso es muy malo para la salud, porque se tragan las lágrimas y éstas, por algo Dios las hizo saladas.

_Regrese tranquilo a su casa, don Noé, y tenga confianza en mí; no se preocupe tanto por el ultraje de su hija, que para eso estoy yo aquí, para defenderlo en su honor menoscabado.

_Ya este muchacho está, prácticamente, convencido de que lo más conveniente para todos, incluso para él, es casarse con su hija lo más pronto posible, antes de que la Ley le ponga las garras encima, por el repudiable delito cometido en contra de una menor de edad.

_Por ahora, viejo, mientras le pongo duro al caso de su hija, vaya a la esquina y me consigue un litro de guarito Cacique, como un gesto de fina cortesía de su parte y yo se lo voy a agradecer mucho, para ver si ahuyento una **resaca** que traigo atravesada desde hace un mes.

_Ramón estaba metido entre un zapato y no tenía otra salida. Se casa con su hija o yo lo meto a la chorpa, por el delito de **estúpido**, como dice el baboso ése.

_Allí en la cárcel, ese jovencito va a saber lo que es bueno, y entonces, arrepentido como el que más, me va a estar pidiendo de rodillas, que lo saque del calabozo lo más pronto posible, para casarse con su hija.

Mientras tanto, Ramón se mantenía longo y lirondo, como si no pasara nada a su alrededor.

El muchacho estaba, completamente, confiado en la defensa que según él, llevaba a buen término su apoderado legal y como joven que era, _los jóvenes también tienen derecho a equivocarse_ ni siquiera se imaginaba que su defensor no había presentado ninguna acción legal en su favor y que por el contrario, le preocupaba más quedar bien con el suegro que con el novio.

Qué se iba a imaginar Ramón de que la estrategia del Licenciado, para resolver este conflicto, se basaba únicamente, en convencerlo a él, para que contrajera nupcias con la hija de don Noé.

El Delegado de la Policía acosaba a Ramón con citatorios y amenazas de privación de libertad, si no cumplía con lo firmado. O cumple con lo prometido en el último documento firmado, casándose con la hija de Noé, o lo meto a la cárcel por el delito de **estupro**. Usted decide, muchacho, de acuerdo a los mandatos voluntarios de su corazón y de su conciencia.

Don Noé estaba convencido, de que ya se habían agotado todas las instancias policiales y jurídicas, con resultados negativos. Llegó a creer, que para recobrar su honor y el de su familia, lo más atinado era tomar la justicia por sus propias manos.

Bastaba con presentarse un día cualquiera a la clínica del infractor, agarrarlo del pescuezo, con sus manotas de oso, apretar duro, hasta que ese degenerado se pusiera tan blanco como un bledo y más morado que un caimito maduro.

Sólo estrangulando a ese desgraciado saldaba la deuda de honor que había adquirido con la familia Arias Romero y lo iba hacer, aunque tuviera que ir a la cárcel don Noé y no el maldito delincuente. Pero, ¿qué vamos hacer, si así son las leyes en este país de mierda?

El Lic. Escribano, entre trago y trago, se quemaba la testa, tratando de encontrar una salida lógica y aceptable, para las dos partes en conflicto. Tenía sobre la mesa varias opciones de solución, pero la que le parecía más viable era de convencer a Ramón, de una sola vez por todas, para que se casara con Rosalva de inmediato.

De esa manera, él mataba tres pájaros con la misma piedra. Don Noé quedaba contento y satisfecho, con su honra restablecida y su orgullo hinchido. Ramón se salvaba de ir a la cárcel, y él, también, salía bien librado del lío en que se había metido, ya que no es muy ético jugar de abogado del diablo, defendiendo, a la vez, al acusado y al ofendido, ya que los principios éticos de su profesión no se lo permitían.

Por esto, esa misma tarde fue a Guácimo a convencer a Ramón para que se casara con esa pobre muchacha. Le haría ver las ventajas y desventajas del matrimonio y en dado caso de que se pusiera muy rejego, entonces le ofrecería divorciarlo de gratis, si más adelante sentía, que de verdad, él no tenía pasta para vivir como hombre domado.

Efectivamente, don Mario, esa misma tarde se hizo presente, en la clínica donde trabajaba Ramón.

Pasó un tiempo prudencial y apareció Ramón, con su gabacha blanca, de mangas cortas, sudando todavía, por el insoportable calor del día. Se acercó y le extendió su mano derecha, amistosamente.

—¿A qué debo el honor de su visita?, Preguntó Ramón.

En principio pensó que su defensor le traía buenas noticias.

Seguramente, ya le había resuelto su caso y ya estaba liberado de aquella pesadilla.

O quizá venía a contarle lo mucho que le costó defenderlo y a pedirle el resto de los honorarios, otro litrito de guaro Cacique, como una fina cortesía de mi parte.

Don Mario se mantuvo callado y con el ceño fruncido, como si de sopete, no quisiera hablar nada. Su mutismo resultaba irritante y ofensivo. Parecía que la visita obedecía a otros objetivos. Ramón esperaba con ansiedad que dijera algo, pero su silencio era una ventana que no se abría. No quedaba más que esperar, con cierto temor, hasta que el jurista se dignara decir algo.

Ramón —dijo el defensor— vengo a hablar con usted, seria y definitivamente, sobre el litigio existente entre la familia Arias Romero y su persona.

_prefiero que salgamos de la clínica un momento, podemos ir al Barquito, _una cantina muy popular en el cantón de Guácimo_ donde me pueda mandar un farolazo y así, hilvanar mejor las ideas que traigo, para lograr hacerte entender lo que te vengo a proponer.

Ramón comprendió que se trataba de algo muy serio. La venida del abogado hasta Guácimo y la forma reservada de hablar, no era para menos. Por eso acogió, dócilmente, la propuesta del defensor y se dirigió al Barquito, tal como lo había sugerido el leguleyo.

Tráigame una copa a reventar de guaro Cacique, que hoy quiero brindar por la felicidad de mi amigo –dijo el Lic. Escribano, no más entrando.

_La situación está fea, Ramón, esto se está complicando mucho.

_El asunto del estupro y no el de **estúpido** como dice usted, no se puede obviar y si llega a los Tribunales de Justicia, no hay ninguna posibilidad de que lo pueda sacar bien librado de allí. Estoy seguro que lo van a condenar a prisión por varios años.

_Por eso, mi joven amigo, te traigo una propuesta, para que salva bien librado de este atolladero. En la vida no hay problema que no tenga solución y por eso se ha dicho siempre que el Diablo, no es malo por diablo, sino por viejo.

_Generalmente, los viejos siempre encontramos soluciones fáciles, a problemas difíciles.

_Pídame otra copita llena de guaro Cacique, que es lo único que logra aclararme la mente y me pone a pensar con cierto tino.

_Viera qué raro, Ramón, yo sin niveles considerables de guaro circulando en mi sangre, casi no puedo pensar; me pongo medio tonto y **estúpido**, como dice usted.

En el Barquito, con un par de copas llenas de licor cada uno, parecía que era que el abogado pensaba mejor, se volvía más claro de entendederas y se expresaba de manera mucho más convincente. Ramón, por su parte, con unos guaristoles adentro, era mucho mejor oyente, ponía más atención y entendía, a cabalidad, todo lo que le quería decir el abogado.

Mirá, muchacho – decía don Mario Escribano. Usted está muy enredadillo con ese problema del **estupro**. Cásese con esa muchacha que ha humillado tanto y usted, ella y el viejillo, quedan todos contentos y terminamos, de una vez por todas, con tantos pleitos y juicios legales, que resultan tan desaconsejables para cualquier buen samaritano.

_Ramón, aunque usted no lo crea, porque a mí no se me echa de ver la edad y me mantengo muy bien conservado todavía, gracias al guaro Cacique, que es un excelente antídoto, todo lo mata, menos a uno. Ya este hijo de Dios tiene setenta almanaques cumplidos y a pesar de todo, sólo una vez me ha casado. Lo hice estando en una borrachera de tres meses seguidos, pero lo cierto es que yo quería a esa maldita mujer. La vi y nomás, me enamoré de ella. Fue como una especie de primer amor, que se ha mantenido durante toda mi vida; para qué lo voy a negar y todas mis intenciones eran hacerla inmensamente feliz y que nuestro casamiento fuera para siempre, hasta que la muerte nos separara.

Sin embargo, _Ramón_, con los años y el licor, porque a ella nunca le gustó que yo tomara tanto, las cosas fueron cambiando. El amor empezó a descender y llegó la rutina que todo lo mata. Es como el mata palo que se come los naranjos. Hasta que los dos, por caminos diferentes y por nuestra propia voluntad, nos convencimos de que ya no valía la pena seguir viviendo juntos por más tiempo; la verdad era que ya no nos soportábamos el uno al otro. Éramos como dos enemigos durmiendo juntitos, en la misma cama, agarraditos de la mano, soñando con angelitos y querubines.

Entonces, ambos, conversamos larga y tendidamente, como dos personas civilizadas y llegamos a la feliz conclusión, de que lo mejor era separar nuestras vidas, romper los lazos.

Entonces, ambos, conversamos larga y tendidamente, como dos personas civilizadas llegaos a la feliz conclusión, de que lo mejor era separar nuestras vidas, romper los lazos del matrimonio y coger, cada uno, por caminos diferentes. Ojalá opuestos, para que nunca nos volviéramos a ver las caras.

Nos divorciamos. ¡Sí! Nos divorciamos –Ramón_, porque el divorcio es la figura jurídica que Dios creó para hacernos libres a nosotros los hombres, después de que, _ahora sí_, por **estúpidos** como dice usted, sin ninguna necesidad y por voluntad propia, sin darnos cuenta de lo que estamos haciendo, nos atamos al yugo del matrimonio.

Se trata de una mega responsabilidad el casarse, y yo también lo entiendo, pero usted está metido en un zapato, cometiste un delito monumental, al acostarse con esa muchachita menor de edad y si no la desposa rápido, vas directito a la cárcel. ¿Qué podemos hacer, don Ramón? –Preguntó el jurista_.

Por eso te traigo un nuevo documento, debidamente protocolizado, donde usted se compromete, por tercera vez, a contraer matrimonio civil con Rosalva, el sábado próximo, al ser mediodía, en la oficina del Ejecutivo Municipal, con la presencia de

don Noé, el Delegado Cantonal de la Policía, el Jefe Político, quién se encargará de la ceremonia nupcial, su patrono, la familia de la novia, algún amigo especial que usted quiera participar y, que soy el que me haré cargo de registrar legalmente, el casorio.

Ramón, hágame caso –decía don Mario_. No hay otra salida viable, muchacho. Si yo la viera por allí, lógicamente, la aplicaría. Pero no veo otra solución que no sea casarse con esa jovencita lo más pronto posible, para que el pobre viejo deje de sufrir y de joderme tanto a mí, la muchacha que ha aguantado mucho, se sienta realizada y contenta, y usted, que tiene un problema muy serio con la Ley, quede libre.

Usted sabe que toda mujer sueña con casarse y tener hijos, porque la condición natural de esposa y de madre es lo único que, efectivamente las realiza.

Por esto, no sea más tonto de lo que aparenta, aquí está el nuevo documento de compromiso, firmelo ya y dejémonos de tantas majaderías y colorín colorado, éste cuento está acabado.

El sábado convenido, todos asistiremos a la boda y después a la fiesta. ¡Ah! Y no se le olvide **Monchito**, que aquí estoy yo para divorciarlo y de gratis, si después de vivir un tiempo con ese bomboncito, que está como ella quiere, la rutina lo acecha, pierde el entusiasmo y el aburrimiento acaba por apachurrarlo; entonces, ahí aparezco yo, como el famoso Superman de la película, para salvarlo con el divorcio.

Para eso inventó Dios el divorcio, para liberar a todos los hombres oprimidos de este mundo. No se le olvide por algo Dios es hombre, nunca nos va a abandonar.

Usted no se preocupe, preséntese el sábado tranquilo, al mediodía. Yo me encargo del resto, cuando llegue el momento oportuno.

Ramón, aun con guaro, sentía mucho temor por el delito cometido. Varias veces había pasado noches enteras en vela, pensando en esa maldita palabra: **estupro**.

Por otra parte, el ofrecimiento que le hacía su abogado, de divorciarlo gratis, cuando él lo quisiera, le daba cierta tranquilidad a su espíritu, tan abatido en los últimos meses.

Así las cosas, con poco entusiasmo y poca alharaca, Ramón decidió firmar el documento que le sugería el abogado. Ni siquiera se tomó la molestia de revisar la propuesta y le estampó la rúbrica y a la par, le puso el número de la cédula de identidad, para que el compromiso apareciera ser más serio y creíble, no sin antes recordarle al profesional en derecho, que si se aburría de vivir con esa mujer, él quedaba comprometido a divorciarlo de gratis, en el momento que al joven se le ocurriera.

Don Mario pidió, sendas copas de guaro Cacique, para celebrar a lo grande el éxito de sus gestiones. Felicitó, muy efusivamente al novio, por haber actuado con mucho acierto e inteligencia; no sólo llevándose como compañera para toda la vida, a esa mujer de tantos encantos físicos y valores morales, sino porque logró salirse de la cárcel, precisamente, cuando ya tenía una pata adentro.

Acto seguido, tomándose otro mechazo para el camino, el folclórico abogado se despidió de Ramón y se dirigió hacia Guápiles.

Ramón aprovechó el momento para agradecerle al Lic. Escribano, todo lo que había hecho por él y le prometió, que de aquí en adelante, lo iba a considerar como un segundo padre.

Don Mario regresó a Guápiles eufórico, complacido y como pudo le mandó avisar a don Noé, al Delegado de la Policía, al Ejecutivo Municipal y otra gente involucrada en el asunto, de que el problema ya estaba solucionado. Ramón había aceptado casarse con Rosalva el sábado próximo a la hora meridiana, en la oficina de la Municipalidad.

Tenían que presentarse todos, principalmente, los novios, los padrinos, el suegro y las autoridades que iban llevar a cabo el casamiento. Si ese muchacho, otra vez, se negaba a casarse, le cortaré la nariz –decía el abogado–, en medio de la borrachera que se andaba.

Ese sábado don Noé, la novia, los padrinos, familiares y algunos amigos, llegaron tempranito al lugar indicado. El Ejecutivo Municipal también estaba entre los primeros. Posteriormente, apareció el abogado, en medio de una *resaca*, de esas que no se le desean a nadie.

La novia estaba muy elegante. Un vestido blanco, con velo fino blanco y una gran cola, de varios metros de larga, también de tela blanca. En su mano derecha llevaba un bouquet compuesto de flores blancas.

Todo lo blanco hacía contraste con su gran cabellera lacia y negra azabache, que caía sobre su espalda, reposando en su delgada cintura, como una cascada de trozos de noche.

La novia, exhibiendo una bella sonrisa luminosa, lucía distinguida, majestuosa e imponente. Ella irradiaba belleza, juventud, alegría y satisfacción como si al casarse con ese muchacho, estuviera alcanzando con sus manos una estrella.

Todo estaba listo para iniciar la ceremonia, sólo se había retrasado el novio, pero allí venía cabizbajo, serio y sin ganas de hablar con nadie, como si su existencia, realmente fuera algo incierta.

La novia al verlo llegar, miró de reojo a su padre y respiró profundo, como tratando de alejar los malos augurios. Unas gotitas de sudor sobre sus labios ponían de manifiesto lo nerviosa que estaba.

La tan esperada ceremonia nupcial dio inicio, unos minutos después del mediodía. La máxima autoridad municipal con el abogado a la par, sacó un libro grueso, de pasta roja y con bordes de oro en las hojas, y comenzó el solemne acto, diciendo: hoy aquí, ante todos nosotros, se presentan Ramón Porras Lie y Rosalva Arias Romero, quienes por libre y espontánea voluntad y sin presión alguna, han decidido unir sus vidas en Santo Matrimonio, y compartirlos en las buenas y en las malas, en la salud y en la enfermedad, en la riqueza y en la pobreza, y hasta que la muerte los separe; porque lo que Dios ha unido, el hombre jamás, lo podrá separar.

Siendo así y si nadie de los presentes se opone a esta unión, con el poder que la Ley del Estado de la República de Costa Rica me confiere, los declaro marido y mujer. Ramón, puede besar a la novia dijo el Ejecutivo Municipal. Uno de los allegados a la familia, grito a todo galillo: Vivan los novios.

Ramón, en franco y visible acto de rebeldía, no se digno besar a la novia, aunque ella se había corrido el velo, dejando su cara al descubierto y colocándose frente a él, ofreciéndole sus apetitosos labios, esperando recibir el ansiado beso, con el cual sellarían su amor, para siempre.

Esa actitud descortés e inesperada, por parte del novio, extraño a todos los presentes. El hecho presagiaba oscuros nubarrones, truenos, rayos y centellas, para una noche bastante tormentosa.

Don Ramón, acérquese a la mesa dijo el abogado, y firme aquí, donde está la equis. Después lo hará la novia, los padrinos y este servidor.

Ramón, muy enojado y fuera de sí, se negó a firmar. Yo no me caso y no voy a firmar nada que tenga que ver con esta farsa. Usted, Licenciado, es el responsable directo de esta burla, ya que sabe muy bien que yo no quiero casarme tan joven, ni con esa muchacha, ni con nadie.

Yo quiero ser libre, vivir la vida y no estoy preparado para atarme a ninguna mujer. Por eso me niego a firmar cualquier documento que me presenten =dijo el novio= con cierta vehemencia y determinación.

Con la negativa de Ramón se produjo un apenado silencio. Luego se armó tamañó turumbón en la oficina del Ejecutivo Municipal.

Don Noé se sentía más humillado y ofendido que nadie y estaba dispuesto a emprenderla a puñetazos contra Ramón. Su paciencia había llegado al límite y ya no daba para más. Un tío de la muchacha, también, intento agreder al novio.

La Policía intervino protegiendo al joven y pidiendo calma a los presentes; mientras el abogado y el Ejecutivo Municipal conversaban con el novio, en una oficina aparte.

Tanto el abogado como el señor Ejecutivo, trataban por todos los medios de convencer a Ramón, para que firmara. Don Mario ya no tenía argumentos validos que esgrimir y solo acataba decir:

_Monchito, no sea tontito, ni estupidito. Esa mujer apenas esta empezadita, pero obsérvela bien. No se da cuenta de lo buena que esta

=Ramón, firme, por favor, que las cervezas se esta calentando. Ya no puedes seguir humillando a esa pobre muchacha, a su padre y a toda su familia. Por favor, no seas tan irresponsable, por pura testarudez de adolescente.

_No sea majadero, firme ya y no le causa más dolor a esa familia.

_Recuerde, que yo me comprometí a descasarlo en el momento que usted me lo solicite.

_Estoy seguro, que si no te casas hoy con ella, esta mujer por puro despecho, se va a juntar con cualquier patas vueltas que se le ponga por delante y, entonces, usted se va a arrepentir demasiado tarde y a andar perdido de amor por ella; porque en asuntos de amor, todo se paga en la vida.

Ramón regreso a la sala principal, bastante confundido e indeciso y no se decidía a ponerle fin, a tan irregular ceremonia nupcial.

Viéndolo así, y por la actitud tan indecisa y ambivalente del novio, el Ejecutivo Municipal se acerco a él, y con la ternura y la paciencia de un padre amoroso, lo condujo hasta la mesa principal, donde se encontraba el acta matrimonial. Le tomo la mano derecha, le puso un lapicero entre los dedos y guiándole la muñeca cerca de la equis, con suma destreza la hizo girar, dibujando unos garabatos semejantes a la firma del novio y así, a vista y paciencia de todos los concurrentes, se dio por firmada el acta nupcial.

Los presentes se quedaron perplejos al observar lo que estaba sucediendo, pero en el fondo de sus conciencias, se alegraban de que la autoridad respectiva hubiese tenido que dibujar la firma, con la mano del novio, para dar por terminada esta irregular boda y todos se fueran a la fiesta contentos. *El matrimonio de Don Ramón* se había consumado.

Ramón no estaba nada satisfecho con lo que había sucedido. Consideraba que lo que había hecho el Ejecutivo Municipal era, increíblemente, vergonzoso, humillante e ilícito. Nunca, cosa semejante se había visto en ese pueblo.

El novio meditó un segundo y luego se dirigió donde se encontraba los suegros y la novia, ahora su legítima esposa y les dijo:

Me imagino que están muy contentos con el matrimonio. Su maltrecho honor =don Noé seguramente ya fue restituido.

_Y usted, _Rosalva_ ni piense que me la voy a llevar para Guácimo. —

_Ahora mismo, usted se regresa a la casa de sus padres y me alegro de que ya no esté presente en mi vida

_Yo no me case hoy. Me casaron.

_Por eso no quiero saber nada de la familia Arias Romero.

Ramón dio media vuelta y con un nudo amargo en la garganta, se dirigió, con paso largo y seguro, hacia el Gran Chaparral, a tomarse unos tragos, más que unos trabajos, sentía ganas de beberse todo el guaro que doña Flora tuviera disponible en el bar. Realmente, el joven se sentía muy desilusionado, engañado, fracasado y atrapado sin salida.

Se encontraba Ramón entre trago y trago, cuando llegaron todos los que decían ser sus amigos. Su patrono, el Ejecutivo Municipal, el abogado y el Delegado Cantonal se apersonaron, dis que, para brindarle compañía al muchacho. Al instante la mesa estaba llena de copas y de botellas de cervezas vacías. Todos celebraban a lo grande, ese controversial casorio. Menos el ofuscado novio, quien sentimentalmente, se sentía estafado.

El Lic. Escribano trataba de consolar al novio y le decía:

_Monchito no existe razón alguna, por la cual, usted se sienta hoy tan deprimido. Mas bien, la ocasión es propicia, para que usted esté alegre y realizado.

_No todos los días, se casa uno con una mujer tan bella como Rosalva. Es tan linda, atractiva y sexy. Es una deliciosa mujer con una sutileza única en su alma.

_Imagínese“ con una mujer así hasta yo me hubiera casado, con los dos ojos vendados y sin hablar con nadie.

Casi todos los presentes coincidieron en que Ramón, mañana, cuando le haya pasado la borrachera, debería presentarse en la casa de don Noé y pedirle disculpas a él y a su familia; especialmente, a Rosalva, por todos los malos ratos que los hizo pasar.

La borrachera de Ramón duro ocho días completos. Tomaba hasta altas horas de la madrugada y luego dormía todo el día. De esa manera, Ramón celebraba su casamiento.

Doña Flora y don Goyo estaban muy preocupados con la tanda que se andaba su cliente estrella. Por eso la buena señora Flora, apenas lo veía entrar al Gran Chaparral, corría a ofrecerle un caldito, con la esperanza de que se compusiera. Este par de viejos, eran los únicos cantineros, a quienes no les gustaba ver muy borrachos a sus clientes preferidos.

Ramón, todas las noches salía, totalmente ebrio del Gran Chaparral y le prometía a doña Flora irse a dormir al hotel. Pero apenas caminaba un par de cuadras, cambiaba de rumbo y se dirigía al Maracas, un prostíbulo de mala muerte, donde tomaba más licor. Algunas veces le rayaba el sol durmiendo en una pocilga, acompañado de un remedo de mujer, víctima del licor y la droga.

Luego, una vez que los primeros rayos del sol, se bebieran todas las lágrimas del rocío, Ramón caminaba por el pueblo, rumbo a su hotel, con los ojos entrecerrados de cansancio y sueño.

Al noveno día de borrachera continua, a Dios gracias Ramón reaccionó positivamente, y de un solo golpe y sin medir consejos de nadie, paró la ingesta de alcohol, no trasnochó más y se apartó de la mala vida.

Ese día se levantó temprano. Se alistó y se fue a una soda a comer algo. Luego se dirigió a San Antonio, a la casa de su tía. Al ratito de haber llegado al pueblo, Rosalva se enteró, por el correo de las brujas, de que su escurridizo marido estaba en la casa de doña Hortensia.

Inmediatamente, la joven se arregló de lo mejor que pudo, poniéndose una enagua bastante corta y provocativa, que dejaba a la vista de todos, la belleza de sus piernas, para que su marido se entusiasmara con ella y se percatara de todo lo que su esposa tenía, como un preciado tesoro, reservado, única y justamente para él.

Rosalva tocó la puerta de la casa de doña Hortensia y preguntó, sin titubeos por su marido. Pase adelante y siéntese cómoda en la sala –dijo la tía_ quien ya estaba bien enterada de todo lo que había pasado entre ellos. Voy a llamar a mi sobrino para que conversen tranquilos. Tiene todo el tiempo que estimen necesario –dijo, amablemente la señora_.

Ramón, cuando vio a su mujer tan bonita, en principio exhibió una pequeña mueca de satisfacción en su demacrado rostro, pero a la vez no pudo ocultar el descontento que sentía por dentro. A Rosalva ser linda le ayuda mucho y sabía que él la amaba, pero no lo suficiente como para casarse tan joven y por ninguna razón debió prestarse para esa absurda boda. Pero al mismo tiempo, al verla tan fresca, lozana y bella, el novel esposo se sintió complacido y trató de ser amable con ella.

Lo cierto es que ninguna mujer es capaz de cerrar las puertas al matrimonio, mucho menos ella, que había dado múltiples muestras de estar, perdidamente enamorada de él.

Esa noche, Ramón le pidió permiso a su tía, para que lo dejara quedarse durmiendo en su casa, con su esposa; ya que hasta la fecha, no habían disfrutado de la apetecida luna de miel y le prometió a su mujer, llevársela al día siguiente para Guácimo.

Ramón estaba dispuesto a hacer todo lo que fuera necesario con tal de corresponderle y tratar bien a su esposa, para que ella se sintiera a gusto, y sus padres volvieran a creer en él.

Rosalva llegó con el cuento, todavía caliente, a la casa de sus padres, de que su marido había venido a llevársela para siempre y los viejos, especialmente don Noé, al escuchar la buena noticia, no cabían de contentera. Ese muchacho –decía el viejo_ no deja de tener razón. La verdad es que casarse en estos tiempos, donde anda tanta tentación suelta en la calle, no es nada fácil.

Es cierto que los hombres solteros no capitalizan, pero llevan una vida a todo dar. Uno casado y joven, tiene que acostumbrarse al yugo, y carnita fresca, nunca hay – decía el viejo_.

Aunque no existe el perdón sin arrepentimiento que pueda evitar lo pasado, don Noé era un hombre de bien y con una sonrisa esplendida en su boca, le propuso a su hija que fuera, inmediatamente, donde esa señora y se trajera a su yerno para su casa, que también era de él, y de paso le susurró al oído: ahora si pueden dormir juntos en su cama, como marido y mujer, sin ropa encima y sin ofender a Dios. Rosalva miró a su padre y le regaló una sonrisa pícara, la cual mantuvo atorada en su provocativa boca por un instante fugaz.

Ramón esa noche, durmió en la misma cama donde hacia unos meses, su suegro, había tratado de estrangularlo, cuando lo encontró durmiendo, a escondidas, con su hija.

Al día siguiente, en la mañanita, después de desayunar en la cocina, un delicioso gallo pinto, con huevos fritos, plátano maduro, natilla, café y unas grandes tortillas con queso que le había preparado su suegra, los recién casados se despidieron de la familia.

Ramón se despidió de don Noé, le dio un fuerte abrazo y le pidió perdón por los malos momentos que le había proporcionado, prometiéndole que de aquí en adelante, lo iba a ver, no como un suegro, sino como a un nuevo padre. Los flamantes esposos se despidieron de todos los miembros de la familia, y luego se dirigieron hacia el cantón de Guácimo, donde tenían construído su tibio nido de amor.

Pero Ramón, de repente y sin saber porque, comenzó a visitar nuevamente el Barquito; volvio a la tomadera de tragos, las mujeres no faltaban y algunas veces, hasta se atrevio a pasar frente de la casa de Rosalva, completamente ebrio y con una mujerzuela, de esas que se alquilan a cualquiera por unos cuantos pesos, guindando de su hombro.

Rosalva hacia comenzado a perder la confianza, la ilusión y el amor por su marido, pero no encontraba la forma de comentarlo con sus padres. Ella sabía que el viejo le iba a decir, que el matrimonio era para toda la vida y que la mula, aunque brinque fuerte y seguido, hay que amansarla.

Por esa razón, Rosalva lloraba con asiduidad, día y noche. Sus bellos ojos, que en un principio aparecían bañados de luz, ahora se le iban a secar de tanto llorar, como se secan las matas, cuando no se riegan.

En las noches húmedas y frías, cuando aún no había llegado su marido, ella se lamentaba de la hora en que se había casado con ese hombrecillo borracho, mujeriego, pendenciero, falso y tonto. Ramón, aquel hombre del cual ella se había enamorado hasta la médula; llegando al extremo de exponerse a todo por seguirlo a él; ahora le parecía una porquería de hombre.

Ramón soportó ocho meses de vida matrimonial, pero no aguantó un día más. Un día cualquiera, que amaneció con la mente clara y el pensamiento despejado, decidió poner fin a esa borrascosa unión, donde ya se habían perdido todo, incluso, el deseo y la pasión, que en otros tiempos, lo había devorado por dentro. Sólo quedaba la rutina, que al igual que el cáncer, lo engulle todo.

Mañana mismo, iré a buscar a mi abogado, para que inicie los trámites del ansiado divorcio, tal como me lo había prometido.

Buenos días, don Mario –dijo Ramón.

A que le debe su visita, tan tempranera –pregunto el jurisconsulto.

Vengo a divorciarme –respondió a secas Ramón.

_Qué bien Déjeme dos mil coloncitos y un litrito de guaro Cacique, como un gesto de cortesía de su parte y vera que muy pronto, usted estará otra vez, libre como el viento.

Pero, licenciado –dijo Ramón. Usted me prometió que me divorciaría de gratis, a los tres meses de casado, si así lo quería.

_Bueno, **Monchito** ya han pasado no tres, sino ocho meses y con la inflación y el alto costo de la vida, ya uno no se puede dar el lujo de hacer ningún trabajito de gratis, ni siquiera a los buenos amigos, como usted.

_Deme mil pesos nada más, pero consígame el guarito y confíe en mí, que yo lo divorcio de esa mujer, tan rápido como aparece el alba del nuevo día. Le prometo que muy pronto, usted volverá ser tan libre como la brisa del mar. Le aseguro que usted hoy se acuesta casado, pero mañana se levanta divorciado. ¿No le parece bien?

Lo cierto es que. Ramón Porras Líe, que de paso, nunca supimos, a cencia cierta, si se casó por **estupro** o por **estúpido** como él afirmaba, terminó desaciéndose de Rosalva en buenos términos, y todavía hoy, mantienen una bonita relación de amistad.

Ella se caso por segunda vez. Al año de divorciada, encontró un buen marido, tiene una parejita de hijos y formó una bella familia.

El siguió huyéndole al matrimonio por tiempo, pero al final del camino que nos tiene trazado el destino, Ramón encontró una buena mujer y contrajo nupcias por segunda vez. Tienen siete bellos hijos el mayor, siguió sus pasos profesionales.

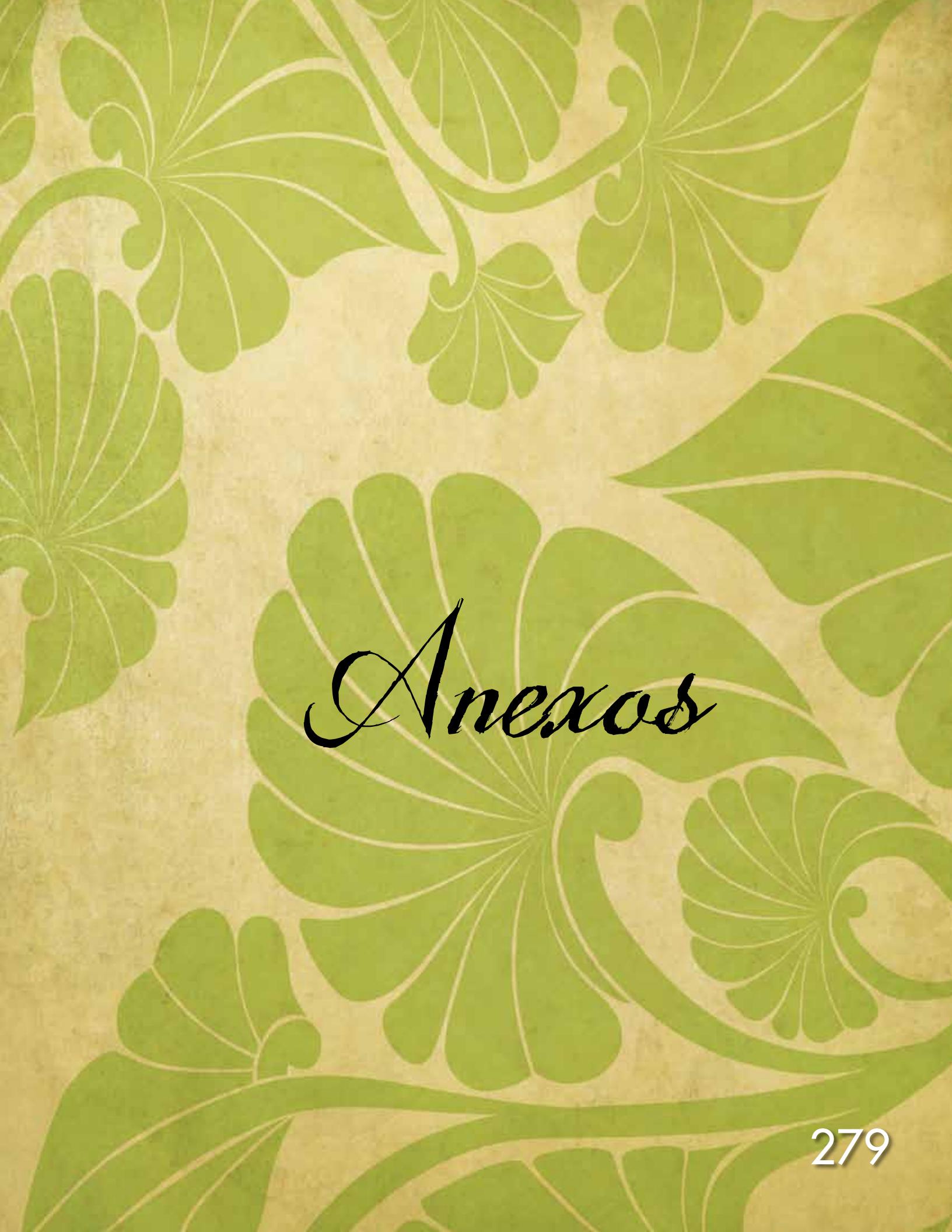
Esta es una de las tantas **Historias Sobre Rieles** que hemos querido rescatar, donde un hombre enmorado pero indeciso, sin querer, se vio obligado a casarse por **estupro** o por **estúpido**.

_¿Por qué se casó?

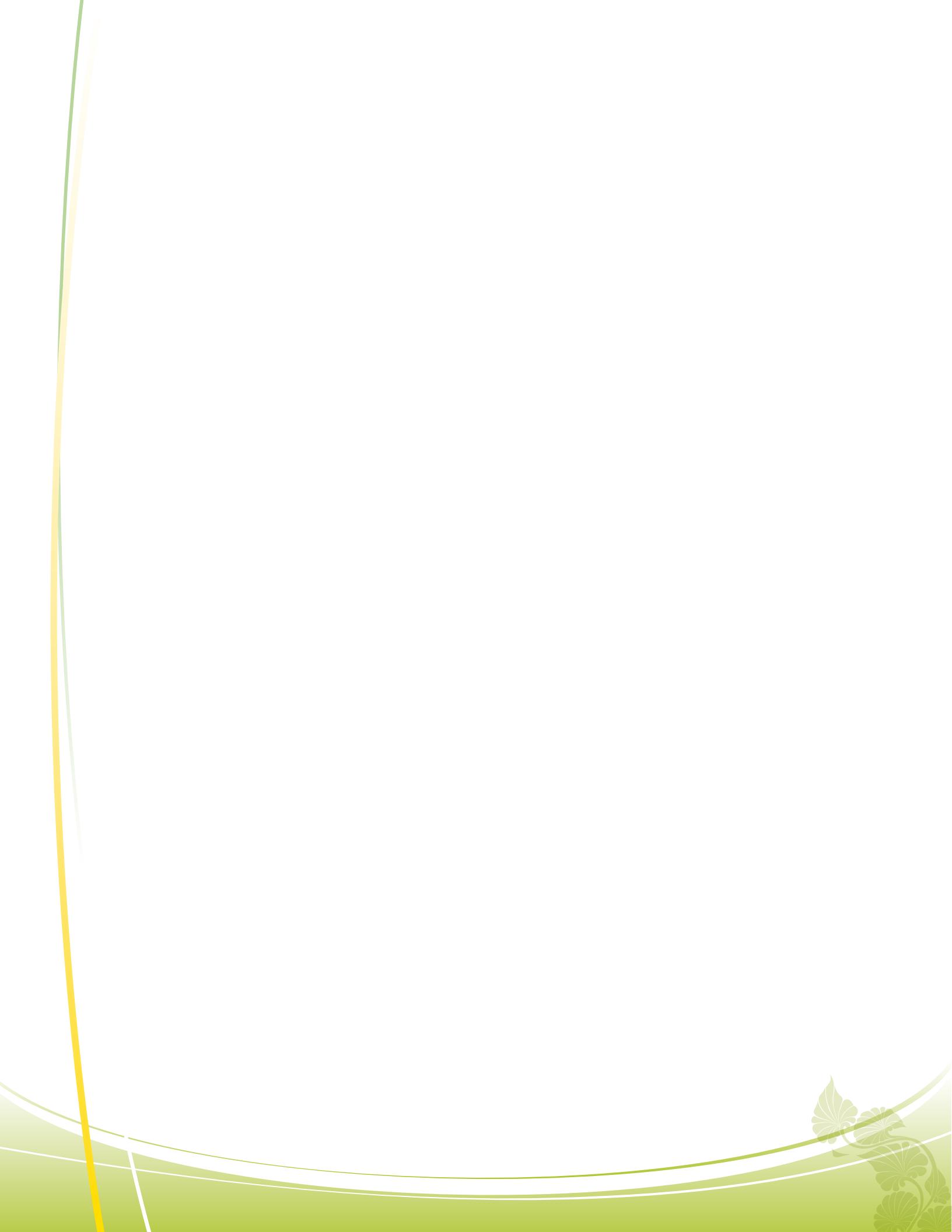
_¡No lo sabemos!

_¡Sólo Dios lo sabrá!





Anexos





Clausura del Certamen. Foto Sonia Gómez Vargas



LISTA DE PARTICIPANTES

NOMBRE Y APELLIDOS DEL PARTICIPANTE	TÍTULO DEL TRABAJO	CANTÓN
Allen Watson Ivonne	Muerte entierro y novenario	Limón
Arias Hernández Gretell	Miss Black Beauty	Limón
Anderson Cummings Sandra	La leyenda de la gata negra	Limón
Bellany Richard Prudence	Harvest Sunday La Escuela Dominical El Garden Party Marianela y yo Mi palo de pipa	Limón
Carrillo Rodríguez Gerson	Postrado frente al mar	Limón
Fernández Jiménez Eduardo	Danza de sirenas	Limón
Fuentes Aguilar Dalia	Chica Papacón Sistchiia El Camino La leyenda de Corina	Matina
Gibb Slowly Glenn	Un acto de fe El caimán La casa embrujada	Limón
Granados Céspedes Mario	El nonocordio prodigioso	Limón

NOMBRE Y APELLIDOS DEL PARTICIPANTE	TÍTULO DEL TRABAJO	CANTÓN
Guido Sánchez Evelyn	Mi niñez	Limón
Harton Blackwood Floyd A.	Los falsos héroes Oro en silencio	Limón
Hayling Fonseca Grace	Viajando a vagón	Limón
Hernández Hernández Luisa	La niña de los ojos espejo Promesas Un misterio El venado	Limón
Hernández Hernández Teresita	Historia de vida	Pococí
Ibarra Chavarría Yanette	Desgarro Tibio Tajamar Ella ya no tiene lágrimas	Limón
Jackson Pita Timoteo	Historia de tribus Bri_Bri y Cabécar Historia de Antonio Saldaña	Talamanca
Jara Zamora Nelsy Mayela	Viviendo una confusión Confusiones Las ruinas del pueblo Ronster Como lograr tus metas	Limón
Jiménez Nájera Juan Carlos	Mi Limón El pescador Vista de antaño La magia de su gente Se llamaba Luis	Limón

NOMBRE Y APELLIDOS DEL PARTICIPANTE	TÍTULO DEL TRABAJO	CANTÓN
Jiménez Nájera Susan	El espejo de mi vida	Siquirres
Martínez Hayling Hannia	Limón Sangra ¿Quién? El problema de la basura en Limón	Limón
Mora Hernández Gerardo	Un funeral inolvidable	Siquirrés
Mora Leal Virginia	Mi Ángel de la Guarda	Siquirres
Montero Mora Stanley Gerardo	Don Prudencio el benefactor del pueblo	Siquirres
Morales García Elmer	Fantasía Sam	Siquirres
Morales Ruiz Juan Carlos	Y aquello era una fiesta	Siquirres
Moya Villarreal Juan Carlos	La fotografía No quiero escribir un poema	Talamanca
Muñoz Salas Mauren	Limón realmente inolvidable Sumergidos en el mar ¿Cómo?	Limón
Muñoz Salas Julissa	Ese modo de pensar	Limón
Nájera Sánchez Ana	Tiempos aquellos que no volverán Hablando de mujeres	Siquirres

NOMBRE Y APELLIDOS DEL PARTICIPANTE	TÍTULO DEL TRABAJO	CANTÓN
Olivella Negrette Gabriel	El día nocturno	Limón
Padilla Porras Noemy (Emilce)	Limón, visto por mis ojos de niña en la primera mitad del siglo pasado	Limón
Prendas Vargas Rigoberto	Mi lindo Caribe	Pococí
Quesada Castro Asdrúbal	El matrimonio de don Ramón La ley entra por casa	Pococí
Quirós Rojas Luis Andrés	Limón y los molinos de viento El tren donde termina la memoria	Pococí
Rodríguez León Geovanni	Lizanías un labriego optimista La promesa	Siquirres
Salas Fuentes Luis Fernando	Un día soñé La mina de oro de Pocora. La historia y vida de un pueblo. Leyenda Mi amigo Cholo	Guácimo
Salas Ocampo Vilma	Esperanza de mar Mi puerto	Limón
Sinclair Breckles Cleoni	(Sin título)	Limón
Spence Morgan Richard	Los viejos botes de madera Dos aguas Sara Maud	Limón

NOMBRE Y APELLIDOS DEL PARTICIPANTE	TÍTULO DEL TRABAJO	CANTÓN
Simmons Casanova Carlos	Maritza Pobre humanidad Sin amor Buscando amor Nació un pueblo El errante solitario El negro El amor Sirena	Talamanca
Swabi Rodríguez Alejandro	Quiénes somos y de dónde venimos	Talamanca
Vega Ruiz José Rafael.	La Ilona El Tren	Siquirrés
Zamora Sánchez Adela	Anécdotas y costumbres Limonenses	Limón

ACTA DE NOMBRAMIENTO DEL JURADO CERTAMEN DE TRADICIONES COSTARRICENSES DE LA PROVINCIA DE LIMÓN

Reunido el Equipo coordinador del "Certamen de tradiciones costarricenses de la provincia de Limón", compuesto por Yanory Alvarez Masís, Céd. 1-407-576 y Zaida Ruiz Briceño, Céd. -5-152-672, al ser las 10:00 horas del día 1 de julio del 2008, en la ciudad de Limón, proceden a nombrar el jurado calificador, conformado por los profesores: Haydée Jiménez Fernández, Cédula N° 1-546-573; Susana Zúñiga Rodríguez, Cédula N° 5-178-608; Delroy Barton Brown Cédula, N° 7-036-206.



Yanory Alvarez Masís
Céd. 1-407-576



Zaida Ruiz Briceño
Céd. -5-152-672

ACTA DE PREMIACIÓN DEL CERTAMEN DE "TRADICIONES COSTARRICENSES LIMÓN 2008"

Los suscritos, Haydée Jiménez Fernández, Delroy Barton Brown y Susana Zúñiga Rodríguez miembros del Jurado Calificador del Certamen de Tradiciones Costarricenses en su edición del año 2008, correspondiente a la Provincia de Limón, organizado por el **Centro de Investigación y Conservación del Patrimonio Cultural del Ministerio de Cultura y Juventud**; reunidos en Limón en el Black Star Line, el martes 1 de julio de 2008.

CONSIDERANDO:

1. Que dada la excelente respuesta que dio el pueblo limonense a la convocatoria hecha por el Centro de Investigación y Conservación del Patrimonio Cultural, participando numerosamente en el Certamen de Tradiciones Costarricenses de la Provincia de Limón.
2. Que en una primera sesión de trabajo leyó, revisó y clasificó cada uno de los 89 trabajos presentados por los 47 participantes en este certamen.
3. Que en la siguiente sesión se procedió a analizar los aportes de los trabajos.
4. Que finalizada la valoración, se consideró que los trabajos que mejor reúnen las condiciones de participación y criterios establecidos en las diferentes categorías son:
 1. **Cuentos y leyendas:** "Un Misterio", "La Mina de Oro de Pocora", "La Promesa", "Danza de Sirenas", "Un Acto de Fe", "El Caimán", "Monocordio Prodigo", "Confusiones", "Historia de Pedro Saldaña".
 2. **Anécdotas e historias de vida:** "Papacón", "La Ley Entra por Casa", "Un Funeral Inolvidable", "Lizanías un Labriego Optimista", "Marianela y yo", "Viajando a Vagón", Limón. Visto por mis Ojos de Niña en la Primera Mitad del Siglo Pasado", "Anécdotas y Costumbres Limonenses", "Quienes Somos y de Donde Venimos".

3. **Tema libre:** "El Garden Party", "Promesas", "La Magia de su Gente", "Esperanza de Mar", "Los Viejos Botes de Madera", "El Camino", "El Matrimonio de don Ramón", "Chica", "Y aquello era una Fiesta"
- 4.

ACUERDA: Otorgar los siguientes premios en la categoría de

CUENTOS Y LEYENDAS

Primer lugar: "**La Mina de Oro de Pocora**"
Autor: **Luis Fernando Salas Fuentes.**

Segundo lugar: "**La Promesa**"
Autor: **Giovanni Rodríguez León.**

Tercer lugar: "**Monocordio Prodigioso**"
Autor: **Mario Granados Céspedes.**

CATEGORÍA ANÉCDOTAS E HISTORIAS DE VIDA

Primer lugar: "**Limón. Visto por mis Ojos de Niña en la Primera Mitad del Siglo Pasado**"
Autora: **Emilce Padilla Porras.**

Segundo lugar: "**Quienes Somos y de Donde Venimos (Sar yì enq wé se' bite)**"
Autor: **Alejandro Swabi Rodríguez.**

Tercer lugar: "**Papacón**"
Autora: **Dalia Fuentes Aguilar**

CATEGORÍA LIBRE

Primer lugar: "**Y aquello era una Fiesta**"

Autor: **Juan Carlos Morales Ruiz.**

Segundo lugar: "**El Camino**"

Autora: **Dalia Fuentes Aguilar.**

Tercer lugar: "**Promesas**"

Autora: **María Julia Hernández Hernández.**

Además, los miembros de este Jurado consideramos que los siguientes trabajos por su calidad se hacen merecedores de una Mención Honorífica:

"Un Misterio" de Luisa Hernández Hernández,

"Danza de Sirenas" de Eduardo Fernández Jiménez,

"Un Acto de Fe" de Glenn Gibb Slowly,

"El Caimán" de Glenn Gibb Slowly,

"Confusiones" Nelsy Mayela Jara Zamora,

"Historia de Pedro Saldaña" de Timoteo Jackson Pita.

"La Ley Entra por Casa" de Asdrúbal Quesada Castro,

"Un Funeral Inolvidable" de Vianney Gerardo Mora Hernández,

"Lizanías un Labriego Optimista" de Geovanni Rodríguez León

"Marianela y yo" de Prudence Bellamy Richards,

"Viajando a Vagón" Grace Hayling Fonseca,

"Anécdotas y Costumbres Limonenses" Adela Zamora Sáenz,

"El Garden Party de Prudence Bellamy Richards,

"La Magia de su Gente" de Juan Carlos Jiménez Nájera,

"Esperanza de Mar" de Vilma Salas Ocampo,

"Los Viejos Botes de Madera" de Richard Spence Morgan,

"El Matrimonio de don Ramón" de Asdrúbal Quesada Castro,

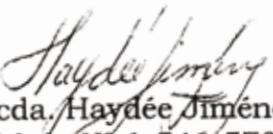
"Chica" de Dalia Fuentes Aguilar,

Así mismo, recomendamos hacer una mención especial a la participante: Prudence Bellamy Richards por sus trabajos: "**Harvest Sunday**", "**La Escuela Dominical**" y "**El Garden Party**" en pro del rescate de las tradiciones limonenses.

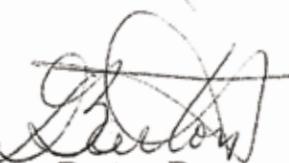
Recomendación especial: Que la iniciativa del Centro de Investigación y Conservación del Patrimonio Cultural en pro del rescate de las tradiciones limonenses, mediante la expresión literaria tuvo muy buena aceptación dentro de la comunidad, lo cual podría potencializarse en futuras oportunidades por lo cual instamos a personas, organizaciones y/o a instituciones de la provincia como el INA, CUN LIMÓN, UCR, UNA, y otros a retomar este reto como un medio de conservar y rescatar principios y valores que marcan nuestra historia.

Muy atentamente felicitamos a los ganadores.

Dado en la ciudad de Limón el 1 de Julio de 2008 por los miembros del Jurado Calificador del Certamen de Tradiciones Costarricenses, Limón, 2008.


Licda. Haydée Jiménez Fernández
Cédula N° 1-546-573


Licda. Susana Zúñiga Rodríguez
Cédula N° 5-178-608


Lic. Defroy Barton Brown
Cédula N° 7-036-206

PROGRAMA

MINISTERIO DE CULTURA Y JUVENTUD
CENTRO DE INVESTIGACIÓN Y CONSERVACIÓN
DEL PATRIMONIO CULTURAL

CERTAMEN
“TRADICIONES COSTARRICENSES”
PROVINCIA DE LIMÓN



12 de Julio de 2008
10:00 a.m.
Black Star Line.
Limón



PROGRAMA

Palabras sr. Eduardo barboza Orias
Alcalde Limón

Palabras Sra. Sandra Quiros Bonilla
Directora C.I.C.P.C.

Entrega de Certificados a los participantes

ACTO CULTURAL

Grupo del Conservatorio
de Arte y Música del Caribe
CUNLIMON
Les gusta oír cantar Calipso.
Calipso mixt
Encanto de reflexión

Lectura del acta del jurado

Entrega de Certificados a Ganadores

Entrega de Certificados de Menciones de Honor

Entrega de Certificados de Mención Especial

Refrigerio



Memoria Fotográfica de la clausura del certamen.

FOTOS. SONIA GÓMEZ VARGAS





**"Grupo del Conservatorio de Arte y Música del Caribe"
del CUNLIMÓN**





FOTOS SONIA GÓMEZ VARGAS

Entrega de certificados a los participantes

FOTOS SONIA GÓMEZ VARGAS





Ganadores

FOTOS SONIA GÓMEZ VARGAS



Giovanni Rodríguez L., Luis Fernando Salas F., Mario Granados C.

CATEGORÍA CUENTOS Y LEYENDAS
CATEGORÍA ANÉCDOTAS E HISTORIAS DE VIDA



Noemy Padilla P., Dalia fuentes A., Alejandro Swabi R.

CATEGORÍA LIBRE



Juan Carlos Morales Ruiz, Dalia Fuentes Aguilar

*Cuentos y Leyendas,
Anécdotas e Historias de Vida.
Provincia de Limón*

CERTAMEN DE TRADICIONES COSTARRICENSES.

2008

Yanory Alvarez Masís. Editora



ISBN: 978-9977-59-229-9

A standard linear barcode representing the book's ISBN.

9 789977 592299

